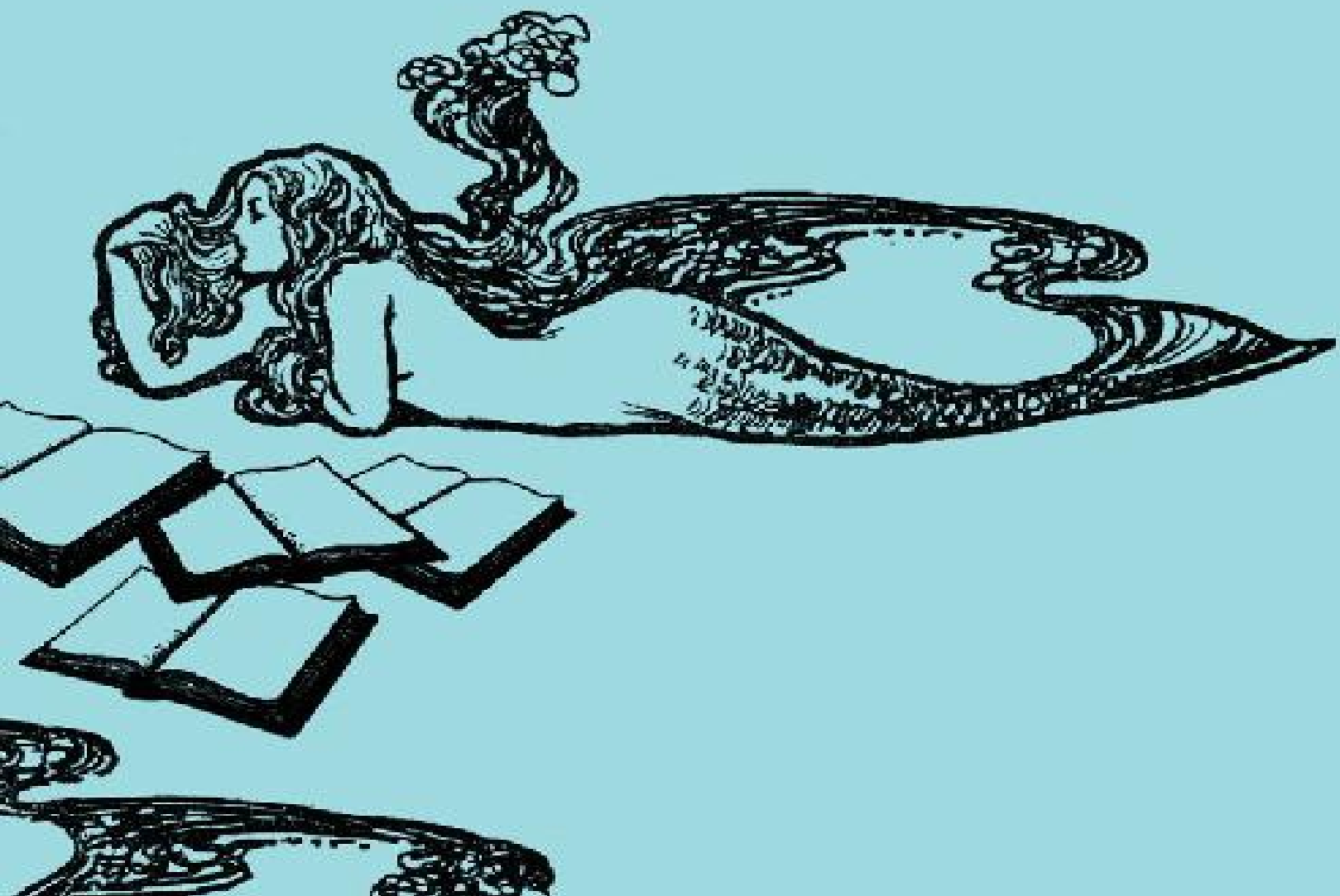


KATE
BOLICK

Solterona

La construcción de una vida propia



KATE
BOLICK

Solterona

La construcción de una vida propia

Traducción de Silvia Moreno Parrado

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

Índice

Cubierta

Portada

Dedicatoria

Nota de la autora

Cita

Prefacio

1. Allí el pensamiento se destrenza

2. Deseos de solterona

3. La articulista: primera parte

4. La columnista

5. La poeta

6. La articulista: segunda parte

7. La novelista

8. La socióloga visionaria

9. La articulista: tercera parte

10. ¿Las mujeres ya son personas?

Obras citadas y consultadas

Agradecimientos

Notas

Créditos

Colofón



Arco de Washington Square, Nueva York.

«Una señora acostumbrada a pasear por el parque hace cuarenta, treinta, veinte o diez años podría haber llegado la otra mañana y haber pensado que, después de todo, nada había cambiado tanto», escribió Maeve Brennan en 1966 sobre el parque de Washington Square.

A mi padre, a mi hermano
y a la memoria de mi madre

Nota de la autora

Al escribir sobre mi vida y las vidas de los demás, he tratado de mostrarme cercana sin llegar a contar intimidades. Me he ceñido con fidelidad a los hechos (nombres, lugares, cronología, fechas), pero, para proteger la privacidad de quienes aún viven, he cambiado en ocasiones ciertos detalles que pudieran identificarlos, he utilizado iniciales en lugar de nombres completos y a veces he contado sólo una parte de la historia.

Ustedes han adquirido habitaciones de su propiedad en la casa de la que hasta la fecha sólo eran dueños los hombres. Ustedes pueden, aunque no sin mucho trabajo y esfuerzo, pagar el alquiler. Ganan sus quinientas libras al año. Pero esta libertad es sólo el principio; la habitación es suya, pero todavía está vacía. Debe ser amueblada; debe ser decorada; debe ser compartida. ¿Cómo la piensan amueblar, cómo la piensan decorar? ¿Con quién la piensan compartir y cuáles serán las condiciones? Creo que éstas son preguntas de la mayor importancia e interés. Por primera vez en la historia, ustedes pueden formularlas; por primera vez pueden decidir por ustedes mismas cuáles deberían ser las respuestas.

Virginia Woolf, «Profesiones para mujeres», 1931

Éste es nuestro ratito. Ésta es nuestra oportunidad.

Susan Glaspell, *The People*, 1917

Prefacio

Cuando era niña pasé varios veranos con mi familia en una isla diminuta frente a la costa de Maine. Es apenas una mota sobre el mapa y mide poco más de un kilómetro y medio en su parte más ancha; un zarzal descuidado de abetos y playas rocosas, sin hoteles, tiendas ni restaurantes, ni siquiera coches: sólo unas cuarenta casas de veraneo desperdigadas, antaño grandiosas, hundidas sobre sus cimientos. Mientras los mayores leían o jugaban al tenis en las canchas de tierra batida, los niños desaparecíamos en un universo alternativo, echábamos carreras en bañador por sucios caminos de arena y enormes prados verdes, el aire salobre vibrando con las sirenas de niebla y los cantos de los pájaros.

Para llegar a la playa bajábamos corriendo por un sendero aprisionado entre setos tan altos que parecía un aliviadero que nos precipitara hacia la arena y el mar, catapultándonos a otra dimensión. Cuando la marea estaba baja, en lugar de saltar entre las olas como los demás, yo me alejaba hasta un istmo de pozas y rocas para «jugar a Karana». Karana era la protagonista de mi novela infantil favorita, *La isla de los delfines azules*, basada en la historia real de una joven nativa americana que se queda abandonada en una isla frente a las costas de California a principios del siglo XIX y logra sobrevivir sola durante dieciocho años.

Primero recogía «huesos de ballena» de madera de deriva y los clavaba en la arena mojada formando un círculo, mi «cabaña». Siempre había algún recipiente de plástico abandonado en la orilla que me servía de «cesta». Ya asegurado lo básico, me dedicaba a recoger caracolas. Estas diminutas bestias eran más que

abundantes; tachonaban las enormes rocas que me rodeaban y estaban tan pegadas a ellas que tenía que golpearlas con una piedra hasta que se desprendían con un chasquido. Rápidamente, antes de que pudieran volver a sujetarse, arrojaba sus cuerpos duros y redondos a mi «cesta» y corría hasta el «fogón» (una oquedad en la roca producida por la erosión) para «cocinarlas» en agua de mar; luego aplastaba con saña las conchas, entresacaba los seres oscuros y viscosos y hacía como que «comía». El que aquella comida inventada fuera tan asquerosa endulzaba mi sensación de conquista.

Así construía mi propio reino de acuerdo con mis propias leyes y, cuando el sol caía a plomo, lo hacía sólo sobre mí y, cuando los pies se me acostumbraban al agua helada, era gracias a mi capacidad de aguante. La sensación de soledad era absoluta.

1

Allí el pensamiento se destrenza



La casa familiar de los Bolick;
Newburyport, Massachusetts.

Con quién casarse y cuándo: estas dos preguntas definen la existencia de toda mujer, con independencia de dónde se haya criado o de qué religión practique o deje de practicar. Quizá al final le gusten las mujeres en lugar de los hombres o quizá decida, lisa y llanamente, que no cree en el matrimonio. Da igual. Estas disyuntivas determinan su vida hasta que obtienen respuesta, aunque sea con un «nadie» y un «nunca».

Los hombres tienen sus propios problemas y éste no es uno de ellos.

Al principio, la pregunta de con quién casarse se presenta como un teatrillo: una niña que saca un vestido de Blancanieves del baúl de los disfraces y que canta *Mi príncipe vendrá* ante un público imaginario de enanos culones. En la belleza, deduce, residen su poder y su encanto, y un novio guapo es la recompensa justa.

Después, se da cuenta de que un vestido de poliéster inflamable con enaguas de tul no la convierte a una en princesa de verdad y de que la belleza reside en el ojo de quien mira; es decir, descubre su valor de mercado. En mi caso, eso sucedió una mañana de segundo curso; entonces entendí con una punzada fría y aguda por qué, a pesar de ser quien más corría y quien hacía más flexiones, no me gustaba la clase de gimnasia. Aquel día advertí que, cuando nos llevaba al patio, el profesor de gimnasia no me gastaba bromitas, como sí hacía con mis amigas (las guapas). Y así fue como lo supe: no soy guapa.

Con la pubertad llega una oportunidad más de hacer repaso de una misma. En cuarto curso fui la segunda de la clase a la que le crecieron los pechos y durante aquella primavera excepcionalmente cálida estuve ocultándolos bajo dos gruesos jerséis de lana, uno encima de otro, en la acertada suposición de que, cuando todo el mundo viera qué le estaba pasando a mi cuerpo, me vería arrojada bajo un foco de visibilidad que no estaba preparada para afrontar.

Quinto curso: dientes de conejo. Sexto: ortodoncia. Séptimo: popularidad. Siempre me había resultado fácil hacer amigos, chicos y chicas, pero entonces, además, empecé a recibir atenciones amorosas y los dos haces de aprobación social se entrelazaban en una corona. Mis amigas y yo nos pasábamos las clases intercambiando notitas dobladas y redobladas sobre los chicos que nos gustaban y practicábamos con primorosa caligrafía enlazada el apellido que un día adoptaríamos. Cuando vi al equipo femenino de fútbol de la escuela calentando en círculo, con una chica en el

centro dirigiendo los estiramientos, decidí que algún día yo también sería capitana de un equipo.

En octavo se me pusieron curvas de guitarra, algo de lo que me enteré mientras nadaba en la piscina de la residencia para jubilados de mis abuelos, en Florida. Dos universitarios surgieron de la nada, se lanzaron en bomba al agua y volvieron a la superficie con el pelo destellante.

—A ésa va a haber que atarla corto —dijeron con lascivia y lo suficientemente alto para que mi madre, que leía sobre una tumbona, los oyera.

Me sonrojé de placer y vergüenza, y de la vergüenza del placer. ¿Qué significaba aquello? Mi madre me explicó luego lo de mi «cuerpo bonito».

La cercanía de noveno me volvió taciturna y nerviosa. Sospechaba que los trece años eran el anillo último y más exterior de la etapa final de la infancia y que aquellas diversiones inútiles que jamás se me había ocurrido cuestionar (horas y horas hojeando libros de fotografías en busca de un brazo pasado por alto entre los escombros de Pompeya o «rezando» a los dioses griegos, para mí los más plausibles) pronto parecerían inmaduras y poco adecuadas. Cuando cumplí catorce y entré en el instituto, tuve que renunciar al reino privado de mi vida imaginaria ante las demandas de aquel imperio más extenso, en el que las chicas que ya bebían cerveza y practicaban sexo redactaban leyes nuevas que yo no quería acatar pero que tampoco podía ignorar.

Aparatos y pechos: así es como una chica llega a ser, si no una de las guapas, sí atractiva. Para los chicos, digo. La universidad es testigo de unos cuantos ajustes más: la grasa infantil se desvanece, la flor tardía echa curvas, la que sólo es mona cultiva la envidia por los huesos afilados de la guapa... y así empieza el partido de verdad, que comienza en el campus y puede durar hasta dos décadas, la veintena y la treintena.

Algunas zanján el asunto cuanto antes, por amor, deber o miedo. He logrado que algunas amigas que se consideran del montón me reconozcan que se quedaron con el primer marido que pillaron, dejando así solas en la cancha a las guapas y las tías buenas. Otras posponen lo inevitable todo lo que pueden, la emoción de la incertidumbre cada vez mayor con los años. Sus subterfugios son inescrutables para las románticas: ellas permanecen a la espera, expectantes, ansiosas.

Es complicado saber qué es más agotador: si la pura arbitrariedad de estar segura de que el gran amor puede aparecer en cualquier momento y lugar y cambiarte el destino en un instante (¡nunca se sabe quién puede aparecer al doblar la esquina!) o los esfuerzos de mantenimiento (manicura, ahuecado de raíces, ingles brasileñas, tratamientos faciales) que garantizan que estarás madura para la cosecha cuando llegue el momento.

Al final, seas tú quien elijas o la elegida, aceptes de buen grado o te resistas a regañadientes, tú eres la que da el paso.

Naces, creces, te casas.

Pero... ¿y si no fuera así?

¿Y si una chica creciera igual que ellos, con el matrimonio como una idea abstracta y de futuro, algo sobre lo que pensar cuando sea adulta, que podría hacer o no hacer?

¿Qué pasaría?

En 2012 leí que Edna St. Vincent Millay, la primera soltera emblemática de Estados Unidos y mi poeta favorita de la infancia, había vivido en mi ciudad natal a principios de la década de 1900. Google Earth, por supuesto, no me bastaba. Alquilé un coche y conduje las cinco horas desde mi estudio en Brooklyn hasta la casa en la que crecí, en la costa de Massachusetts.

La noticia me había impactado, tanto por la emocionante cercanía de una mujer a la que admiro como por no haberlo sabido hasta entonces. La gente de la histórica ciudad portuaria (así reza

un cartel en la autovía) de Newburyport le damos un valor enorme a nuestro pasado: así es como compensamos nuestra irrelevancia de hoy en día. Todos los niños aprenden en el colegio que George Washington pasó una noche en lo que hoy es la biblioteca municipal. Y, al parecer, John Quincy Adams durmió en todas partes. Pero no reivindicamos nuestros legítimos derechos sobre una de las poetas más famosas del siglo XX.

He de admitir que no fue la poesía de Millay lo que me motivó a hacer el viaje. Cuando yo tenía veintitrés años, mi madre murió de forma inesperada y, en los meses posteriores, me destrozó darme cuenta de que sin nuestras conversaciones, que siempre creí que jamás me faltarían, no tenía ni la más remota idea de cómo darle sentido a mi vida.

De manera inconsciente al principio y algo más deliberada al final, comencé el largo proceso de recrear nuestras conversaciones; no con otras mujeres reales vivas, que sólo podrían ser burdas imitaciones de la madre que había perdido, sino con mujeres reales muertas, a las que acercarme con sigilo y llegar a conocer poco a poco, a través de las obras que nos dejaron y las que otros escribieron sobre ellas.

Hasta el momento, contando a Edna Millay, había cinco mujeres así: la articulista Maeve Brennan, la columnista Neith Boyce, la novelista Edith Wharton y la socióloga visionaria Charlotte Perkins Gilman.

Había llegado a considerarlas mis «despertadoras», un término que tomé prestado de Wharton, quien lo usó en su autobiografía, *Una mirada atrás*, para describir los libros y pensadores que la guiaron en su formación intelectual. Claro que la mía fue una educación más sentimental... Conocí a cada despertadora en una época distinta del tránsito a la adulta que, ya era hora de reconocerlo, terminé siendo. Acababa de cumplir cuarenta.

Le había dado mucha importancia a aquel cumpleaños. Quienes hemos sorteado las salidas hacia el matrimonio y los hijos tendemos

a manejarnos por la treintena como conductoras sin carné, adultas sin permiso. Algunos días es maravilloso (¡somos unas delincuentes de la hostia en ese viaje en coche robado que es la vida!); otros, eres una adolescente talludita que coge prestado el coche de su padre y reza por que la policía no le dé el alto. En el proceso, decidí adoptar la fe de la famosa teoría del desarrollo psicosocial de Erik Erikson, que sostiene que a los cuarenta años termina la «adulthood temprana» y empieza la «adulthood media», y juré que cuando llegara ese día celebraría como es debido mi lugar en el mundo, sin importarme lo inquietante que me pareciera aceptar que ya no era joven.

Mi amiga Alexandra y yo estuvimos seis meses planeando una fiesta en la playa para cuarenta personas, entre amigos comunes y familiares más cercanos, que se celebraría varios pueblos al sur de Newburyport el primer fin de semana de julio. Alexandra está casada y tiene dos hijos y, posiblemente por ello, abordó los preparativos (casi como para una boda) con más sangre fría que yo, que jamás había organizado un gran evento; en mi obsesión por ultimar hasta el detalle más ínfimo, el colmo llegó cuando traté de buscar el emblema perfecto.

Tenía que ser sencillo, decidí, y náutico (un ancla, un clíper, un cangrejo), pero también un símbolo, representativo de la transición, una puerta que se abre mientras otra se cierra (Jano), o tal vez a horcajadas entre dos mundos (un centauro, un minotauro), pero, por supuesto, femenino (una arpía no, ¿una valquiria?).

Tardé tanto en llegar a lo evidente que mis preparativos finales fueron todavía más frenéticos. La víspera de la fiesta me empeñé en recortar una sirena en linóleo (una habilidad que había puesto en práctica por última vez siendo monitora en un campamento de la YWCA, el verano antes de la universidad), llené un cacharro de tinta negra y me puse a estampar su silueta sinuosa sobre cuarenta paños de cocina de algodón a rayas rojas, uno para cada invitado, mientras mi nuevo novio, S., iba pegando diligentemente sobre cajas de cerillas pegatinas caseras con la sirena, algo alarmado, como

reconoció más tarde, al ser testigo de lo que ocurre cuando, como mi familia lleva años diciendo, se me mete algo entre ceja y ceja.

El corazón me bullía. ¿No había soñado de pequeña con ser una sirena y, de pronto, ya lo era? Nunca antes me había sentido tan entre dos aguas: con un pie en la juventud y otro en la adultez media; enamorada pero viviendo sola; en una realidad medio invisible, medio estadística,^[1] ya que en el transcurso de mi propia vida las filas de mujeres (y hombres) sin casar habían crecido a una velocidad de récord y su cifra había convertido lo que cuando yo tenía veintipico se veía como un estado marginal en una realidad demográfica tan abrumadora que ya no era posible cuestionar nuestra existencia.

A la mañana siguiente, Martha, una amiga de la infancia que se había reinventado como cocinera para banquetes, llegó con varios cubos llenos de langostas y almejas. Nuestra amiga Alison, anticuaria, cubrió las mesas que habíamos alquilado con manteles a cuadros blancos y negros y candelabros de plata. Al igual que yo, y como todas las invitadas a la fiesta menos una, las dos eran sirenas sin casar.

Sin duda me estaba arrojando hacia una revelación contra viento y marea, pero salió bien. La noche estaba despejada y era cálida. Al observar a mi familia mezclarse con amigos de todas las etapas de mi vida, algunos a quienes conocían de siempre y otros a quienes no habían visto jamás, empecé a notar un cambio de percepción, una consciencia cada vez mayor de que poseía no sólo un futuro, sino también un pasado. Era una sensación casi física, como si todo aquello que hubiera pensado o hecho se hubiera bordado en la larga cola de un vestido que ahora se arrastraba tras de mí allá adonde yo fuera.

Cuando miré hacia atrás para contemplar aquella proeza de magia sobre seda, allí estaban los espectros de mis cinco despertadoras, sujetándola en el aire.

Hasta entonces no había considerado a aquellas cinco mujeres como grupo y, a lo largo de las semanas que siguieron a la fiesta, me di cuenta de que no podía dejar de hacerlo. La mayor había nacido en 1860; la más joven, en 1917. Una era irlandesa, pero todas habían pasado su vida adulta en Estados Unidos (al menos, el principio de la vida adulta; una salió pitando a Francia cuando tenía cuarenta y pico). Aunque todas eran escritoras de distinta índole, no habían hecho amistad entre ellas.

Estas mujeres llevaban conmigo más de una década y aún seguían siendo sobre todo abstracciones, espectros confinados al santuario invisible que existe entre el lector y la página, como si no hubieran sido en algún momento personas reales que caminaron sobre esta misma tierra para bregar con sus propias y particularísimas circunstancias personales e históricas.

El descubrimiento de que Edna Millay había paseado realmente por las calles de Newburyport, el único lugar con el que siento una conexión intensa y visceral, como si no fuera sólo mi ciudad natal, sino un miembro fantasma, encendió en mí el deseo de resucitar, por así decirlo, a mis cinco despertadoras. Conocerlas, conocerlas de verdad (visitar sus casas, leer sus cartas, oler sus perfumes) era una tarea que llevaba mucho tiempo postergando. No estaba segura de lo que averiguaría visitando la casa de Edna, por ejemplo, pero teniendo en cuenta lo sensible que soy ante lo que me rodea, sabía que de algún modo me ayudaría a profundizar en el conocimiento de quién había sido.

Conduje en silencio la primera hora del viaje; la maraña de salidas e incorporaciones que aísla Nueva York del resto del estado exige una atención de militante al GPS, pero, en cuanto llegué a la autovía, encendí la radio y fui recorriendo las emisoras: un viaje por el cancionero norteamericano.

La misma rayuela de casualidad e instinto me había llevado a toparme con mis cinco despertadoras y, hasta mucho después de pasar New Haven, estuve sufriendo una variante de fobia al

compromiso, o remordimiento del comprador, al hacer repaso de todas aquellas que podrían haber sido, músicas, artistas y pensadoras tan interesantes como las que había elegido.

Este planteamiento *ad hoc* había descartado multitud de candidatas perfectamente aceptables. Por ejemplo, Mary McCarthy, la encarnación imaginaria de muchas niñas ratón de biblioteca, aunque una mañana me sorprendí frente al espejo del baño pensando en un pasaje de sus *Intellectual Memories* [Memorias intelectuales] como si fuera mío: «Estaba siendo ya algo bastante alarmante. Un día caí en la cuenta de que en veinticuatro horas me había acostado con tres hombres distintos... No me sentía promiscua. Tal vez nadie se sienta promiscuo».

Pero al pasar de Connecticut a Massachusetts, recordé que McCarthy a) se había mostrado un pelín demasiado fría e impasible en un momento en el que yo necesitaba calor y b) se crio en Seattle y Minneapolis, dos ciudades de las que no sabía nada de nada.

Mis cuatro mujeres nativas tenían fuertes vínculos con Nueva Inglaterra.

Además, decidí, ¿no es así como funciona tan a menudo el enamoramiento? Un extraño aparece de la nada y se convierte en una estrella fija en tu universo. Mi susceptibilidad ante la aparente poesía del azar es tanto una bendición como una maldición.

Ya bien entrada la noche, cogí la salida para Newburyport y seguí por High Street, un amplio bulevar de hermosas casas de los siglos XVIII y XIX, hacia el centro de la ciudad. Como cabía esperar, los edificios que tanto había frecuentado en mi juventud estaban justo donde los había dejado. El instituto de Newburyport, de aspecto engañosamente ennoblecido. La diminuta farmacia Lynch, con sus tejas de madera, donde siempre me saludaban por mi nombre. La iglesia de Saint Paul, donde montaron la guardería Montessori a la que fui de pequeña y donde, más tarde, se celebró el funeral de mi madre. La bonita fachada de ladrillo rojo de mi colegio.

Cuatro de mis cinco despertadoras eran pelirrojas.

Hasta estar conduciendo por la deslumbrante ciudad blanca en la que nací no me di cuenta de que las únicas características que las cinco mujeres tenían en común eran una relación muy ambivalente con la institución del matrimonio, la oportunidad de materializar esta ambivalencia y ser blancas (rasgos estos, podría decirse, inseparables unos de otros). En la época por la que me sentía atraída (sobre todo, el paso del siglo XIX al XX), poquísimas mujeres de color tuvieron el privilegio de escribir y publicar y, por lo tanto, de hacerse oír pasado el tiempo.

Y entonces el pensamiento se detuvo, la memoria motriz cogió el relevo y giré a la izquierda para entrar en nuestra calle, aparqué en el camino de acceso y paré el motor.

La casa estaba a oscuras, ya no es un hogar. En 1990 empezó a vaciarse: primero yo, luego mi abuela, luego mi hermano pequeño y, por último, mi madre. Tras su muerte, mi padre podría haber vendido fácilmente este vestigio de su vida anterior (un edificio de tres plantas, construido originalmente para dos familias por dos hermanos a principios del siglo XIX, con el sabor añejo de Nueva Inglaterra), y durante mucho tiempo, traté de hacerme a la idea de que tarde o temprano mi padre acabaría vendiendo esa casa.

Así que me sentí aliviada pero también algo horrorizada cuando, en lugar de deshacerse de ella, mi padre dejó su despachito de abogados del centro y colonizó lo que había sido el comedor, el salón y el dormitorio de mi difunta abuela para convertirlos en su oficina y montar en la primera planta su propio bufete. Incluso colgó un cartel de plástico de ABIERTO/CERRADO en la puerta principal, bajo el timbre original de latón, que aún emite un trino ronco al girar la palomilla. Eso fue en el año 2000.

En esa casa la noche siempre parece caer grisácea, nunca totalmente negra; conozco todos sus rincones tan al detalle que veo el papel de la pared y los muebles hasta cuando nos los veo. Arriba, cuando encendí la lamparita de color melocotón con su pantalla

abollada, mi habitación se despertó con un parpadeo: un pequeño espacio blanco abuhardillado, un burdo volante de encaje rasgado en la ventana (clavado con chinchetas desde la época del instituto), pilas desordenadas de libros y revistas antiguas, los tablonces de madera del suelo, anchos y viejos, mates por el polvo: no es que fuera gran cosa.

Pero cuando dejé la maleta en el suelo y empecé a desnudarme, los oídos se me hicieron al silencio seductor que sólo se encuentra en las bibliotecas y los dormitorios infantiles —un silencio ajetreado, que casi inducía al trance, un zumbido acallado, como si todos aquellos libros y revistas abandonados bulleran en otra frecuencia luchando por que alguien los usara—, hasta que lentamente el silencio se convirtió en una realidad.

He llegado a pensar que, al igual que el abandono en la infancia marca al futuro adulto, nuestras primeras experiencias de soledad placentera nos enseñan a estar cómodos con nosotros mismos y conformar las condiciones en las que la buscamos. Para mí era estar sola en aquel dormitorio, leyendo o haraganeando, con un oído siempre puesto en la orquesta de la vida hogareña. Al meterme entre las sábanas, aquel estrépito perdido resonó con toda su reconfortante familiaridad. Cuando apagué la lámpara, parecía incomprendible que alguna vez hubiera ocurrido algo trascendente más allá de ese diminuto pináculo.

Zarpar hacia la oscuridad desconocida del sueño en una habitación que ha sido «mía» casi toda la vida es uno de los mayores lujos que conozco. Como Edna Millay dijo una vez sobre una isla que amó: «Allí el pensamiento se destrenza y la mente se hace una».

Cuando salí para la casa de Edna a la mañana siguiente, ya era casi mediodía y las calles estaban vacías y calurosas; a esas horas, con todo el mundo encerrado en su lugar de trabajo, una población pequeña está casi tan tranquila como de noche.

Apenas diez minutos a pie separan la casa de mi infancia de la que habitó Edna, así que, antes de darme cuenta, ahí estaba: de estilo federal clásico, blanca con postigos verdes, tres plantas, tejado plano. El estar pegada a la acera, sin una franja siquiera de jardín delantero, le da un aire amenazador, como cuando alguien se te acerca demasiado al hablar.

Crucé la calle para poder verla mejor. Antes me daba vergüenza quedarme embobada ante las casas de los famosos; sentía que aquello era como mirar la adaptación cinematográfica de una novela sin haber leído jamás el libro, pero ahora sé que una casa es un libro, sólo que no de los que estamos acostumbrados a leer.

Aquel libro parecía la historia de un traje de gala prestado. La madre de Edna, Cora Buzzell, nació en Belfast, Maine, en 1863; conoció a Henry Millay y se casó con él en 1889 y pronto dio a luz a tres hijas, tras lo cual las diferencias entre la pareja (ella era responsable y trabajadora, él no) se hicieron demasiado evidentes como para poder pasarlas por alto. En 1901, a sus treinta y ocho años, Cora se había dado cuenta de que su marido traía más problemas de los que merecía la pena soportar y se llevó a su prole a Newburyport, donde vivían sus hermanos. Por aquel entonces Edna, la mayor de sus hijas, tenía ocho años. De las distintas casas por las que fueron dando tumbos en la ciudad, ésta es la única que aún sigue en pie. Era la más bonita que Edna había conocido o que conocería jamás, al menos hasta ser adulta.

«¡Ah! —me dije—, éste es el objeto de mi viaje.»

Newburyport se fundó en el siglo XVII allí donde el río Merrimack vierte sus aguas en el océano Atlántico y prosperó como astillero en la década de 1850; el sistema de clases original de esa época de esplendor está plasmado en la arquitectura. En la parte más alta está High Street, la calle principal, un desfile de grandiosas mansiones coronadas por cúpulas que construyeron los adinerados capitanes de barco. Entre esta calle y el río está la abigarrada parte central —las calles que recorrí desde mi casa hasta la de Edna—, un

entramado de casas de listones de madera, grandes y pequeñas, construidas por cordeleros y herreros, comerciantes y destiladores. La clase más baja —mozos y estibadores— estaba recluida a lo largo de la ribera, en un poblado infestado de ratas compuesto por sórdidas pensiones (más tarde demolido y transformado en zona verde).

Por mis lecturas, yo sabía que, de adultas, Edna y yo apenas habíamos tenido nada en común, pero que de niñas habíamos sido muy parecidas: muy sensibles a lo que nos gustaba y lo que no, imaginativas pero no soñadoras, como suele significar ese primer adjetivo, y, en el mejor sentido de la palabra, algo mandonas. Si yo entendí cómo funcionan las clases paseando por las calles de esta ciudad, ella también debió de aprender eso mismo. Su casa, al igual que la mía, está a la vuelta de la calle principal y, sin llegar a ser ostentosa, es bonita; una casa podría decirse que majestuosa y de la que una podía sentirse orgullosa.

Cuanto más miraba aquella casa de Edna, más claro lo veía: el modelo de la que compraría en 1924 y la distancia que recorrería como persona; esa casa, también, sería de estilo federal, también blanca con postigos verdes, aunque sobre casi trescientas hectáreas de terreno en el estado de Nueva York, cerca de la frontera con Massachusetts. El parecido era asombroso, incluso en el delicado montante de cristal que remataba la puerta principal.

Al cabo de un rato salí de mi embobamiento y me di la vuelta. Mientras caminaba por las viejas aceras de ladrillo, combadas por las raíces de los árboles y deformadas por las olas de frío, me pregunté qué podría revelar sobre mí a un extraño la casa de mi infancia. Nunca deja de sorprenderme la facilidad con que creemos conocernos cuando, en realidad, nos conocemos tan poco.

Cada uno de nosotros es un museo que abre sus puertas en el momento en que nacemos y tiene a la memoria como único conservador. ¿Cómo es posible que un personal formado por un solo

empleado esté al tanto de todos estos fondos? En cuanto ocurre algo, ese acontecimiento se relega al pasado y hay que etiquetarlo, clasificarlo y guardarlo en el fichero correspondiente. Y con este incesante aluvión de papeleo, no es de extrañar que tengamos un control tan laxo sobre el presente. Así pues, el conservador se enfrasca en su trabajo junto a nosotros en la oscuridad, desprovisto de la información necesaria para comprender de verdad quiénes somos; la persona es inseparable del contexto.

Tomemos como ejemplo el tema que nos concierne: la mujer soltera. En el museo de tu mente, tus ideas conscientes sobre ella ocupan un lugar destacado. Se trata de una exposición muy bien concebida, pues cuenta con una sala de proyecciones para ver películas y programas de televisión antiguos (*Ally McBeal*, *Living Single*, *The Mary Tyler Moore Show*, *Murphy Brown*, *Sexo en Nueva York*), una colección de anuncios de revista amarillentos colgados en las paredes, auriculares para escuchar grabaciones de todas las conversaciones al respecto que has mantenido con tus amigos y (cuando hayas leído este libro) una fila impecable de vitrinas con datos y cifras escritos sobre cartelas junto a diarios y misivas que datan de la mismísima fundación de Estados Unidos. ¡Impresionante!

Pero el conservador olvidó comprobar la cámara acorazada del sótano, allí donde todas las actitudes sociales sobre las solteras que has heredado de toda la gente que has conocido, especialmente tus padres, se desparraman de los armarios y llegan a cubrir el suelo. Y eso no es todo. En el mostrador de la entrada hay un informe sin abrir, recién llegado de un comité de expertos, en el que se recopilan todas las estadísticas actuales sobre las solteras de Estados Unidos,^[2] y eso significa que vas a necesitar una nueva vitrina.

El gráfico tiene forma de uve: el año 1890 se sitúa sobre el palito izquierdo y el año 2013 sobre el palito derecho. El total de solteras en Estados Unidos comienza con un 34 por ciento en 1890, va

descendiendo un punto porcentual por década hasta llegar al vértice de la uve (17 por ciento en 1960) y vuelve a subir cada vez más, dos puntos por década, hasta el 53 por ciento del año 2013.

Todos los años trato de releer el fino volumen de Doris Lessing *Las cárceles elegidas* (un librito polémico cuyo origen fue una serie de conferencias), de 1987. En el libro, esta «narradora de la épica femenina», como la describió la Academia Sueca al concederle el Premio Nobel de Literatura en 2007, nos recuerda lo difícil que es desvincularnos de las emociones de la masa y de las condiciones sociales de la época en la que nacemos; cada uno de nosotros, hombres y mujeres, «es parte de las grandes ilusiones reconfortantes y parte de las ilusiones que cada sociedad utiliza para mantener su confianza en sí misma».

Varias páginas más adelante escribe: «En realidad, muy pocas personas son felices solas y éstas suelen ser consideradas excéntricas o egoístas o algo peor por sus vecinos. La mayoría no puede soportar la soledad durante mucho tiempo. Siempre se están buscando grupos a los cuales pertenecer y, si un grupo se disuelve, se busca otro. Aún somos animales de grupo y esto no tiene nada de malo, pero [...] lo peligroso no es pertenecer a un grupo o unos grupos, sino no comprender las leyes sociales que gobiernan los grupos y nos gobiernan a nosotros».

Para entorpecer aún más el autoconocimiento, existe la teoría de que los seres humanos carecemos de imaginación para «recordar» nada que se remonte a una o dos generaciones anteriores a la nuestra, lo que limita nuestra memoria histórica a las épocas de nuestros padres y abuelos. Ésta puede ser la razón por la que la llamada «edad dorada» de los cincuenta y primeros sesenta se siga cerniendo de esta manera sobre nuestra conciencia contemporánea y nos fuerce a muchos a creer que la institución del matrimonio siempre ha sido y siempre será así. No somos capaces de ver, a través del denso seto de normas y expectativas, las décadas precedentes.

La otra cara de esta suposición colectiva es que a la mujer soltera siempre se la ha estigmatizado como una solterona vieja y solitaria con demasiados gatos, por ejemplo. En los años cincuenta sí fue denigrada, sin duda alguna, del modo en que se estigmatiza a todas las minorías, para ratificar las opciones de la mayoría, pero ésa fue sólo una de las versiones de la solterona en su siempre cambiante reputación. Las percepciones que de ella se tienen han fluctuado de forma tan salvaje a lo largo de las décadas que nunca ha sido sólo un ser vivo, sino, además, un imán para las actitudes que se han mantenido hacia la mujer en general. Es altruista: la Dama de la Libertad, Florence Nightingale, la Madre Teresa. Es excéntrica y encantadora: Mary Poppins, Holly Golightly, la tía Mame. Es fuerte: Rosie la Remachadora, la Mujer Maravilla, Juana de Arco.

Esto también significa que, a pesar de no ser pocas, las solteras se consideran siempre una anomalía, una aberración con respecto al orden social. Si juntamos todos sus disfraces, obtendremos una Hidra de Lerna, cargada de innumerables proyecciones y suposiciones. (En 2006, la doctora en psicología social Bella DePaulo acuñó el término *singlism* [solterismo] para referirse a la «estereotipación, estigmatización y discriminación de las personas que están solteras».)

Mientras pensaba en Edna Millay y su madre, me di cuenta de que no estaba segura siquiera de lo que es exactamente una mujer soltera. Sin casar, por supuesto. Pero éramos tres mujeres sin casar (contándome a mí misma), en un barrio, en épocas diferentes, con diversas edades y en distintas fases de la vida: ¿todas éramos solteras?

La joven Edna no, claro está; cuando se fue de Newburyport sólo tenía doce años, no era más que una niña, pero un momento... En la época de Shakespeare, la capacidad reproductiva equivalía a la madurez; Julieta tenía trece años cuando se casó con Romeo. ¿Con qué edad se consideraba mujer una niña en Estados Unidos a principios del siglo XX? Para averiguarlo recurrí a Stephanie Coontz,

historiadora sobre el matrimonio: en todo el siglo XIX, la edad de consentimiento sexual en la mayoría de los estados era diez, once o doce años (siete en Delaware), pero, afortunadamente, a finales de siglo los reformistas sociales ya habían aumentado esa cifra a entre dieciséis y dieciocho.[3]

La madre de Edna y yo rondábamos los cuarenta; pero yo, a diferencia de ella, nunca me había casado ni, por lo tanto, divorciado. ¿Una divorciada es soltera? ¿Y qué pasa con las viudas, ellas cuentan?

Dado que históricamente las mujeres solteras y las casadas han tenido derechos distintos, pedí a mi padre que consultara su *Black's Law Dictionary*, el diccionario jurídico más usado en Estados Unidos. No contiene ninguna entrada sobre «mujer soltera», aunque sí el muy glamuroso latinajo *feme sole*: «mujer soltera, incluidas las que han estado casadas pero cuyo matrimonio se ha disuelto por causa de muerte o divorcio y, a la mayoría de efectos, aquellas mujeres que están jurídicamente separadas de sus maridos». (Nótese que incluso las leyes definen a una mujer soltera por aquello de lo que carece.)

DePaulo profundiza en esa definición de soltera. Sostiene que se está «socialmente soltera» si se mantiene una relación sexual o sentimental con alguien pero ninguna de las dos personas se considera pareja o no cumple la definición que da la sociedad al hecho de estar en pareja (que varía de la exclusividad a la cohabitación). Por otro lado, se está «personalmente soltera» si una se considera a sí misma soltera, incluso aunque esté en pareja.

El que estas definiciones se puedan aplicar a hombres y mujeres por igual podría parecer sugerir que la soltería es igual para los dos sexos, pero no es eso lo que indican los sinónimos anticuados que siguen vigentes. *Bachelor* [soltero] designaba originalmente a los hombres que ejercían una categoría inferior en profesiones tan exigentes que les impedían casarse. En la Francia del siglo XIII designaba, por ejemplo, a un estudiante de teología que aún no

había logrado el título de maestro. Alrededor del año 1300, la palabra pasó al inglés para describir a los hidalgos. Mucho después, los casamenteros victorianos se apropiaron del término y le añadieron *eligible* [casadero] para designar a los hombres sin casar dotados de riqueza y *confirmed* [empedernido] para los que querían seguir en esa situación. A finales del siglo XIX, el término ya se había neutralizado y significaba simplemente «hombre no casado» como en la actualidad.

La voz *spinster* [solterona] sigue una trayectoria inversa. Surgió en la Europa del siglo XV como forma honorable de describir a las chicas, en su mayoría sin casar, que se dedicaban a hilar como medio de vida (una de las profesiones más respetables a las que podía aspirar una mujer). En el siglo XVI, el término se había extendido ya para incluir a cualquier mujer sin casar, fuera hilandera o no.^[4]

No fue hasta la época de las colonias americanas cuando *spinster* pasó a ser sinónimo del término en inglés británico *old maid* [moza vieja] en un acto de menosprecio que invoca cruelmente a *maiden* [doncella] para indicar que esta versión madura no ha superado nunca su estado virginal y está ya tan lejos de la plenitud de la vida que jamás lo hará. En un momento en el que la procreación era necesaria para contar con población suficiente, el imperativo bíblico de «creced y multiplicaos» se vivía con una especial urgencia y como, por supuesto, sólo las esposas tenían permitido practicar sexo, los colonos consideraban a las mujeres solitarias algo pecaminoso, una amenaza para la sociedad. Si una mujer seguía sin casar a los veintitrés años, se convertía en una *spinster*, una solterona. Si a los veintiséis aún no se había casado, se la tachaba de *thorn-back* [mantarraya], una especie de pez plano y espinoso; un comienzo desalentador para el largo proceso americano de sentirse cómodo con la idea de la existencia de mujeres autónomas. Durante los juicios de Salem, en 1692, de las casi doscientas personas acusadas de brujería (todas ellas procedentes de los pueblos

agrícolas y las poblaciones costeras entre las que crecí), la mayoría eran mujeres adultas que vivían en los márgenes de la sociedad, ya fueran madres solteras pobres o viudas cuya riqueza despertaba envidias.[5]

De hecho, yo me he criado en un territorio de solteronas. A lo largo del siglo XIX, Nueva Inglaterra albergó a más mujeres solteras que ningún otro lugar del país; la mayor proporción se dio en Massachusetts: más del doble que en todo el conjunto del país. Ello se debió en gran medida al ingente número de bajas causadas por la Guerra de Secesión que, por supuesto, asoló todo el país; históricamente, las guerras hacen que la población de mujeres solteras alcance unos valores máximos altísimos. (En la antigua Roma, las repetidas campañas militares agotaron de forma tan drástica la cantidad de hombres libres casaderos que algunas solteras trataron de casarse con esclavos, lo que suscitó una enorme resistencia en la población.) Pero otros factores —la maltrecha economía de la posguerra, que dificultaba a los hombres conseguir un empleo y casarse pronto; una devoción nacional por los logros intelectuales y literarios, que se extendió a las mujeres— crearon un ambiente social en el que se permitía florecer, un poco, a las mujeres solteras.

Muy poca gente, si la hay, utiliza en serio hoy en día el término inglés *spinster*, pero todos sabemos lo que significa. *Oxford English Dictionary*: «Mujer sin casar, sobre todo una mujer de edad avanzada de quien se considera que es improbable que se case». *American Heritage Dictionary*: «Generalmente ofensivo. Mujer, sobre todo de edad avanzada, que no se ha casado». El diccionario de mi MacBook Air: «Mujer sin casar, por lo general de edad superior a la habitual para el matrimonio. Nota sobre el uso: en el inglés cotidiano moderno, no es posible emplear el término para designar simplemente a una mujer sin casar; en la actualidad, siempre es un término despectivo, que hace referencia o alude al estereotipo de una mujer mayor sin casar, sin hijos, remilgada y reprimida». Sólo

el *Black's Law Dictionary* ofrece una definición neutra: «Añadido que se hace en procesos judiciales y en transmisiones de la propiedad a una mujer que nunca se ha casado».[6]

Emprendí el viaje de vuelta a casa el mes que cumplía los cuarenta (la versión de mi época de la mantarraya irredenta).

En la Antigua Roma siempre había varias vírgenes vestales protegiendo el fuego sagrado de Vesta, la diosa del hogar. Se seleccionaban para el sacerdocio antes de la pubertad y juraban mantener el celibato durante treinta años. Una vez cumplido el servicio —por lo general, a mitad de la treintena y nunca más tarde de los cuarenta años—, recibían una pensión y eran libres de hacer lo que quisieran, incluso contraer matrimonio. Casarse con una antigua vestal constituía un símbolo de estatus social muy codiciado.

Mis cinco despertadoras me habían traído hasta aquí. Tal vez había llegado el momento de poner sobre el papel todo lo que me habían enseñado y luego seguir avanzando en esta década por mis propios medios.

2

Deseos de solterona



Nancy O'Keefe Bolick, 1968.
fotografía cortesía de Kate Bolick.

El relato de cómo encontré a mis cinco despertadoras es una historia real sobre una serie de ficciones —auténticos deseos y expectativas satisfechas, confusos anhelos y secretas medias verdades— que confluyen en la elaboración de la propia vida y sobre las formas en que la fantasía y la realidad coexisten. Cuando me puse a escribirlo,

di por sentado que empezaría por mi primera despertadora y que continuaría a partir de ella, sólo para descubrir un prelude que conducía hasta aquel gran acontecimiento, una antecámara de los deseos, tanto de mi madre como míos propios, que es donde la historia comienza de verdad.

Mi madre me dijo una vez que, de niña, acostumbraba a tumbarse en la cama e imaginar al hombre con quien se casaría algún día. ¿Dónde se encontraba en aquel preciso momento? ¿En qué estaba pensando? ¿Qué aspecto tenía? ¿Cuándo se conocerían? A veces se colaba en el patio trasero y se abrazaba a un árbol para practicar.

Conoció su destino en febrero de 1968, el mes en que cumplió veinticuatro, en una estación de esquí de Pensilvania. Se estuvieron espiando el uno al otro mientras hacían la cola del telesilla: un joven guapo de pelo rizado, con un pañuelo blanco de seda adorablemente fuera de lugar (se crio en Carolina del Norte y nunca había ido a esquiar); una morena con curvas vestida con un mono de esquí de color verde manzana (de Nueva Inglaterra y acostumbrada a las pistas). Más tarde, ya de vuelta en el refugio, se pusieron a flirtear mientras tomaban un chocolate caliente y descubrieron que los dos vivían en Washington, D. C., donde ella trabajaba para el recién creado Job Corps^[7] y él era agente de inteligencia del ejército y estudiaba chino mandarín. Él le pidió el teléfono y ella le dijo que estaba en la guía. A él le gustó su descaro. Se casaron en una pequeña capilla justo a las afueras de Newburyport once meses más tarde (alarmantemente pronto según mi perspectiva de adulta, pero aquello era lo habitual en la época).

De niña, me volvía loca por conocer las historias de sus años de recién casados, más románticos imposible, y pedía tantas veces que me las contaran que al final era capaz de repetir los detalles palabra por palabra, desde los diálogos hasta los cambios de vestuario.

Sin embargo, cuando empecé a pensar en serio en mis cinco despertadoras, me di cuenta de que, desde un punto de vista

demográfico, mis padres habían tomado una serie de decisiones muy ordinarias en un momento extraordinario de la historia, lo que supuso para mí un ejemplo muy práctico para entender las tendencias maritales en la segunda mitad del siglo XX.

Hacían una buena pareja: ella le daba a él la estabilidad que ansiaba, al tiempo que compartía sus aventuras; él era atento y comunicativo, al contrario que el padre de ella, un hombre hosco que fumaba puros. Justo después de la boda, a él lo destinaron a Okinawa para ocupar un puesto de las Fuerzas de Operaciones Especiales en Asia para el que hacía falta hablar chino; enmarcado y colgado de la pared, en nuestra casa de Newburyport, está el telegrama que envió un mes después:

TENGO BUNGALÓ ACOGEDOR ENVÍA PODER NOTARIAL TE QUIERO DOUG.

Vivieron fuera de la base, en un barrio de Okinawa, hasta que a él lo enviaron a Vietnam. Ella volvió con sus padres y consiguió trabajo en Newburyport de profesora de lengua (en el mismo colegio al que había ido Edna Millay de niña, demolido hace ya mucho). Tal y como me contó mi padre después, fue «una época apasionante, de muchas emociones. Vientos de guerra, despedidas, permisos, angustia».

En julio de 1971, mi padre terminó su año de servicio militar y volvieron a Washington, D. C. para que él pudiera empezar los estudios de Derecho con el programa del G. I. Bill; [8] ella encontró trabajo en el Consejo para Niños Especiales, un grupo de presión. En julio de 1972, nací yo, seguida de mi hermano, Christopher, cuatro años y un día después; en 1977, nos mudamos a Newburyport, donde mi padre abrió su despacho de abogados en el centro y mi madre volvió a la docencia.

No puedo evitar sorprenderme cada vez que veo las cifras. En 1890, sólo el 54 por ciento de todas las unidades familiares eran parejas casadas. En 1950, ese número había aumentado hasta el 65

por ciento. Para cuando mis padres se casaron, el 80 por ciento de sus coetáneos estaba en su misma situación.

Terminar los estudios, salir de casa, empezar a trabajar, casarse, tener hijos: hasta hace muy poco, esta progresión tan bien definida se daba por sentada como vía rápida hacia el sueño americano, pero, de acuerdo con la conocida reflexión que hacía Betty Friedan en 1963 con *La mística de la feminidad*, incluso entonces había grietas en el pavimento. En un sondeo de 1962 especialmente revelador, la mayoría de las esposas afirmaban ser felices, pero sólo el 10 por ciento quería que sus hijas las imitaran. «Espera un poco más antes de casarte —decían entre susurros—. Vive un poco, ve a la universidad.»

Y eso fue justo lo que pasó. En 1970, la cifra de unidades familiares formadas por parejas casadas se había desplomado hasta el 61 por ciento. Entre 1966 y 1979, las tasas de divorcio se duplicaron.

Cuando mi madre me crio a mí, ya no hacía falta hablar entre susurros. La segunda ola del movimiento feminista que surgió a finales de los sesenta se había hecho gigante a principios de los setenta; se propagó rápidamente más allá de los grandes núcleos urbanos hasta las pequeñas poblaciones. Newburyport no era lo que se dice un caldo de cultivo para el feminismo, pero mi madre encontró una cierta hermandad en la sección local de la Liga de Mujeres Votantes y, en 1980, cuando tenía treinta y seis años, asumió su presidencia. «Si es que decides tener hijos», me decía en cuanto yo fui lo bastante mayor para empezar a pensar en esas cosas.

Una vez me sorprendió con la confianza de que uno de los momentos más dichosos de su vida fue cuando tenía veintiún años, pocos antes de conocer a mi padre, e iba conduciendo por la autovía con su Volkswagen escarabajo sin más destino que el que le apeteciera tener. «Tenía mi coche, mi trabajo, toda la ropa que se me antojara», recordaba con melancolía. De haber nacido sólo un

poco más tarde, podría haber disfrutado una década entera de aquella vida sin trabas.

En lugar de ello, dejó a un lado sus propias ambiciones, crio a dos hijos y, ya a mitad de la treintena, empezó a abrirse camino hacia el trabajo que le gustaba, sólo para descubrir que tenía un montón de cosas con las que ponerse al día. Su familia la hacía muy feliz, pero también se sentía frustrada, y esa tensión ejerció una influencia enorme sobre la adulta en que yo me convertí.

Cuando yo era adolescente, mi madre escribió un relato breve sobre aquella vez que un vecino me había observado mientras caminaba por la calle y me lo dio como parte de mi regalo de graduación del instituto. «Kate tiene su porte —le había dicho el caballero—, sus mismos hombros estrechos bien erguidos.» A mi madre le encantó la comparación y dedujo que, cuando ella ya no estuviera entre nosotros, perviviría a través de mí, en mi propia postura. Le dije que me encantaba su texto, pero lo cierto era que no me hizo ninguna gracia. ¿De verdad? ¿Acaso yo estaba condenada a parecerme a ella para siempre?

Si eres hija, la cara de tu madre es tu primer espejo y, si compartes sus rasgos —en nuestro caso, ojos y pelo castaños, una buena cantidad de pecas, una complexión menuda con esos «hombros estrechos bien erguidos»—, seguramente adoptarás sin darte cuenta su misma autoestima. Mi madre se consideraba normal, si no del montón, y yo pensaba lo mismo tanto de ella como de mí. Hablaba de una forma tan vívida de su difícil adolescencia que no me costaba nada imaginarme a aquella jovencita apocada (en mi mente, ella aparecía siempre apoyada sobre una fila de taquillas en el instituto de Newburyport —además del aspecto compartíamos *alma mater*—, el pelo lacio y sin gracia, terriblemente sola, con un vestido a cuadros que no le quedaba nada bien). A pesar de que yo no podría haber sido más diferente, extrovertida y atlética, esta gemela fantasma iba conmigo allá donde fuera. Una de las anécdotas

familiares favoritas era la de cuando la tutora, consternada por las terribles notas de mi madre, le recomendó que solicitara el ingreso en la escuela de peluquería y estética. «¡Pero si yo ni siquiera me cepillo el pelo!», se había quejado mi madre.

La gracia añadida del chiste era lo bien que mi madre había dejado atrás a aquella niña triste y desventurada para convertirse en una mujer a quien las demás admiraban y describían como una persona fuerte. En la adolescencia, y aún en la veintena, la atormentaban las dudas y la inseguridad sobre sí misma, pero, de pronto, a los treinta y cuatro años, dio un giro de ciento ochenta grados: dejó el trabajo de profesora de lengua en el instituto y convenció a *The Newburyport Daily News* de que la contratara como editora pese a su falta absoluta de experiencia en el sector. Dos años después dejó su trabajo a jornada completa y se reinventó como periodista *freelance* para escribir relatos de viaje que se publicaban en revistas y periódicos nacionales. Como mi padre trabajaba por cuenta propia, podía mantener la casa en funcionamiento mientras ella viajaba a Grecia o Alemania o adonde la mandaran.

A los treinta y nueve años (yo tenía diez), mi madre se descubrió un bulto en el pecho y se sometió a una mastectomía. La operación salió muy bien y la cicatriz le recordaba diariamente que debía vivir de forma más plena y valiente que antes. Durante la convalecencia redobló su trabajo de *freelance*: asumía temas más difíciles, hablaba sobre cuestiones sociales importantes y publicaba libros de historia destinados a jóvenes adultos. Su auténtica ambición era publicar ficción algún día; en el poco tiempo libre que le quedaba, se dedicaba a escribir relatos cortos y se metió en un grupo de escritura.

En 1990, mi último año de instituto, se presentó al comité escolar de la ciudad. A veces la acompañaba en sus paseos por las calles de Newburyport para llamar a las puertas y dejar folletos. Todo el mundo comentaba lo mucho que nos parecíamos. Su fotografía de campaña mostraba una versión más severa y elegante

de la madre cálida y generosa que yo conocía: el pelo corto cepillado en un peinado sin tontería alguna, rímel para iluminarle los ojos, los labios carnosos cerrados en una línea resuelta. Guardaba su verdadero yo para la vida real: tras ganar, no se limitó a comunicar la victoria, sino que la compartió en una reunión pública en la que animó a otras mujeres a presentarse para el puesto y les enseñó cómo hacerlo.

Aun así, en el fondo, todos sabíamos que el cáncer podría reaparecer en cualquier momento.

En nuestra familia nos encantaba conversar, vivíamos para ello y, en principio, hablábamos sin tapujos sobre cualquier tema. Todas las noches, de muy pequeña, cuando mi madre o mi padre me arropaban en la cama, me acurrucaba entre las mantas y canturreaba mi frase favorita (aunque de gramática dudosa): «Hablemos de...». Hablemos de los libros que acabamos de leer o del paseo que dimos después de cenar o de lo que tomaremos mañana para desayunar. Tú me cuentas y yo te cuento. Cualquier cosa. ¡Todo! Toda relación cercana que he mantenido desde entonces, amigos incluidos, ha transcurrido por este río de conversación. Para mí, la cercanía era hablar.

Pero el único momento del año en que reconocíamos de verdad el tictac de la bomba de relojería que teníamos entre nosotros era el día de San Valentín, fecha en la que mi madre se enteró de que el cáncer iba en remisión. Aquélla era su fiesta (nosotros tres éramos sus invitados). Engalanaba la mesa y dejaba un regalito especial en cada plato –recuerdo especialmente un luchador de Siam rojo y azul que me dejó en una bolsa de plástico llena de agua– y, antes de comer, pronunciaba una especie de oración laica sobre lo agradecida que estaba de seguir viva, trabajando en lo que le gustaba, casada con el hombre al que amaba y viendo crecer a sus hijos.

Y, mientras mi madre hablaba, yo me miraba las manos sobre el regazo, deseosa de que acabara, avergonzada de mi impaciencia. Prefería no hablar de aquel tema.

Mi instituto, en el que reinaba una obsesión por el deporte, resultó ser una agradable distracción. Siempre me había gustado correr y se me daba muy bien; desde entonces, pocas cosas en la vida me resultan comparables al placer intenso de ganar una carrera de 800 metros. En el último curso era ya cocapitana de los equipos de atletismo y fútbol.

Allí donde mi madre había sido una adolescente inadaptada, yo era una mariposa social que revoloteaba entre los bailes del instituto y los partidos de fútbol de los viernes por la noche. Durante mi adolescencia, nuestras peores peleas estaban relacionadas con la ropa. Ay, cuánto ansié, allá por 1989, un par de vaqueros Guess blancos con cremalleras en los tobillos. Las objeciones de mi madre empezaron por el precio y lo poco práctico de la prenda y luego fueron directas a mi carácter: ¿cuándo se había convertido su hija, ¡su hija!, en una persona tan superficial, que sólo pensaba en aquellas frivolidades? Yo la miraba —en mi mente, siempre está congelada en su uniforme de zapatillas blancas gigantes, pantalones chinos sueltos, polo sin marca y jersey de cuello redondo sobre los hombros— y deseaba que se bajara del púlpito y, de una vez por todas, se preocupara de su propio aspecto.

Mi vida amorosa era igual de anodina. El primer año me enamoré de B., un chico que estaba ya en tercero (sus deportes eran el béisbol, el jòquei y el fútbol). Era listo, divertido y amable; mis padres lo acogieron como a uno más de la familia. Estuvimos juntos los cuatro años, hasta que me gradué.

En mi pequeña Facultad de Humanidades, en Maine, me volví a enamorar, esta vez de W. Cuando un amigo nos presentó en el comedor, en segundo curso, nos dimos la mano y una descarga eléctrica me sacudió el brazo. Una noche, poco después de conocernos, él se plantó en mi residencia y llamó a la puerta. Cuando abrí, no estaba tanto esperando de pie como en pausa, un colibrí volando en el sitio. Había venido a decirme que la luna estaba

increíble. Que tenía que ir a verla. Me eché el abrigo sobre el pijama y corrimos al exterior.

En nuestro primer verano juntos, pasábamos el tiempo libre en el granero reformado que había tras la casa de su familia, a las afueras de Boston, pintando y escribiendo (él), leyendo y escribiendo (yo), haciendo el amor, dando largos paseos por el huerto, recogiendo moras para los cereales del desayuno. Su madre tenía un pequeño rebaño de ovejas demacradas y un pavo real llamado *Dick* que chillaba como una mujer atada a las vías del tren (como suelen hacer los pavos reales). Yo quería cancelar mis planes de irme a estudiar a Irlanda aquel otoño, pero no lo hice y, al final, acabamos viéndonos bastante poco. Aquel octubre el cáncer de mi madre reapareció, y cuando volví a casa para su segunda mastectomía él me recogió en el aeropuerto y se quedó conmigo todo el tiempo. De vuelta al campus, ya en invierno, fuimos de esas parejas que siempre están juntos.

Pero aquello eran los noventa, no los sesenta. Yo quería a W. por motivos evidentes —su curiosidad y su ironía y sus enormes ojos azules— pero, como los dos queríamos ser artistas y estábamos terminando los estudios, empecé a notar una cierta fricción entre la intimidad que compartíamos y la autonomía que necesitábamos para convertirnos en las personas que deseábamos ser.

O que yo deseaba ser; él ya estaba bastante seguro de sí mismo. A mí aún me quedaba un largo camino por delante.

Después de graduarnos, W. y yo nos mudamos a costas opuestas — él, a la casa de veraneo de su familia, en Martha's Vineyard, y yo a Portland, Oregón— y mantuvimos la relación a distancia, con llamadas telefónicas y visitas y cartas (el acceso a Internet por módem estaba aún por llegar al gran público). Habíamos decidido que, mientras estuviéramos lejos, podíamos quedar con otras personas, siempre que no nos lo contáramos.

Yo mantenía también un contacto constante con mi familia. Mi hermano estaba disfrutando de su primer año de universidad en Nueva York. Mis padres trabajaban, quedaban con amigos y se dedicaban a actividades cívicas de Newburyport; rara era la noche en la que no estaban por ahí salvando el litoral o discutiendo las leyes de urbanismo. Ahora que el segundo episodio de cáncer de mi madre era ya por fin agua pasada, no había nada de lo que preocuparse e incluso se había presentado a la reelección el año anterior, una decisión la suya que enfureció tanto a la oposición — que en la primera legislatura había descubierto que mi madre no cedía al régimen, muy arraigado, de perritos leales— que llegó a recibir por correo amenazas de muerte reales. Chúpate ésa: ganó con el mayor triunfo de la historia electoral de la ciudad.

Conseguí una habitación en una casa enorme y ruinoso atestada de aspirantes a artistas en una calle de nombre preocupante (Failing Street [calle del fracaso]). Para pagar el alquiler me hice con cuatro trabajos a tiempo parcial: tres días a la semana era coordinadora de actividades en una librería Barnes & Noble; cuatro mañanas me encargaba de la caja en un restaurante de comida japonesa para llevar en un centro comercial; cuatro noches servía mesas en un restaurante mexicano, y algunos fines de semana sueltos trabajaba en una modesta revista literaria que me pagaba en martinis y clases de corrección.

En los días libres trataba de escribir poemas —yo quería ser poeta: mi plan era hacer un máster de escritura y acabar dando clase —, y cuando mis intentos se hacían demasiado tortuosos me iba a leer a una de las innumerables cafeterías de la ciudad en una bicicleta azul de tres marchas que había encontrado en un rastrillo. Mi estrategia económica consistía en cobrar en efectivo los cheques de mis sueldos y dividir el dinero en distintos sobres. Cuando ya había gastado el que decía «café», me olvidaba de los cafés y me quedaba a leer y escribir en casa.

En cuarto curso resolví leerme todas las biografías que había en la estantería de mi clase, dos filas de volúmenes muy gruesos, de tapa dura y color mostaza. Había un montón de presidentes (mi favorito era Abraham Lincoln, con esa cara alargada y arrugada y esos ojos enternecedores), Benjamin Franklin, Betsy Ross (aunque no entendía por qué alguien que había cosido una bandera merecía un libro entero). Sus logros eran inescrutables y no me interesaban tanto: la intriga estaba en ver a alguien que había sido un niño como yo crecer hasta convertirse en una persona importante. Tomados en su conjunto, eran una dinastía de tíos y tías adoptivos, adultos que no eran mis padres y que me abrían puertas a vidas que no me habría imaginado hasta que me las mostraron.

Después, con el objeto de aprender a ser uno de ellos, me puse a leer biografías de mis poetas favoritos: Elizabeth Bishop, Robert Lowell, Sylvia Plath, Anne Sexton. La vocación, pensaba, traía aparejadas sus propias inquietudes, que sólo quienes la ejercían profesionalmente podían responder: el poeta ¿nace o se hace?, ¿cómo puede una conseguir que le publiquen un poema?, ¿podría vivir de la escritura?, ¿cómo podría equilibrar, llegado el momento, las exigencias del trabajo creativo con las de ser esposa y madre?

Expatriaciones aparte, la coincidencia de que los cuatro poetas procedieran de mi mismo rincón nororiental de Massachusetts no llegó a registrarse en mi mente, aunque presumo que de manera inconsciente aquello me reconfortó.

Ya contaba yo con que las vidas de los poetas fueran más complejas que las de los presidentes, pero aun así me sorprendió la futilidad de mi búsqueda de respuestas.

En la facultad, mi vaga idea de los mundos adultos de Plath y Sexton era de lo más corriente: ambas eran mujeres casadas, con varios hijos y un hogar. Me resultaba muy fácil alejarme del entorno indeseable en que vivía y meterme en una fantasía muy concreta de la Costa Este: relajándome en una butaca de madera sobre una amplia extensión de césped recién cortado, cansada pero satisfecha

tras un arduo día de escritura, un gintónic helado en una mano y un cigarrillo colgando de la otra (y todo ello, incluso aunque no soporto el sabor de la ginebra, no fumo y apenas podría tolerar dos horas de escribir poesía sin interrupción).

Pero al darme cuenta a los veintitrés años de que Plath tenía mi edad cuando se casó y Sexton sólo diecinueve, me paré de golpe a reflexionar. Adoraba a W., pero el matrimonio era lo último que tenía en la cabeza. Mis objetivos eran profesionales y nada más: averiguar cómo convertirme en escritora, ser económicamente independiente. El matrimonio, después.

Aquello no significaba que, llegado el caso, no me habría enamorado perdidamente de «un cantante, un cuentista, un león y un trotamundos» que sonaba «como el estruendo de la voz de Dios», como Plath describió en una ocasión a Ted Hughes. Seguro que yo habría estado lo bastante loca para casarme con él. Pero, sin lugar a dudas, tener dos hijos antes de los treinta (Sexton tuvo los suyos antes de los veintisiete) y, al mismo tiempo, tratar de ser una poeta seria y una esposa devota era una catástrofe que habría tenido la sensatez de evitar, o eso me decía con no poca suficiencia, sin ser del todo consciente de que tenía que agradecer aquella sagacidad a la segunda oleada del movimiento feminista.

Una de las primeras cosas que había hecho al mudarme a la casa de Failing Street fue llevar un libro de Sexton a la copistería y ampliar repetidas veces la cubierta —un retrato en blanco y negro de la autora mirando a la cámara— hasta lograr que el rostro fuera descomunal; luego estampé sobre él en tinta de color cobalto un poema que Sexton escribió a finales de los cincuenta, «De éstas». Pegué mi póster casero con cinta adhesiva en la pared, sobre mi cama. La primera estrofa:

He salido al mundo, una bruja poseída,
rondando el aire negro, más valiente por ello;
soñando el mal, he sobrevolado
las casas planas, de luz en luz:

pobre solitaria, con mis doce dedos, enajenada.
Una mujer así no es una mujer, lo sé.
Yo he sido de ésas.[9]

Ni yo misma entendía por qué había elegido éste, entre todos los poemas, como manifiesto para presidir mi dormitorio, pero cuando cerraba el restaurante y mis compañeros y yo ya habíamos fregado el suelo y preparado las mesas para el día siguiente, para después migrar al bar vecino a beber cerveza y jugar a los dardos hasta la madrugada, yo volvía a casa en bicicleta por las calles oscuras y en silencio, un poco borracha, totalmente despierta, con un abultado montón de propinas en el bolsillo del abrigo, sobrevolando una libertad que resultaba casi estremecedora en su pureza, y recitaba aquellos versos para mí.

La seguridad que me daba tener un novio tan lejos era casi mejor que tenerlo cerca. Me ocupaba en amueblar mi pequeña habitación, abrí una cuenta en el banco para poder emitir cheques al casero y a las compañías de suministros y empecé a devolver los préstamos de estudiante. Lo más extraordinario era despertarme sola y sumirme en mis propios pensamientos. Volvía a ahuecar las almohadas y estiraba las piernas hasta que mi cuerpo ocupaba todo el colchón y me quedaba suspendida en aquel paisaje onírico entre el sueño y la vida real, tan vaporoso, todo el tiempo que durara. Una vez roto el encantamiento, me levantaba y vestía y seguía al día allá adonde éste me llevara.

Empecé bastante pronto a ejercer mi derecho a quedar con otros, algo que resultó ser problemático. Lejos de sentirme aún más autosuficiente, me enredé en complicaciones que yo misma creaba. Me despertaba, lamentaba el día en que nací, enterraba la cabeza bajo la almohada y trataba de empujarme de nuevo hacia el dulce olvido del sueño.

Es entonces cuando aparece por primera vez la referencia a unos misteriosos «deseos de solterona» en mis diarios, el nombre en clave de los placeres extravagantes que supone, sencillamente, estar sola.

Los diarios: hace poco abrí una caja llena, quince cuadernitos de tapa dura con las crónicas de mi primer lustro tras terminar la universidad, de 1995 a 2000. Revivir aquellos años no fue muy distinto de asistir a una pomposa representación de ópera, de pie, desde el fondo de la sala, pero sin la libertad de poder largarse en el intermedio.

Mis garabatos frenéticos e inclinados inundan cientos de páginas (nadie habría dicho que la escritura a mano estaba en sus últimos estertores) y analizan hasta el más mínimo tropiezo de mi vida amorosa, que se había vuelto bastante melodramática, tan fieles al detalle como el manual de un coche, e igual de tediosos de leer.

Pero cada treinta o cuarenta páginas sale a la superficie una voz clara y tranquila, un salvavidas meciéndose en mi propio mar tempestuoso:

3 de octubre de 1995: Bueno, por fin se ha ido W. Ya vuelvo a mis cositas de soltera.

18 de octubre de 1995: Todos sabemos que un cuerpo en la cama puede ser lo más solitario del mundo, pero sigo sin creer que siga prefiriéndolo a él por encima de todas las cosas. No tiene sentido.

12 de noviembre de 1995: Un domingo perfecto para mis deseos de solterona: he leído todo el día y me he echado dos siestas.

En mi mente, los deseos de solterona tenían la forma de la pequeña sílfide de acero que adorna el morro de un Rolls-Royce, con los brazos estirados hacia atrás, las alas hinchadas de aire, a punto de saltar de la percha que la une a la tierra y salir volando.^[10] Era en sí misma una imagen incongruente: nuestra sociedad nos dice que una

solterona es alguien sin futuro —sin herederos que traer al mundo, sin nadie que la recuerde cuando se haya ido—, no una mujer que corre hacia él.

Estaba atravesando la fase Milan Kundera, así que había fragmentos de su obra salpicados entre mis páginas. De *La inmortalidad*:

Pero todo eso no eran más que sueños. ¿Cómo podría una mujer sensata abandonar un matrimonio feliz? Sin embargo, en su paz matrimonial se oía a lo lejos una voz seductora: la voz de la soledad.

Aquello me conmovió. ¿Por qué las mujeres siempre tienen que dejar su matrimonio para lograr lo que desean? ¿Por qué no pueden lograr antes lo que desean?

También me emocionó esta frase: «Ese silencio estaba en su alma y era hermoso; lo diré una vez más: era el silencio de los pájaros que callaban en la copa de los árboles», y aquello, en una tarde otoñal, inspiró un extenso filosofar en mi diario, donde garabateé:

Exacto. Algo especialmente tranquilo en la quietud de la posibilidad del ruido, como un cajón lleno de cubiertos antes de abrirse ¿o justo después de cerrarse? Sí, así es más solitario, justo al cerrarse, sola en el cajón hasta que vuelva a abrirse; ¿y cuándo llegará la mano y de quién será? Y en esa pregunta está lo emocionante del asunto.

Pero, al igual que quienes cultivaban el género del diario en el siglo XIX, en lugar de abordar frontalmente mi atracción por estar sola y actuar en consecuencia, la ocultaba, si no en la caligrafía, sí en la privacidad de mis escritos.

En la vida real, la que había más allá de aquellas páginas, mis deseos de solterona se manifestaban como una ambivalencia confundida y confusa y, en última instancia, como una especie de doble vida.

9 de diciembre de 1995: ¿En serio? Llevas pensando en chicos desde el instituto. ¿No es hora ya de dejar de malgastar la energía y canalizarla hacia algo más... digno?

Llegué incluso a revolverme contra la solterona. Sobre una cita con un tío que me gustaba:

13 de abril de 1996: Lo hice porque sentía curiosidad, me entusiasmaba lo novedoso de la velada, lo oscuro del cementerio, lo eléctrico del momento. Me sentía con todo el derecho del mundo a poder vivir otras cosas en lugar de encerrarme en la torre yerma e impenetrable de una solterona. Y, sin embargo, ya me estoy arrepintiendo. Me arrepentí a la mitad.

Mientras tanto, pergeñaba todo tipo de fracasos pasivo-agresivos, como decirle a W. que necesitábamos «darnos un respiro» una semana y cambiar de opinión a la siguiente; enamorarme locamente de L., un filósofo-músico taciturno que me manejó como quiso; poner en práctica unos poderes de detección hasta entonces desconocidos para desentrañar el misterio de con quién había andado W. mientras estábamos separados, a pesar de nuestro acuerdo mutuo de «haz lo que quieras siempre que no me lo cuentes».

A esas alturas, había estado en pareja durante un tercio de mi vida. Realmente, estar sola se estaba revelando como algo de verdad inaprensible.

Una tarde pasó algo raro. Fue en febrero o marzo de 1996, ocho meses después de mudarme a Oregón. Estaba junto al bordillo, afanándome por sacar de mi herrumbroso Toyota una estantería usada que acababa de comprar en una tienda de beneficencia para acarrearla escaleras arriba hasta mi habitación, cuando, de la nada, se me empezó a nublar la vista, el tiempo se ralentizó y, de pronto, me vi abrumada por la cegadora constatación de que todo lo que consideraba tan importante —mis nuevos trabajos, mis amigos, la

estantería— quedaría despojado de sentido al instante si sonaba el teléfono para avisarme de que mi madre estaba otra vez enferma, que dejaría la estantería allí tirada en la acera, me metería en el coche y recorrería los casi cinco mil kilómetros hasta estar de vuelta en el otro lado del país para ayudarla a reponerse.

Parpadeé, vi la nieve sobre el tejado, volví a parpadear y la nieve ya no estaba. Mi madre estaba perfectamente. No había nada de lo que preocuparse.

Aquello fue tan asombroso que no me lo tomé en serio. Después me pasé varios años diciéndome que no tenía ni idea de lo que iba a pasar, pero eso no es exactamente cierto. Era que no había aprendido a descifrar los extraños caminos del subconsciente, la forma que tiene en ocasiones de estallar en una avalancha de claridad, una capa de nieve que se desprende del tejado y se precipita con estrépito al suelo, dejando las tejas expuestas: el conocimiento, que manda a un mensajero para anunciar su llegada.

La llamada llegó varios meses más tarde, en mayo. Era domingo por la mañana, muy temprano, una hora poco habitual para que sonara el teléfono. Mi padre: «El cáncer se le ha extendido por todas partes». El martes yo ya había cancelado el alquiler, dejado los cuatro trabajos y encasquetado todos mis muebles y chismes, incluso aquel Toyota tan cutre, a quien pudiera quedárselos. El miércoles metí el resto de mis pertenencias en seis cajas de cartón y aquella misma noche embarqué en un vuelo nocturno hacia Boston.

Cuando llegué al Hospital General de Massachusetts, el jueves por la mañana, mi madre era un bote salvavidas deshinchado sobre un mar de sábanas blancas, más pálida y cansada de lo que la había visto jamás. Sus ojos castaños se iluminaron cuando me vio. No sabía cómo abrazarla a través de la maraña de bolsas y tubos intravenosos.

—¡Ay!, cariño —dijo—. Por fin has llegado. ¿Qué novedades hay de W. y de L.?

Me encogí, avergonzada por los meses de episodios histriónicos, en algunos de los cuales me había ayudado con tanto amor y paciencia. ¿Cómo se le ocurría pensar que a mí me pudiera importar aquello en ese momento?

—¡Por Dios, mamá, qué más da! ¿Qué importancia tienen?

—Pues claro que tienen importancia —respondió.

Desvié la conversación hacia otros temas y no tardó nada en sumirse en el abotargamiento de la morfina.

Mi padre, mi hermano y yo pasamos los siguientes cinco días en el hospital; sólo volvíamos a Newburyport para dormir. Ella pasaba de la consciencia a la inconsciencia, y cuando hablaba era sobre cosas que nosotros no veíamos ni entendíamos.

Mi madre seguía animada, en plan «nada de esto debería estar pasando, así que no está pasando».

El martes por la tarde, los médicos nos llevaron a una habitación vacía y nos comunicaron que no duraría mucho.

—Es difícil saber cuánto. Pueden ser semanas, pueden ser meses —dijeron.

¿Lloramos? Lo único que recuerdo es explicarle a mi padre que, aunque sabía que mamá no iba a morir aquella misma noche, yo no podía dejarla sola, sabiendo lo que ya sabía.

Las enfermeras me prepararon un catre junto a la ventana. El río Charles serpenteaba más abajo. Me quedé dormida.

El miércoles por la mañana me despertó una voz familiar, cálida y profunda.

—Cariño, ¿eres tú?

Me volví. Mi madre estaba sentada en la cama, totalmente despierta y sonriendo. Me levanté del catre, trepé sobre la barandilla de la cama y me acurruqué con ella (malditos sean los tubos intravenosos y las bolsas).

—¡Me ha parecido ver algo rojo! —rió—. ¡Y eras tú!

Hablamos y hablamos.

Era como un milagro, un auténtico milagro.

Ninguna de las dos reconoció que ella se estaba muriendo.

Yo tenía la certeza. ¿Y ella?

Sus anillos centelleaban colgados de una cadena alrededor del cuello; las enfermeras se los habían quitado antes de que los dedos se le hincharan hasta convertirse en inútiles salchichas de color rosa.

Cuando llegó el desayuno, retiré la tapa de aluminio del pequeño cartón de zumo de naranja y eché sal a los huevos, pero ninguna de las dos tenía ganas de comer.

Igual nos pasó con la comida.

Hablamos y hablamos. No tengo ni idea de lo que hablamos.

Lo único que hacíamos era hablar, todo el rato. Hablar no era una actividad, sino un estado que compartíamos.

Aquella noche volvió a escapar.

Estuvo durmiendo todo el día siguiente.

El jueves por la noche los médicos nos dijeron «mañana».

¿Pasamos todos la noche en el hospital? Lo único que sé es que a las siete de la mañana siguiente estábamos los tres tumbados en su cama, cogiéndole las manos. Más que respirar, emitía un borboteo, como si se estuviera ahogando. Y sí, se estaba ahogando.

El sonido era insoportable.

Le acariciamos los brazos y le dijimos una y otra vez cuánto la queríamos, como si nuestras palabras pudieran atravesar su estado de inconsciencia.

Su respiración se agitaba y ralentizaba hasta que cada pausa parecía la última. Al final mi padre susurró: «Está bien, Nancy. Ya puedes irte».

Murió casi de inmediato. Lo había oído. Nos había oído.

Nos quedamos en silencio. Una enfermera horrible y desconocida a la que nunca perdonaremos entró de golpe y nos preguntó cómo iba la cosa. Mi padre le rugió que se largara.

Mi hermano se inclinó para cerrarle los párpados a mi madre, como había visto hacer en la televisión. No se quedaban cerrados.

Mi padre se acercó y le desabrochó la cadena que llevaba al cuello, se metió en el bolsillo el anillo de compromiso y la alianza de casada y me dio los otros dos a mí. Las piedras eran de color lavanda: una amatista y un cristal. Me los puse y en diez años no me los quité.

Recogimos sus cosas, fuimos al aparcamiento a por el coche y nos marchamos a casa.

Era el último día de mayo. No podía llorar, pensar ni leer. Las semanas se fueron sucediendo.

Sin nada en Oregón que me hiciera volver, me quedé en Newburyport, durmiendo todo el día o peleándome con W. por teléfono. Nuestra relación, ya bastante tensa, gemía bajo mi dolor. Lo odiaba por no saber cómo tratarme. Y luego odié también a mis amigos por el mismo motivo.

Los días se desintegraban en un sopor pegajoso.

W. y yo rompimos y volvimos.

Mi sopor se convirtió en obsesión.

Había visto en Internet el anuncio de un programa de prácticas no remuneradas en mi revista favorita, *The Atlantic Monthly*. Se me ocurrió un plan: si me aceptaban, podía vivir en casa (así no tendría que pagar alquiler) y hacer prácticas unos meses, durante ese tiempo haría la solicitud para inscribirme en un máster de literatura y, al año siguiente, me mudaría allí adonde me hubieran admitido.

Cuando fui a la entrevista, me dijeron que acababan de ascender al ayudante de la subdirectora: en lugar de solicitar las prácticas, ¿me gustaría ofrecerme para el puesto? Quise pensar que me contrataron por mis inclinaciones literarias, pero, en realidad, fue por mi experiencia sirviendo mesas. A mi nueva jefa le gustaba que pudiera hacer malabarismos con muchas cosas a la vez.

Por la mañana, mi padre me llevaba en coche hasta la estación de autobuses y desde allí hacía el trayecto de una hora hasta Boston. Por la noche allí estaba otra vez, esperándome en el aparcamiento, en su camioneta roja. Después de cenar, sacábamos a pasear al perro

hasta el estanque que había al final de nuestra calle, el agua quieta indistinguible de la noche. Aquel estanque había sido mi lugar favorito de joven, donde íbamos a patinar sobre hielo y donde organizábamos meriendas al aire libre, pero, desde que me había ido de casa, el ayuntamiento había dejado de mantenerlo y había degenerado hasta terminar siendo algo más parecido a una ciénaga, con hierbas altas y juncos tapando la orilla y la majestuosa fuente de cisne del centro totalmente seca. Me aterrorizó pensar que nunca saldría de mi pequeña habitación de niña, de aquella pequeña ciudad.

«La infancia es el reino donde nadie muere», escribió Edna Millay. Yo tenía veintitrés años cuando murió mi madre, ya bien pasada la infancia, pero, como la mayoría de hijos de clase media, me había permitido una pasividad inconsciente con respecto a mis padres más prolongada de lo debido, un derecho a lo que creía que se me debía, una ceguera obstinada acerca de sus vidas como individuos con sus propias necesidades.

Tras una conversación telefónica cualquiera pocos meses antes de su muerte, me dio por pensar que, aunque mi madre y yo hablábamos a menudo y con franqueza, había una parte de ella que mantenía en secreto, que estaba esperando a que yo me hiciera un poco mayor —tal vez unos años, tal vez para cuando cumpliera treinta, aventuré, y estuviera casada y con mi propia familia— para hablarme con sinceridad sobre sí misma, de mujer a mujer, y las dos hebras de nuestras vidas, separadas necesariamente por mi necesidad de devenir hacia mi propia persona, volverían a entrelazarse en una larga cuerda, mi madre se aliviaría de los secretos que llevaba consigo y yo aprendería cosas sobre ella que nunca había sabido.

Y por esa razón yo no podía quitarme el convencimiento de que nos habían robado algo. Ella me había criado a su imagen para ser la única amiga de verdad que jamás había tenido y ahora ninguna de

las dos mantendría jamás las conversaciones que llevábamos toda la vida esperando. Había una simetría enfermiza con el hecho de que ella perdiera su primer pecho justo cuando yo empecé a llevar sujetador y, más tarde, con el de que abandonara la vida en mitad de la edad adulta, en el momento en el que yo emprendía la mía, como si por entonces fuera aún un feto que le parasitara la sangre y el calcio.

Naces, creces, te casas.

Retrasas tus ambiciones, crías a tu familia, el cáncer te golpea a la mitad de tu vida.

Estaba convencida: tenía que vivir por mis propias aspiraciones, pero también por las suyas.

Si tienes suerte, tu hogar no es sólo el lugar del que te vas, sino también un lugar al que un día llegas. A veces me gustaría no haberme ido nunca de Newburyport o al menos haberme quedado un poco más. Desde luego, aquélla fue la última vez que sentí que estaba en un hogar tal y como yo lo concebía, en un lugar donde cada taza de té y cada silla daban pie a la conversación constante que había sido la relación con mi madre, una conversación que pronto se desvanecería en un susurro y luego amenazaría con desaparecer del todo. A la crítica literaria que hay en mí le molesta su papel en este libro tanto como me molestaría un giro argumental hacia el sentimentalismo en una película. Todos hemos tenido madre; pocos queremos perderla. Ojalá mis vivencias trascendieran esta llamada tan obvia a su compasión como lectores y yo fuera una escritora distinta, pero no puedo borrar el hecho de que mi vida adulta comenzó aquella mañana de mayo en la que mi madre respiró por última vez.

3

La articulista: primera parte



Maeve Brennan, 1948.

Karl Bissinger Papers, Biblioteca de la Universidad de Delaware, Newark (Delaware).

Boston, había decidido, era un chiste. Aún no sé si ese desprecio era una proyección de mi estado interior o una crítica legítima. Había pasado toda la vida inmersa en Nueva Inglaterra y en su monotonía de rostros blancos, pantalones chinos y cartelitos pintados para conmemorar tal o cual acontecimiento colonial y empezaba a sentir que me asfixiaba. Una vez, con W., para explicar que toda la gente

de Boston se parecía a alguien de mi ciudad natal, señalé a un grupo de chicos con gorras de los Red Sox y sudaderas de los Bruins que había al otro lado del bar; cuando se levantaron para irse y les vi la cara, resultó que yo había crecido con aquel grupo de chicos, pero a ellos al menos podía entenderlos, cosa que no me pasaba con mis compañeros de trabajo.

A pesar de ser consciente de la suerte que había tenido al encontrar trabajo en la revista, aún tuvo que pasar un tiempo antes de que aquello me gustara de verdad. *The Atlantic Monthly* fue fundada en 1857 por un grupo de intelectuales y poetas progresistas; cuando yo entré en escena, era un silencioso templo al decoro de la gente de bien, una mezcla a partes iguales de *Las bostonianas* de Henry James y el estilo típico de la Ivy League: nadie hablaba mucho ni muy alto, los hombres llevaban pajarita y jugaban al *squash*; las mujeres miraban adustas por encima del hombro o, al menos, eso me parecía a mí. En la universidad, inconscientemente, me había hecho amiga de gente que trabajaba y estudiaba a la vez; aquí, incluso los becarios se daban un aire de superioridad y suficiencia que no había visto hasta entonces.

Mi jefa era fría y hermética; el trabajo, tedioso. Cuando no estaba reservándole vuelos y llevando su complejísima agenda, me dedicaba a codificar meticulosamente el material de archivo en HTML como «contenido» publicable en Internet. Por ejemplo, las 17 000 palabras de los primeros cinco capítulos de la famosa novela de aprendizaje de Henry James *El retrato de una dama*, que apareció por primera vez en las páginas de la revista en noviembre de 1880. No me hizo gracia la ironía.

A las seis en punto le preguntaba si necesitaba algo más y me volvía en metro a casa, a Jamaica Plain, donde compartía piso con tres amigos de la facultad. Mi habitación era un salón de té japonés que nuestro casero había rescatado de un museo local (una habitación reconstruida dentro de otra, como muñecas rusas). Para entrar, giraba el pomo de cristal tallado que había en una puerta

revestida de madera, me agachaba para traspasar la pequeña abertura de bambú y paseaba encorvada por la estancia como la loca del desván que yo parecía ser allí.

Siempre había pensado que la poesía era un don otorgado por los antiguos, un medio trascendente y huidizo de intentar atrapar todos los momentos del ser, y también que la mayor fortuna de la poeta, tal vez la única, era que al perder a un ser querido pudiera canalizar su duelo en elegías y que esas elegías inmortalizaran aquello que hacía único al ser querido antes de que todos los recuerdos se desvanecieran, irrecuperables, en la inmensidad negra y fría del tiempo.

Pero siempre que se me ocurría una imagen prometedora, cogía el cuaderno, la anotaba y, después, asqueada, me revolvía. Nada lograba trasladar ni de lejos lo que sentía en realidad. De hecho, todas las frases eran una mentira. Volvía a mirar la página y me reprendía por ser tan estúpida y carecer del más mínimo talento. No podía creer que el lenguaje me estuviera fallando por completo justo cuando más lo necesitaba. ¿O acaso era yo, me preguntaba, quien no podía estar a la altura de la precisión que exige el lenguaje?

Desesperada, arrancaba la página y la lanzaba a un viejo cajón de fruta de madera que tenía sobre el tatami, junto al colchón. Al fondo, muy al fondo, había una semillita en mí que pensaba que tal vez un día en el futuro querría leer aquellos intentos fallidos, como si, después de todo, no estuvieran tratando de ser poemas, sino cartas crípticas a una versión de mí misma aún por conocer.

Decidí que mi problema era que no sabía dónde me veía en el futuro; podríamos considerar aquello una falta de imaginación, aunque parecía más una maniobra de distracción ante un adversario invisible o un rechazo a las opciones que se me iban presentando. ¿Cómo embarcarte en la edad adulta cuando no sabes hacia dónde te diriges?

Mirara donde mirara, las mujeres llevaban una vida que yo no quería para mí. Estaba la ejecutiva sin hijos, mi jefa, la mujer más ambiciosa que había conocido en mi vida, una mujer que se había hecho a sí misma desde la nada hasta alcanzar la cumbre, en el aspecto empresarial, de esa institución venerable, y que se movía por la oficina echando pestes de todo con el ceño siempre fruncido y sólo veía a su marido los fines de semana.

Estaba la exesposa, la madre de un amigo, cuyo marido la había dejado por una mujer más joven. Nunca había trabajado y su lucha por buscar una identidad ahora que ya no estaba casada resultaba dolorosa de presenciar; su soledad y su desesperación le suponían un vacío que no sabía cómo llenar.

Luego estaba doña Perfecta, la vecina a la que veía todas las mañanas de camino al metro, saliendo de su preciosa casa a toda prisa y agobiadísima, con el pelo aún mojado de la ducha, papeles escapándosele del maletín, gritando instrucciones a la niñera sobre qué dar de cenar a los niños porque iba a volver muy tarde.

No era mucho mayor que yo; si no me andaba con cuidado, podría acabar siendo ella.

Todas esas mujeres habían sido jóvenes como yo, con una fantasía sobre por dónde iría su futuro. Algo fallaba.

El único ejemplo que me parecía interesante, aun remotamente, era el de una viuda bastante mayor que trabajaba en la revista. Phoebe-Lou Adams era esbelta y atlética y se hacía ella misma toda la ropa (elegantes vestidos de tubo sin mangas, pantalones pitillo a medida). En verano se tocaba con sombreros de paja de ala enorme. La habían contratado como ayudante en 1944, a los veinticinco años, y en 1952 empezó a escribir su propia columna de crítica literaria; en 1957, para el número conmemorativo del centenario, la mandaron a Cuba para sonsacarle alguna historia a Ernest Hemingway (y regresó con dos).

Tres días a la semana venía en coche desde su casa, en Connecticut, cerraba la puerta de su despacho y tecleaba sus

reseñas en una vieja y ruidosa máquina de escribir eléctrica, mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Tenía una magnífica voz áspera que sonaba brusca en persona y concisa en el papel (sobre *En el camino*: «Ninguno de estos chicos puede quedarse quieto»; su resumen completo de *El teatro de Sabbath*: «Como protesta frente a una muerte inevitable, los excesos sexuales son tan inútiles como cualquier otro. La última novela de Roth, además, los hace tediosos»). En 1971, a los cincuenta y dos años, se casó por primera vez y lo hizo con el antiguo redactor jefe de la revista, Edward Weeks; todos los años se iban a la pesca del salmón a Islandia o a New Brunswick y, al morir él, en 1989, ella continuó sola con la tradición.

Aquella vida me parecía muy buena.

Una vez estuve a solas con ella. Era otoño y las dos estábamos esperando el ascensor. Decidí preguntarle por la chaqueta que me acababa de comprar en Filene's Basement, una prenda que no estaba precisamente en la percha de las ofertas: un pequeño despilfarro. ¿La veía adecuada para usarla todo el año? Hacerse con un fondo de armario para la oficina suponía todo un desafío. Extendió su brazo arrugado y moreno y tocó el dobladillo con los dedos.

—No —dijo—, es de lino.

Cuando llegó el ascensor, las dos a la vez nos metimos dentro en silencio.

En la primavera de 1997, la redactora que iba a entrevistar a la novelista y articulista Cynthia Ozick —aquellas preguntas y respuestas se publicarían en Internet— pilló la gripe y propuso que yo la sustituyera. Aquel encargo literario me cambió la vida. Por las noches y en los minutos que conseguí robarle al trabajo de toda una semana, leí todo lo que pude de los escritos de Ozick y elaboré meticulosamente las preguntas. Hice la entrevista por teléfono. De lo nerviosa que estaba por si me perdía alguna palabra, apenas

respiré toda aquella hora. Disfruté de todos y de cada uno de los segundos que duró.

Después de aquello, publiqué una entrevista con la autora de un libro nuevo más o menos cada seis semanas: Nadine Gordimer, Edna O'Brien, Annie Proulx. Siempre que me siguiera encargando de sus cosas, a mi jefa no le importaba.

Por aquel entonces mi padre estaba saliendo muy en serio con una mujer que vivía en Newburyport. Había empezado a quedar con ella varios meses después de que muriera nuestra madre (con una prontitud insultante y cruel, pensamos mi hermano y yo). Hervíamos de rabia y nos creíamos con todo el derecho a que así fuera.

Naces, creces, te casas.

Retrasas tus ambiciones, crías a tu familia, el cáncer te golpea a la mitad de tu vida, tu marido pasa página sin pensárselo dos veces (o eso nos pareció a nosotros).

A finales de verano, cuando W. se fue a Iowa para hacer un máster de poesía, rompimos por fin. Aunque la ruptura se había hecho esperar una eternidad, no había imaginado cómo me sentiría sin él. Cuando poco después me dijo que estaba saliendo con otra mujer (de hecho, la mujer con la que acabó casándose), me retorcí de celos y odio hacia mí misma. Ella había ido a la facultad con nosotros y, como la nueva novia de mi padre, era muy guapa y tenía una voz suave (la antítesis de mi madre y de mí). Desde que terminé *Retrato de una dama* había desarrollado un complejo de Henrietta Stackpole: las periodistas enérgicas y demasiado habladoras estamos muy bien, pero sólo puedes asegurarte el corazón de un hombre si eres tan guapa como Isabel Archer (un ejemplo de revisionismo literario: yo había decidido olvidar que al final Henrietta se casa). Colgué el teléfono y lloré de forma tan histérica que mi sensatez no tuvo más opción que despertarse e intervenir:

«Kate —dije para mí—, el único lugar en el que existen estos celos horrorosos es en tu interior. Si dejas de sentirlos,

desaparecerán».

En aquel momento estaba echada en la cama. Me había vuelto a mudar, a las deprimentes afueras de North Cambridge, y compartía con dos hombres, ambos amigos, un piso en el que nadie hacía las tareas domésticas y todos tan contentos. Abrí los ojos, miré al techo y me di cuenta de que nunca me había hablado a mí misma de aquel modo. Ahora que mi madre se había ido, mi padre estaba absorto en su nueva familia y W. acababa de salirse de la fotografía, ya no podía contar mis problemas a personas cercanas y tenía que aprender a seguir mis propios consejos.

No fue nada agradable darse cuenta. Me sentí muy cansada, como si me hubiera quedado muda de pronto y tuviera que ponerme a aprender el lenguaje de signos.

—Ahí está tu próximo novio —dijo Michael.

Era otoño, y Michael, un amigo de la facultad, había venido a la ciudad a pasar el fin de semana y quería ver la redacción. Nos habíamos conocido en primero, en una clase de Civilización Griega Clásica, antes de que saliera del armario. Fue él quien me presentó a W. y, viviendo yo en Portland, a L., y le gustaba autodenominarse mi «casamentero».

—¿Qué? ¿Dónde? —me volví justo a tiempo para ver a un colega desaparecer tras la esquina, con un destello de azul Oxford y caqui —. ¿Ése? ¿R.? ¿R., el pijo?

Michael asintió con una confianza irritante.

—Sí, sin duda alguna, ése.

R. era redactor en la revista, dos años mayor que yo, guapo, macizo, de una delicadeza que me parecía increíblemente tranquilizadora y una cara que me recordaba a la famosa fotografía de Kafka: ojos oscuros y brillantes, pómulos altos, orejas sólo un poquito separadas (al estilo de Obama, pienso ahora). Una o dos veces a la semana nos llevábamos un bocadillo a la sala de reuniones y hablábamos todo lo que podíamos durante una hora.

Nuestras conversaciones no tenían límite y aquello me encantaba. Era un alivio embarcarse en una simple amistad con un hombre y tener la libertad de hablar de lo que quisiéramos, sin montañas rusas emocionales ni confusión sobre papeles ni expectativas.

—Por favor —protesté—. Lo último que necesito es otra relación.

Tomé a Michael del brazo para sacarlo de la oficina cuanto antes y bajamos en el ascensor a buscar algo de comer.

Aquel invierno, al volver a casa tras la fiesta de Navidad del trabajo, dediqué una entrada entera del diario a Phoebe-Lou Adams. Recuerda un poco a una columna de sociedad de las antiguas:

2 de diciembre de 1997: Phoebe-Lou Adams estaba radiante esta noche con un vestido largo negro de corte imperio, un collar de cuentas de cristal transparentes de varias vueltas alrededor del cuello, el cabello blanco impecablemente peinado y una discreta sombra de ojos negra. Trajo una cosa llamada «bizcocho borracho», con un sutil glaseado blanco de nata montada, algo de otra época.

Llevaba ya un año y medio en *The Atlantic Monthly* y seis meses soltera. Seguía anotando de forma obsesiva todo lo que hacía y pensaba.

17 de diciembre de 1997: Me he comprado mi primer par de «pantalones sintéticos» (tienen mezcla de elastano en el tejido). He terminado de leer *Según venga el juego* de Joan Didion y *La casa de la alegría* de Edith Wharton.

18 de diciembre de 1997: Creo que me podría colar por R., pero sigo resistiéndome.

Mi conexión con R. seguía siendo fuente de gran placer. Siempre que Michael me llamada, decía «bueno, ¿estás saliendo ya con R.?», y yo le gruñía que dejara de mancillar una amistad perfecta con sus sórdidos planes de amor.

Qué rápido se complica el argumento.

22 de diciembre de 1997: Me gusta mucho R., pero sé que es porque es una fuerza positiva y además es mono. No nos conviene estar juntos, le haría infeliz. Todavía soy demasiado desastre para estar con otra persona.

Al día siguiente dimos un paseo después del trabajo por las sinuosas calles adoquinadas del barrio de North End. Anocheceía. R. cavilaba en voz alta sobre que a veces le parecía que me estaba conociendo muy bien y otras «se daba de bruces contra un muro».

Me sentí como sacudida por una ráfaga de viento. No sabía lo que estaba a punto de decir hasta que me oí decirlo:

—¡Eso es porque estoy un poco colada por ti!

Me reí. La idea era tan ridícula que ni siquiera me dio vergüenza admitirlo.

R. se paró y me miró, sonriendo.

—Yo también.

Sacudí la cabeza ante un hecho tan predecible. En serio. Juntas a un hombre y a una mujer ¿y qué obtienes?

—Menos mal que nos hemos liberado de estas historias de chico-chica —contesté—. Ahora sí que podemos ser amigos de verdad.

Ya de vuelta en casa, por la noche, era mucho menos optimista.

23 de diciembre de 1997: Este flirteo de ahora con R. es desconcertante. Me gusta, me atrae, es muy cariñoso y simpático, pero si pasara algo entre nosotros me saldrían toda la impaciencia y el resentimiento que llevo dentro. Representa una seguridad que ahora mismo no me interesa. ¡Qué lujo tener veinticinco años y estar libre! Esperemos que pueda aprovecharlo.

Sí, de verdad, yo escribí esa frase, «ahora mismo no me interesa».

Una semana después, el día de Nochevieja, como hacía todas las tardes antes de salir de la redacción, R. se pasó por mi mesa para despedirse. Yo estaba enfrascada en terminar cuanto antes con un papeleo para poder irme a casa y cambiarme; iba a ir con una amiga

a una fiesta de ginebras artesanas, pero, como siempre, cuando empezamos a hablar yo no quería parar, así que, cuando él ya tenía que irse y yo recoger y se levantó de la silla, me invadió una sensación tan intensa que le pedí que esperara un momento. Se volvió a sentar.

—No sé qué me pasa —dije.

—¿Qué te duele? ¿La cabeza? ¿La barriga? —preguntó preocupado.

Me costaba horrores mirarlo a los ojos porque, al hacerlo, la sensación empeoraba.

—Tengo como vértigo, la cabeza me da vueltas y es como si me moviera a cámara lenta, todo a la vez —expliqué—. Como si no pudiera soportar que te marches.

—¿Quieres salir conmigo esta noche?

Antes de poder decir que sí tenía que decir que no. Al instante supe por qué: aquélla era la última noche que iba a estar soltera y quería disfrutarla.

Al día siguiente nos besamos en mi sofá.

Al principio mantuvimos la relación en secreto en el trabajo, pero ocho meses después, cuando decidimos irnos a vivir juntos, pensé que tenía que decírselo a mi jefa (que se limitó a levantar la vista de sus papeles y a decir: «Me da igual, mientras no os pongáis a follar en mi escritorio...»).

La semana antes de mudarnos me ascendieron a redactora júnior.

La cabeza me daba vueltas por la rapidez en que se sucedían los acontecimientos.

Nuestro piso estaba en la última planta de una casa de tres viviendas en Sommerville construida en la década de 1910. Convertimos la soleada habitación delantera en un despacho para los dos, con los escritorios en paredes opuestas. El dormitorio era lo bastante grande para dar cabida a la cama de 1,50 de R., cuyo cabecero de cerezo macizo hacía que dormir pareciera una actividad

propia de adultos. Una amiga íntima nos hizo una suave funda de edredón de color rosa y lavanda como regalo por la nueva casa y yo encontré unas cortinas que caían hasta el suelo.

Mucho después, Michael me reconoció que la primera vez que vino de visita le pareció estar en un escenario. Sobre todo lo dejó atónito un montón de marcos dorados vacíos apilados como ratoneras en un rincón: moldes prefabricados a la espera de que los llenáramos con pruebas fotográficas de nuestra vida en común.

De forma inconsciente calqué nuestra relación de la de mis padres. Los dos habían crecido en familias tradicionales de los cincuenta, cuyos padres traían el pan a casa y cuyas madres se encargaban del hogar, pero, cuando se casaron, ese patrón estaba cambiando hacia el modelo igualitario que heredó mi generación.

Y lo mismo pasaba con R. y conmigo y con todas las parejas jóvenes que conocíamos. Yo acababa de cumplir veintiséis, él tenía veintiocho, y aunque no estábamos casados, bien podríamos haberlo estado: dividíamos los gastos a medias, nos dábamos apoyo emocional mutuo, consensuábamos todas las decisiones, pasábamos las vacaciones con la familia del otro, compartíamos los amigos.

En el trabajo, manteníamos las distancias, pero por la noche, ya en casa, nos hacíamos una ensalada enorme o un tanque de pasta y conversábamos sobre la jornada. Hablar —sobre lo que estuviéramos leyendo, sintiendo o pensando— era nuestra forma más elevada de intimidad y nuestro pegamento. Él me preguntaba sobre mi madre y me daba espacio para llorar su muerte y yo lloré mucho, seguramente demasiado. Tenía más paciencia que un santo. Poco a poco empecé a volver a mí misma.

Y así vivimos felices dos años.

Y como éramos felices, ninguno de los dos se dio cuenta de que yo empezaba a alejarme muy lentamente: bajaba los dos tramos de escalera y cruzaba la extensión de césped mullido y bien segado de delante de la casa hasta la calle, que recorría hasta llegar a otra y

luego a otra sin preguntarme adónde iba, hasta que un día me di cuenta de que estaba muy lejos de donde transcurría nuestra vida, al borde de una inmensa extensión desconocida, y, cuando miré atrás, vi que no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí, que el sendero de vuelta había desaparecido y así, como una niña traviesa que no sabe lo que es bueno para ella, me quedé mirando embobada aquel extraño espacio abierto, preguntándome qué albergaba todo aquello en lugar de volverme y buscar el camino de regreso.

Estábamos en esos días soporíferos que transcurren entre Navidad y Año Nuevo, cuando todo el mundo trabaja, pero sólo un poco. Como siempre, R. y yo habíamos ido juntos a la oficina; el metro venía escalofriantemente vacío. El edificio estaba igual. En el mostrador de recepción, él a la derecha y yo a la izquierda. Encendí las luces y colgué mi parka, aún alucinada de tener por fin mi propio despacho: un escritorio grande, una estantería y un sillón de cuero de color bermellón iluminado por una lámpara de pie.

Estuve toda la mañana trabajando en silencio. Además de entrevistar a autores, supervisaba la sección de poesía de la página web, encargaba textos a los poetas sobre sus poemas favoritos y grababa sus lecturas. Todo lo que tenía que ver con mi puesto me encantaba: aportar ideas, distribuir proyectos, el trabajo cercano y meticuloso de corrección, que aún estaba aprendiendo a llevar a cabo con rigor y soltura. Me relajaba saber que estaba adquiriendo unas habilidades reales y prácticas que podría llevar conmigo a cualquier parte del mundo angloparlante, como podría hacerlo una peluquera o una mecánica.

A la hora de comer me senté en el sillón con un sándwich de mantequilla de cacahuete y el último número de *The New Yorker*, nuestra competencia más directa, aunque sospechaba que para aquellos brillantes advenedizos (la revista se había fundado en 1925) nosotros éramos unos rancios por los que no había que preocuparse.

En mi imaginación, la revista se abre sola por una página con un enorme retrato en blanco y negro. En la fotografía... mi cara.

En lugar de mi cara, se trata de una mujer que parece una versión envejecida de mí. Los mismos hombros estrechos, los mismos rasgos irlandeses, ligeramente afilados sin llegar a ser angulares. Está la piel pálida elegante, del tipo que inspira comparaciones con el alabastro o la nata, y luego está mi tipo de piel, el que apenas tiene color y se llena de pecas con facilidad, y yo creo que su piel también era así.

En la fotografía, esa mujer está sentada ante un escritorio, frente a una chimenea inmensa, la espalda recta, el cuello erguido, el pelo oscuro recogido en un moño alto y estirado, mirando por encima del hombro, aunque no directamente a la cámara. En su expresión hay algo a medio camino entre la indiferencia y la amenaza. Entre las pequeñas pilas de libros del escritorio hay un jarrón de rosas de tallo largo, un vaso de cristal vacío y una fina pitillera de plata; entre los dedos, un cigarrillo. La escena irradiaba una autonomía austera y orgullosa en la que, de pronto y de forma desesperada, quise vivir.

Fue como mirar al futuro y descubrir que mi yo, tan normal y corriente, se había convertido de algún modo en una persona importante.

A los veintiséis años, no podría haber sido más distinta de la mujer de la imagen. Para la ropa de trabajo, escarbaba entre las perchas de ofertas de Banana Republic y Filene's Basement en busca de los pantalones y las blusas con cuello (el cuello, por algún motivo, me parecía un elemento innegociable) más baratos y discretos que pudiera encontrar, en la suposición de que, si no tienes ni idea de cómo vestirse, lo mejor es pasar desapercibida.

Tras absorber hasta el último ápice de la fotografía, pasé al artículo que la acompañaba. La mujer se llamaba Maeve Brennan. Se acababa de reeditar una versión ampliada de su recopilación de ensayos, *Crónicas de Nueva York*. Nacida en Dublín en 1917, se había mudado a Estados Unidos siendo adolescente. La fotografía se había

hecho en Manhattan en 1948, a los treinta y un años, justo antes de empezar a trabajar en *The New Yorker*. Estuvo casada una vez, pero aquel matrimonio duró poco tiempo.

«La mayor parte de su vida, Brennan vivió sola —explicaba el artículo— moviéndose sin descanso por la ciudad.»

Una vida como aquélla no debía de haber sido fácil, pero, al menos, sí interesante.

El artículo seguía contando que, en 1954, la articulista adoptó el seudónimo de *señora Prolija*^[11] y publicó su primer relato bajo ese nombre; con él inició una serie de columnas que aparecerían en la revista de forma intermitente durante las dos décadas siguientes. Al principio de cada entrega, los editores de la revista señalaban, con una ironía un tanto traviesa: «Hemos recibido recientemente una carta de la señora Prolija, que nos escribe lo siguiente».

Volví a mirar la fotografía.

Me invadió el entusiasmo: ahí estaban, manifiestos, los deseos de solterona. Ésa era la persona que yo quería ser.

Aquella tarde, unas horas después, pasé como todos los días por la «mesa gratis», donde se dejaban libros que sobraban para quien quisiera llevárselos, y me sorprendió ver el suyo entre los que se ofrecían. Normalmente me entretenía un rato por allí para matar el tiempo, pero en esa ocasión cogí el libro y volví corriendo a mi despacho para empezar, ansiosa, a leerlo.

De nuevo, allí estaba yo; en sus páginas, no sólo en su rostro. No el yo que cogía el metro todas las mañanas con R. para ir a trabajar o que preparaba la cena con él por las noches. Era el yo que había detrás de todo aquello, el yo solitario que no había podido alcanzar ni expresar desde... bueno, desde nunca. Había escrito uno o dos poemas que rozaban aquel yo y, desde luego, podía sentir su fuerza cuando competía en una carrera, pero aquel yo era sobre todo una forma amorfa de consciencia, sentida pero nunca pronunciada. Al leer las palabras de Brennan, ese yo interior aleteó hasta la superficie.

Todos sabemos de qué forma un mensaje de texto puede transmitir una sensación inesperada de intimidad sólo con llegar en el momento más mundano (quizá mientras estás comprando unas zapatillas nuevas o esperando a un amigo en un restaurante). Así es como los relatos de Maeve llegaron hasta mí, pero en el sentido inverso: mensajes desde las vivencias privadas de sitios públicos por parte de una mujer. Al anotar sus observaciones desde aquella zapatería o mesa del restaurante estaba revelando el significado de vivencias en apariencia fugaces, al modo en que puede hacerlo un poema, pero con una claridad y una accesibilidad que me impactaron de manera mucho más útil y, por lo tanto, generosa. La poesía de la vida cotidiana, podría decirse, pero en forma de ensayo.

Escribir una frase, luego un párrafo, luego otro y conseguir que alguien leyera esas líneas y entendiera de inmediato lo que pretendía expresar: eso era lo que yo quería intentar.

Como demostraban los títulos que pasaban por la oficina todos los días, aquel año, 1998, fue el culmen del éxito de los libros de memorias; algunos eran convincentes, la mayoría horribles, pero, incluso en el mejor de los casos, cuando una mujer podía presentarse con sinceridad e inteligencia, sus vivencias iban indisolublemente ligadas a las personas que la rodeaban, como si su historia no existiera aparte de la de ellas. Con los hombres era distinto: sabían presentarse como agentes singulares, incluso como héroes.

Maeve fue la primera mujer que leí que escribía sobre sí misma no en relación con alguien más, ya fuera ese alguien más amante, marido, padre o hijo. Se limitaba a pasear sola por Nueva York, observando. Su punto de vista era tan transparente y contenido como un cubito de hielo.

Caminando por el parque de Washington Square, observa a una pareja pelearse en un banco, justo antes del amanecer. Desde una habitación de hotel, muchas plantas más arriba, ve a una mujer mayor que arroja una carta por la ventana, página por página. En el

tren A, un hombre le cede su asiento; ella lo rechaza cortésmente y pasa el resto del trayecto arrepintiéndose de su negativa (aquí, claro, se está observando a sí misma).

El último era mi favorito. Nueva York siempre me había intimidado: acostumbraba a esconder mi provincianismo bajo un petulante desinterés, como si las pequeñas poblaciones que tan bien conocía me bastaran. La breve escena de Brennan en el metro fue una grieta en la gran muralla de mi resistencia, y cuando me asomé por ella, vi que Nueva York no era sólo el megalito denso y brutal que tanto miedo me daba, sino también una cadena impredecible e infinita de interacciones humanas, cada una de ellas un pequeño drama que nacía tan rápido como desaparecía.

El deseo de irme de Boston brotó en mí como una inundación.

Ojalá pudiera decir que me llevé el libro a casa y que lo leí en una sola noche, sin levantarme ni para beber agua, y que al día siguiente compré un billete de autobús para la estación Pennsylvania. La verdad es que hacerlo me costó un tiempo.

A menudo, después de trabajar, R. y yo salíamos a correr. Una vez vimos a una mujer que trotaba empujando un carrito de esos todoterreno con su bebé dentro: la encarnación de la maternidad moderna, hacer ejercicio y, a la vez, cuidar de tu hijo, la doña Perfecta. R. sonrió y señaló: «Mira, ésa eres tú en el futuro». Se me encogió el estómago. De ninguna de las maneras iba yo a convertirme en una mujer como aquélla, pero no sabía cómo decirlo.

Lo que yo quería era muy ridículo de verbalizar. Lo que yo quería era ser Maeve Brennan, una mujer de la que sabía tan poco que para mí ni siquiera era una persona de verdad, sino un estado de ánimo incorpóreo. Aún pasarían varios años antes de que se publicara su biografía y así los huesos que yo hacía tintinear en los bolsillos tomaran cuerpo, y me costó casi diez años más, después de aquello, encontrar a una de las últimas personas que conoció Maeve y cenar

con ella. Entonces lo único que tenía eran sus libros y, de momento, me bastaba su obra para seguir avivando mi imaginación.

Dado que mi manera de estar en pareja era fundirme completamente, siempre que sentía la necesidad de estar separada, aunque sólo fuera por un día, me ponía nerviosa y la ahogaba. Mientras estuve con R., desarrollé un nuevo hábito: meter aquel deseo molesto en la ciudadela del tono omnisciente, casi oracular, de Maeve, lo que creaba un espacio mental que me resultaba contenido y poderoso a la vez, casi glamuroso. El que la propia señora Prolija sea una ficción, al igual que en última instancia también lo es escribir sobre una misma, acrecentaba su atractivo en lugar de disminuirlo. Adoptar su punto de vista me enseñó a mirar con mayor atención el mundo que me rodeaba y —algo que resultó crucial— a olvidarme de mí. Desde este punto de observación privilegiado, las interacciones más ordinarias —hablar con la farmacéutica, ignorar al viejo que ladraba obscenidades desde su silla de plástico colocada en la esquina de la calle, intercambiar una mirada de reconocimiento con la mujer que me preparaba el capuchino— refulgían de sentido y drama. Casi podía fingir que yo también era escritora.

Bastantes de sus artículos la presentaban comiendo sola en una cafetería del bajo Manhattan llamada University Restaurant, y así fue como empecé a imaginarme a mí misma.

En mi mente allí estaba yo, sentada en un reservado de vinilo rojo, sola, leyendo, dándole un sorbo a mi café, colocando con cuidado la taza sobre el platillo, mirando en ocasiones por la ventana hacia la algarabía cotidiana de la acera, una persona que sabe exactamente lo que significa que alguien diga «La 14 con Broadway», o «Tome la línea 2/3, a esta hora es más rápido que ir en taxi».

La fantasía era irresistible (y desconcertante). Igual que había hecho al escribir poemas, guardé la imagen en mi mente y fui dándole vueltas, mirándola desde todos los ángulos, interrogándola.

Ser una mujer sentada sola en un restaurante atestado de Nueva York, entre el ajetreo y el ruido de la vida de otros... ¿Qué clase de deseo era aquél? ¿Qué estaba tratando de decirme a mí misma?

¿Que quería estar sola?

¡Por favor! Yo, sola. Yo, la adicta a las conversaciones.

Hablar era algo tan vital en mi idea del yo que jamás se me había ocurrido siquiera cuestionarlo y, ahora que lo estaba haciendo, veía ese riachuelo brotar desde una fuente tan profunda de mi interior que ni siquiera podía ponerle nombre; cuando la corriente salía por mi boca y veía el aire libre, se transformaba en vapor y desaparecía.

¿Había que estar sola para ser escritora?

Aquello no era una opción, porque estar sola significaba no estar con R., a quien amaba, la verdad.

No hacía más que darle vueltas y vueltas.

¿Acaso todo aquello se debía a no querer ser una mujer casada?

Sí quería ser una mujer casada. En la universidad, había decidido casarme antes de los treinta: había calculado que para entonces ya habría aprendido bastante de la vida y podría sentar la cabeza. Decidir no hacer algo tan normal y esperable exigiría una explicación muy buena que ni por asomo tenía.

En primer lugar, había observado a las mujeres adultas que conocía —las que eran mayores que yo, de cuarenta, cincuenta o más— para ver a quién me gustaría parecerme. Luego las dividí conscientemente en casadas y no casadas, y aquello fue revelador.

Lo primero que me sorprendió fue ver que las solteras que conocía estaban muy pendientes de la gente que las rodeaba, que prestaban su atención con generosidad y estaban siempre dispuestas a participar en una conversación o a compartir una broma. No tener a nadie en casa esperándote por la noche siempre me había parecido un destino triste y solitario; ahora advertía que verse obligada a salir de casa para tener contacto humano impulsa a la persona a vivir en el mundo de una forma más plena. En los mejores casos, el resultado era un complejo entramado de amistades

de intensidad y cercanía variables que, al parecer, podía dar tanto apoyo como una familia tradicional y quizá resultara más atractivo.

Empecé a escuchar con más atención las diferencias en los consejos que daban esas mujeres. Las casadas, especialmente si tenían hijos, tendían a adoptar una actitud de superioridad, como si sus conocimientos sobre la gente y las relaciones ya estuvieran aprobados de antemano, incluso aunque las solteras los extrajeran de un mayor número de experiencias y hubieran visto más mundo: precisamente de ahí era de donde deriva la sabiduría que yo quería descubrir.

No obstante, a pesar de toda su vitalidad, empatía y conocimientos, ninguna de aquellas solteras había elegido su estado de forma activa y, muchas veces, se debía, sin más, a no haber encontrado al «hombre adecuado». Todas habían llegado a la soltería por algún tipo de mala suerte, fuera muerte o divorcio. La mayoría estaban a la caza del amor, sólo una o dos juraban haber renunciado a él, pero todas se comportaban como si sus yos casados hubieran sido los auténticos y aquella versión actual fuera una particularidad singular.

Ninguna parecía disfrutar de lo que yo imaginaba que era la independencia silenciosa y confiada de Maeve. En aquel momento no se me ocurrió que aquello fuera una mera proyección.

Y si mi fe en ella, en esa mujer de la que no sabía casi nada, suena errada, un pelín mágica, es porque lo era. Cuando el presente parece tan infinito como un pasillo de longitud imposible entre terminales de aeropuerto, blanco, aséptico y cegador, estamos especialmente receptivas a las señales.

En el invierno de 1999 hice dos cosas: solicitar la admisión en dos escuelas de posgrado de Nueva York y escribir un artículo sobre los almacenes Filene's Basement, a la manera de Maeve Brennan (paseos de una *flâneuse* urbana por un imperio comercial a rebosar de gente). En el proceso, aquella tarea se convirtió en un recuerdo

de ir a comprar allí con mi madre. Después de esperar a que el jefe de redacción saliera de su despacho, le dejé el artículo sobre la silla de su escritorio.

Si me publicaba el texto, me dije, era una escritora de verdad. Si no, tendría que buscarme otro plan.

Sí, lo sé, dejar todo mi destino en las manos de otra persona era bastante ridículo.

Una semana más tarde, dejó el artículo sobre la silla de mi escritorio con la palabra «sí» en un círculo rojo.

Poco después, tuve noticias de las escuelas a las que había escrito: me habían aceptado en las dos y la Universidad de Nueva York me ofrecía una beca de investigación. En cuanto recibí el correo electrónico de aceptación, supe que quería mudarme a Nueva York sola, pero, otra vez, no sabía cómo expresarlo en voz alta. La mera idea de cortar con mi novio a punto de cumplir treinta años parecía una reacción propia de una inmadurez bastante temeraria. No dejaba de repetirme que ya era hora de dejarme de fantasías de solterona y comportarme como una adulta.

En agosto, R. y yo metimos el contenido de nuestro piso de Somerville en una furgoneta alquilada y nos marchamos a Brooklyn.

Hace poco encontré un estudio de las psicólogas sociales Hazel Markus y Paula Nurius que iluminó mi fascinación por Maeve Brennan, así como la necesidad de aumentar el acervo cultural sobre las heroínas en general.

Los treinta sujetos habían pasado recientemente por una ruptura importante o por la muerte de un ser querido. Tras autodiagnosticarse en qué punto del proceso de recuperación se encontraban, se les dividió en dos grupos: los de «buena recuperación» y los de «mala recuperación». A cada grupo se le entregó una lista de atributos y se le pidió que eligiera los que mejor describían su «yo actual»; por ejemplo, quiénes eran en el

momento presente. Esa misma lista se entregó también a un grupo de control de treinta personas que no habían pasado por una crisis.

Las investigadoras estaban trabajando en el ámbito crucial del «autoconocimiento», un término técnico que define el cúmulo de información al que se recurre para responder a la pregunta «¿Quién soy yo?». Este banco de información es un conjunto de «patrones personales», nociones que se tienen de uno mismo y se han ido acumulando con el tiempo, como «Nado de maravilla» o «Bailo fatal» (ambas afirmaciones, por cierto, se ajustan bastante bien a mí). En otras palabras, miramos al pasado para describir quiénes somos en el presente.

Markus y Nurius pensaban que había una tercera esfera que no se había estudiado: el futuro imaginado. Planteaban que, junto a nuestro «yo pasado» y nuestro «yo actual», todos contenemos un «yo posible»: nuestras ideas de quién queremos ser algún día y en quién tenemos miedo de convertirnos. Estos yos posibles podrían ser simultáneamente el yo rico, el yo delgado, el yo casado; pero también el yo solo, el yo enfermo, el yo sin techo. Una abogada recién llegada a un bufete, por ejemplo, puede esperar que le hagan socia —el yo triunfador— y, al mismo tiempo, preocuparse por que la despidan, circunstancia esta en la que se convertiría en el yo roto, el yo deprimido, el yo que no puede pagar los plazos del crédito que le concedieron para comprarse un coche.

Estos yos posibles son cruciales, teorizaron las investigadoras, porque, junto a los patrones personales, es a lo que se recurre para dar forma a la percepción de uno mismo en la actualidad. Si la abogada recién contratada cree que su ascenso es inminente, se reducirá la brecha entre su yo actual y su yo posible y estará más confiada, lo que probablemente ayudará a lograr el ascenso.

Lo que Markus y Nurius querían saber es si estos yos posibles afectan no sólo a cómo se siente uno con respecto a su «yo posible», sino si también actúan como incentivos que motivan activamente a una persona para lograr sus objetivos.

Supusieron que los integrantes del grupo de «buena recuperación» se sentirían mejor consigo mismos que el grupo de «mala recuperación», pero no fue así. En lugar de ello, los dos grupos de crisis describieron su «yo actual» con términos extremadamente negativos: *solo, incapaz de alcanzar mis metas, mediocre, débil, amargado*. Desde luego, así es como me habría descrito a mí misma los primeros años después de la muerte de mi madre, cuando vivía con R. Al igual que, antes de que muriera, habría coincidido con los sujetos que no estaban en crisis, que eligieron términos mucho más positivos: *optimista, seguro, equilibrado, querido, confiado*.

A continuación, se pidió a los sujetos que describieran su «yo posible». Al mirar hacia el futuro, los de «mala recuperación» se consideraban antipáticos, un fracaso, con probabilidades de sufrir una crisis nerviosa o de morir jóvenes (resultados aún más terribles que los de su yo actual). Por el contrario, los sujetos con «buena recuperación» creían que podían ser fuertes, independientes, ricos, creativos, etcétera (al igual que los sujetos que no habían experimentado una crisis). Estos resultados coincidían con lo que se esperaba.

Y aquí vino la sorpresa: los sujetos con «buena recuperación» creían que sus yos posibles positivos eran significativamente más viables que los de quienes no habían sufrido ninguna tragedia.

Las investigadoras elaboraron la teoría de que la mera presencia de yos posibles es un elemento importante en la recuperación y puede ser incluso algo liberador, pues ofrece esperanzas de que este presente tan horrible es transitorio. Del mismo modo, los yos posibles negativos pueden convertirse en una prisión y frustrar la posibilidad de hacer los cambios necesarios.

Naturalmente, al haber sufrido una crisis a los veintipocos años, me identifiqué plenamente con el estudio. Llevaba mucho tiempo pensando que Maeve Brennan me servía de objetivo psicológico. Al encaramarme a su punto de vista y probar si me quedaba bien, al

ver cómo me sentía en él, al reflexionar sobre sus decisiones o incluso al comprar el perfume que ella había llevado, estaba improvisando un modelo para mi propio futuro.

Como un yo posible, Maeve encarnaba mis deseos (de un yo independiente, un yo escritor, un yo elegante). Su relativa oscuridad fue fundamental para que la eligiera. Una heroína predispuesta —alguna versión prefabricada de Amelia Earhart o Frida Kahlo—, destinada a inspirar con sus impresionantes logros, me habría hecho sentir pequeña en comparación. No soy una flor insignificante, pero tampoco una temeraria ni una artista imperecedera. Como dijo la gran Margaret Fuller en 1845, en su obra *La mujer en el siglo XIX*, el primer libro feminista importante de Estados Unidos:

Las plantas fuertes luchan siempre hasta florecer, a pesar de los impedimentos. Pero debe haber un estímulo y un ambiente propicio para las de especies más tímidas. [...] Algunas son como las florecillas delicadas a las que les encanta ocultarse entre los musgos húmedos [...] pero otras necesitan espacios abiertos, un suelo rico y bien aireado, o jamás mostrarán sus verdaderos matices.

Desde luego, a principios del siglo XXI las mujeres «no deben buscarse a sí mismas, por nacimiento, en un lugar tan estrecho que, al romper los límites, las convierta en criminales», como escribió Fuller. Yo no era más que otra persona tratando de determinar cómo vivir, y necesitaba una amiga íntima con la que hablar, no un ídolo al que adorar.

Nunca se me había ocurrido que este proceso tan personal pudiera afectar a alguien más que a mí misma. Así que, cuando llegué a esta parte final del estudio, asentí con triste aceptación:

Los yos posibles, positivos y negativos, [...] dificultan a menudo al observador entender por completo el comportamiento de otra persona. [...] Así, las dificultades en una relación interpersonal pueden reflejar el hecho de que el comportamiento de un individuo esté siendo guiado por

un yo posible al que el otro individuo no tiene acceso o que no está dispuesto a reconocer.

Aquello era sin duda paradójico: mi búsqueda de mi «yo posible» nos había llevado a R. y a mí hasta Nueva York, yo estaba presa de esta visión de un modo que no sabía expresar y, así, me escondí a plena vista, mintiendo por omisión, por decirlo de algún modo. Mi yo consciente estaba tratando de hacer «lo correcto». Mientras tanto, es probable que R., que jamás había sufrido una crisis, no estuviera tan fascinado por su propio «yo posible».

Desde una perspectiva más amplia, el estudio corroboraba mi incipiente aversión por las heroínas prefabricadas. En realidad, estaba respondiendo al modo en que la escasez de opciones de nuestra sociedad produce una enfatización excesiva y necesaria de las pocas opciones que existen.

Hazel Markus, una de las autoras del estudio psicológico, me explicó la relación entre los yos posibles y las sociedades en las que vivimos. La motivación para estudiar los patrones personales le vino de los movimientos feministas e identitarios de finales de los setenta. «El *black power*, los latinos, los chicanos... Todos ellos parten de la idea de que hay que reclamar y reinventar tu propia categoría. Me impresionó mucho esta noción de que la autonomía representativa es importante para las mujeres y las minorías», me dijo.

Le pregunté si se puede comprobar que a un sexo le afectan más sus yos posibles que al otro.

«No conozco ningún estudio riguroso que identifique de verdad a los hombres en comparación con las mujeres —afirmó—, pero, por mi propia experiencia, considero que las mujeres están muy centradas en sus yos posibles, tal vez más que los hombres, y los yos temidos tienen algo que ver con ello.» Los hombres, planteaba, tienden a tener un yo más independiente y a sentirse a cargo de sus

propias vidas de forma más inmediata, por lo que no se preocupan tanto por el futuro.

Dijo que existe una discrepancia cultural indiscutible. Nuestro énfasis occidental en el individuo nos lleva a creer que somos excepcionalmente responsables de nuestras vidas y que controlamos la forma que éstas adoptan, explicó, mientras que en Oriente existe una mayor consciencia de que muchos factores — normas, obligaciones, expectativas, otras personas, la situación, la suerte, las circunstancias— determinan el resultado de nuestras vidas y si resultan o no ser como pretendíamos. «En esos mundos orientales, la idea de tener un yo positivo es menos importante porque no se le supone tanto poder al individuo», añadió.

«Los yos posibles son especialmente importantes ahora mismo en Occidente —prosiguió—. Necesitamos muchos más modelos y mucho mejores. Necesitamos películas en las que las mujeres sean atractivas e interesantes y tengan una vida fantástica sin que por fuerza hayan de estar casadas.»

Advirtió que conjurar nuestros yos posibles por nuestra cuenta no es suficiente: también se necesita apoyo institucional. «Colegios, lugares de trabajo, leyes, normas, medios de comunicación: todos deben dejar claro que hay otras formas de ser mujer o miembro de una minoría u otra.»

Hizo una pausa y añadió lo siguiente:

El que en Occidente tengamos el punto de mira puesto sobre lo positivo hace que el yo temido resulte especialmente poderoso. En las culturas orientales, lo negativo también forma parte de la vida. No es posible evitarlo. La luz y la oscuridad están ligadas entre sí. Es importante experimentar el fracaso. Tener yos posibles que no se han materializado es la forma de ganar experiencia y de madurar y desarrollarse como persona.

No sabía, cuando elegí a Maeve Brennan, que ella también me guiaría a este respecto. El motivo principal por el que podía embellecerla como un yo posible era que no sabía apenas nada de su

vida. Mucho después, cuando se publicó su biografía, adoptaría para mí un nuevo papel: el yo temido.

En cualquier caso, ya la había encontrado: ella era la primera de mis cinco despertadoras.

4

La columnista



Neith Boyce hacia 1898.
Biblioteca del Congreso.

Siempre he sabido que un libro te encontrará cuando debas ser encontrada; en Nueva York aprendí que igual pasa con la historia. En el proceso, conocí a mi segunda despertadora.

R. y yo sólo llevábamos en la ciudad unos cuantos meses, pero ya vivíamos en dos realidades distintas. La suya era la ciudad fantasma

diurna de nuestro piso de dos habitaciones en Brooklyn Heights y el aislamiento social de su trabajo como redactor *freelance* para varias revistas. La mía era un desfile sin cuartel entre los distintos barrios. La ciudad era enorme, ensordecedora y dispuesta a satisfacer mi placer —los metros eran puntuales, el cubo de chucrut del *delicatessen* Katz's no tenía fondo— y yo me subía y bajaba de su carrusel, electrizante por sus infinitas posibilidades. A eso era a lo que había venido, al ruido, a la prisa y al valor; mi nueva facultad me encantaba por ser tan descaradamente poco universitaria.

Por las noches, cuando el metro me traía de vuelta, mi neón siseaba hasta extinguirse; al salir de la estación y llegar a la silenciosa elegancia de nuestro nuevo barrio, las luces se me apagaban por completo.

Por pura suerte habíamos aterrizado en una de las manzanas más codiciadas de Brooklyn, en una casa de ladrillo rojo situada en una calle tranquila llamada Cranberry, con aceras de pizarra desgastada y árboles altos y frondosos, que daba justo a la Promenade, un largo paseo marítimo con vistas al East River y a la silueta de Manhattan, a la rutilante amplitud del puerto de Nueva York e incluso a la propia Estatua de la Libertad (yo odiaba todo aquello). Vivir entre tanta belleza precocinada me parecía perjudicial para mi búsqueda; me asfixiaba la sensación de haber recibido un premio que aún tenía que ganar.

Incluso peor era el inquietante parecido del barrio con Nueva Inglaterra. En mi visión periférica eran una constante los ancianos frágiles con camisas azules y pantalones chinos, asintiendo con la cabeza bajo gorros de pescador, como si se hubieran perdido otra vez de camino al barco, amarrado allá por 1960 en un puerto que ya no existía. Las pintorescas casas de listones de madera, con sus bonitos postigos pintados, bien podrían haber venido aerotransportados desde mi ciudad natal; las altivas casas de ladrillo rojo se mostraban tan pagados de sí mismos como los edificios históricos de ladrillo de Beacon Hill, en Boston. Cuando me topé con

un ensayo escrito por Alfred Kazin en 1946 en el que describe las casas de ladrillo rojo de Brooklyn Heights como fortalezas «que dejan afuera la calle y encierran a la gente que vive en ellas», únicamente «redimidas de la grandiosidad» por sus ajadas puertas principales de madera, me reí en voz alta y continué riendo hasta llegar a la frase siguiente y sentir un escalofrío recorriéndome la espalda: «Pero también tienen un algo que recuerda a las casas de los comerciantes de Newburyport [...] donde todo da al mar».

Aquello era peor de lo que imaginaba: había vuelto al punto de partida.

R. y yo no nos habíamos enterado de que es posible comer barato y bien en Nueva York, así que seguíamos igual que en Somerville: nos quedábamos en casa para cocinar y dejábamos los restaurantes para ocasiones especiales, como si asentarse en la tranquilidad doméstica fuera posible, o incluso recomendable, en esta ciudad insomne. Después de cenar, nos sentábamos en el sofá a leer, los pies de uno en el regazo del otro, el tráfico avanzando hacia el puente de Brooklyn con el jaleo de una fiesta distante. Nuestra rutina era tan estricta como la de un barco bien aparejado, los dos a la deriva en la dirección del matrimonio sin sentarnos siquiera a hablar de verdad sobre el tema.

Pero al caminar por la ciudad oía el taconeo firme y seguro de Maeve Brennan sobre el pavimento. Cuando me arrebujaba en el abrigo para protegerme del frío, imaginaba que mi sombra era la suya. Como si de un par de gafas prestadas se tratara, llevaba puesto su punto de vista y, con su omnisciencia insaciable, evaluaba todo lo que veía. Me sentía más viva cuando estaba sola, sorteando encuentros extraños en el metro, emergiendo en la acera con un millón de personas más sin rostro. Era una sensación adictiva de expansión y evasión. Todas las mañanas, como si llegara tarde a una cita, salía corriendo del piso para encontrarla.

Una tarde, mientras curioseaba en una librería de segunda mano, cogí un libro de Vivian Gornick y me encontré leyendo sobre su decisión, tomada a principios de los setenta, de abandonar a su marido e irse a vivir sola. Tenía la misma edad que yo. La primera mañana como separada se despertó obsesionada con la soledad. «La mera idea del amor parecía una invasión —escribió—. Tenía pensamientos sobre los que reflexionar, un oficio que aprender, un yo que descubrir. La soledad era un regalo. Había un mundo esperando para darme la bienvenida si estaba dispuesta a adentrarme sola en él.»

El libro vibró en mi mano, un corazón delator.

Nunca en mi vida había estado sola. Quiero decir, verdaderamente sola, dependiendo sólo de mí misma durante un periodo de tiempo considerable. Por supuesto que era independiente: la independencia era el derecho por nacimiento de mi generación. Pero en todas mis idas y venidas me habían cuidado, escuchado, acompañado, mimado, fueran padres o novios: en esencia, había vivido la vida de una niña. No era sólo que mi identidad se hubiera construido por entero a partir de mis relaciones con otras personas, sino que mis relaciones eran mi identidad. Mis relaciones ocupaban el espacio que debería ser mío.

Mientras pagaba el libro y salía de la tienda, me preguntaba quién era yo... sola.

¿Cómo iba a convertirme en adulta si no sabía responder a esa pregunta?

Y, más importante, ¿cómo iba a convertirme en adulta si no sabía cuidar de mí misma?

Era una pregunta totalmente razonable, pertinente para casi cualquiera. No tenía nada que ver con el sexo. Y, sin embargo, tenía todo que ver con el sexo. Porque la pregunta ocultaba una verdad incómoda: al ser mujer, no se me exigía que cuidara de mí misma, nunca. Ahora, en el año 2000, en el mismísimo futuro, aún se espera que los hombres se ganen el pan y traigan el sustento a casa. Da

igual lo ardientes que sean mis ambiciones: muy en el fondo siempre supe que, si no conseguía salir adelante como escritora, si fracasaba en abrirme camino en el mundo laboral, podía lograr sentido personal y reconocimiento social casándome y teniendo hijos. Yo tenía una vía de escape, los hombres no.

Hasta entonces, no había sido capaz de ver las implicaciones de este doble rasero. Para ser genuinamente independiente, tenía que ser autosuficiente en lo emocional y en lo económico, de verdad, y estar preparada no sólo para limitarme a pagar a medias las facturas con un novio, sino para capear yo sola cualquier posible desastre futuro.

En los setenta, dejar un matrimonio insatisfactorio, como el que tenía Gornick, u optar por renunciar del todo a la institución en pos de una carrera significativa era un acto político importante, una batalla en la guerra de reinventar las relaciones interpersonales y reparar el equilibrio entre sexos. En treinta años habían cambiado muchas cosas. Mi medio liberal daba por sentado que las mujeres tenían que ir a la universidad, tener carreras profesionales y ser compañeras iguales en el matrimonio. La idea del divorcio era triste, claro, pero estaba a la orden del día. El sexo sin compromiso era habitual.

Pero —y esto es lo que me sorprendió—, a pesar de que el matrimonio ya no era obligatorio, como sí lo había sido en los cincuenta, seguíamos organizando nuestras vidas en torno a él, sin discusión.

Una noche a principios de otoño, R. y yo nos dimos el capricho de ir a cenar a un restaurante de Oriente Medio que había a la vuelta de la esquina y donde te dejaban llevar tu propio vino. Aún hacía buena temperatura para comer fuera y disfrutamos de la terraza de la acera para nosotros solos. Después de que el camarero descorchara nuestra botella mágnium de syrah, nos retrepamos en los endeble asientos de tablillas y empezamos a hablar de nuestras cosas —

facultad, trabajo, familia, amigos, lo que estábamos leyendo, lo que pensábamos y sentíamos—, no paramos de hablar durante toda la cena —una pila humeante de pan de pita recién sacado de la parrilla, montañas de sabroso *hummus*, pierna de cordero con mayonesa a la hierbabuena—, tampoco de beber, hasta que al final teníamos la lengua tan suelta que R. fue y dijo:

—Para alguien como yo no siempre es fácil estar con alguien como tú.

Habíamos terminado de cenar e íbamos por el segundo cuadrado enorme de *baklava*, caliente y hojaldrado, denso y lleno de miel.

—Ya sabes, alguien tan poco sexual como tú —continuó.

Al principio no entendí lo que estaba diciendo. ¿Tan poco sexual? ¿De qué estaba hablando?

—¡Pero si me encanta el sexo! —respondí.

Me chupé la miel de los dedos como intentando reforzar así la idea, cogí la botella de vino y repartí entre las dos copas lo que quedaba. Al hacerlo, comprendí lo que había dicho.

Tenía razón. Yo no era una persona «poco sexual», pero me había convertido en una. Ya había notado que estaba menos interesada en tener relaciones sexuales que antes, pero pensaba que eso era simplemente lo que pasa después de unos cuantos años. Creía que eso formaba parte del proceso de crecer, asumir compromisos, sentar cabeza. Había estado intentando reconciliarme con aquella idea.

Sobre la acera se proyectaba un rectángulo de luz, como si de la farola se hubiera caído un billete de metro, y lo miré y pensé en mi fijación con Maeve Brennan, en cómo la había imbuido de algo parecido a la liberación: había sido mi pasaporte para salir de mí misma y de Boston y ahora allí estaba, por fin, en una cálida noche otoñal en Brooklyn, sola no, después de todo, sino con un hombre al que amaba, borracha, sin más opción que enfrentarme a la verdad: la señora Prolija era todo lo asexual que podía ser una persona.

En lugar de lidiar por mi cuenta con mi creciente curiosidad sobre la vida, la había envuelto frenéticamente en una gabardina, mimada y protegida del agua, donde permanecía a salvo y separada de mí, algo con lo que soñar despierta y fantasear, como un amante no correspondido. En lugar de vivir mi relación con R. de forma abierta y franca, había desarrollado una relación no correspondida con mi propia represión.

Lo que había sido un mero anhelo leve y constante por mantener aunque fuera un ápice de conversación con mi madre creció hasta convertirse en una necesidad imperiosa de hablar con cualquier persona de esta nueva ciudad en la que apenas conocía un alma y R. era mi único amigo íntimo.

—Dios mío —dije—. Tienes razón. ¿Qué hacemos?

Y esto fue lo que hice: a principios de diciembre, un hombre al que había entrevistado para un puesto de *freelance* en la revista me invitó a unas copas y, al final de la noche, me besó y yo le devolví el beso. Había olvidado el poder de lo desconocido. Me aparté y le dije que tenía pareja y que no podíamos volver a vernos. Y luego se me fue la cabeza. Nos volvimos a ver: en mi hora de la comida, antes de clase, entre las estanterías de la biblioteca. Y luego paré. Pero todo había cambiado. Durante seis semanas vadeé por entre las ruinas, buscando el coraje para decirle a R. lo que los dos ya sabíamos y que no éramos capaces de admitir: habíamos terminado.

Para Navidad, R. fue a ver a su familia a Cambridge y yo a casa a ver a la mía. Aunque hacía cuatro años que mi madre ya no estaba, mi hermano y yo insistíamos en seguir su ritual de la mañana de Navidad. Quien se despertaba primero despertaba al otro y juntos bajábamos dando traspiés, echábamos copos de avena en una olla de agua hirviendo y preparábamos bollitos según una receta que nuestra madre consiguió mientras visitaba a unos parientes en Irlanda y que le encantaba. Al igual que ella, agradezco un poco de

boato. Rescataba la vajilla con borde de oro de la boda de mis padres, la cubertería buena y las servilletas de lino. En el comedor, mi padre encendía el fuego y, como ahora podíamos hacerlo, al ser tres en lugar de cuatro, arrimábamos las sillas a la chimenea y sosteníamos los cuencos y platos en equilibrio sobre las rodillas, acompañados por el alegre tintineo de la cubertería y la porcelana mientras comíamos.

Como siempre, me regalaron bastantes libros. Cuando retiré el papel rojo y descubrí una edición en tapa dura de un volumen recién publicado llamado *American Moderns: Bohemian New York and the Creation of a New Century* [Estadounidenses modernos: la Nueva York bohemia y la creación de un nuevo siglo], de la historiadora Christine Stansell, asentí confusa, un poco avergonzada: ni siquiera sabía que había existido una bohemia antes de la generación *beat* de los cincuenta. Al parecer, un puñado de radicales victorianos — ¡menudo oxímoron!, recuerdo haber pensado para mí— se habían adelantado a Kerouac y compañía.

Aún conservo el libro. En la primera página, mi padre había escrito a bolígrafo: «Para Kate. ¿Quién sabe? Tal vez algún día escriban sobre ti y la creación de este nuevo siglo. Te quiero. Papá. Navidad de 2000».

«Oh», dije. Ser impasible —«ese perfecto dominio (o entumecimiento) de sí mismos que permite a los modernos, los entendidos, escuchar el jazz más ruidoso y punzante sin mostrar el más mínimo signo de emoción»— ha sido requisito indispensable para formar parte de cualquier bohemia en Estados Unidos desde que *The New York Times* publicó esa definición en 1950. A mí nadie me tomaría jamás por una persona impasible. Justo ese mismo mes, un compañero de clase se había vuelto hacia mí y me había dicho: «¿Pero tú naciste ayer o qué? ¿Cómo es posible que un ser humano adulto se emocione tanto por las cosas como tú?».

En el tren de vuelta a Nueva York decidí ver qué tal estaba el libro. Había cogido el autobús hasta la Estación Sur de Boston para

reunirme con R. y, después de encontrar dos asientos vacíos, nos sentamos a leer, cada uno acurrucado en su propio haz ambarino procedente de la lamparita superior. En un momento dado, él fue a por nuestro menú favorito de la compañía ferroviaria —latas de Budweiser y perritos calentados en el microondas—, aunque yo no me di cuenta hasta que volvió y me pidió que desplegara las bandejas. Y luego me olvidé de él por completo. Mientras el tren avanzaba con pesadez por aquella sucia franja del Corredor Noreste, me salí del presente para viajar al pasado.

Siempre me han gustado las novelas en las que la casa es un personaje por derecho propio: la casa de veraneo «húmeda del mar» en una isla que retrata Virginia Woolf en *Al faro*, donde, fuera de temporada, «el amor y la quietud se daban la mano en el dormitorio»; la mansión ruinoso y sin tejado de los Blackwood en *Siempre hemos vivido en el castillo*, de Shirley Jackson, «con torreones, abierta al cielo»; Tara, la grandiosa casa en la plantación, de antes de la Guerra de Secesión, que sobrevive al amor y a la guerra en *Lo que el viento se llevó*, de Margaret Mitchell. Stansell amplía esa tradición: una historia de un momento en el tiempo centrada en un espacio público. El parque de Washington Square forma una parte tan fundamental del ambiente estudiado por la autora que se convierte en el corazón palpitante de la historia que nos narra.

Y resulta que yo atravesaba ese mismo parque todos los días de camino a clase.

En aquella época, el cambio del siglo XIX al XX, el parque estaba en proceso de adoptar exactamente la misma apariencia que tiene ahora. En la década de 1870, el parque se rediseñó y mejoró: se trazaron en la hierba senderos curvos que serpenteaban bajo los altísimos arces y robles, la enorme fuente circular de piedra que hay en el centro se trasladó desde la esquina de la Quinta Avenida con la calle 59. En 1895, el arco original de yeso y madera se sustituyó por la grandiosa versión en mármol de la actualidad. Pero el resto de

detalles me era desconocido. Esta disonancia cognitiva hacía que cien años parecieran al mismo tiempo un abrir y cerrar de ojos y una eternidad.

Cuando mi familia se mudó a Newburyport y mis padres arrancaron de la pared el papel de flores raído y anticuado que habían puesto los anteriores propietarios, descubrieron otra capa que había debajo y luego otra más. Y así fue leer el libro de Stansell: fui arrancando una a una las capas de los noventa de la globalización, los ochenta de Gordon Gekko, los setenta del *punk*, los sesenta del *folk*, los cincuenta del *beat* y los cuarenta del *bebop*, hasta llegar a los tablonces desnudos y sin barnizar de principios del siglo pasado.

Me levanté del asiento para estirar las piernas y hacerme con otra ronda de cervezas. En la universidad me había especializado en Estudios Estadounidenses, así que el periodo que aborda Stansell no me era totalmente ajeno, pero, conforme avanzaba dando bandazos por el pasillo hacia el vagón cafetería, me di cuenta de que prácticamente había pasado por alto el nacimiento de la era moderna, una extraña omisión que me hizo pensar que para mí era más fácil identificarme con una ilustración a pluma y tinta de una puritana limpiando el fogón en el año 1641 que con fotografías reales de los bulliciosos urbanitas victorianos, siempre tan estrictos con el ritual del té, que me había encontrado en los libros de texto de la facultad.

Un pensamiento perturbador: después de que los historiadores llevaran cuarenta años devolviendo a las mujeres a la historia, yo estaba bloqueándolas otra vez por pereza estética:¿acaso, por ejemplo, era más fácil imaginar una escoba que una reunión bulliciosa?

Pues quién lo iba a decir, pero justo esas mujeres que con tanta despreocupación había desestimado fueron las que más tendrían que enseñarme.

Ese periodo de tiempo era breve: más o menos, de 1890 a 1920. El elenco de personajes —periodistas y novelistas, artistas y activistas, hombres y mujeres—, reducido. Casi todos se han perdido en la historia o tienen nombres que sólo suenan de forma distante, desde la periodista radical Louise Bryant hasta su marido, el periodista radical John Reed. Muchos ni siquiera eran conocidos fuera de Greenwich Village, que no estuvo comunicado por metro con el resto de la ciudad hasta 1918.

Pero durante un tiempo, este pequeño enclave albergó una comunidad floreciente de rebeldes de la última época victoriana que sentaron las bases de una nueva forma de vivir. Amor libre, socialismo, freudianismo, pacifismo: con una honestidad casi eufórica, practicaron todo, hasta el punto de llegar a defender el control de la natalidad por aquel entonces. Su misión, en resumen, era crear un futuro mejor a partir de una sociedad plenamente emancipada.

Para esta revolución eran esenciales los derechos de las mujeres y la liberación sexual. «Desde luego nunca antes, y probablemente nunca después, un grupo de autoproclamados innovadores había vinculado tan estrechamente sus ambiciones a las mujeres —escribe Stansell— y no sólo a un puñado de muestra, sino a legiones enteras de mujeres, agitando la bandera de la igualdad sexual.»

Su principal herramienta era la palabra y con ella forjaron una «comunidad conversacional» que unía sexos y clases sociales. Apunta Stansell que «el discurso libre era autoconsciente, escandaloso, atrevido, ostentadamente sincero y sexual», y que saltaba «de la poesía al control de la natalidad y a las condiciones laborales de los obreros textiles [...] un popurrí, una mezclanza». Esta fabulosa explosión de palabras eliminó la «conversación apacible de los salones aristocráticos» y «los yermos lugares comunes de las salas de estar de la clase media». Los escritores que había en este grupo disfrutaban con «la confianza, el descubrimiento, el deleite de sí mismos» y «apreciaban el carácter

sociable y las buenas acogidas, no la duda ni la farsa; cruzar líneas, no trazarlas». Su momento, breve pero brillante, se ha desvanecido en la historia como «la revolución inocente», «los años líricos», «la época gozosa».

Estas personas eran los antimodernos.

Al igual que muchos momentos emblemáticos, una historia de aquella época que se cuenta a menudo trata de un episodio que, visto a posteriori, estaba en realidad señalando su desaparición.

Corría una fría noche de enero de 1917. Seis personas que se autoproclamaban «los conspiradores del arco» (entre ellos, el más famoso, Marcel Duchamp, ya había escandalizado al mundo con su *Desnudo bajando una escalera* hacía cuatro años) irrumpieron en el arco de Washington Square, subieron hasta el techo por la escalera de caracol y escenificaron una pantomima de revolución de lo más cortés: después de colgar farolillos chinos y globos rojos, extendieron una manta y se sentaron para hablar y tomar el té a la luz de las velas hasta el amanecer. Dos de los seis insurgentes eran mujeres; una de ellas leyó en voz alta la declaración de independencia del grupo: Greenwich Village se separaba de la Unión y, desde ese momento, se conocería como la «República Libre e Independiente de Washington Square». A continuación, dispararon sus pistolas de juguete.

¡Ése era mi tipo de bohemios!

Tras cuatro años de enervación en la tediosa metrópoli falsa de Boston, estos carismáticos radicales me parecieron emisarios de mi propia tormenta emocional, venidos de un siglo atrás. Romper con el pasado e inventar un nuevo futuro constituía una rebelión que yo quería respaldar. De hecho, esperaba estar ya convirtiéndola en realidad.

Me intrigaba sobremanera una mujer llamada Neith Boyce (de nuevo me avergüenza reconocer mi ignorancia porque, como Maeve Brennan y Edna Millay, parecía ser bastante conocida). Al igual que yo, se había mudado de Boston a Nueva York con veintipico años. Al

igual que yo, no era radical, aunque sí independiente y fuerte. Había sido la única mujer reportera en un periódico local influyente hoy desaparecido. Según Stansell, «albergaba fuertes ambiciones literarias y estaba decidida a labrarse una carrera que la haría desaparecer como por arte de magia del destino del matrimonio y la maternidad».

Sonaba a alguien a quien me podría gustar conocer.

Eché un vistazo a la foto, pero, por lo que vi, no pude averiguar mucho: el perfil impreciso de una mujer joven de piel pálida y ojos entrecerrados, con pelo oscuro peinado hacia atrás en un moño flojo.

Aún hoy, cuando paso la página y llego a la 19, donde su entrada está marcada con una débil señal a lápiz en el margen —para recordarme que la consultara al llegar a casa—, me maravillo ante lo modestas que pueden ser las puertas hacia nuestro futuro, unas puertas tan modestas como inesperadas.

El lugar de Neith en la historia documentada es tan exiguo que me costó una semana conseguir oír su voz (por decirlo de algún modo). Una nota al pie me había llevado hasta el fondo de la biblioteca Bobst de la Universidad de Nueva York, donde embobiné un rollo de película en una máquina de microformas y empecé a recorrer números antiguos de *Vogue*. Por fin, allí estaba, 5 de mayo de 1898:

Nací soltera, pero, claro, transcurrieron varios años [...] antes de que mi predestinación hacia esta trayectoria se hiciera manifiesta. Hasta aquel momento, la gente reconocía ciertos indicios amenazadores y me llamaba rara, y las personas mayores que querían ser desagradables conmigo me tachaban de independiente. [...] Les dolía pensar que el blasón inmaculado de la familia fuera a ser invadido por la pluma rampante y el cuello de la camisa, a modo de sotuer, en plata, de la chica soltera.

Aquella era la salva inicial de *La chica soltera*, la columna de Neith que escribía defendiendo la soltería.

El día en que fue evidente que estaba comprometida sin remedio con esta forma de vida alternativa fue muy solemne en el círculo familiar. Estaba a punto de dejar el refugio del hogar familiar; en qué puerto iba a recalar, sólo el cielo lo sabía. Me marchaba a Nueva York a ganarme el sustento y a vivir sola.

En 1898, las mujeres seguían embutiéndose en corsés tan apretados que se creía que respiraban de forma distinta que los hombres (desde la parte superior del pecho en lugar de hacerlo desde el diafragma). Para ir a nadar vestían unos «trajes de baño» complicados e incomodísimos consistentes en un vestido de franela hasta las rodillas adornado con encajes o bordados que se llevaba con pololos, medias negras, zapatillas altas con cordones y gorrito; es decir, un burka lleno de lazos, pero con otro nombre.

Más importantes eran las cuestiones del matrimonio y la maternidad, que daban todo el sentido a la existencia de la mujer victoriana. Según había visto en las novelas de Edith Wharton, hasta que una hija de clase alta cumplía dieciocho y se presentaba formalmente en sociedad, vivía recluida en casa entre matronas que se aseguraban de que aprendiera las artes femeninas (bailes de salón, conversación ligera, cómo servir el té, etcétera); su compromiso (lo ideal era que tuviera lugar antes de que acabara el año de su presentación) y el frenesí social que llevaba aparejado (la cena de compromiso y rondas de fiestas de celebración, todo ello relatado con gran profusión de detalles en las crónicas de sociedad) era el periodo más emocionante de su vida. Una vez confirmada su posición social y la riqueza familiar bien consolidada, se retiraba al redil doméstico. («Me estoy volviendo fervientemente matrimonial —confesó a una amiga Alice James, hermana de Henry James, a mediados de la década de 1870— y si consiguiera que un hombre cualquiera se apasionara por mí, no lo dejaría escapar».)

No podría decir qué me dejó más estupefacta: que una de aquellas antiguas victorianas rechazara el matrimonio de forma tan

despreocupada o que su columna, que venía a contar lo mismo, apareciera en una revista nacional de moda no precisamente conocida por abanderar la causa feminista.

Se me aceleró el pulso. Seguí leyendo:

Nunca seré una moza vieja porque he elegido ser una chica soltera. Y, en cuanto a la posibilidad de arrepentirme de esta elección, ya se sabe lo que dijo el filósofo: «Te cases o no te cases, lo mismo te arrepentirás».

El filósofo aludido debe de ser Kierkegaard, pues él dijo algo por el estilo, como también Darwin por la misma época, al enumerar las ventajas y los inconvenientes del matrimonio. Que ambos fueran hombres no es ninguna coincidencia: la ambivalencia sobre esa institución no era prerrogativa femenina.

Y, sin embargo, como averigüé después, Neith no era una adelantada a su época, sino una perfecta hija de ella, que expresaba a la perfección los deseos inconfesados y saciaba la curiosidad de gran parte de las lectoras de *Vogue*. El término *bachelor girl* [chica soltera] se acuñó en 1895 para describir a un tipo concreto de mujer de clase media que decidía estar abierta a las nuevas oportunidades educativas y profesionales que se extendían a su alrededor, que le permitían vivir y mantenerse sola (tan distinta de su hermana solterona, que estaba intrínsecamente vinculada al hogar, y de las mujeres de la clase obrera para quienes trabajar era una necesidad económica). Desde más o menos la década de 1870 hasta la de 1910, el índice de matrimonios entre las mujeres con estudios descendió hasta el 60 por ciento, un 30 por ciento menos que la media nacional: la soltería era una opción elegida por más de unas pocas mujeres.

Dicho esto, Neith era tal vez un pelín demasiado expresiva para sus editoras (sí, supongo que todas eran mujeres): en el índice del siguiente número, la palabra «ficción» aparece añadida al título de su columna. En la tercera entrega, la joven soltera ha vuelto a

desaparecer. Durante todo el verano y hasta noviembre, invitó a las lectoras a reflexionar sobre las historias reales de mujeres infelizmente casadas.

Su punto de vista es claro: una vida de soltera no es fácil ni está hecha para cualquiera, pero, si se cultivan unas cuantas cualidades y hábitos clave, puede ser la mejor opción.

Para empezar, una joven soltera debe, por encima de todo, tener seguridad, porque «sin seguridad en sí mismo, ningún Napoleón, ni siquiera un comentarista de guerra o una periodista, logró triunfar jamás».

La ropa limpia sube la moral: «El cuello de lino —de última moda, entiéndase, y limpio de al menos ese mismo día— ha tendido a fortalecer el temple de la muchacha soltera».

Nunca hace daño tener paciencia con las personas estrechas de miras, ya que «el punto de vista [de la muchacha soltera] es bastante nuevo y las personas que están casadas con los puntos de vista de toda la vida, la gente más respetable, de hecho, odian el esfuerzo de ajustarse a otros nuevos e inciertos».

Su objetivo, a fin de cuentas, no se limita a llevar una vida independiente, sino que también es «convencer al mundo de que la chica soltera es una realidad posible».

Dada la «energía cerebral» que exige esta misión, resulta fundamental rodearse de gente con una misma forma de pensar. Ello implica eliminar «elementos sociales no esenciales (si no aburridos)» —una sugerencia radical para la época, cuando la mujer dedicaba la mayor parte del día a seguir la convención de las visitas de cortesía— y obtener «el máximo beneficio del mayor número posible de personas afines».

Por definición, la joven soltera tiene muy poco en común con sus pares casadas y no se engaña pensando otra cosa, de ahí que sea probable «encontrar jóvenes solteras que se juntan entre ellas y con nadie más», todas las cuales «tienen alguna ocupación diaria definitiva» (es decir, que se abren camino por sí solas, sin el apoyo

de un fondo fiduciario ni de una tía abuela generosa). La joven soltera es independiente desde un punto de vista tanto económico como filosófico.

En los consejos prácticos de Neith se entrelazan anécdotas sobre sus desventuras domésticas. A finales de la década de 1800, la enorme demanda había puesto por las nubes los alquileres en la ciudad, por lo que las casas de huéspedes y los hoteles de estancias largas, elementos fijos desde hacía tiempo en el paisaje americano, [12] se convirtieron en la única opción que se podían permitir las mujeres que quisieran vivir solas. Como cabía esperar, Neith valora la ansiada independencia que le proporciona su casa de huéspedes, pero no soporta la comida, así que se muda con Olivia, otra chica soltera, a un apartamento. Muy pronto la compañera de piso se revela como una tacaña sin sentido del humor, y Neith decide volver a la casa de huéspedes.

«Se debió a una diferencia en nuestra manera de entender la economía o más bien al hecho de que yo no tenía ni idea de economía, mientras que para Olivia era una condición necesaria de la existencia, si no la base de la ley moral», explica. La parte positiva: «Yo no era un hombre casado con Olivia».

Sea por coincidencia o a propósito, en este punto de la serie aparecen junto a la columna ilustraciones de mujeres con polisón y sombreros de plumas, como para recordar a las lectoras que la autora es, de verdad, una mujer.

La experiencia con Olivia vuelve a Neith recelosa del «arreglo femenino cooperativo», pero, al final, sus anhelos de buena comida se acaban imponiendo y se muda a una casa comunal con otras seis mujeres de trabajo e ideología similares, más un ama de llaves. Las cosas empiezan bien. Todas las noches se reúnen para cenar civilizadamente en torno a una mesa bien puesta, pero son incapaces de conservar ninguna criada —la última se marcha diciendo que las «damas locas» le dan miedo— y, en cualquier caso,

a finales de año, Neith es la única que no ha sucumbido «a la epidemia matrimonial masiva».

Varias décadas antes de que los psicólogos sociales publicaran artículos académicos para explicar que las opciones de vida de una persona están fuertemente influidas por su círculo social, la propia Neith ya lo expuso:

Me hago cargo del carácter mortal del germen del compromiso, que estriba en su naturaleza contagiosa. Sé que si en una casa en la que habitan siete jóvenes una de ellas se compromete, hay siete mil probabilidades frente a una de que las otras seis la imiten, siempre, claro está, que haya pretendientes disponibles, y normalmente los hay, si no se es muy exigente.

La certeza y la claridad que hay tras el frágil velo del estilo, algo anticuado, de Neith me cogieron totalmente por sorpresa: su perspectiva preideológica parecía mucho más moderna que la que mis coetáneas y yo adoptábamos al hablar de nuestras propias vidas. Neith era divertida sin ser cruel; resuelta, pero jamás didáctica.

Aquí estaba, por fin, la conversación que tanto tiempo había estado buscando.

Hasta entonces me había conformado con mantener a Maeve Brennan en el ámbito de la fantasía. Su aire enigmático y su punto de vista omnisciente disuadían de todo intento de fisgonear en su vida y, sin duda, parecía justo respetar sus deseos. Con Neith era distinto. La manera directa que tenía de abordar al lector la hacía parecer más accesible, parecía estar pidiéndome que la buscara.

Tras rebuscar un poco, localicé a Carol DeBoer-Langworthy, profesora en la Universidad Brown, una mujer que llevaba quince años investigando sobre la biografía de Neith.

Me dijo que Neith había nacido en Indiana en 1872 y había sido la segunda de los cinco hijos que tuvieron una maestra de escuela con

ambiciones literarias y un héroe de la Guerra de Secesión reconvertido en agente editorial, que decidieron poner a su hija el nombre de una deidad del Antiguo Egipto que nunca contrajo matrimonio (imposible no caer en la trascendencia mística al conocer este detalle).

En términos académicos, la diosa Neith era un ejemplo de «cosmogénesis partenogenética femenina» —una madre virgen creada a sí misma a partir de su propio ser y de quien nació el universo—, considerada por los teólogos una de las varias deidades de las que surgió la Virgen María. Como su equivalente griega Atenea, al destacar en la guerra, la caza y el arte de tejer, encarnaba habilidades tanto masculinas como femeninas y siempre se la representaba sola. Su templo protector, en la ciudad perdida de Sais, albergaba una escuela de matronas sólo para médicas y alumnas y se decía de ella que todos los días volvía a tejer el mundo en su telar. Tenía por símbolo un escudo y dos flechas, que en algunas épocas se tomó por un huso (otro punto en común con la *spinster* [originalmente «hilandera»]) y a menudo se la representaba llevando una corona roja; coincidencia o no, la propia Neith tenía el pelo rojo dorado de su padre («rubio veneciano», como se lo solía llamar entonces, aunque por algún motivo ya no se hace).

La familia vivía en una casa modesta de madera más bulliciosa con el nacimiento de los bebés —tres más en rápida sucesión— hasta 1880, con el culmen de la epidemia de difteria que asoló el país, cuando murieron sus cuatro hermanos en una semana.

Neith tenía ocho años, edad suficiente para sospechar que algo pasaba pero sin llegar a entender nada. Después de un año lúgubre y difícil, los padres empaquetaron sus pertenencias, dieron portazo al pasado y partieron para California, una región que cumplió sus legendarias promesas. Henry ayudó a lanzar los periódicos *Los Angeles Times* y *Los Angeles Tribune*, y Mary fundó un club artístico

que acabó convirtiéndose en el actual Desfile del Torneo de las Rosas.

En 1891, la familia volvió a mudarse, esta vez a Boston, donde al parecer lograron introducirse con facilidad en el mundo literario de la Costa Este: Mary era redactora en la revista progresista *ARENA*, y Henry se hizo editor. A Neith, no obstante, le horrorizó su nueva ciudad al llegar:

En un ambiente sombrío y gris deambulaban las indefinidas siluetas de los transeúntes, vestidos todos de negro. La vida estaba como apagada, todos los rostros mostraban tristeza, preocupación o un simple vacío; en el aire flotaban la neblina y el hollín; los edificios eran grises y mugrientos; las calles, estrechas y atestadas de figuras raídas.

Más de un siglo después de que Neith viviera allí, mi impresión de la ciudad era bastante parecida.

Escribir era para Neith su mayor liberación y placer y, aunque, como casi todas las mujeres de su generación no había ido a la universidad, tuvo la gran fortuna de que sus padres fueran lo bastante progresistas en lo político para fomentar las inquietudes de su hija. En Los Ángeles había publicado textos breves en los periódicos paternos; ahora escribía críticas y artículos para *ARENA* y, a los veinte años, una empresa en la que participaba su padre le publicó su primer libro, un volumen de poemas dedicados a la naturaleza.

Para gran alivio de Neith, cuando tenía veinticuatro años, la familia se trasladó a Manhattan y pronto siguieron caminos distintos: tras un breve periodo juntos en uno de los bloques de viviendas que se acababan de construir entre las calles 20 y 30, los padres se mudaron al norte, al barrio residencial de Mount Vernon, y Neith, en cuanto encontró trabajo, se fue a vivir por su cuenta, al centro.

«La sola vista de la ciudad, aún sin los pinchazos de los rascacielos ni el bullicio de los motores, era vivificante», recordaba

años después. Nueva York «no estaba cerrada sobre sí misma, parecía estar en conexión con el mundo, parecía viva».

El trabajo —y por este concepto entiendo el empleo remunerado fuera del hogar, en fábricas, oficinas y escuelas, no las tradicionales tareas sin sueldo de cuidar los hijos y la casa— es primordial para la evolución de todas las mujeres de Estados Unidos y fundamental en el caso de las solteras.

El primer motivo es práctico y evidente: durante siglos, la mayoría de las mujeres tuvieron prohibido ganar dinero y, en consecuencia, dejando aparte a las prostitutas, mendigas y vagabundas que vivían en la marginalidad, no podían permitirse vivir sin dificultades por su cuenta. A menos que una mujer naciera con posibles, el matrimonio era una necesidad monetaria y social, la única oportunidad de salir del nido familiar y (con suerte) garantizarse la posición económica propia y de sus futuros hijos. Como observó la historiadora Gerda Lerner, incluso la opción de quedarse soltera era una cuestión de elegir una forma de dependencia frente a otra: las monjas dependían de sus superiores masculinos; las hijas sin casar, de sus familiares masculinos; las prostitutas, de la «protección» de los proxenetas. Las viudas adineradas podían llevar una vida relativamente independiente, pero incluso esa buena fortuna tan lúgubre exigía un casamiento previo. El trabajo bien pagado, por tanto, y la posibilidad de mantenerse a sí misma dieron a la mujer la opción de postergar el matrimonio hasta una edad más tardía o de evitarlo por completo.

El segundo motivo es más fascinante: las mujeres solteras se perciben de un modo más positivo cuando la economía las necesita, lo que supone que las fuerzas macroeconómicas han contribuido en extremo a su reputación pública. Resulta que fue un hombre de negocios oriundo de Newburyport llamado Francis Cabot Lowell quien (sin querer) provocó la primera oleada importante de mujeres solteras del país.

A principios del siglo XIX, cuando la maquinaria hidráulica empezó a superar a la de vapor tradicional, Lowell pensó en aprovechar la rapidez que alcanzaba el río Merrimack corriente abajo, unos cincuenta y cinco kilómetros al sudoeste de Newburyport. En 1813, fundó la Boston Manufacturing Company, que, en 1826, se instaló con varias otras empresas manufactureras en la primera ciudad industrial planificada de Estados Unidos, bautizada con su nombre en su honor y hoy conocida como la cuna de la Revolución Industrial.

Las primeras fábricas de Lowell, en Massachusetts, tenían como trabajadoras a mujeres jóvenes de entre quince y treinta años que acudían a millares desde las granjas de Nueva Inglaterra para trabajar en los inmensos telares que transformaban el algodón crudo en tela (podríamos llamarlas las *neospinsters* [las neosolteronas-hilanderas]). Vivían en casas de huéspedes abarrotadas, cobraban sólo la mitad que los hombres y sus condiciones de trabajo —la jornada empezaba a las cinco de la mañana y duraba catorce horas, con una media de setenta y tres horas a la semana— eran deplorables. En una nota autobiográfica publicada en 1893, una mujer que empezó a trabajar en la fábrica con diez años escribió que «muchísimas de las mejores hilanderas» estaban allí con objeto de «garantizar los medios necesarios para la educación de algún miembro varón de la familia, para hacer de un hermano o hijo un caballero», pero, en el caso de otras, la oportunidad de alcanzar la independencia económica, por no hablar de poder vivir lejos de sus familias, constituía una tentación tremenda. En 1840 ya había ocho mil, el 80 por ciento de toda la mano de obra de la hilandería.

Vivir y trabajar juntas creaba un fuerte sentimiento de comunidad. Se llamaban, orgullosas, las «chicas de la fábrica» y publicaron la primera revista de Estados Unidos dirigida y redactada sólo por mujeres, *The Lowell Offering*. En su libro de viajes *American Notes* [Apuntes sobre Estados Unidos], sobre su famosa visita al país en 1842, Charles Dickens alabó la revista con entusiasmo y la

describió como «cuatrocientas páginas, buenas y bien hechas, que he leído de principio a fin». (De hecho, un par de investigadores de Boston sostienen que se inspiró en algunas historias de la revista, de publicación anónima, para escribir su *Cuento de Navidad*, que salió al año siguiente: otro ejemplo de las aportaciones invisibles de las solteras.)

Además, las «chicas de la hilandería», como también se las conocía, estaban politizadas. En 1834, ochocientas se pusieron en huelga para protestar por los recortes salariales; en 1845, más de mil quinientas se unieron para protestar por las deterioradas condiciones laborales en la fábrica y formaron la Asociación Femenina por la Reforma del Trabajo de Lowell, el primer gran sindicato de trabajadoras de Estados Unidos.

A finales del siglo XIX, las condiciones de la hilandería habían empeorado drásticamente, pero la Revolución Industrial que había traído la independencia a las chicas de la fábrica puso en movimiento una marea cada vez mayor de productos y publicaciones que, a su vez, provocaron otra ola de mujeres asalariadas: los miles de jóvenes que dejaban sus pueblos y granjas para dirigirse a Nueva York, atraídas como virutas de hierro a un imán, colándose por donde podían, buscando empleo en fábricas y oficinas, viviendo en casas de huéspedes o incluso en sus propios pisos. A esta ola fue a la que se subió Neith.

En 1893, una tal M. L. Rane publicó una utilísima guía llamada *What a Woman Can Do* [Lo que puede hacer una mujer], un estudio de todas las posibles opciones de trabajo para las mujeres. Según Rayne, en la década de 1840, sólo había siete sectores abiertos a las mujeres en Massachusetts (entre ellos, la enseñanza, la limpieza de casas de huéspedes y la hilandería); en 1893, sólo en ese estado había más o menos trescientas mil mujeres que se ganaban la vida en casi trescientos trabajos distintos: desde el periodismo, las leyes y la medicina hasta el grabado, la elaboración de cigarros, la apicultura y el retoque de fotografías.

La máquina de escribir fue clave para el ascenso de la mujer. Inventada en 1867 en Milwaukee, Wisconsin, el modelo original estaba adornado con dibujos de flores e iba montado sobre una mesa con pedal, como una máquina de coser; sus promotores proclamaban que era perfecta para los «ágiles dedos» de la mujer. En 1870, sólo el 4 por ciento de los estenógrafos y mecanógrafos eran mujeres; al cabo de una década, la cifra se había duplicado y, a principios del siglo XX, eran ya casi el 80 por ciento.

Lo fundamental es que, al igual que en Lowell, las mujeres eran mano de obra barata. Debido al sexismo institucionalizado, al hecho incontestable de que esa primera generación de trabajadoras tenía poca o ninguna experiencia previa y a la «periodicidad funcional» —la creencia, muy extendida, de que la menstruación debilitaba tanto a las mujeres que les impedía trabajar a tiempo completo, por lo que no merecían un sueldo completo—, a los empleadores les resultó muy fácil justificar que a las mujeres se les pagara menos que a los hombres. (A finales de la década de 1890, en un ingenioso intento por obtener el mismo salario por el mismo trabajo, una de las nuevas médicas, la doctora Clelia Duel Mosher, de la Universidad de Standford, inventó una serie de ejercicios de respiración abdominal para aliviar el dolor menstrual, llamados *moshers*.)

En su guía de 1893, M. L. Rayne hablaba sin ambages de esta desigualdad —«Las mujeres, por norma, recibían de un veinte a un treinta por ciento menos que los hombres por unos servicios iguales o equivalentes», escribió— pero, ciñéndose a la línea conservadora popular en la época, instaba a los lectores a no preocuparse demasiado, ya que, sostenía, un gran porcentaje de hombres mantiene a familias de ocho o diez miembros, mientras que las «empleadas solteras trabajan sólo para sí». Además, razonaba, «el ajuste de medias falsas en los salarios, incluso en estos casos, puede ser erróneo, pero se corregirá con el tiempo y la justicia». Por desgracia, su optimismo andaba errado: después de la Segunda

Guerra Mundial, este mismo argumento se rescató para no considerar a las mujeres mano de obra y la brecha salarial aún no se ha cerrado.

Estas oficinistas de bajo rango, las primeras mujeres que feminizaron el lugar de trabajo, allanaron el camino para las reporteras y redactoras de mayor categoría laboral, que ya parecían, aunque sólo fuera un poco, menos amenazadoras. En 1885, cuando una joven llamada Elizabeth Cochrane, enfurecida por una columna misógina en el periódico *Pittsburgh Dispatch*, respondió con una extensa diatriba llena de rabia que firmó como «La huerfanita», el periódico publicó un anuncio para pedir a la autora que diera la cara y le ofreció un trabajo. Antes que terminara esa década, Nellie Bly (el seudónimo que adoptó) se había mudado a Nueva York y era ya una de las reporteras más famosas del país. Sus imitadoras eran legión. En 1898, el año en que Neith publicó su columna en *Vogue*, se calculaba que había cuatro mil mujeres trabajando en la prensa sólo en Nueva York. (A esta legión dedicó M. L. Rayne una advertencia clara. «Insto a las mujeres a que se aseguren de sus capacidades antes de adentrarse en las duras sendas del periodismo, donde es un pecado ser ignorante y donde se espera que se sea sabia, ingeniosa, sensible, poética y versátil a cambio de un salario muy modesto», escribió en un capítulo de su libro titulado «The Lady Journalist» [la dama periodista].)

Por motivos obvios, esta avalancha de trabajadoras orgullosas de ser autosuficientes no tenía cabida en el término *spinster* y, así, surgió uno nuevo: *new woman* [nueva mujer]. Esta mujer era, por definición, independiente y, a menudo aunque no necesariamente, sufragista. Henry James popularizó este apodo a finales de la década de 1870 y principios de la siguiente con Isabel Archer y Daisy Miller —heroínas de ficción a quienes al final se castigaba por su espíritu independiente—, pero enseguida su paradigma en la vida real se reapropió de él y comenzó a utilizarse de forma respetuosa, incluso en boca de los hombres. En una carta de 1913 dirigida a un amigo, el

escritor político Randolph Bourne describió a las «Nuevas Mujeres» como:

Absolutamente enérgicas y entusiastas. [...] Te sorprenden sin cesar. [...] Tienen una combinación asombrosa de sapiencia y frescura, de humor y habilidad, de inocencia y autosuficiencia. [...] Por supuesto, todas se mantienen a sí mismas y son independientes; además, disfrutaban de la aventura de la vida. La forma plena, confiada y audaz en que se conducen lo lleva a uno a preguntarse si la «nueva mujer» no va a ser una clase de persona espléndida.

En teoría, la «nueva mujer» era libre de ser sexualmente activa, pero, en la práctica, las censuras sociales y el abierto clasismo de la época victoriana demostraron ser difíciles de superar. Una de las formas en que las mujeres privilegiadas no bohemias reafirmaban la «respetabilidad» que las diferenciaba de las inmigrantes y las clases trabajadoras era presentarse como «frías y desapasionadas», una ficción que debió de parecerles muy necesaria a las nuevas miembros de una clase media aún inseguras de su posición social. Además, sospecho que era bastante difícil introducirse en un mercado laboral dominado por los hombres sin llevar la vida sexual al trabajo. Este vínculo entre clase y sexo perdura en la actualidad, por supuesto: a menudo una mujer actúa movida no tanto por la «moralidad» como por no querer que la consideren una zorra, así que redondea a la baja el número de hombres con el que se ha acostado, por ejemplo, o incluso, como hizo una amiga mía de la infancia bastante promiscua, tiene el descaro de decirle a su prometido que es virgen. De esta forma, las mujeres siguen fiscalizándose a sí mismas y a otras mujeres.

La emancipación con respecto a la prisión doméstica supuso ventajas incontestables para todo el mundo, pero tuvo un precio. En un entorno de trabajo dominado por los varones, la mujer no tenía que enfrentarse sólo al sexismo, sino también al aprieto de ser considerada una novedad, una inmigrante en su propio país, lo que

la obligaba a buscar la forma de reconciliar su género con su ambición. Algunas dieron el paso de llevar el sexo al trabajo, resaltando su feminidad y prestando los favores que pudieran derivarse de esa actitud (explotando su «capital erótico», como diríamos hoy); otras trataron de adoptar las maneras y los gestos de los hombres. Como ya sabemos, este proceso de adaptación dura hasta hoy en día.

Para las mujeres que también tenían ambiciones literarias e intelectuales, aquella realidad era aún más complicada. Como a Neith, a muchas las contrataban precisamente por su alteridad. Los editores de periódicos, al instante sobre la pista de un sector demográfico creciente, buscaban atraer a las lectoras añadiendo nuevas «páginas especiales para mujeres» que repartían consejos sobre moda, decoración y cocina. Como dijo M. L. Rayne, «secciones sobre el hogar, notas sobre moda, como las que Jenny June ofrece a una decena de periódicos a la vez, columnas sobre los hijos, artículos sobre el mercado, críticas de arte o de libros... éstas son casi siempre las tareas de las mujeres».

Por una parte, aquéllas eran buenas noticias: más empleos y más autoridad; por otra, se confinaba a las mujeres a un «gueto rosa» que no se tomaba (ni se toma aún) en serio. Incluso alguien joven y formidable como Nellie Bly estuvo relegada en este sector hasta que ella misma se envió a México como corresponsal extranjera.

Todavía más paradójico era ser una «nueva mujer» con su propia columna en primera persona, un puestazo con una pega. Su tarea consistía en esencia en explicarse a sí misma ante un público que aún estaba tratando de entender quién era ella.

En la superficie, se trataba de un ejercicio positivo, incluso liberador. La expresión «nueva mujer» es rara en el mundo de los neologismos por ser descriptivo y favorecedor en lugar de limitador y peyorativo, como ocurre con muchos estereotipos. El término surgió asociado a un sector demográfico concreto y proporcionó a quienes lo integraban un mayor sentido del yo; el trabajo de la

columnista consistía en tentar al resto con un papel nuevo y extenso sobre el que fantasear que no era el de esposa o madre ni se definía en términos de no ser esposa o madre, como ocurre con «moza vieja» (y, además, gracias a la moda imperante de usar apodos, su verdadera identidad quedaba a menudo en secreto). Escritoras como Neith fueron pioneras en una forma radicalmente nueva de ser mujer en público; sin ellas, Maeve Brennan jamás podría haber sido la señora Prolija.

¿Y la pega? En el ámbito individual, es imposible cuantificar el coste de escarbar en la propia vida en busca de anécdotas que vendan, incluso —o sobre todo— cuando se tiene un público nutrido, pero, a mucha mayor escala, la «nueva mujer» se estaba construyendo sin querer una especie de jaula dorada: al exponer su vida, estaba perpetuando la tendencia sexista a equiparar a las mujeres con asuntos «meramente» personales e incluso colaborando a su propia cosificación. En la actualidad, casi todas las escritoras que conozco han tenido que decidir en algún momento si aceptar o no el encargo de escribir sobre su vida sentimental, un brete que casi nunca se les presenta a los hombres.

En lo que respecta a la búsqueda de trabajo, la situación no es tan distinta ahora de como era hace un siglo: fue un contacto familiar lo que llevó a Neith Boyce hasta Josephine Redding, la primera redactora de *Vogue*. Fundada sólo hacía cuatro años como publicación semanal, *Vogue* atendía expresamente a la «nueva mujer». Redding describía así a mujeres como Neith en un editorial de 1895:

Lo que preocupa a las mujeres es desarrollar su propia individualidad y de ahí que se nieguen a considerar a un hombre su maestro, sea éste su marido o su guía espiritual. La libertad personal es para ellas más preciada que la protección de los mejores hombres. Las mujeres que anhelan ser no son simples esposas y madres, sino personas que mediante un trabajo

honrado e inteligente han logrado destacar en cualquier ámbito laboral y cuyo credo ha sido la confianza en sí mismas.

No sorprende que a la señora Redding le cayera bien Neith al instante, ya que no sólo representaba el papel, sino que le iba perfecto; una coyuntura siempre útil, quizá incluso especialmente en este caso, ya que en aquel momento las imágenes populares de la «nueva mujer» empleadas por la prensa —alta y en forma, con un elegante atuendo de blusa de algodón impecable y falda por los tobillos, caminando siempre con paso firme y decidido por la acera — resultaban muy atractivas.

Me costó bastante percibir aquella visión desinhibida en el retrato de 1903 que Carol DeBoer-Langworthy había publicado en su página web. De pie ante un fondo gris, Neith mira con recelo, como las matronas imperturbables a las que parodiaba. Su atavío — una falda negra de talle alto y chaqueta bordada a juego, estola de piel negra sobre los hombros, las manos enguantadas en negro dentro de un manguito de piel negra— es formal y contenido. Lleva el pelo, grueso y ondulado, impecablemente peinado bajo un sombrero negro muy respetable.

Pero sus ojos grandes y soñolientos y los labios curvados dan a su rostro una expresión voluptuosa e inteligente que apunta a una mujer mucho menos convencional. Si la despojamos de las pieles, le quitamos el sombrero y le aflojamos el corsé, será fácil entender por qué llamó la atención de una redactora iluminada. Casi justo después de llegar a Nueva York, empezó a escribir artículos y relatos breves como *freelance* para *Vogue*.

Sin embargo, como un puesto de *freelance* no era suficiente para ganarse la vida, Neith tuvo que seguir viviendo con sus padres y, aunque era de temperamento reservado y no le interesaba mucho la vida social, supo aceptar con astucia las invitaciones de la señora Redding a las cenas formales que daba en su piso («red de contactos», que diríamos hoy).

En una de aquellas veladas conoció a un hombre que la ayudó a conseguir un trabajo a tiempo completo en un diario llamado *The Commercial Advertiser*. Con un nuevo salario semanal, lo justo para costearse el alojamiento y la comida, Neith pudo escapar de la vigilancia de sus padres y mudarse más al centro, a los Judson Apartments, un hotel de estancias largas situado en Genius Row [hilera de los genios] —el extremo sur del parque de Washington Square—, llamada así por todos los artistas que albergaba. (Algunos años después, Willa Cather, coetánea de Neith, se mudó a la casa de huéspedes contigua, que se acabó llamando The House of Genius [la casa de los genios] gracias, en parte, a su presencia.)

Sin saberlo, yo había estado pasando todos los días por delante del edificio de Neith de camino a clase. El sitio en el que vivía ya no existe tal cual (hoy es sede del Centro Rey Juan Carlos I de España de la Universidad de Nueva York), pero no necesitaba verlo de verdad para imaginarlo: techos altos, unos cuantos muebles —caoba, decidí—, como un armario con espejo de cuerpo entero para poder asegurarse de que la blusa estuviera lisa y bien abotonada antes de salir para el trabajo todas las mañanas. Un lugar tan limpio y ordenado como una decisión acertada.

Que Neith Boyce fuera la primera amiga de verdad que hice en Nueva York puede sonar extraño, pero ella me dio la conversación que tanto ansiaba y lo hizo justo en el momento preciso. Como no podía viajar atrás en el tiempo y llamar a su puerta, recurrí a la segunda mejor opción: me quedaba en la biblioteca Bobst todas las noches, cada vez hasta más tarde, leyendo sobre ella y la gente que conoció. Me gustaba ir a las plantas superiores y trabajar en una mesa junto a las enormes cristaleras que daban al parque de Washington Square.

Había algo muy surrealista en... todo. Aquel parque había sobrevivido a muchísima gente. Todas las versiones de la feminidad que había visto, que no eran pocas. Cómo incluso yo, una «joven

formal», como Simone de Beauvoir se describió una vez a sí misma, estaba llevando una vida tan distinta de la de mi madre... Cuando ella tenía mi edad, ya estaba casada y a punto de quedarse embarazada de mí. Empezaba a creer que este patrón de pensamiento —retrotraerme constantemente a mi madre, al punto en el que había empezado y del que había partido— no era idiosincrático, sino algo que muchas mujeres, si no todas, hacemos, un rasgo del ser mujer. «¿Los hombres también lo hacen?», me pregunté. Aún no me parecía posible estar viviendo con un hombre que mi madre no hubiera conocido. ¿Qué le parecería a ella mi extraño deseo de estar sola? ¿La voz que en mi cabeza decía que me olvidara de las fantasías de solterona y creciera de una vez era suya o mía? ¿O era la voz de algo más amplio, de la propia sociedad?

Una tarde, a principios de enero, pasé varias horas en el sótano de la biblioteca buscando e imprimiendo las últimas entregas de la columna de Neith. Cuando salí a la calle, ya era de noche; la nieve cubría totalmente el parque, borrando los coches, filtrando el resplandor de los semáforos de forma que relumbraban como farolas de gas. El arco relucía y brillaba. En noches como aquella resultaba aún más fácil imaginar que el parque de Neith y el mío eran uno solo. Sentí vibrar el teléfono móvil en el bolsillo. Los teléfonos móviles me parecían surrealistas. Personas normales y corrientes equipadas con dispositivos de comunicación portátiles, como agentes secretos. Mi madre nunca había visto un teléfono móvil, ni siquiera había tenido dirección de correo electrónico.

A Z. pareció sorprenderle oír mi voz.

Había conocido a Z. en otoño, en mi primera etapa de efervescencia en Nueva York. Medía al menos dos metros de altura y me triplicaba en anchura. Una cicatriz le recorría el lado izquierdo de la cara y tenía los nudillos grandes como nueces, pero cuando me paró en el andén del metro para pedirme que le indicara por dónde ir a una determinada dirección, no me fijé en nada de eso. Alguien me había pedido indicaciones a mí, ¡a mí!, a una persona que no salía de

casa sin su plano forrado de plástico, que consultaba de pie en las esquinas de las calles, a plena luz del día. Lo acompañé solemnemente en la subida por las escaleras mecánicas.

Al hablar, arrastraba las palabras de un modo encantador. Era de Georgia, según me dijo. En la bolsa que llevaba consigo guardaba los guantes de boxeo. Iba de camino al gimnasio. Iba a ser el próximo Mike Tyson. Al mes siguiente iba a combatir en el Madison Square Garden, ¿me apetecería ir a verlo?

¡Cómo no! ¡Era el primer boxeador que conocía! Le di mi número de móvil y le dije que me llamara para darme los detalles.

Orgullosa como yo sola, le conté la historia a R. al llegar a casa, por si aún necesitaba que le recordara que Nueva York era un lugar infinitamente más divertido e interesante que Boston.

Al principio me gustaba que Z. me llamara. Era divertido y peleón, lo que no me sorprendió. Me pinchaba para que fuera a sus combates; me dictaba indicaciones largas y enrevesadas para llegar hasta allí desde Brooklyn Heights, con varios cambios de metro, un trayecto en autobús y un buen trecho a pie, todo lo cual anotaba yo con buenas intenciones por detrás de algún tique, y una semana después me llamaba para reñirme por no haber aparecido. Charlábamos, llegábamos a otro acuerdo y luego me olvidaba de él hasta que me volvía a llamar.

Yo no quería mantenerlo en secreto. No sé por qué, sus llamadas siempre llegaban en momentos extraños y solitarios, cuando estaba perdida entre los anaqueles de la biblioteca o haciendo cola para comprarme una magdalena de arándanos para el desayuno (momentos que se quedaban sin relatar entre los residuos de la jornada). Sin ser consciente, dejé de contarle la historia a R. al llegar a casa.

Pocas semanas antes de Navidad, Z. me había llamado para decirme que me había comprado un regalo. «Sólo te he visto aquella vez —dijo—, pero te recuerdo perfectamente y te va a quedar bien.»

Para mí, Z. nunca había supuesto una amenaza, pero aquello daba miedo. Le recordé, como hacía a menudo, que tenía un novio a quien tal vez no le gustara mucho el gesto. Z. suspiró, exasperado. «Kate, ya lo sé. Este regalo te lo hago para agradecerte que seas mi amiga. Te va a quedar de maravilla.» Durante un tiempo, cuando veía su número aparecer en la pantalla del móvil, no respondía.

Todo aquello fue antes de las vacaciones y aquellas vacaciones navideñas ya habían terminado, así que, cuando el teléfono vibró aquella noche de enero, olvidé mirar la pantalla.

Como si nada hubiera cambiado, Z. empezó con la letanía habitual de sus combates. Me recorrió un escalofrío. El que su llamada llegara en mitad de mi ensimismamiento en el parque nevado hizo que su voz me sonara invasiva. Estaba tan desesperada por que terminara su monólogo y colgara que al principio no entendí lo que estaba diciendo, sólo noté el cambio de tono... «Y era menuda, como tú», decía. Estaba hablando de su antigua novia, de Georgia. «Así que cuanto te vi en el metro y fuiste tan amable conmigo, me recordaste a ella. Y ella murió, ¿sabes? Murió el año pasado. Así que cuando te vi, así menuda como ella, me volvió todo el sentimiento. Sólo quiero que seas mi amiga, Kate», continuó. Su voz, grave y seria, avanzaba como una muchedumbre que lo inundara todo. No sabía cómo pararlo. «Esto es lo que me gustaría. Me gustaría que habláramos por teléfono una vez a la semana, sólo quince minutos, eso es todo, y te daré trescientos cincuenta dólares. Sólo quiero amistad, no tienes que hacer nada. Sólo hablar conmigo.»

El corazón se me cerró de un golpe, como si se acabara de bajar la cremallera de la bragueta para enseñármelo todo. Murmuré que no quería hacer aquello y colgué de inmediato. Cuando volvió a llamar, no respondí. (Nunca más llamó.) Todo el camino a casa fui reconcomiéndome por el remordimiento. ¿Quién era yo para tratar su soledad desnuda como una afrenta? Le había estado seduciendo, disfrutando de la excitación ilícita de hablar en secreto con un

desconocido, segura al saber que nunca tendría que verlo en persona. Y era obvio que estaba muy sola, ¿por qué si no creía yo que me llamaba todo el tiempo, haciendo caso omiso de mis evasivas como un valiente?

Estuve varios días castigándome. De verdad, ¿en qué estaba pensando? Una cosa era jugar a estar sola y otra estarlo realmente. Me engañaba, decidí, al crearme como Neith «soltera de nacimiento» y menos aún armada de «individualidad, agallas y sentido del humor». No tenía nada de instinto de supervivencia y, lo que era peor, no es que fuera ingenua y ya está: es que me empeñaba en serlo. Incluso cuando todas las señales indicaban un peligro, afirmaba no verlas. ¿Para qué? ¿Para alimentar mi ego? Sospechaba que era algo aún más oscuro: sólo había aprendido a ser buena, así que, cuando quería ser mala, tenía que fingirlo. Si dejaba ese yo falso suelto por el mundo, terminaría provocando destrucción y me matarían en un abrir y cerrar de ojos.

Además, estaría tan sola... ¿y quién quiere eso?

Sin embargo, ¿acaso aprender a afrontar la soledad no formaba parte de aprender a cuidar de mí misma y convertirme en adulta?

Ésos eran los costes emocionales, pero ¿qué había de los económicos? ¿Podía permitirme la soledad? Me había acostumbrado a compartir los gastos con R. Volar con mis propias alas en una de las ciudades más caras del mundo y tratar al mismo tiempo de probar suerte en una profesión tan mal pagada e inestable como la de escritora parecía, sin lugar a dudas, una estupidez (y, de hecho, lo fue).

Neith lo había hecho todo sin que le temblara el pulso. Cuando su tío Elia trató de asustarla para que se casara, lo tumbó con sus argumentos:

¿Me pregunta usted si quiero ser una moza vieja y solitaria de cuarenta años? La respuesta es que no, por dos motivos. Primero, porque la principal alegría de ser independiente es no pensar en el mañana, mucho menos en un mañana para el que faltan veinte años. Segundo, y sobre

todo, porque nunca seré una moza vieja, ya que he decidido ser una joven soltera.

Yo tenía veintiocho años. Corría el año 2000. Nadie me obligaba a casarme, pero la llamada al matrimonio me parecía tan fuerte como la resaca del mar, el siguiente paso lógico en una existencia madura y ordenada. Y, cuando me puse a pensar en cómo sería estar sola a los cuarenta —ese futuro lejano e inconcebible—, me quedé helada.

Cuando hablé con Carol DeBoer-Langworthy, la biógrafa de Neith Boyce, tuvo la gentileza de enviarme una copia de su versión comentada, aún sin publicar, de las memorias inéditas de Neith, que todavía estaba preparando. Había pasado de no tener casi nada sobre esta mujer «olvidada» a que me tocara el gordo. Las memorias abarcaban su época en *Vogue* y, aún por editar, aquellas páginas estaban llenas de detalles no aptos para la impresión.

El fajo de papeles mecanografiados conformaba un documento bastante peculiar. Neith había estado más de treinta años trabajando en él y, finalmente, lo terminó cuando tenía unos sesenta y cinco. En el proceso cambió la voz, de la primera persona a la tercera, y el nombre, de Neith a Iras, por lo que se lee más como una novela que como unas memorias. Y aun así también tiene un tinte elaborado, casi forzado, y no es ni de lejos tan divertido como su columna de la chica soltera.

De todas formas, tener acceso a estos recuerdos privados era algo emocionante. Cuenta un almuerzo con la esposa del director de su periódico: aquella «matrona bastante corpulenta se tomó un jugoso filete y una ensalada», mientras que Neith sólo podía permitirse un café y un donut. «Pero no le importaban las comidas frugales (las del hotel también eran bastante escasas) ni que su habitación diera a los patios lóbregos y escaleras de incendios, adornadas con ropa tendida al viento, de una casa de vecindad. Todo

era suyo y su total independencia le bastaba. ¡Cuánto la disfrutaba!»

A diferencia del estereotipo de la urbanita frívola de nuestra época, o incluso de las neoyorquinas de alta cuna que, en la época de Neith, se divertían viviendo como los pobres, ella mantiene una agradable consciencia de su propia situación. «Le gustaba sentirse una obrera entre obreros», aunque, «desde luego, vivía en mejores condiciones que la mayoría: el privilegio impagable de hacer el trabajo que le gustaba, de tener un sitio propio».

De hecho, el primer idilio de Neith es con el trabajo, que hace que su vida de soltera sea posible y merezca la pena. «Simplemente, salir de casa por las mañanas y ver Washington Square, esperar en la estación de Bleecker Street a que el tren El llegara chirriando al coger la curva, viajar hasta el centro con otros empleados, subir los escalones sucios y desgastados hasta la oficina y el trabajo diario: todo aquello le encantaba.»

La sala de prensa es un club masculino, donde los hombres están tan poco acostumbrados a la presencia de mujeres que «van vestidos sólo con pantalón y camiseta interior, con los tirantes colgando». Al principio, su presencia constituye una molestia; puede oírlos gruñir «aquí viene la señorita correctora» cuando se acerca, pero pronto se los gana con su diligencia y su profesionalidad.

Me intrigó ver pruebas de primera mano de que la posición de Neith como mujer soltera, lejos de ser un perjuicio, le facilitó claramente su carrera.

Sin la responsabilidad que suponían las exigencias de un marido y unos hijos, podía dedicar todo su tiempo y todas sus energías a hacer justo lo que quería, que era trabajar todo lo posible. El mundo se abrió ante ella. «Trabajaba duro, necesitaba dinero y las ideas para sus historias florecían en cualquier esquina.»

La pequeña habitación de Neith —«su nicho en la gran ciudad, como el nido de una golondrina en una cornisa»— no era muy

distinta de como la había imaginado: sobria, con dos ventanas, dos sillas y una mesita. Se hizo amiga de un par de huéspedes de la pensión, las dos periodistas, y, después del trabajo, se reunían a hablar de lo que hacían en él. Algunas noches, un tímido pintor galés se dejaba caer y Neith y él se sentaban a «hablar y tomar té hasta la madrugada». Otras, visitaba las «veladas en miniatura» organizadas por mujeres que vivían solas en las estrechas casas del West Village, donde se servían café y pasteles y «se hablaba de arte».

Como cabe esperar, tiene algún comentario cáustico que hacer sobre el matrimonio. En la boda de su prima Mary, la sonrisa radiante de la novia la asombra:

Sin duda, el matrimonio no era nada que mereciera tanta euforia y recorrer el pasillo de la iglesia intercambiando confidencias y sonriéndose el uno al otro, como si fueran compañeros de mesa en una cena, parecía un error de principio a fin. Teniendo en cuenta todo lo que conllevaba — niños, facturas, peleas, la aterradora asociación forzosa de dos seres humanos—, el matrimonio era sin duda algo que no había que tomarse a la ligera. [Neith] pensó que en todo aquello debía de haber una especie de necesidad o costumbre de hacer penitencia.

A mí no hacía falta convencerme de que quería estar sola, pero sí que necesitaba tanto ayuda para apreciar bien cómo podría ser aquella realidad como pruebas de que habría una recompensa si era lo bastante valiente para buscarla; de que, como dijo Vivian Gornick, « si estaba dispuesta a adentrarme sola en él, había un mundo esperando para darme la bienvenida». Neith Boyce me ofreció todas las pruebas que necesitaba.

El 15 de enero de 2001 (eso indica mi fiel diario) encontré por fin el valor para decirle a R. que tal vez, quién sabe, podríamos empezar a pensar en la posibilidad de romper. Estábamos en casa, en el sofá. No le dije que lo había engañado (se enteraría él mismo varios meses después al leer mi diario). No dejé de sollozar al explicárselo. En el

transcurso de aquellos tres años se había convertido en mi mejor amigo. ¿Qué estaba haciendo? Por debajo había un temor más abstracto: ésta podría ser mi mejor opción para un buen matrimonio y todo lo que presagiaba —seguridad, hijos, nietos— y, si ahora me alejaba de él, tal vez me pasara la vida lamentándolo.

Lógicamente se sorprendió, ya que no tenía ni idea de en qué había estado yo metida, pero también —para confusión de los dos— se mostró comprensivo. A pesar de no desearlo para él mismo, me conocía lo bastante bien para saber que mi deseo de estar sola era real. Tardamos cinco dolorosos meses en liberarnos. En mayo se fue del piso. Yo iba a hacer lo mismo en agosto, cuando terminara el contrato de alquiler, antes de empezar el segundo curso del máster.

A diferencia de Vivian Gornick, aquella primera mañana sola no me desperté obsesionada con la soledad. Las rupturas siempre son dolorosas, pero al menos las otras veces no iba también a quedarme sin casa. Tan hecha polvo estaba que aquella misma semana mi hermano, aunque acababa de enamorarse, se vino desde Newburyport para hacerme compañía. Consiguió un trabajo temporal horrible —algo que ver con introducción de datos, una demanda colectiva y el mesotelioma— y se quedó todo el verano conmigo.

En julio, una amiga y yo fuimos en metro hasta el final de la línea y nos tumbamos en la playa de Far Rockaway bajo el cielo nublado. Llegué a casa con la piel tan quemada que no podía quitarme el bikini ni soportar el contacto de la ropa, así que me quedé tumbada dos días en el sofá con el mismo bañador, llorando por el estúpido desastre en el que había convertido mi vida. Mi hermano hizo fotos y no me dejó ver el resultado porque, como dijo, parecía la escena de un crimen. Más tarde, mi amiga y yo bromeamos diciendo que nos habíamos echado a perder el escote, pero en mi caso sí fue cierto: donde entonces había unas siete pecas, ahora debe de haber unas mil.

Aún me quedaba un año de clase. Mi contrato de ayudante en la facultad había terminado, pero había conseguido un trabajo administrativo a tiempo parcial en otro departamento de la universidad y, entre eso y escribir como *freelance*, me iba apañando, pero ninguna de mis actividades conseguía distraerme de lo emocional. No podía dejar de pensar de manera obsesiva en lo que había hecho. Había destrozado una relación perfecta sin ningún motivo de peso. Estaba convirtiendo mi vida, de forma consciente, en algo más difícil de lo que debería ser. Echaba de menos desesperadamente a R., quería llamarlo todo el tiempo y durante un tiempo lo hice, hasta que por fin me obligué a entender que buscar consuelo en la persona a la que había hecho daño era egoísta y cruel.

Aquel verano sólo quedé con las pocas personas con las que podía echarme a llorar sin motivo alguno y seguí leyendo las memorias inéditas de Neith Boyce. El fajo de papeles sueltos era demasiado engorroso para llevarlo en el metro, así que esperaba a llegar a casa por la noche, me bajaba el montón de hojas al paseo marítimo y me sentaba a leer en un banco. A veces echaba vino en un bote de cristal y me lo iba bebiendo como si fuera agua.

Uno de los aspectos más desagradables de vivir en Nueva York es que la proximidad cotidiana de la riqueza y el glamur puede instilar un deseo de obtenerlos desconocido hasta entonces. Ahora que era adulta, una estudiante pobre entre semestres, tan trastornada que necesitaba ser atendida por su hermano pequeño, mi vida parecía especialmente vacía y patética; las probabilidades de ver alguna vez un texto mío en una revista sofisticada como *Vogue*, por no hablar de que me invitara a cenar su directora, famosa por la frialdad de su carácter, se me antojaban tendentes a cero.

Y por todo ello me resultó muy gratificante ver a Neith quejarse por las «veladas literarias tan en boga» en el piso de la señora Redding, donde la elegancia «era un uniforme que se daba por supuesto, como el esmoquin o el vestido de noche» y «la conversación, como el vino, se servía en vasitos poco profundos y

había que tener cuidado con ellos: no había que entusiasmarse con una idea o una emoción, so pena de derramarse el vino encima». No le interesaban nada el parloteo inútil; «el último libro nuevo, la última obra nueva no le suscitaban ninguna opinión, no la tenía», pero, al darse cuenta de que los otros invitados la consideran «agraciada pero como una esfinge», en lugar de esforzarse por ser agradable, se limita a sentarse en silencio absorbiéndolo todo y sólo habla cuando alguien le pregunta.

Una noche, para mi sorpresa, cayó una carta de entre las páginas sueltas.

Se trataba de una hoja fotocopiada, escrita a máquina, de Neith a un misterioso «H.», con fecha de 19 de junio de 1898, en la época en la que publicaba su columna en *Vogue*, sobre otra cena celebrada en el piso de la señora Redding. Al principio tuve que aguantar la risa al ver a Neith más irreverente que nunca:

¿Sabes a qué me recuerda la señora Redding? Te lo cuento si (como dice ella) no te chivas. ¿Te acuerdas del hombrecillo de nariz colorada que entró en el restaurante en el que estábamos los dos cenando una noche, con una cesta llena de supuestas flores hechas de productos de la huerta (remolachas, zanahorias, etcétera)? Bueno, pues ya sé que no es muy bonito decirlo, pero a eso me recuerda: a una persona que ha sobrevivido a la vida (¡porque aquel anciano había visto tiempos mejores!) y dedica lo que le queda de ella a tallar pequeñas monstruosidades, extrañas y superfluas, que nadie quiere.

Después de eso se retracta un poco, algo culpable:

No se lo vas a decir, ¿verdad? Con lo que la aprecio, con lo que admiro su coraje, sus agallas y la forma que tiene de sacar lo bueno de todo... Y la adoro por llevar sombrero siempre que va bien con su atuendo y también me gusta saber sus opiniones sobre la vida, el matrimonio, etcétera. A ella le caigo bien yo porque soy una joven independiente, pero estoy segura de que, si supiera que alguna vez he pensado en sumarme a la inmensa mayoría, su interés por mí cesaría y se resolvería.

Miré a las parejas que caminaban por el paseo marítimo. ¿«Sumarme a la inmensa mayoría»?

En el invierno de 1898, el hombre que le había conseguido trabajo en el periódico a Neith Boyce le presentó a su hermano, Hutchins Hapgood. Era de Chicago, se acababa de graduar en Harvard y tenía más o menos la misma edad que ella. «Hutch» acababa de regresar de dar la vuelta al mundo con Leo Stein, un amigote suyo de la facultad, hermano de Gertrude, y acababa de empezar a trabajar en el periódico como reportero.

«Era un joven más bien bajo, ancho de espaldas —anotó Neith en sus memorias—, con un traje de *tweed* de color claro que le quedaba grande y le hacía parecer casi tan ancho como largo, y arrugado como si hubiera dormido con él puesto. [...] Tenía la cara rubicunda y los ojos azul claro, que transmitía fuerza y fuego.»

Neith utiliza la palabra «fuego» tres veces más en el párrafo en el que describe a su nuevo pretendiente. Esa misma noche, Hutch empezó a llevarla con él a los nuevos teatros de inmigrantes que estaba descubriendo para el periódico (alemanes, italianos, yidis, chinos). Todas las noches empezaban en uno de los muchos pequeños restaurantes «extranjeros» del centro y hablaban sobre libros, obras de teatro y escritura.

Explica que su mayor punto de desencuentro era sobre lo que ella llamaba «vida». Hutch, hijo de un millonario hecho a sí mismo,

la veía con gran lirismo; encontraba algo interesante y agradable en casi todo el mundo, sus simpatías eran ilimitadas, estaba abierto a la experiencia y no se cerraba ante nada.

Neith, la única superviviente de cinco hijos, la consideraba «un juego amañado en el que los dados estaban trucados en tu contra y estabas condenado a perder». Ella citaba a Swinburne, a Swift y a Hardy. Él respondía con William Wordsworth y Margaret Fuller

(«acepto el universo»). Cuando llegó la primavera, Hutch estaba intentando encandilarla leyéndole poemas de Heine y ella le decía que la aterrorizaba enamorarse o casarse.

Como cabría esperar, sus argumentos eran numerosos y bien elaborados. Le preocupaba que una mujer se pudiera ver fácilmente saturada por las exigencias de una vida «física» y familiar (con lo que supongo que se refería al sexo, el embarazo y la crianza de los hijos), sobre todo con un hombre como Hutch, que no hacía nada a medias. Cuando por fin se lo contó a la señora Redding, la directora le espetó sin tapujos que el matrimonio, sobre todo con Hutch, destruiría su carrera. «Espero que no te cases con ese joven tan varonil», dijo.

La objeción de la señora Redding debió de haber pesado mucho en Neith: más que nada, le preocupaba su capacidad de encontrar tiempo y energías para escribir. Cuando Hutch arguyó que «vivir en una torre de marfil no es la forma de producir buen material», ella contraargumentó con los ejemplos de Jane Austen y Mary Eleanor Wilkins, «presumiblemente solteras cuando estaban creando sus mejores obras», e incluso Edith Wharton, diez años mayor que ella, que estaba casada en aquel momento, pero «podría considerarse que, al menos de nombre, era una solterona, ya que no tenía hijos».

Había dado con algo importante. Austen nunca se casó, Wharton no llegó a ser del todo ella misma hasta que se divorció de su marido, y Mary Eleanor Wilkins —escritora de ficción de enorme éxito en su época, que, como Sarah Orne, otra escritora de Maine anterior a ella que nunca se casó, acostumbraba a elegir a solteras como personajes— escribió sus mejores obras antes de casarse a los cincuenta años.

En un esfuerzo por explicar mejor a Hutch sus sentimientos encontrados, Neith compartió con él uno de los relatos más famosos de Wilkins, «A New England nun» [Una monja de Nueva Inglaterra], publicado en 1891. Empieza con una mujer llamada Louisa Ellis que vive sola en una casita en el campo y se dedica a

coser tranquilamente en su salón. A la hora del té, extiende un mantel tan precioso que parece «una auténtica huésped de su propia persona»; una hermosa idea que Wilkins desarrolla para demostrar la valentía de la estima que su personaje siente por sí misma: «Louisa usaba la vajilla de porcelana todos los días, algo que no hacía ninguno de sus vecinos, que murmuraban entre ellos criticando aquella costumbre».

Joe Dagget, su prometido, que lleva catorce años en Australia buscando fortuna, acaba de volver para casarse con su novia: la boda se celebrará al cabo de una semana. Su presencia es, cuando menos, perturbadora. Cuando la pareja se sienta a la mesa, él le cambia distraídamente los libros de sitio y ella vuelve a colocarlos en su lugar bien ordenados. A la hora de irse, él le da un golpe sin querer a la cesta de costura y la tira al suelo. Por su parte, él, «sentado en la habitación primorosa y delicada de su prometida, se sentía como rodeado por un seto de encaje».

Mientras Joe estaba en la otra punta del mundo, la madre y el hermano de Louisa habían muerto y ella había estado muy sola, pero había descubierto que aquella soledad casaba con ella:

El mayor acontecimiento de todos —un acontecimiento sutil que los dos eran demasiado simples para entender— era que los pies de Louisa se habían adentrado en un camino [...] tan recto e inmutable que sólo encontraría freno en la tumba y tan estrecho que no cabía nadie más a su lado.

Por casualidad encuentra una forma honrosa de liberarse de su compromiso con Joe (no cuento cuál para no reventar la historia) y, aunque la despedida en sí es triste, al despertarse a la mañana siguiente «se sintió como una reina que, después de temer que le arrebataran sus dominios, ve aseguradas con firmeza sus posesiones».

La historia termina con Louisa sentada sola junto a la ventana, mirando «adelante a través de un larga sucesión de días futuros

ensartados como las cuentas de un rosario, cada uno igual que los demás y todos suaves, perfectos y sencillos, y su corazón estalló de gratitud [...] contando piadosamente los días, como una monja sin clausura».

Cuando Neith le mostró la historia, Hutch insinuó con brusquedad que ella se parecía bastante a Louisa y que «lo que les pasaba a las solteras de Nueva Inglaterra es que se volvían chifladas».

Pero a Neith le conmovió de verdad la historia:

Si una mujer deseaba vivir en paz y tranquila y tener su casa limpia, sin nadie que la llenara de barro, quería hacer conservas y mezclas aromáticas de pétalos secos de rosa y sentarse junto a la ventana para coser una labor delicada, ¿por qué no iba a hacerlo? Siempre había suficientes mujeres deseosas de casarse y perpetuar la especie. [...] Si a una mujer le gustaba jugar con las palabras y formar con ellas patrones y dibujos, se mantenía a sí misma, no molestaba a nadie y disfrutaba de la vida sin un montón de niños berreando a su alrededor, ¿por qué no iba a hacerlo?

Hutch compartía piso con dos amigos en The Benedick, una residencia para hombres solteros llamada así por el protagonista de *Mucho ruido y pocas nueces*, también en el parque de Washington Square (hoy es una residencia de estudiantes mixta). En la obra, Benedicto mantiene «una guerra alegre» con la encantadora y ocurrente Beatriz: los dos afirman que desprecian el matrimonio y que se desprecian entre sí, hasta que sus amigos los engañan para que se den cuenta de lo contrario; el acto final es su boda. En la época de Hutch, el término *benedict* se usaba para describir a un varón recién casado, especialmente si hasta entonces se le había tenido por soltero empedernido. En la tradición de las mejores comedias románticas, sus dos compañeros de piso «declararon que Hutch era un soltero perfecto y dijeron que ella [Neith] estaba echándolo a perder». Incluso el optimista sempiterno se mostraba escéptico. En mayo de 1898, escribió a su madre:

Hay una chica en Nueva York que ha significado para mí mucho más que cualquier otra en mi vida. No estamos comprometidos y es prácticamente imposible que lleguemos a estarlo jamás. Es una «nueva mujer», ambiciosa y llena de energía, una trabajadora incansable, que no cae muy bien a los amigos míos que la conocen y a la que ni se le pasa por la cabeza casarse, al menos, conmigo.

Volví a comprobar las fechas. Mayo de 1898 fue el mes en que apareció la primera columna de Neith en *Vogue*. ¿Había estado saliendo con él todo ese tiempo? ¿En realidad era la Beatriz de su Benedicto?

Al final, los miedos abstractos de Neith no resultaron estar al nivel de un hombre que ella describía como «una cálida brisa primaveral que irrumpiera en la habitación», no sólo «poco razonable, inesperado, sorprendente», sino también «digno, amable»; un hombre que «quería hacer un festival de todas y cada una de las cenas que compartían». Su autobiografía concluye en 1899, menos de un año después de que apareciera en *Vogue* su última columna de la chica soltera, la noche en que ocupó su lugar entre la «inmensa mayoría», pero fijando sus propias condiciones. El matrimonio con Hutch sería totalmente igualitario, además de «provisional» y no «hasta que la muerte los separara».

La boda se celebró en Nueva York el 22 de julio de 1899, a las ocho de la tarde. La peluquera no había acertado con el peinado de Neith y, después de lavárselo ella en casa, al salir casa la calle, aún llevaba el pelo húmedo debajo del velo. Su padre y ella fueron en coche a la iglesia en silencio.

Al llegar, cogió a su padre del brazo para recorrer el pasillo y «una escena del pasado remoto destelló de pronto sobre ella, como un rayo»: aquel momento de su infancia en el que él la había conducido hacia el salón lleno de pequeños féretros blancos con los cuerpos de sus hermanos.

Nos gusta simular que la gente soltera es la única que está sola y que estar en pareja es la solución. Esta creencia se remonta al mito de Platón sobre los primeros seres humanos, en forma de esfera, con cuatro brazos y piernas y dos caras cada uno, como un personaje de videojuego. «Cada vez que se lanzaban a correr velozmente — escribió—, igual que ahora los acróbatas dan volteretas circulares haciendo girar las piernas hasta la posición vertical, se movían en círculo rápidamente apoyándose en sus miembros, que entonces eran ocho.»

Esos seres eran demasiado poderosos y ambiciosos para que los dioses dejaran que continuaran siendo así, pero también resultaban ser demasiado útiles para destruirlos, así que al final Zeus decidió, simplemente, partirlos por la mitad. «De esta forma, serán a la vez más débiles y más útiles para nosotros por ser más numerosos», explicó.

Después, Apolo lo ayuda a convertir a cada uno de esos extraños medios seres en uno completo, estirando la piel sobre el tajo que les recorría todo el cuerpo, dándole a cada uno un ombligo y modelando el pecho «con un instrumento parecido al de los zapateros cuando alisan sobre la horma los pliegues de los cueros». El resultado, concluye Platón, es que siempre está «añorando cada uno su propia mitad» y, cuando la encuentra, «quedan entonces maravillosamente impresionados por afecto, afinidad y amor, sin querer, por decirlo de algún modo, separarse unos de otros ni siquiera un momento».

Sin embargo, eso no está tan claro. La ciencia nos dice que, al igual que ocurre con la felicidad, nuestra predisposición a la soledad viene codificada en nuestros genes. Otros nacen en circunstancias de aislamiento que les graban una propensión a un aislamiento aún mayor. Y hay estudios que han demostrado que los periodos prolongados de soledad extrema y constante modifican la configuración molecular de una persona y debilitan su sistema inmunitario.

Pero en todas las vidas siempre hay al menos un poco de soledad. La mayoría de la gente la sufre como un mero dolor reiterado que puede aquietarse meses o años cada vez y que de pronto estalla cuando se dan las condiciones adecuadas: mudarse a una ciudad en la que no se conoce a nadie, permanecer en un mal matrimonio, perder a alguien que se quiere, incluso hacer un recado, cuando sin más se da uno cuenta, en lo más profundo, de lo solos que estamos todos en el mundo y tiene que sacar fuerzas de flaqueza para no dejar la cesta de la compra en el suelo y salir corriendo del supermercado.

Enterarme de que Neith había imaginado un funeral en su propia boda me hizo preguntarme si un trauma emocional también puede golpear como un rayo y cambiar todas las células del cuerpo, transformando así a una persona en un antes y en un después, donde el antes era una soledad de lo más común y el después es una dolencia crónica que se puede superar con muchísimo esfuerzo pero que deja alterado para siempre el punto de vista de esa persona.

El matrimonio de Neith se ajustó y no se ajustó al *flashback* que tuvo la tarde en que se casó. En casi todos los términos, tuvo un éxito excepcional, como esposa y como escritora: entre 1902 y 1910 tuvo cuatro hijos –dos niñas y dos niños– y publicó cuatro libros; tras la publicación de su segunda novela, *The Folly of Others* [La locura de otros], un crítico literario las calificó a ella y a Edith Wharton de «las dos escritoras jóvenes más interesantes de 1904». En 1908 ayudó a Gertrude Stein a publicar su primer libro, *Tres vidas*. En 1915 se alió con Susan Glaspell y Eugene O'Neill para fundar la famosa compañía teatral Provincetown Players,^[13] para la que escribía y producía sus propias obras. En 1923, ya había publicado tres novelas más, un volumen de memorias y veintenas de relatos breves en revistas importantes. Los temas que trataba –entre ellos, la necesidad de hombres y mujeres por igual de vivir temporadas de experimentación sexual y la lucha por conservar la autonomía en el

matrimonio— eran progresistas y pertinentes en una época de gran turbulencia social y, como tales, encontraron un público entregado. Con las ganancias que obtuvo compró una granja fuera de Richmond, en New Hampshire.

A pesar de todo aquello, Neith no escribió ni publicó tanto como esperaba. Si la pareja no hubiera dejado un testimonio escrito tan extenso sobre su matrimonio —cartas, diarios, descripciones directas en sus obras y libros publicados—, sería perfectamente razonable atribuir las raíces de su insatisfacción a las demandas de la vida doméstica. En 1911, el padre de Hutch regaló a la pareja una casa enorme de veinte habitaciones en Dobbs Ferry, una bucólica población situada justo al norte de la ciudad, y la familia abandonó Greenwich Village para siempre. Durante los once años siguientes, Neith se quedó en casa cambiando pañales mientras Hutch viajaba por todo el país documentándose para escribir su libro y redactar artículos y labrándose un nombre como escritor del anarquismo.

No obstante, en realidad fue la antigua jefa de Neith en *Vogue*, Josephine Redding, quien dio en el clavo cuando le advirtió que no se casara con «aquel hombre varonil». Neith no era en absoluto desdichada: ella amaba a sus hijos y a su marido, pero no era fácil vivir con él. Tal vez no sorprenda descubrir que él se interesó por una forma de amor libre popular entre los bohemios de la época, llamada «varietismo». A diferencia del poliamor convencional, en el que una persona se comparte a partes iguales entre varios amantes, los varietistas mantienen varias relaciones para mejorar su vínculo principal: en otras palabras, lo que hoy conocemos como matrimonio abierto, aunque en aquella época había pocos precedentes.

Digamos mejor un matrimonio abierto sólo por una de las partes: Hutch mantenía la puerta abierta y la cruzaba a menudo e insistía sin descanso animando a Neith a que hiciera lo mismo, pero a ella, sencillamente, no le interesaba (en una carta a su marido describió el varietismo como «algo vulgar y desagradable que, además, le

quita toda la gracia a pecar»); solía quedarse en casa, vacilando entre una indiferencia auténtica y celos ocasionales por la actitud de su marido. Las raras veces que probó a tantear el terreno, él, por supuesto, se puso como loco. En 1908, después de que ella se enamorara de un buen amigo y propusiera un *ménage à trois*, Hutch, furioso, la agarró de la garganta. Pocos meses después, sufrió una crisis nerviosa.

En 1918, a los dieciocho años, Boyce, su primer hijo, murió en la gran gripe y, en algunos aspectos, Neith y Hutch jamás se recuperaron de aquella tragedia. Después de publicar su sexto libro en 1919, Hutch dejó de escribir durante veinte años; en 1939 publicó unas memorias de tibia acogida sobre su propio desplazamiento cultural, *A Victorian in the Modern World* [Un victoriano en el mundo moderno], y murió cinco años después, en 1944, a los setenta y cinco años. En cuanto a Neith, en 1923 publicó sus últimos dos libros —unas memorias sobre Boyce y una novela en la que estaba trabajando cuando él murió— y, después, salvo por las horas en que trabajaba esporádicamente en sus memorias inéditas, dejó de escribir por completo. En la década de 1930, tras la muerte de Hutch, se fue a vivir con su hija Beatrix. Murió en Provincetown en 1951, a los setenta y nueve años.

En opinión de Carol DeBoer-Langworthy, la trágica ironía de la vida de Neith Boyce es que su deseo de no verse atrapada por el matrimonio la condujo a uno tan poco tradicional que se convirtió en el tema principal de su existencia y acabó limitando su carrera. La investigadora Ellen Kay Trimberger cree que las dos partes «temían la unión sexual de un matrimonio burgués normal y corriente» y que, en lugar de oprimir o consumir a Neith, las numerosas infidelidades de Hutch eran una especie de afrodisíaco mutuo.

Las dos percepciones me parecen muy buenas, pero quisiera añadir una más: no era Hutch el adelantado a su época, sino Neith.

Hutch era demasiado convencional.

Me costó llegar a esa conclusión. En el año 2000, Carol me entregó una copia mimeografiada de las memorias de Hutch, ya descatalogadas, *A Story of a Lover* [Historia de un amante], un relato profundamente personal de las dificultades maritales que atravesó la pareja entre 1906 y 1908 (la famosa «crisis de los siete años»), para entonces tenían tres niños menores de cinco años. Cuando el libro se publicó, en 1919, se calificó de inmediato de obsceno y todas las copias se confiscaron. ¿La descripción detallada de una relación, merecedora de censura y escrita por un intelectual sensible? Me apunto.

Venga, me lo tenía merecido, vaya que sí. Las reflexiones de Hutch son miopes y sesgadas, vanidosas hasta la náusea, reflejo del convencimiento farisaico de que sus sentimientos heridos y sus urgencias sexuales son el centro mismo del universo, hasta tal punto que empecé a entender por qué Neith no tenía ningún problema en que anduviera de aquí para allá agotando a otras mujeres. (Incluso el crítico de *The New York Times* las despachó con un «la historia de la vida amorosa de un neurasténico demasiado pagado de sí mismo».) Me rendí a la mitad.

Sin embargo, cuando lo retomé diez años después, pude reconocer el egocentrismo de Hutch como lo que era: un caso crónico de privilegio masculino socialmente aceptado.

El uso del término *feminista* no se popularizó hasta 1913, pero tanto Neith como Hutch creían en los derechos de la mujer y trabajaban por ellos. De hecho, para la pareja y sus compatriotas, el feminismo formaba parte de un proyecto mayor que tenía que ver con la libertad humana en general. El ensayo de su amigo Floyd Dell «Feminism for Men» [feminismo para hombres], publicado en el popular diario radical *The Masses* en julio de 1914, es tan bueno que no puedo dejar de citarlo aquí en detalle:

El feminismo permitirá por primera vez que los hombres sean libres.

En la actualidad, el hombre corriente puede elegir entre ser un esclavo y ser un sinvergüenza.

Porque el hombre corriente es propenso a enamorarse, casarse y tener hijos. [...] Desea ver que todos ellos están bien cuidados porque no pueden cuidarse a sí mismos.

Sin embargo, si tiene que pensar en ellos, ya no es libre. [...] Para que en el mundo puedan producirse los cambios más valientes, las mujeres han de verse libres de tener que recurrir al apoyo de los hombres. [...] [Pero] los hombres no quieren la libertad que las mujeres les están imponiendo. No desean la oportunidad de ser valientes. [...] Lo que desean es darle a alguna mujer comida, ropa y una casita con cortinas de encaje.

Los hombres desean la sensación de poder más que la de libertad. [...] Desean a alguien dependiente de ellos más que a un camarada. Mientras puedan ser los amos y señores en un piso de treinta dólares, estarán dispuestos a ser esclavos en el mundo exterior. [...]

En resumen, tienen miedo de dejar de ser sultanes en sus pequeños harenes monógamos. Pero el mundo no quiere sultanes. Quiere hombres que puedan decir que sus almas les son propias. Y eso es lo que el feminismo va a hacer por los hombres: devolverles las almas, para que puedan arriesgarlas sin temor en la aventura de la vida.

Hutch creía en esos sentimientos y luchaba por ellos; en lo intelectual, Neith y él estaban muy por delante de sus contemporáneos, podían pensar y hablar de relaciones de clase y género y analizar sus vidas emocionales a un nivel extraordinariamente alto, pero vivían en la época victoriana y, en el aspecto emocional, Hutch era un hombre demasiado de su tiempo para poder deshacerse de su egoísmo. A pesar de todo su discurso de igualdad, le resultaba comodísimo poner su carrera —y sus inclinaciones sexuales— por delante y en el centro, mientras Neith se quedaba en casa cuidado de los hijos, y luego, cuando ella afirmaba estar demasiado cansada para buscar sus propias actividades sexuales extraconyugales o, sencillamente, no estar interesada en ellas, él hacía pucheros y se enfurruñaba, como si, aparte de todo lo demás, también le debiera eso.

Durante años pensé que, dado que los libros de Neith no habían dejado huella, no debían de ser muy buenos; que su columna en

Vogue era lo más importante que publicó en su vida —como expresión cultural, no literatura— y que ésta era, por lo tanto, más instructiva que su obra, así que hasta hace muy poco tiempo no me decidí a leer sus libros... y lo que encontré en ellos me dejó estupefacta.

Las novelas de Neith Boyce no son meras curiosidades, sino fascinantes análisis del amor y el matrimonio a través de los ojos de una «nueva mujer». Mi favorito es el tercero, *The Bond* [El vínculo], publicado en 1908, sobre el matrimonio entre Teresa, escultora, y Basil, pintor; una pareja que, obviamente, se basa en su propio matrimonio.

Teresa es una mujer independiente de veintipico años; después de casarse conserva incluso su habitación de soltera (que se parecen sospechosamente a la de Neith) por si en alguna ocasión necesita tiempo para sí. No es sufragista, pero su tía Sophie —que está casada pero cree que todas las mujeres deben ser económicamente independientes de sus maridos— cree que la consciencia de Teresa acabará apareciendo. «Con tu inteligencia, seguro que vendrás a nosotras antes o después —le dice un día—. No hay nada como el matrimonio, además, para que una vea con claridad la verdadera posición de la mujer. Cuando la veas, Teresa, querrás alzarte en defensa de los derechos de tu sexo.»

La historia recorre las idas y venidas de la relación entre Teresa y Basil, trazando por el camino una argumentación a favor y en contra del matrimonio. La tía Sophie mantiene una repulsa acérrima contra la institución (la considera, por principios, «un abominable estado de cautiverio»). Basil es más malhumorado, más parecido a Hutch. En una de sus sombrías peroratas declara que la monogamia es una idea ridícula y que todos desperdiciamos una cantidad ingente de tiempo para cumplir con las expectativas que conlleva. «El sexo debería estar dissociado de la emoción —afirma—. No van bien juntos. Hemos sentimentalizado tanto el concepto que no sabemos dónde nos encontramos.» Cree que la culpa es de las mujeres. «Las

mujeres sentimentalizan [el sexo] por naturaleza y les hemos permitido establecer el tono de toda nuestra sociedad.»

Teresa elabora su propia filosofía durante un coqueteo con un apuesto joven llamado Fairfax, que representa la idea de que el matrimonio es una institución necesaria para la salud de la sociedad y para criar a los hijos y que las « relaciones estrictamente personales» son sólo una pequeña parte. Ella no está de acuerdo y arguye que hay que casarse porque los intereses comunes y las relaciones sociales «contribuyen a la relación original, están en la línea de su crecimiento general». Esa relación original, el «vínculo» del título del libro, es su interés principal; incluso llega a pensar que Basil y ella podrían haber sido más felices si no hubieran tenido hijos. Al final, Teresa se da cuenta de que, aunque valora su independencia, el vínculo que comparte con Basil es más fuerte que cualquier otra cosa.

Él podría ser infiel —piensa para sí—, pero ella no podría [serlo] nunca. Qué extraño era aquel vínculo, más profundo que la voluntad, más que cualquier afinidad del pensamiento, sin tener en cuenta las muchas cosas de él que a ella tanto le desagradaban. [...] Era infinitamente más que un vínculo físico, era una pasión del alma. ¡Qué extraño y terrible!

La extrañeza del vínculo era lo que hacía que todo mereciera la pena. Hacia el final del libro, sentada fuera, a la luz de la luna, Teresa siente «con gran placer el tumulto de la noche y, con algo que no era dolor, el tumulto, la emocionante incertidumbre de la vida».

El matrimonio de hoy en día ha cambiado mucho con respecto al de la época de Neith, pero un aspecto que no ha variado en absoluto es la fantasía de certidumbre que lleva aparejada. Es cierto que el índice de divorcios per cápita ha disminuido desde el pico que alcanzó en 1981, jamás superado, de 5,3 divorcios por cada mil personas, pero, incluso así, en la actualidad casi la mitad de los matrimonios acaban en divorcio. En serio, resulta sorprendente la destreza con que conservamos en la conciencia colectiva esta

desconexión entre lo que queremos que sea el matrimonio y lo que tantos matrimonios acaban siendo. La libertad es insoportable. Optamos una y otra vez por el confinamiento azucarado del matrimonio, una promesa de que la vida será tal y como la deseamos; sin esa promesa, con todo lo falsa que puede llegar a ser, las muchas cargas del matrimonio serían imposibles de soportar.

He llegado a pensar que uno de los principales motivos por los que Neith se casó con Hutch es porque sospechaba que su introversión innata y el deseo de estabilidad y orden eclipsarían y distorsionarían su feroz autonomía; que, si se quedaba sola, de algún modo se convertiría en una «solterona chiflada», algo que implicaba apartarse del mundo en lugar de saciar sus curiosidades viviendo en él; en su caso, un compañero sentimental era una salida de emergencia hacia la realidad. Además, estaba la cuestión de que ella era una mujer en una sociedad opresiva y sexista y de que Hutch no sólo era un extrovertido crónico, sino también un hombre: él podía abrir puertas a lugares, personas e ideas con mucha mayor facilidad que ella. Para Neith, pues, el matrimonio era una vía hacia más cuestiones, más incertidumbre; mientras que para Hutch era una forma de mantener sus privilegios masculinos tradicionales al tiempo que los complementaba con las aventuras extraconyugales que vivía por su cuenta.

Esa voluntad de Neith por existir dentro de lo inasible me parece la actitud más valiente de todas.

En agosto de 2001, casi un año después del día en que nos mudamos a Nueva York, R. volvió al piso de Brooklyn, donde yo había estado viviendo con mi hermano todo el verano, y lo vaciamos, recuperando lo que originalmente había sido de cada uno y dividiendo las pertenencias comunes (un montón de tazones de desayuno, sobre todo).

Como en la época de Neith, alquilar siquiera un estudio estaba fuera de mis posibilidades, pero, a diferencia de ella, yo no tenía la

opción intermedia de una casa de huéspedes, lo que me pareció una especial desgracia, dada mi indiferencia ante la cocina. Y por todo ello, aunque lo último que jamás habría esperado hacer a los veintinueve era volver a tener un compañero de piso, allí estaba, en un apartamento de un dormitorio justo al norte de Murray Hill, un barrio lleno de ruidosos bares irlandeses frecuentados por la clase de sinvergüenzas que me había propuesto no conocer en la universidad, pero desde allí podía ir andando a la facultad y las copas de los árboles se acercaban tanto al edificio que en verano las ventanas se inundaban de hojas de color verde claro. Mi compañero de piso se quedó con el salón y me dejó el dormitorio, tan amplio que allí cabía un escritorio grande contra una pared, un sofá de Ikea desechado por un amigo contra otra y una cama entre ambos.

La primera noche la pasé de fiesta hasta las cuatro de la madrugada; cuando salí del metro a la calle 28, un McDonald's siniestramente vacío pero aún abierto me atrajo hacia sí como un milagro urbano. Al salir, tiré la bolsa, retiré el envoltorio de papel aún caliente y di un bocado al Big Mac más delicioso que había comido en mi vida. Mastiqué y caminé lo más despacio que pude prolongando la sensación exquisita de saber que en casa sólo me esperaba una cama vacía en la que meterme desnuda, borracha y apestando a comida basura, sin darle asco a nadie más que a mí misma.

Y así fue como volví a mis costumbres anteriores a la cohabitación en cuanto a tareas domésticas: cocinar con la menor frecuencia posible y, prácticamente, no limpiar nunca nada, hasta que el fregadero estaba tan lleno de platos sucios que no tenía más opción que lavarlos. Al mismo tiempo, pensaba con satisfacción: «Sí. Unos añitos más así. Y luego me enamoro otra vez y siento la cabeza de verdad».

5

La poeta



Edna St. Vincent Millay, 1925.
© Underwood y Underwood/Corbis.

Un hombre y una mujer están sentados en un sofá cama en el piso de ella, pequeño y espartano, situado cerca de Washington Square. Es una noche de invierno, ya tarde, de los años veinte, los primeros de la Ley Seca. Ascuas rojas sobre un hogar de hierro y destellos naranja de una farola de gas a través de la ventana desnuda. El suave

jardín de flores de colores rosa y bermellón de la colcha apenas se distingue en la sombra.

De pronto ella se levanta y pone en el suelo la copa de ginebra de contrabando. El vestido largo de color azul marino parece tan pesado como el hábito de una monja; en la oscuridad, él no puede ver cómo la tela se ciñe a su talle estrecho. Se pregunta si habrá una lámpara.

Ella se lleva las manos al cuello y un volante de encaje en cada muñeca enmarca un rostro ruborizado por la charla y la bebida. Por delante, el vestido tiene una fila de botones de terciopelo que empieza a desabrochar.

Sus dedos tardan una eternidad. Son suaves y pálidos como el marfil. Uno, dos, tres: por fin, el cuello está libre. Siete, ocho, nueve, diez, once: el vestido cae al suelo. Su cuerpo menudo, desnudo, es ligero y luminoso a la luz del fuego; el pelo cobrizo, una llamarada de rizos alborotados.

Ésta es la película muda que me vino a la mente, totalmente montada, cuando leí en algún sitio que ver a Edna St. Vincent Millay desnuda por primera vez era algo de lo que ningún hombre podía recuperarse. Arte erótico con un «foco suave» al estilo de principios del siglo XX.

Estuve varias semanas reproduciendo la escena una y otra vez. Era mejor que estar ahí en persona; así, me sentía tanto la seductora como la seducida.

En todas mis ensoñaciones sobre el estar sola había pasado por alto, de algún modo, que en este siglo estar soltera significa «tener citas», lo cual implica acostarse con gente a la que no conoces muy bien, lo cual, después de varios años de confinar mi vida personal a relaciones a largo plazo, tenía para mí un alarmante carácter público, tan descaradamente expuesto como las adolescentes a medio vestir que salían poniendo morritos en los paneles publicitarios de Times Square.

Que alguien que no fuera un niño prepubescente o un monje chaquetero pudiera quedar tan cautivado por la visión de una mujer desnuda —sobre todo, de una mujer pequeña y menuda— me resultó tentador. Incluso me reforzó el ego. Antes de vivir en Nueva York, no había caído en mi menudez, pero en esta ciudad de sílfides altas y angulosas era fácil sentirse como un saquito achaparrado de harina, una boca de incendios, un tocón de árbol, la mosca patosa que la mantis religiosa, larga y ectomorfa, se zampa para almorzar.

Esto no significa que fuera una especie de Caperucita Roja a punto de adentrarse con valentía en el oscuro bosque de la feminidad; además, rechazo la definición de «despertar sexual» como algo único, limitado a un periodo finito en la vida de una persona. A aquellas alturas, a mis treinta años, había tenido al menos siete de los llamados despertares: mis primeras experiencias con B. durante el instituto, arriba, en la habitación de mi infancia; aquella vez, justo después de cortar con B., en que C. me llevó remando hasta el centro del río Merrimack, echó el ancla y me puso un cojín de vinilo bajo la cabeza para que pudiera ver la negra noche estrellada mientras él metía su cabeza entre mis piernas; la necesidad compulsiva de acostarnos en cualquier momento y lugar, después de perder por fin la virginidad con J. en mi segundo año de universidad, antes de conocer a W. (había creído a mi madre cuando me dijo que los adolescentes no estaban preparados para las relaciones sexuales, así que esperé todo lo que pude), sobre todo en el asiento trasero de su ranchera Volvo (las ocasiones más memorables); el arrobó precipitado e insaciable de mis primeros años enamorada de W.; las noches en el tejado vacío y alquitranado del edificio de L. en Oregón, mareada por la increíble destreza de sus pulgares. Cada vez pensaba que el sexo era inmejorable, que no me quedaba nada por aprender, y luego llegaba alguien: otro C., esta vez en Boston, y los candelabros cayéndose de la repisa de la chimenea mientras nos precipitábamos por el salón y el pasillo hasta su dormitorio, y después R., un mundo de descubrimientos

totalmente nuevo, esta vez lento y sensual, e incluso el triste desvanecimiento del deseo, su propio tipo de despertar.

Fue la dualidad de la anécdota de Edna lo que me dejó extasiada. Seguro que su pretendiente no era ningún inocente, sino un hombre adulto bien versado en el amor libre que, decidí, había reaccionado ante el contraste embriagador entre la oscura inaccesibilidad del disfraz de Edna y su deliberada desnudez repentina: la quintaesencia, pensé, de su propia sexualidad y del propio Estados Unidos victoriano.

¿Algo tan sutil era siquiera posible en esta época de dormitorios colectivos mixtos y casas compartidas, de camisetas holgadas y andróginas y del uso constante de un baño común? Si pudiera embotellar esa mezcla de circunspección y placer carnal, ¿sería capaz de terminar con mi costumbre de mantener una relación detrás de otra y aprender a ser una mujer para quien el sexo y el amor son parte fundamental de la vida, pero no su suma total?

No obstante, cuando busqué en mi biblioteca, no encontré ni un solo pasaje que sonara remotamente similar a la escena que, me vi obligada a concluir, casi seguro me había inventado.

Sería difícil encontrar otra escritora en la historia de las letras estadounidenses cuya presencia física dejara una huella tan profunda en hombres y mujeres por igual como Edna St. Vincent Millay. Conocerla era ser presa de su seducción. Son raras las descripciones, escritas en vida de ella o después, que no incluyan una descripción detallada incluso casi eróticas de su pequeño cuerpo blanco desnudo (medía poco más de un metro y medio), su cabello rojo encendido, sus intrigantes ojos de color verde grisáceo y su voz profunda y cautivadora. Imaginemos a un cruce de Natalie Portman con Julianne Moore, pero ni de lejos tan hermosa como ellas, ya que Edna tenía la facultad de hacer que la gente la considerara bella aunque no fuera, precisamente, una beldad.

En un mundo que sigue dando por sentado que las mujeres pueden ser bonitas o inteligentes, Edna tiene el dudoso honor de estar entre las primeras en demostrar (o sea, a ojos de la gente) que los dos polos son reconciliables. Nacida en 1892 —veinte años después que Neith y veinticuatro antes que Maeve—, estaba dotada no sólo de un genio poco habitual, sino también de una belleza frágil que demostró ser un salvoconducto muy útil para ella. En la época en que se estaba haciendo adulta, la imagen popular de la «nueva mujer», fuerte e independiente, estaba quedando eclipsada por la *flapper*, aniñada y superficial, y su propia versión de la feminidad —una amalgama resplandeciente de deseable e inofensiva— era el término medio perfecto. A Edna le encantaba usar esa ventaja suya. En la primavera de 1912, justo después de cumplir veinte años, dio los últimos retoques a su poema «Renascence» [Renacimiento], de 214 versos, y lo envió al prestigioso concurso de poesía The Lyric Year. Cuando el editor respondió con una carta en la que elogiaba su verso, ella respondió con una fotografía y él le preguntó si podía quedársela.

En resumen, Edna no ganó el primer premio, pero apareció como la auténtica vencedora. Su poema, que figuraba junto a los ganadores en una antología conmemorativa que se editó aquel otoño, despertó tamaña reacción entre el público que el biógrafo Daniel Mark Epstein llegó a compararla a la de la publicación de «La tierra baldía» y «Aullido»: los lectores discutían el veredicto en cartas y columnas en el periódico; el propio vencedor dijo que no merecía el galardón y, según cuenta Epstein, «excusó su ausencia al banquete de entrega de premios».

Aquello era tremendo para cualquiera, pero tal vez especialmente para una joven con un pasado miserable como ella. La madre de Edna, Cora, dejó a su marido en 1900 y pidió el divorcio un año después, menos de dos semanas antes del noveno cumpleaños de Edna. Aunque los matrimonios rotos no eran nada nuevo en aquella época, aún seguían siendo muy infrecuentes: entre 1870 y

1900, el número anual de divorcios pasó de 11 000 a 55 751, lo que todavía suponía menos del uno por ciento de la población (en comparación con 1981, cuando el país alcanzó la cifra récord de 1 219 000). Sin embargo, el aumento fue muy significativo no sólo en meros términos numéricos, sino porque eran las esposas, fortalecidas por los cambios en las leyes de propiedad y custodia de los hijos, quienes presentaban la mayoría de las demandas; casi todas las mujeres que querían divorciarse eran personas que tenían bastantes bienes y buscaban protegerse de la ruina económica o mujeres que huían de maridos maltratadores.

Sin embargo, los derechos jurídicos no se tradujeron en aceptación social. Una mujer que solicitara el divorcio solía ser objeto de críticas por no dejar a un lado sus sueños infantiles de cuento de hadas y aceptar la realidad como viniera, incluso aunque la realidad significara violencia. En los casos en los que parecía que las circunstancias habían exigido el divorcio —por ejemplo, los defensores de la abstinencia apoyaban la liberalización de las leyes del divorcio para que las mujeres estuvieran protegidas de sus maridos borrachos—, la divorciada no conseguía otro sueño, otra forma de querer vivir de verdad. Ser esposa y madre no era sólo el plan A: ése era el único plan. Vivir de otra manera implicaba vivir sin seguir un patrón, relegada a los márgenes, disuadida de buscar una felicidad nueva y distinta.

El padre de Edna no era un hombre malo ni violento, sólo un hombre muy incompetente y poco fiable. Después de abandonarlo, Cora se llevó a sus tres hijitas a Newburyport, donde estuvieron yendo de casa de un hermano a casa de otro hasta volver a Maine en 1904, cuando finalizó el proceso de divorcio. Cora era una mujer muy inteligente y trabajadora que se ganaba la vida recorriendo la costa para vender sus servicios como auxiliar de enfermería y fabricando postizos para el pelo, lo que la obligaba a dejar a sus hijas solas en casa, en Camden, muchas horas. La única vivienda que pudo permitirse estaba situada en la parte pobre de la ciudad, a los

pies del monte Battie, donde vivían los trabajadores errantes de los molinos. Según Nancy Milford, su biógrafa, Edna sólo escribió una vez explícitamente sobre esas experiencias, en un cuaderno en el que se describe junto a sus hermanas, Norma y Kathleen, «abalanzándose sobre la puerta para cerrarla y atrancarla» frente a los hombres desconocidos que merodeaban fuera.

Aunque era una alumna excelente, Edna no tenía dinero para la universidad, así que, después de terminar el instituto en Camden con matrícula de honor en 1909, pasó varios años en casa escribiendo poemas y confiando sus insatisfacciones al diario. En 1911 empezó a componer «*Renascence*», que usa la topografía de esa pequeña aldea costera —las montañas, las islas de la bahía y los manzanos— para dramatizar la opresión espiritual y el renacimiento místico de una mujer.

Lo que sucedió después es tan bueno que parece inventado. En agosto de 1912, tres meses después de enviar «*Renascence*» al concurso *The Lyric Year* —y tres meses antes del veredicto del editor—, Edna acudió a la fiesta de final de temporada del *Hotel Whitehall Inn* de Camden, donde su hermana Norma trabajaba de camarera. Hubo baile y un concurso de piano y luego todos se reunieron alrededor del instrumento para cantar. Norma pidió a su hermana que recitara «*Renascence*».

Imaginémonos a la poeta, con el halo de bronce que formaban sus largos tirabuzones. La sala está llena de amigos y vecinos, todos muy contentos, acercándose vasos fríos de ponche a las sienes o sacando una silla para descansar un rato. Cuando la voz de Edna se eleva sobre la multitud, el animado parloteo y el tintineo de las copas se acallan en un silencio largo e ininterrumpido hasta que en aquella noche cálida y tranquila no se oye nada más que sus palabras:

El mundo sobresale por cada uno de sus lados
no más ancho que ancho es el corazón;

sobre el mundo se extiende el cielo,
no más alto que alta es el alma.[14]

Entre los fascinados espectadores se encontraba un hada madrina de otra época, encarnada en una mujer de mediana edad llamada Caroline B. Dow. Quedó tan impresionada por el talento y la presencia de Edna que al día siguiente fue a visitarlas a ella y a su madre. Como Edna escribió en su diario: «Nos ha visitado la señorita Dow (Caroline B.), es la decana de la escuela de formación de la YWCA de Nueva York. Hay unos amigos ricos en Nueva York que tal vez me envíen a Vassar».[15] Lo único que tenía que hacer Edna era matricularse. En septiembre de 1913, se matriculó en primer curso, aún con el brillo de la fama, gracias al revuelo que había levantado *The Lyric Year*.

Los cuatro años que pasó en una universidad femenina de élite estimularon las formidables capacidades intelectuales de Edna y constituyeron un campo de pruebas para las aventuras románticas que estaban por venir. Se entregó a la vida cultural del campus: protagonizaba representaciones teatrales, publicaba poemas y cultivaba su personalidad, ya de por sí magnética, para convertirse en un personaje que demostró ser irresistible para un grupo cautivo de jóvenes ya listas para la seducción. (Incluso por aquel entonces, Edna fue una rompecorazones tristemente célebre.)

En 1917, el primer libro de Edna, *Renascence and Other Poems* [Renacimiento y otros poemas], la convirtió en la musa y la estrella de la bohemia de Greenwich Village y, como bien saben los admiradores actuales de su poesía, se acopló con tanta facilidad a la política sexual del barrio que pronto se convirtió en su emisaria. No se limitaba a acostarse con quien quisiera, hombre o mujer, siempre que quisiera e imponiendo sus propias condiciones, sino que también dejaba constancia de las idas y venidas de su entusiasta vida amorosa en unos poemas tan placenteros y divertidos de leer que revolucionaron el mismo panorama poético.

En cierto sentido, conozco a Edna de toda la vida. El primer libro que escondí bajo el colchón fue su segundo poemario, *A Few Figs from Thistles* [unos higos de entre los cardos]. El que lo cambiara varios años después por la emblemática novela sadomasoquista de los cincuenta *Historia de O* y luego por *Pájaros de fuego*, el volumen de relatos eróticos de Anaïs Nin de los cuarenta, no significa lo que cabría pensar.

Descubrí a Edna mucho antes que el sexo, en las estanterías de mis padres, durante esa fase atroz después de haber superado por fin las rabiets y la tortura de que me mandaran a mi cuarto y le había cogido gusto a meterme en él voluntariamente dando zapatazos, cerrar de un portazo y llorar a lágrima viva porque amaba de una forma tan insoportable al chico que se sentaba detrás de mí en clase que me iba a morir y nadie lo entendía ni lo entendería nunca, etcétera.

Cuanto tenía cuatro años, mi padre me había enseñado a leer con un volumen de poesía clásica inglesa para niños. Nuestro favorito era «Who Has Seen the Wind?» [¿Quién ha visto el viento?], de Christina Rossetti, un poema de rima sencilla que resulta casi onomatopéyico por la forma en que, con unas pocas pinceladas ligeras, conjura el poder de una fuerza invisible:

¿Quién ha visto el viento?
Ni yo ni tú:
pero cuando las hojas cuelgan temblorosas
es que está soplando el viento.

¿Quién ha visto el viento?
Ni tú ni yo:
pero cuando los árboles inclinan las copas
es que está soplando el viento.[16]

En cuanto me lo aprendí de memoria, la poesía que me enseñaron en la escuela me pareció tan asfixiante como un jersey de cuello alto

demasiado apretado.

Más o menos en séptimo curso, viví la conmoción de conocer a Edna Millay. Sus ritmos cantarines continuaban allí donde los de Rossetti los había dejado y se me metían en la cabeza como una canción pop. Fue la pasión lo que me atrapó o yo a ella (como una polilla a la luz, magnéticas una para con la otra y la otra para con una). Su erotismo no partía de imágenes claramente sexuales (porque no las hay), sino de una flagrante intensidad del sentimiento. Era como si, por arte de algún hechizo asombroso, Edna hubiera cogido todos los tormentos de mi yo preadolescente — deseos, hambres y anhelos indescifrables—, los hubiera golpeado hasta convertirlos en tiras de hierro y los hubiera forjado en pequeñas formas ingeniosas, salpicadas de rayas y signos de exclamación, de los que yo pudiera apartarme para observar desde todos los ángulos, preciosos y manejables, como una escultura hecha a fuego lento.

Fue esta potencia, combinada con la novedad de ver expuestas las corrientes incipientes de mi vida interior, lo que me dio la emoción de lo fugitivo e hizo que el mero acto de sostener el libro pareciera un delicioso tabú. No pasaría mucho tiempo antes de que

la primera rosa de mi rosal
brotara, floreciera y se destrozara,[\[17\]](#)

como escribió en un poema temprano. No tenía ni idea de lo que significaba la primera vez que lo leí y ahora tampoco estoy segura del todo, pero en mi cabeza me lleva al momento en el que, sola en su habitación, tal vez en la bañera, una niña descifra su propio placer físico y sus tormentas emocionales encuentran otra vía de escape que ya será imposible detener leyendo poesía romántica.

No obstante, en algún punto entre mi adolescencia real y la nueva categoría de desarrollo que los sociólogos llaman «adolescencia tardía» —es decir, empezar la universidad—, me dejé

llevar por la moda de despreciar su obra y criticar sus escritos como de segunda categoría y me olvidé de ella.

Cuando me mudé a Nueva York, ochenta y tres años después que ella, el concepto universitario de lo que había y no había que leer ya estaba arraigado en mí y borré a Edna completamente de mi mente.

Aquel mismo año, el número 75¹/₂ de Bedford Street, conocido como la casa más estrecha de la ciudad y donde además vivió Edna Millay en los años veinte, salió al mercado, algo que despertó una frenética atención de los medios. Una tarde, después de clase, fui hasta allí para echar un vistazo. Se trata de un edificio de ladrillo increíblemente diminuto, de menos de tres metros de ancho y tres plantas de alto, poco menos de 93 metros cuadrados en total, un hilillo de nada entre las casas de ladrillo rojo junto a las que se incrusta, con dos amplias ventanas batientes dominando la fachada.

Si Edna fuera un edificio, sería ése: compacto, ingenioso, encantador, una construcción que muestra sin tapujos su yo interior. Incluso los ladrillos rojos recuerdan a su pelo rojo. (En 2013 se volvió a vender por 3,25 millones de dólares, 34 946 dólares por metro cuadrado).

Mi fascinación por la casa me devolvió a su obra y, una vez allí, me sorprendió encontrar los cascos cubiertos de percebes, las tiras de algas y las gruesas cortinas de niebla de mi juventud. Con once y doce años no tenía ni idea de que Edna había vivido en Newburyport y Camden, en Maine, pero tampoco me habría importado mucho de haberlo sabido. La Nueva Inglaterra que compartíamos —«cieno deslumbrante y nieve sucia», el trueno inconfundible del «agua contra la costa»— eran los detalles aburridos que me saltaba para llegar a las partes jugosas.

Pero en los años siguientes, a medida que me aclimatava no sólo a la vida sin R., sino también a vivir con un compañero de piso, me reconfortaba saber que las dos proveníamos del mismo lugar. El único paisaje que hace que el corazón se me eleve y me duela a la vez es el mar y darme cuenta de que a Edna le ocurría lo mismo y que

ambas habíamos crecido posadas sobre el borde rocoso del continente, contemplando una vista enorme y picada con sonidos y olores tan nítidos como los de un animal, inaprensiblemente profunda, fría y extensa, aunque esperando ser vadeada, nadada, navegada... Seguro que ello nos despertó a las dos el gusto por la posibilidad. ¡Y pensar que habíamos salido de nuestro pequeño pueblo costero para ir a la misma gran ciudad!

Incluso en el Manhattan bohemio de las décadas de 1910 y 1920, escribir era una profesión a la que se dedicaban sobre todo quienes podían permitírselo. En un artículo de 1924, Harriet Monroe, directora de *Poetry*, aventuró que «una cierta dama viva podría ser tal vez la mayor poeta desde Safo». Medio bromeaba. Después de reducir la nómina de poetas importantes a Emily Brontë, Elizabeth Barret Browning, Christina Rossetti y Emily Dickinson, Monroe sostiene que Edna destaca por la forma en que «ha cortejado la vida y no ha rehuído ninguna de sus aventuras». El peligro, escribe, «ha estado en que la vida puede apartarla del arte», y continúa:

Las complicaciones de un alma humana atormentada en estos tiempos tan emocionantes: la pugna por respirar, por el techo y por la comida, las obras sin valor, los coqueteos, las tentadoras pruebas e interrupciones... ¿Cómo podría sobrevivir a todo esto la poeta que hay en ella y sacar bellas flores frescas?

Lo que Monroe entendió sobre la importancia de la influencia de Edna Millay es algo que queda fácilmente empequeñecido ante la reputación de promiscuidad sexual de la poeta: Edna Millay era una mujer hecha a sí misma, con una extraordinaria ética del trabajo que logró vivir de su ingenio, un logro infrecuente tanto en hombres como en mujeres.

Así que me animé con su ejemplo: «Si ella pudo, yo también».

En la primavera de 2002 terminé el máster y comencé a trabajar de escritora freelance desde mi dormitorio/salón/despacho. Como

había empezado a colaborar con revistas y periódicos mientras estudiaba, la transición fue bastante suave, salvo por el hecho comprobado de que revisar libros hace que sea muy fácil no salir nunca de casa.

La subida de los alquileres había pulverizado las promesas comunales de Greenwich Village mucho antes de que yo llegara allí; quienes tenían inquietudes creativas vivían en cualquier parte menos en el centro de Manhattan, ya fuera en Brooklyn, Queens, Nueva Jersey o en cualquiera de los centros que ofrecían másteres de bellas artes o escritura que había por todo el país, si no en San Francisco o Silicon Valley, donde la nueva raza de los llamados creativos iba en chanclas y jugaba al *frisbee* en las salas de juntas. (De hecho, la frase «Greenwich Village ya no es lo que era» empezó a usarse ya en 1916.)

El reto ante el que se encontraba mi generación de escritores era más abstracto que el inmobiliario. A comienzos de este siglo, los florecientes sectores de revistas y periódicos que habían llevado a Neith y Edna a la esfera pública alcanzaron unas cotas jamás igualadas; los que terminamos la universidad a mediados o finales de los noventa estábamos pasando el corrector ortográfico a nuestro currículo justo cuando la montaña empezaba a desmoronarse, cuando aún había trabajos que tener y carreras que labrarse, incluso aunque cada puesto fuera el último.

Nos imagino en masa, a horcajadas entre dos acantilados (uno, el pináculo tembloroso de lo «impreso»; el otro, la fantasía con forma de pináculo de lo «digital») y, en medio, un pozo sin fondo de inseguridad. Las pequeñas rivalidades y envidias son fundamentales para los empeños que parten del ego propio; sumemos a ello un mayor coste de la vida y la profesionalización desenfundada de un capitalismo en fase avanzada y obtendremos una «hora feliz», un martes por la noche, llena de trepas desesperados con camisa bien planchada y chaqueta, bebiendo cócteles del patrocinador en copitas de plástico e interrumpiéndote cada dos palabras porque

justo por detrás de tu hombro, al otro lado de la sala, hay alguien con una firma más importante o un editor al que quiere impresionar. No es que te importe mucho. Son ya la diez y tienes que levantarte temprano para entregar a tiempo un encargo a una revista digital que casi te no paga, pero algo es algo.

Así que por el día me sentaba en mi escritorio, leía en diagonal y tomaba notas; por la noche, iba de fiesta en fiesta por las casas de amigos del máster y me paseaba por la incesante rueda de publicidad de lanzamientos de libros y lecturas, donde todo el mundo era un posible empleador o, cada vez con más frecuencia, un tío con el que ya había salido.

Me había sorprendido descubrir que la práctica retrógrada de «salir con alguien» era el protocolo estándar, aunque sus reglas implícitas (los chicos pagan, las chicas no llegan hasta el final) no tenían nada que ver con las nuevas normas sociales y sexuales.

En la facultad, vagábamos en manadas informes del comedor a la cafetería y al dormitorio. Sólo en muy raras ocasiones nos escindíamos para ir a restaurantes de verdad fuera del campus y, en esos casos, la pareja pagaba la cuenta a medias. No me habría ofendido que mi novio se hubiera ofrecido a pagar, sólo me habría parecido extrañísimo. Aquí en la ciudad se esperaba que el hombre se ofreciera a pagar, la mujer aceptara y el hombre pagara, sin más.

A veces la invitación incluía una película o una exposición, pero casi siempre era para cenar y copas o, con más probabilidad, copas y luego cenar, luego más copas, noches enteras a flote sobre un río de vodka y una botella (o dos) de vino (a lo que, por cierto, yo no ponía la más mínima objeción). Salir con alguien suponía un lujoso alivio ante la monotonía de mi día a día. Una representación teatral ajustada al decoro en un bistró, con sus servilletas blancas como la nieve y camareros atentos, antes de la dicha depravada de un bar en penumbra, el tintineo del hielo contra el cristal, el suave suspiro del corcho al sacarlo, la sensación etérea de salir a una noche de límites

confusos entre los vapores maravillosos del alcohol... Ay, me encantaba aquello.

Por primera vez me sentía una persona de verdad que vivía en el mundo y podía mantener una conversación con otro adulto sobre algo más que las minucias de lo que había hecho aquel día y a quién le tocaba hacer la compra. Me di cuenta de que estar en pareja puede fomentar una forma de ser bastante estática, en la que cada miembro exagera o reprime determinadas cualidades en relación con las cualidades del otro. Además de conocer a gente nueva, estaba descubriendo un nuevo yo.

Las primeras veces insistía en pagar mi mitad por principio y costumbre, hasta que me di cuenta de que al hacerlo estaba enviando un mensaje equivocado, independientemente de lo que dijera. Al parecer, pagar la cena era la forma que tenían los hombres de dejar claro su objetivo, demostrándome a mí —y a sí mismos— que se consideraban «más» que un polvo. Si aceptaba la oferta, les estaba indicando que había entendido.

Como estaba previsto, jugar según las normas dejaba poco margen para la ambigüedad. No me enorgullece admitir que más de unas cuantas veces seguí adelante y me acosté con alguien por una sensación de obligatoriedad, de *quid pro quo*, incluso por una confusa sensación de cumplir con la etiqueta. En ocasiones, dejarse llevar resultaba menos raro que no hacerlo. De manera perversa, sólo por ser algo que no había experimentado antes, me intrigaban incluso estas transacciones que se aceptaban sin rodeos.

Por lo general, después de tres citas pasaba una de estas tres cosas: 1) él manifestaba su falta de interés con un fundido a negro silencioso que me volvía loca de ansiedad; 2) yo manifestaba mi falta de interés con un correo electrónico de «No eres tú, soy yo» demasiado largo y atormentado; 3) nos entregábamos a un enredo sexual que podía ser físicamente satisfactorio o no, pero que siempre crecía con la falta de comunicación. Después de un tiempo, parecía que toda la gente que conocía estaba metida en varios líos

amorosos a la vez, como si todos nos estuviéramos entrelazando, como un rey de las ratas gigante, con las colas en un nudo inmenso y las bocas jadeando en busca de aire.

Al final, acabé conociendo a un hombre en una charla y algo hizo clic. Tenía diez años más que yo y era profesor de Historia del Arte en la universidad, tan poco claro y emocionalmente tan poco accesible que bien podría haber estado casado, pero no lo estaba. Allí donde R. había sido abierto y enternecedor, con las emociones saliéndosele por los ojos, cada parte de su ser inclinada hacia delante en actitud de invitación y consuelo, T. era muy hermético y sólo le interesaba la seducción: en cuanto lograba ese objetivo, el rostro se le cerraba como una cámara acorazada, pero era excepcional, elegante y sutil, de manos fuertes y un torso poderoso que me hacía pensar en el Minotauro. La primera vez que fui a su piso empezamos a besarnos en cuanto abrió la puerta, nos apoyamos contra una pared y nos fuimos deslizándonos hasta el suelo. Después de aquello no hubo vuelta atrás. Todas las semanas, a veces una vez cada dos, me invitaba a cenar a algún restaurante que yo jamás podría haberme permitido, donde hablábamos de todo tipo de cosas —pensaba de un modo muy distinto al mío, me encantaban nuestras conversaciones— y luego me llevaba a su casa en taxi; por la mañana, antes de que se despertara, yo salía de la cama, me vestía y recorría a pie, eufórica, las treinta manzanas que había hasta mi piso por una ciudad que apenas se empezaba a desperezar.

No ser la novia de alguien, tener unas relaciones sexuales estupendas de forma medio regular sin las obligaciones y expectativas de estar en una relación exclusiva... imposible cansarme de aquello. Pasaban los días sin hablar ni mandarnos correos, en un oasis de soledad, y luego su nombre aparecía en mi bandeja de entrada y se me aceleraba el pulso mientras quedábamos para la siguiente vez. El día de la cita me resultaba imposible concentrarme en el trabajo, bañarme y vestirme adquirirían una

importancia de ritual. Cuando iba ya camino del metro para encontrarme con él, mi yo se había esfumado. Era todo cuerpo, sólo cuerpo; de hecho, nada en mi vida adulta me había destilado de una forma tan plena hasta lo puramente físico. Era como en los días que teníamos competición de atletismo en el instituto: sólo podía concentrarme en la carrera de 800 metros de la tarde, después sentía la emoción exasperante de la línea de salida, todo el universo concentrado en mi calle, el ladrido ruidoso de la pistola, la excitación de esprintar con un grupo de chicas, meterme entre ellas y, por fin, adelantarlas, tomar la última curva, darlo todo en la recta final, vacía de todo menos de músculo, tendón y aliento.

Por supuesto, aquello no podía durar.

Aun así, sí duró. Se sucedieron las semanas y los meses y nos atascamos como una canción pegadiza, sin acercarnos nunca, sin cortar nunca, y entonces empecé a inquietarme. ¿Qué era aquello? Había estado buscando una relación sin compromiso y, cuando por fin la tenía, me parecía estar metiéndome en un laberinto de semántica, ansiosa por definir y controlar aquella vivencia con una palabra.

Aunque salíamos juntos, no estábamos «saliendo», lo que supone que tácitamente habíamos acordado tirar adelante, si bien estaba claro que dos personas no podían estar sólo «enrolladas» tanto tiempo y, en cualquier caso, nuestros encuentros tenían un marcado aire de «furtivos», calificativo que yo rechazaba porque ninguno de los dos estábamos casados ni comprometidos, aunque aquello me hizo pensar en lo poco que se usa la versión masculina de «querida», pero «amante» no lleva marca de género y, por algún motivo, al menos en inglés, ha caído en desuso, lo que me entristeció; me gustaba que el término sugiriera que podría haber otros en la ecuación y cubriera a quien lo usara con un misterioso manto de indefinibilidad, justo al contrario de las rígidas designaciones «novia» y «novio» y «esposa» y «marido», que soportan la carga asociada de expectativas y conductas concretas y

hacen que todos los afectados parezcan transparentes hasta el aburrimiento, aunque, por supuesto, no lo sean.

Después de un tiempo, algunos de mis amigos empezaron a decirme que me estaba «utilizando», pero también rechacé aquello, por ser demasiado trillado, demasiado propio de un librito de autoayuda; en esa situación, yo jugaba con las mismas cartas y bien se podría decir que también estaba «utilizándolo», aunque fuera por motivos que no alcanzaba a entender. De todas formas, una relación basada sólo en cenar y tener sexo empezaba a parecer peligrosamente una transacción comercial; aquello estaba a un paso de la prostitución. Una noche, después de mucho vino, hice que el taxi se detuviera y salí de él reptando al tiempo que gritaba: «¡Que sepas que yo no soy tu concubina!». Él tiró de mí y me volvió a meter dentro.

Yo no estaba orgullosa de nuestra «situación», como llegué a considerarla, y no me hacía ni remotamente feliz en ningún sentido racional ni tradicional; no obstante, me encantaba por lo libre y viva que me hacía sentir. El carácter novedoso e impredecible era adictivo: cada vez me separaba más de mi cuerpo, o tal vez sea más preciso decir que me convertía sólo en cuerpo y, en la medida en que, a efectos prácticos, mi implicación aumentaba, me retiraba aún más a un solipsismo sexual del todo contrario a la sensatez. Entre cita y cita, quedaba con otros hombres.

Hasta ahora no hemos empezado a entender con qué profundidad la separación entre sexo y matrimonio ha conformado el cortejo y la familia actuales. Cuando yo entré en la contienda, lo que parecía más apremiante era separar el sexo de la emoción. En comparación con la falta de restricciones de los coqueteos de Edna, los míos parecían extrañamente... profilácticos.

Sin lugar a dudas, mis tendencias influían en los hallazgos. Por fin estaba llevando una vida más alocada y menos constreñida que la que había conocido una y otra vez a través de relaciones monógamas

sucesivas, pero, paradójicamente, en mi búsqueda de no sentirme «atada», en lugar de abrir las puertas a todo el que viniera, había alterado sin darme cuenta mi propia química: allí donde antes me iban los hombres que estuvieran disponibles en lo emocional, ahora me atraían sin remedio los que no se comprometían, los que no tenían interés alguno en que fuera su novia.

Con ellos lograba una tonificante sensación de invisibilidad, de cosificación, de ausencia, como si pudiera ser quien yo quisiera, sin importar que mis reinenciones fueran casi cómicamente modestas y sólo legibles para mí; para alguien como yo, que siempre se había quedado dentro de su identidad fija, la más mínima alteración era toda una aventura. El tipo de hombre que (sin ser consciente de ello) contribuía a ello no escaseaba precisamente, y a ellos parecía enorgullecerles esta cualidad, como si la esquividad fuera una prueba de su hombría.

Lo que me preocupaba era que se diera por sentado que, al ser yo una mujer de treinta y pocos, tenía que estar «desesperada» por casarme. Al principio sólo me molestaba y todos los encuentros románticos acababan en el mismo marco difícil de manejar que tenía que desmontar una y otra vez, pero, al cabo de un tiempo, la inamovilidad de esta creencia me pareció no sólo claustrofóbica y repetitiva, sino del todo pernicioso. Averiguar qué sientes por otra persona es un asunto complicado. La ubicuidad de las actitudes heredadas sobre lo que hombres y mujeres querían y no querían parecía liberar a todos de la responsabilidad de examinar de verdad sus deseos y llevaba a ciertas conductas verdaderamente extrañas.

Un sofocante mes de agosto, un hombre con el que sólo había quedado de forma esporádica —ni siquiera nos habíamos acostado— me pidió que nos viéramos para tomar una copa. Era un abogado guapo e irónico y teníamos una relación extraña y placentera: de vez en cuando me llevaba de cena romántica, me cogía la mano mientras me acompañaba a casa, me daba un beso de buenas noches

en la puerta y las más de las veces no entraba a casa. Estaba claro que disfrutábamos de estar juntos, pero faltaba algo fundamental.

Aquella noche en concreto me sorprendió con una propuesta de lo más victoriana: si me casaba con él, me podría ofrecer la estabilidad económica que jamás encontraría siendo escritora, además de una casa de ladrillo rojo en el West Village y una casa de campo en Connecticut. Aún no las había comprado, explicó, podíamos elegir las juntas.

Estábamos sentados ante una mesita de café redonda que se tambaleó cuando solté el vaso. Me quedé sin palabras. ¿A qué venía aquello? Yo sabía que le gustaba, pero ¿qué le había hecho pensar que teníamos futuro juntos?

Como no tenía ni idea de qué responder, le dije de manera poco convincente que me lo pensaría y ya le contestaría.

Transmito esta anécdota no para convencerlos de mi atractivo, ni siquiera para señalar el hecho evidente de que, contrariamente a la creencia popular, hay muchos hombres que buscan relaciones estables, sino para demostrar que la omnipresencia del guion convence a personas que por lo demás son muy inteligentes y sensibles de que ignoren su propia complejidad. Por supuesto, aquel hombre no estaba enamorado de mí, sino que me consideraba sobre todo una idea, incluso una solución (y con ello me facilitó una mirada fascinante al espejo de distorsión que era la política de género de mi generación). Cuando los hombres se quejaban de que las mujeres sólo buscábamos el compromiso o el matrimonio, logré comprender cómo era estar sentado frente a alguien que me consideraba intercambiable por cualquier otra persona dispuesta a cumplir con los requisitos de dicho trabajo.

Todo era muy complicado. Entre la rutina incesante de citas y mi confusa «situación», me sentía eufórica y abatida al mismo tiempo; por la mañana, me reía y por la noche lloraba. Errores, inconvenientes, deseo, lujuria y, por encima de todo, libertad: por fin, tenía ya lo que había pedido, incluso aunque me comportara con

la mitad de gracia que Edna Millay, o con la cuarta parte, si lo pensaba, cosa que empecé a hacer, cada vez más, y, cuanto más lo pensaba, más llegaba a sospechar que Edna había sacado mucho más provecho que yo de esas aventuras amorosas, y no sólo porque aquello fuera radical en su época y estereotipada en la mía.

Los historiadores saben muy poco de lo que de verdad ocurría en los dormitorios del siglo XIX, pero socialmente se creía de manera firme que las mujeres no eran seres sexuales. Cuando la sexóloga Katharine Bement Davis, victoriana y pionera en su ámbito, llevó a cabo el primer estudio importante sobre las prácticas sexuales femeninas, vio que nada menos que una cuarta parte de las mil mujeres casadas a las que encuestó (la mayoría nacidas antes de 1890, justo dos años antes que Edna) afirmaban sentir «repulsión» por su primera experiencia sexual, y las que reconocían haberla disfrutado se avergonzaban de su pasión «excesiva» (actitudes que, por supuesto, no eran más que la censura pública vuelta hacia dentro).

Los esfuerzos conjuntos de Neith y sus compañeras radicales, unidos al trabajo incansable (e ingrato) de reformistas sociales como Margaret Sanger y Victoria Woodhull, lograron que el grueso de la represión y discriminación sexuales con las que habían crecido quedara encerrado bajo llave en el siglo XIX. En la década de 1910 empezaron a difundirse las teorías freudianas de la vida interior, hombres y mujeres comenzaban a mezclarse en los espacios públicos e incluso el tabú de la prostitución se había convertido en «el principal tema de las conversaciones educadas», según una publicación que declaró que el año 1913 eran las «sexo en punto en Estados Unidos». Al año siguiente, el término *cita* (así, «cita», entrecomillado y todo) apareció por primera vez en una publicación de gran tirada, lo que otorgó a aquel pasatiempo, nuevo y pícaro, un barniz de respetabilidad social. En 1916 abrió la primera clínica de control de la natalidad, y en 1920 las mujeres lograron por fin votar.

En la década de los veinte, la sociedad había dado un giro de ciento ochenta grados: ahora los expertos diagnosticaban que las mujeres que no disfrutaban del sexo estaban enfermas y sostenían que una vida sexual mutuamente satisfactoria era crucial para un buen matrimonio.

El discurso sonaba diferente, sí, pero en muchos aspectos toda esa cháchara mantenía e incluso fomentaba las ideologías y convenciones establecidas. El matrimonio seguía siendo el contenedor por defecto del sexo y el romance, los papeles de género seguían fijos (las mujeres pueden tener un deseo «natural», pero está latente y depende de que los hombres tomen la iniciativa) y, aunque ya se aceptaba que las mujeres exigieran placer, esto se debía en gran parte a haberlo disociado de la prostitución (o la bohemia). El resultado era una sexualidad específica de la clase media que se convirtió en la nueva normativa: devolver el sexo al matrimonio, por así decirlo, pero también devolver el matrimonio al sexo (un notable contraste con los versos de Edna Millay).

Cuando Edna escribió «Y si te amé el miércoles, / ¿a ti qué más te da? / No te amo el jueves / y ésa es la verdad»,^[18] no estaba de broma. Para gran contrariedad de sus conquistas, que esperaban al menos un toque de inmortalidad en compensación, Edna tenía tantos amantes que apenas se molestaba en diferenciarlos en sus poemas.

«He sido una niña traviesa», confiesa en «The Penitent» [La penitente], donde trata de sentirse culpable por un «pequeño pecado» al que no pone nombre, no lo consigue y finalmente concluye: «Si no puedo lamentarlo, pues vaya, / ¡entonces me alegraré!».^[19]

Esta capacidad de no verse afectada no era una mera pose. Se observaba el corazón muy de cerca, cada arrebató y cada desplome, hasta que su subjetividad, que tan profunda sentía, fue su herramienta creativa más poderosa. Edna era intrépida con ella, subía y bajaba las escalas tonales para reflejar hasta la más leve

fluctuación en su estado de ánimo (desafiante, melancólico, exuberante, indiferente). Y, como yo misma estaba camino de comprobar, pasar una buena cantidad de tiempo entrando en relaciones y saliendo de ellas implicaba no pocos cambios de humor.

En 1923, a los treinta y un años, Edna ganó el Premio Pulitzer de Poesía y empezó a viajar por todo el país leyendo sus poemas ante nutridas concurrencias. Nancy Milford cuenta que, para su público, cualquier línea que pudiera existir entre la vida y el arte de Edna se desdibujaba por completo con esas representaciones. Sobre el escenario aparecía como una criatura asombrosa, una auténtica poeta viva de Nueva York al cien por cien con la apariencia perfecta para el personaje que interpretaba: los ropajes sueltos de terciopelo empequeñecían su diminuta figura y hacían que su voz, grave, de consonantes entrecortadas y vocales engoladas, sonara por, contraste, tremendamente dramática. En aquella época, ya había adoptado el estilo *flapper* y llevaba un corte de pelo *bob*; tras su visita al Coe College de Cedar Rapids, en Iowa, el periódico del campus observó que el porcentaje de estudiantes con el pelo a lo *bob* se disparó del 9 al 63 por ciento.

Cuando en los años cincuenta «inventamos» la adolescencia como categoría sociológica y del desarrollo, la despojamos de dignidad y convertimos a los adolescentes en una masa sin rostro de hormonas enloquecidas. Pero lo cierto es que la adolescencia es una época noble, valiente y terrible, y poder hablar de ese desasosiego es lo que convierte a las estrellas del rock en nuestros héroes. Ésa es la otra cosa que pasaba con Edna, claro, que era la versión de su época de una estrella de rock: antes de que apareciera Beyoncé, la crítica contemporánea la comparaba con Courtney Love. Pero cuando la gente habla así de Edna, se refiere a su popularidad. A mí me gustaría que se dijera que Edna era una estrella de rock en el sentido más ajustado a la realidad: para los adolescentes, ella iba hasta las barricadas.

La creciente generación de mujeres que estaban empezando a exhibir su propia capacidad de acción necesitaba una voz justo así y el uso que daba Edna a las composiciones poéticas tradicionales — sentía debilidad por los dísticos rimados y el soneto— contribuyó a ofrecer su versión radical de la independencia femenina a un público que ya estaba listo para recibirla.

¿Y yo lo estaba? A principios del siglo XXI, la audacia de la que Edna fue pionera se había calcificado en convención: la ciudad albergaba un ejército tonificado por el yoga y experto en las artes de la indiferencia y las mamadas — *neoflappers*, eso me parecían a mí— y yo ya dudaba de mi capacidad para cultivar la despreocupación que el sexo sin compromiso parecía exigir. Tal vez me viera atraída por los tipos que rehuían el compromiso porque mantener una relación sexual plena que no consumiera mi existencia era algo tan inconcebible que no tenía sentido siquiera que lo intentara, así que me las apañaba con medias tintas.

Así que me pregunté: ¿cuál era el secreto de Edna? ¿El dominio que ejercía sobre su corazón le permitía cerrarlo a cal y canto siempre que le apeteciera? ¿El fenómeno del momento en cuanto a autoayuda, ¿Por qué los hombres aman a las cabronas? ¿Iba de verdad tras la pista de algo? ¿Acaso era cierto que una mujer tenía que ser manipuladora y exigente para conducirse por los escollos del sexo y el amor?

«Si ella pudo, yo también.»

La pregunta, pues, era la siguiente: ¿cómo lo había logrado?

Si no fuera por Edmund Wilson, tal vez nunca habría dado con la respuesta.

Se suele decir que la mejor obra acerca de Edna Millay es el ensayo que Edmund Wilson escribió sobre ella en 1952, dos años después de su muerte, pero, en la creencia de que las reminiscencias de un pretendiente desdeñado (Edna rechazó su propuesta de matrimonio cuando tenían veintipico años) carecerían de

objetividad, como ya había hecho con las novelas de Neith Boyce, me empeñé en postergar su lectura. Además, los hombres de esa época pueden sonar muy petulantes y fatuos cuando hablan de las mujeres, así que yo partía enfadada, por lo que pudiera pasar. Pero cuando por fin me senté a leer el ensayo, me di cuenta de que lo había infravalorado, con muy poca vista por mi parte, dada su importancia en las letras estadounidenses.

El ensayo aparece en una recopilación suya sobre las décadas de 1920 y 1930, *The Shores of Light* [Las riberas de la luz], cuyo título procede del último verso de un poema inédito que escribió sobre Edna en 1922, cuando estaba leyendo las *Geórgicas* de Virgilio y quedó embelesado por la frase, que suena aún más bonita en su latín original: «*In luminis oras*».

La primera vez que vio a Edna fue en 1920, en una fiesta celebrada en Nueva York, cuando alguien la convenció de que recitara sus poemas (el arte de recitar era sin lugar a dudas suyo). Tal y como recuerda Wilson:

Llevaba un vestido con un tejido pintado de colores vivos, y el rostro se le iluminaba con un rubor que parecía arder también en los reflejos bronceados de su pelo rojizo, aún sin el corte *bob*. Era una de aquellas mujeres cuyos rasgos no son perfectos y que en sus momentos de menos brillo pueden no parecer siquiera bonitas, pero que, excitadas por la sangre o el ánimo, adquieren una belleza casi sobrenatural. Era menuda, pero de figura llena, aunque no parecía rolliza. Tenía un cuello precioso y larguísimo que le daba la apariencia de una musa, y su manera de recitar poesía era apasionante.

¿En qué habría estado yo pensando? Es difícil que no te guste un hombre que ve la belleza de una mujer en su espíritu, no en la perfección de su rostro.

En aquel momento, Edna estaba viviendo con sus hermanas y su madre en la calle 19 Oeste, un lugar casi de mala muerte, muy cerca del río Hudson. Wilson, editor en *Vanity Fair*, tuvo la estupenda idea de cultivar su amistad publicando sus poemas en la revista. En el

proceso, se enamoró «perdidamente», lo que, según dice, era «inevitable, una consecuencia de conocerla por aquellos tiempos».

Cuenta la ocasión en que la llevó a ver la última obra de Bernard Shaw, *La casa de las penas*, que acababa de estrenarse en Nueva York. Corría el otoño de 1920, justo al principio de su amistad, y, mientras veían la representación, a Wilson le sorprendió la forma tan inmediata y absoluta en que Edna se vio absorbida por la obra; tal vez aquélla fue la primera vez que el crítico vio la capacidad de la poeta para desprenderse de su propia subjetividad.

Hacia el final del segundo acto, se dio cuenta de que Edna se había puesto muy tensa. Los personajes estaban reunidos en el salón de una casa de campo inglesa después de cenar, y uno de ellos, la bella y desalmada Ariadne, empieza a mofarse de Randall, el hermano de su marido, que lleva años locamente enamorado de ella.

«Mi vida entera es un desastre por culpa de la gente que se enamora de mí», se queja Ariadne, y sigue insultando y hostigando a Randall hasta que éste estalla en lágrimas, momento en el que ella se levanta frente a él y se burla: «¡Llorica!».

Cuando cayó el telón, Edna se volvió hacia Wilson y le dijo: «Me dan asco las mujeres que hacen eso, ¿sabes?». Él sigue reflexionando:

Ella hubo de tener, en el transcurso de aquellos años tan llenos de gente, un buen montón de Randalls en sus manos, pero su forma de tratarlos era distinta a la de la agresiva Ariadne de Bernard Shaw. Edna podía tratar con una mordacidad burlona o severa a un admirador que resultara ser un fastidio, pero no le gustaba torturar a la gente ni enfrentarlos unos contra otros. La dignidad de su genio no llevaba aparejados frialdad, odio o susceptibilidad en las relaciones humanas íntimas, como a veces ocurre, sino una magnanimidad invencible, y los efectos de su malicia femenina temporal quedaban anulados por una imparcialidad afablemente graciosa o solidaria.

Dejando a un lado su concepto sexista de «malicia femenina temporal», yo leo aquí una descripción admirablemente matizada

de una mujer dotada de una sagacidad sin compasión que también podía ser amable, dos cualidades que no tienen por qué ser antitéticas.

A finales de 1920, con veintiocho años y gracias a lo bien que le pagaba *Vanity Fair*, Edna tuvo dinero por primera vez para mudarse a su propio piso, dos dormitorios y un baño en la calle 12 Oeste, cerca del parque de Washington Square, lo que tuvo el resultado imprevisto de hacerla aún más accesible a sus pretendientes. No quería casarse con ninguno de ellos, pero, como le dijo a Wilson en un momento de crisis, «¡Yo estoy a punto de cumplir treinta!».

(Aquello me hizo reír: los treinta también habían sido mi «fecha límite».)

Tal y como explica Edmund, de forma bastante solemne, «se decidió que se marchara al extranjero».

Tenía sus motivos para ser solemne: *Vanity Fair* costearía los viajes de Edna por Europa a cambio de —esto no lo vi venir— artículos satíricos. O sea, que la poeta más famosa de Estados Unidos, ya conocida por su brillantez sin parangón, dos años antes de ganar un Pulitzer, iba a escribir textitos humorísticos y tontos para una revista de moda. Aquello no se me habría ocurrido nunca.

Como era de esperar, la casa editorial le rogó que usara su conocida firma, pero Edna, como siempre muy celosa de su reputación, insistió en usar un seudónimo, Nancy Boyd (el nombre de su bisabuela). El 4 de enero de 1921 zarpó rumbo a París.

En 1924, los veintidós textos que Nancy Boyd publicó durante el transcurso de dos años se editaron en forma de libro, *Distressing Dialogues* [Diálogos inquietantes], que, aunque en la actualidad está descatalogado, no me costó encontrar en Internet. El prefacio está escrito y firmado por Edna St. Vincent Millay y datado y fechado desde Tokio:

La señorita Boyd me ha pedido que escriba un prefacio para estos diálogos, con los que, tras haberlos seguido con entusiasmo a medida que aparecían

en las páginas de *Vanity Fair*, ya estaba familiarizada. No soy amiga de los prefacios, pero, si este libro debe tener uno, ha de estar escrito por mí, que soy la primera admiradora de su autora. Me complace recomendar al público estas excelentes sátiras breves, salidas de la pluma de una escritora cuyo trabajo me despierta un interés y placer inagotables.

Los textos viran de lo jocoso a lo extravagante y me hicieron reír en voz alta. Uno de los primeros, «The Implacable Aphrodite» [La Afrodita implacable], del número de marzo de 1921 de *Vanity Fair*, parece una recreación apenas velada de otro encuentro con lo que Wilson llamaba su «buen montón de Randalls», si no con el propio Wilson.

La historia comienza con el señor White, «un hombre de muchos talentos, aunque mal conjuntados», diciéndole a la señorita Black, la «elegante escultora», que es la mujer sin casar más interesante que conoce. Están en el estudio de ella, donde la artista le está sirviendo té.

—¿Ah, sí? —responde ella, mientras sacude con languidez la ceniza de una boquilla del largo aproximado de un florete de esgrima.

—¡Ay, si supiera qué alivio es usted, qué descanso! Una mujer que no está casada, que nunca ha estado casada y que no insiste en casarse conmigo —añade él.

—Ya lo sé. Pero lo siento por ellas —contesta, con auténtica compasión—. El que sea distinta de esas mujeres no se debe a ninguna virtud mía, sino sólo a que estoy dotada de un talento que vuelca mi ánimo en otros canales. Si ese talento es grande o pequeño no tiene importancia. Basta con que calme mis necesidades.

Mientras la señorita Black medita en silencio sobre el tema, el señor White observa por primera vez «el montón de estatuas desordenadas que hay en el estudio». En lugar de felicitar a la artista por su obra, le pregunta por la identidad de la modelo, a todas luces una mujer muy atractiva. La señorita Black confiesa que es ella misma. Él se ajusta la corbata.

—De hecho, usted es el único hombre que conozco, casado o sin casar, que no me importuna con atenciones indeseadas —continúa ella.

Él empieza a respirar hondo mientras enumera sus muchos, muchísimos encantos.

Ella, distraída, admite con ingenio que está «acosada por pretendientes» que llaman a su puerta todo el santo día, se ponen de rodillas y le ofrecen su corazón.

Su propio corazón, bromea, pertenece a su té, ese «cómplice de la soltería».

—¡Si me ayuda a quedarme soltera, será mi aliado más fiel! —ríe.

Mientras corta amablemente un limón en rodajas (con una daga) y empuña las pinzas del azúcar (hechas con las garras traseras de un lagarto venenoso), menciona que pronto zarpará rumbo a Europa para dedicarse a su arte y, entonces, se desata el infierno.

Él tartamudea. Gime. Grita. Se mofa. Imita sus «figuras de masilla». Se arrodilla ante ella y le propone matrimonio. La acusa:

—¡Está disfrutando con esto!

—No, de verdad —contesta ella—. Se lo aseguro. Estoy tremendamente afligida, no tenía ni idea de que albergara estos sentimientos...

Gruñendo, «él abre la puerta de un tirón, sale corriendo y cierra dando un portazo».

Una vez sola, ella se vierte una taza de té frío y se pasa los dedos por el pelo.

—¡Ay, por favor, ojalá no fuera tan inquieta!

He disfrutado de muchos libros de Edna durante el transcurso de mi vida, pero no fue hasta leer estos textos escritos casi de carrerilla —y da la impresión, al leerlos, de que le salían con gran facilidad— cuando sentí que estaba vislumbrando el yo cotidiano que había tras el personaje poético. La «Afrodita implacable» está en el punto medio entre la versión pícaro y juguetona del amor urbano que Edna vendió en sus poemas tempranos y la pasión profunda y

conmovera de sus últimos sonetos, que revelaban a una mujer que se tomaba muy en serio a sí misma pero que siempre estaba dispuesta para un jolgorio y cuyo respeto por sí misma se extendió a los demás.

Edna Millay no fue sólo un mero ejemplo de «amor libre» en su época: el largo alcance de su supuesto arrojo llega hasta este nuevo milenio. En 2009, la crítica cultural Cristina Nehring publicó una defensa encendida del amor insensato, *A favor del amor*, en el que se presenta a Edna como un ideal que todos haríamos bien en imitar.

El argumento global de Nehring —el amor actual es un asunto cobarde, despojado de lujuria y transgresión por un exceso de corrección política— resulta, como pude comprobar, pertinente hasta la depresión. Al igual que su observación de que, tras la muerte de Edna, sus logros literarios quedaron eclipsados por una reacción puritana y machista contra sus aventuras sexuales; su poesía, escribe Nehring, «que desde el principio se había considerado magistral e irónica, fue despreciada por superficial y frívola, tan intrascendente como su preciosa autora, coqueta y con una vida sexual extremadamente activa». ¡Ajá! Así que por eso, después de adorar a Edna en el instituto, le di calabazas en la universidad.

¿Pero de verdad Edna era una «abeja reina» que, «manteniendo a sus amantes en guardia [...] mantenía los decibelios de su relación *in crescendo*», como afirma Nehring? ¿Y en serio se debe aspirar a ese comportamiento? Nehring describe la vida de la poeta como «feroz y derrochadora, magnífica, peligrosa y breve», como si su famoso «First Fig» [Primer higo],

mi vela arde por ambos extremos;
no durará toda la noche;
pero, ¡ah, enemigos míos, , oh, amigos míos...
qué bonita luz da!,^[20]

fuera su auténtico credo para toda la vida, en lugar de un invento de su juventud.

Naturalmente, Edna rompió corazones. Como cuenta Nancy Milford, sus víctimas con inclinaciones más literarias —John Peale Bishop, Floyd Dell, Edmund Wilson— fueron prolíficos al expresar su consternación. «Le escribían desesperados, sobre su dolor y rabia —escribe—, la abordaban por la calle. A los ojos de un hombre, el que Edna los dejara tenía mucho más que ver con la incapacidad de ella de ser fiel que con la necesidad que tenían ellos de garantizársela en exclusiva para sí mismos.» Continúa Milford:

Hablaban del desasosiego de ella, incluso cuando estaba claro que eran ellos quienes lo sentían; hablaban de su promiscuidad y su desconcertante magnanimidad. No eran capaces de reconocer la tensión que sentía ella entre la emoción y la energía de su vida sexual, donde era una especie de forajida que se deleitaba en la persecución y los dulces y difíciles placeres de su trabajo.

Edna no era ninguna santa, pero tampoco era una persona «feroz y derrochadora»: la poeta era una mujer muy meticulosa que se abría camino con valentía, con una integridad enorme, a través del terremoto que sacudía el suelo bajo sus pies.

La generación de Edna se hizo adulta en un mundo radicalmente diferente al de la anterior. Como su propia madre reflexionaba en su diario en 1922, el año que Edna cumplió treinta, «me pregunto si la auténtica diferencia entre nosotras es que el ser de una generación posterior le ha dado la valentía, que yo jamás tuve, de ser sincera, incluso ante mí misma».

Pero al menos una costumbre sobrevivió a este derroche de transparencia: la infidelidad. Toda sociedad de las llamadas civilizadas se defiende del sexo extramarital de algún modo, con lo que obliga a sus ciudadanos a ingeniárselas —y confabular— en incesantes correteos tácitos de aquí para allá. En el caso del Estados Unidos victoriano, quienes buscaban placer recurrían a dos apaños:

el secretismo total, en el que sólo los adúlteros conspiradores sabían la verdad, lo que por supuesto acrecentaba la emoción, y un acuerdo sobreentendido de que «un hombre siempre es un hombre», de mirar hacia otro lado cuando un marido engañaba a su mujer, siempre que, por lo demás, respetara escrupulosamente las convenciones. (También está la opinión del marido de Neith, quien explicó en una de las concurridas tertulias literarias de la hacendada Mabel Dodge que «los hombres son las víctimas» en la guerra de los sexos, ya que, al faltarles la vitalidad de las clases obreras y de las mujeres, se ven obligados a recurrir a la infidelidad: «El problema — decía— es cómo disfrutar del caramelo sin tener que mentir».) Como explica el historiador Peter Gay en un estudio magistral sobre la época que abarca varios volúmenes, «lo que los moralistas contemporáneos dieron muy rápido en llamar “hipocresía” era realmente una forma de hacer hueco para las pasiones, ajustándose siempre a los límites de la razón».

Para la autonomía de Edna, la sinceridad fue fundamental. Según se cuenta, ella no iba escondiéndose: él prefería centrarse en un solo amante a la vez, aunque sólo fuera por una noche. Para el destinatario, su negativa a fingir que sentía algo que no sentía o a comportarse como él habría querido o esperado seguro que parecería frialdad, pero, en realidad, aquello era lo contrario: para poder seguir receptiva a sus propias pasiones, Edna necesitaba un nivel excepcional de vulnerabilidad emocional.

En un mundo que aún sigue dando por sentado que la gente «respetable» reprime sus emociones o miente totalmente sobre ellas, la insistente honradez de Edna era tan radical como sus aventuras sexuales, tal vez incluso más. Después de todo, lo que por entonces se conocía como «amor libre» no era más que algo muy parecido a lo que en la actualidad llamamos «sexo sin compromiso», y, aún hoy, en una época en la que el matrimonio es opcional, la gente sigue engañando a sus parejas, estén casados o no.

Por debajo de todos aquellos supuestos matrimonios decimonónicos sin sexo fluían (si es que no los sostenían en realidad) una intensidad y libertad de expresión en torno a la amistad entre personas del mismo sexo que los posmodernos apenas podemos empezar a imaginar. Los hombres caminaban por la calle cogidos de la mano o del brazo; los soldados se abrazaban entre sí para darse apoyo o consuelo. Las adolescentes cultivaban vínculos apasionados que les servían de prueba para la relación «de verdad» que tendrían algún día con un marido: se escribían cartas de amor plagadas de palabras de cariño, se acurrucaban y dormían en la misma cama, a menudo se metían mano, una práctica que se consideraba tan inofensiva que la gente apenas pensaba siquiera en mencionarla, lo que obliga a los historiadores a resolver el misterio de quién era lesbiana y quién no (lo que, conforme terminaba el siglo y arraigaba nuestra fijación por encasillar a la gente en categorías de preferencia sexual, adquirió mayor importancia). Es como si, en lugar de huir a lo grande del mito de la asexualidad femenina, en el que una mujer era un ángel o una puta, nos limitáramos a sustituir un conjunto de clasificaciones por otro, aprisionando nuestros yos emocionales en dos categorías nuevas pero igualmente rígidas: homosexual o heterosexual. Y, por supuesto, sólo una de estas categorías era aceptable.

«¡Ah!, ¿quiere saber si soy homosexual? Claro que lo soy, y también heterosexual, pero ¿qué tiene que ver eso con mi dolor de cabeza?», fue la ocurrente salida de Edna con un médico.

En su personalidad siempre fue crucial un gran aprecio por lo ingobernable. Desde el principio, Edna intuyó que lo interesante de nuestra existencia cotidiana reside más allá de los límites que usamos para cercarla; de hecho, intuyó que esos límites gestionan nuestros deseos rebeldes y también pueden sofocarlos hasta hacer que cada uno de nosotros sea un caparazón de sangre fría, respetuoso con las leyes, o un mentiroso. Ya de adulta, fuera de forma intencionada o por instinto, simplemente se negó a guardar

sus deseos en un cajón y siguió viviendo como siempre había hecho; es decir, de forma plena y sin someterse a las convenciones. Esta aceptación de la posibilidad y la voluntad de improvisar en lugar de determinar su vida al detalle es tan turbadora e incómoda ahora como lo era por aquel entonces.

Valorar la mitología misma de que la reputación literaria de Edna Millay, empañada de forma póstuma, sirve a otro tipo de pedagogía del siglo XXI, la que dice que las mujeres deberían estar persiguiendo una «bragueta desabrochada», como expresó de forma tan memorable Erica Jong en 1973, y «follar como un hombre», como sostenía Samantha veinticinco años después en el episodio piloto de *Sexo en Nueva York* (es decir, de forma egoísta, insensible, sin entrega emocional).

Para las mujeres contemporáneas, extraer de Edna la lección de que la liberación sexual implica manipular a la gente al propio antojo y dejarse el corazón en casa significa no haberse enterado absolutamente de nada. Si traemos a Edna a nuestra época, veremos que es muy parecida al resto de nosotras —una mujer que quería disfrutar su juventud todo lo que pudiera y no quedarse en el aburrimiento del sexo conyugal o, al menos, no de inmediato—, con una diferencia fundamental: ¿cuántas de nosotras podemos desatarnos hoy en día los corsés contemporáneos de las actitudes heredadas?

Edna no tenía pretensiones didácticas, pero, de haberlas tenido, sospecho que nos habría dicho que, si hay un objetivo en todo esto, es que hay que tomarse la vida muy en serio y amar a quien se quiera, de la forma más lujuriosa que se pueda. Su legado no fue la irreflexión, sino un individualismo feroz que incluso hoy nos resulta inaprensible.

Después de todo lo anterior, resulta en cierta medida sorprendente que los años mozos de Edna como urbanita sin trabas fueran relativamente pocos: seis en total (incluidos los casi dos que pasó en

el extranjero). En enero de 1923, un mes antes de su trigésimo primer cumpleaños, emprendió el regreso a Estados Unidos; en abril, hizo buenas migas con Eugen Jan Boissevain, un importador holandés doce años mayor que ella, que se había sumado a la escena de Greenwich Village; ese mismo mes se anunció su Premio Pulitzer; en mayo, la nueva pareja estaba ya conviviendo; el 18 de julio, se casaron en una pequeña ceremonia celebrada en el jardín trasero de su casa. La tarde siguiente, cinco periódicos de Nueva York anunciaron la noticia, tres en la portada, uno con el titular «Famosa letrista del amor se casa y contradice su propia filosofía» (seguramente, como reflejo de los sentimientos de no pocos admiradores decepcionados).

Pero esta admiradora no o, al menos, no demasiado. No puedo afirmar que sé seguro por qué se casó, pero, a estas alturas, puedo aventurar una muy buena suposición. Eugen era, según todos los testimonios, un hombre maravilloso, de gran corazón, que se describía a sí mismo como feminista, un compañero entusiasta de su legendaria esposa que se encargaba de buena gana de todos los quehaceres domésticos para que ella pudiera escribir. Su matrimonio abierto garantizaba que ella pudiera seguir satisfaciendo a su musa más duradera, su corazón, sin tener que recurrir a la clandestinidad; de hecho, su aclamada recopilación de sonetos de 1931, *Fatal Interview* [entrevista fatal], se inspiraba en una larga relación amorosa que había mantenido con un poeta mucho más joven, George Dillon, que el propio Eugen alentó: durante un tiempo llegaron incluso a vivir juntos en un *ménage à trois*.

Esto significa que, al casarse, Edna hizo lo que sabía que era mejor para sí misma y para su obra: creó una nueva familia. Como a Wilson le costó sangre, sudor y lágrimas explicar, la «pasión dominante» de Edna era su poesía. La actividad intelectual, escribió, la alejaba de una niñez con «bastantes estrecheces» y, a lo largo de toda su vida, siguió siendo «la gran realidad que hacía que

no importara nada más», nada, añade, con la excepción de su madre y sus hermanas.

Durante casi todo el tiempo que vivió en Greenwich Village, Edna compartió piso con al menos una de sus hermanas, a menudo con las dos, más su madre, y, cuando estaban separadas, se escribían constantemente cartas desinhibidas cargadas de confesiones, chistes suyos y sobrenombres cariñosos. Entre estas cuatro mujeres existían rivalidades y rencores (¿en qué relación estrecha no los hay?). Años más tarde, Edna llegó incluso a distanciarse de Kathleen, pero en el centro mismo de su sentido del yo estaba esta manta protectora de lealtad y afecto incuestionables: allá donde fuera, ésa era su ancla y su protección.

Estar soltera puede ser agotador y a menudo lo es, incluso para quienes no nos construimos una vida de forma tan pública o teatral. Las proezas románticas de Edna en Europa fueron apasionantes, pero no contar con el refugio físico de su familia al que volver por la noche acabó pasándole factura. Un lío con un periodista casado acabó mal. Hacia el final de su primer año fuera tenía sólo 53 dólares, en seis monedas diferentes, y debía dinero a varios amigos. Se quedó embarazada, se practicó un aborto y casi se casó con un «pseudoaristócrata [...] cortés [y] empalagoso», como lo describió un amigo. Cuando Wilson visitó a Edna en París, ésta le contó que «quería asentarse y llevar una vida nueva: estaba cansada de romper corazones y propagar el caos». Cuando volvió a Estados Unidos, sus dos hermanas se habían casado y vivían con sus maridos, y su madre se había vuelto a Nueva Inglaterra con sus propias hermanas.

Todo aquel tiempo, Edna había sido libre para arriesgar su corazón y ser la soltera apasionada que era porque estaba bien protegida por el amor de su madre y sus hermanas. Ganar el Premio Pulitzer no fue sólo un gran honor, sino también una lección e incluso una especie de advertencia: para conservar el afecto de su

público, tenía que seguir bañándose una y otra vez en el pozo de pasión que impulsaba su obra.

Un heliograbado de Steepletop, [21] la finca de arándanos de casi trescientas hectáreas que Edna y Eugen compraron en Austerlitz, en Nueva York, también podría servir de modelo de su vida juntos. Espacio de trabajo, refugio y templo del placer a partes iguales, su única concesión al compromiso era el emplazamiento. Edna quería comprar una casa en la costa de Maine, pero Eugen la convenció de que su trabajo exigía que estuviera cerca de Manhattan, dilema que resolvieron con eficacia trayendo a Steepletop cubierta vegetal y pinos blancos de Maine para mezclarlos con los arbustos de arándanos originales. En medio de ese terreno trasplantado construyeron una pequeña cabaña al final de un sendero de piedra, donde ella escribía de cuatro a cinco horas al día, seis días a la semana.

La casa en sí —hoy abierta al público— es grande, pues cuenta con trece habitaciones, pero destila la típica modestia hogareña de Nueva Inglaterra, de buen gusto pero jamás ostentosa, tan familiar para mí como mi propia juventud. En la planta superior, cada uno tenía su ala privada. La de Edna era el sueño de todo escritor (de esta escritora, al menos): un dormitorio con chimenea y vistas a los huertos que Eugen mantenía con mimo, un cuarto de baño enorme de azulejos blancos (el primer baño con azulejos del condado), una sala de trabajo —el corazón de la casa— con una mesa larga en la que extender los papeles cuando había que preparar los libros para su publicación, una acogedora biblioteca con un sillón para leer y un recoveco para echarse un sueñecito.

Tan fundamental para su bienestar mutuo como la soledad compartida era la compañía de sus amigos. Abajo, la pareja recibía a sus amistades en un comedor con paneles de madera y pintado en tonos bermellón y crema (su vajilla de Limoges se parece a Edna si ésta hubiera sido un juego de porcelana: capullos de rosa de color claro sobre fondo marfil, con un filo de oro en los bordes). El salón

está lleno de cómodos sillones tapizados y tiene también dos pianos, uno el de Edna y el otro para las visitas.

Y luego, fuera otra vez, canchas de tenis y una sucesión de «jardines de los placeres», cada uno con su propia personalidad y divididos entre «totalmente vestidos» y «totalmente desnudos»: el bar exterior lleva a una pared de lirios que protege una piscina alimentada por un manantial y una extensión cuadrada de césped delimitada por un seto (para poder entrar había que quitarse la ropa). Todo alrededor abundan los rosales y las flores.

Los detractores de Edna se quejan de sus últimas obras, que incluye mucha poesía política ciertamente mediocre. Algunos llegan hasta a achacar este declive a su matrimonio. El verdadero culpable pudo haber sido un accidente de automóvil en 1936, del que salió con graves daños neuronales, dolor crónico y, al final, adicción a la morfina. A pesar de ello, parece que Edna y Eugen disfrutaron de veintiséis años de vida en común muy satisfactorios en los que no sintieron la necesidad de tener hijos. Pasaban la mayor parte del año en Steepletop, y al final los veranos, en Ragged Island, su islita privada en la Bahía de Casco, en Maine, escribiendo, trabajando en el jardín, nadando, quedando con amigos y, tras el hundimiento de la bolsa de 1929, dejándose fascinar tanto por las carreras de caballos que llegaron a comprar y criar varios, hasta la muerte de Eugen en 1949 y la de Edna un año después. Mientras tanto, no dejó de escribir, escribir y escribir. De esta forma, jamás dejó de ser ella misma.

6

La articulista: segunda parte



Maeve Brennan a mediados de los años sesenta.
fotografía cortesía de Yvonne Jerrold.

En un estudio reciente llevado a cabo por una compañía de seguros de vida se observó que casi la mitad de las mujeres estadounidenses tienen miedo de convertirse en vagabundas; no sólo las que nunca se han casado, entre las que se da el resultado más alto, un 56 por ciento, sino también las divorciadas (54 por ciento), las viudas (47 por ciento) e incluso las que aún están casadas (43 por ciento).

Yo nunca he sido presa de este temor en concreto, sino que picoteo de entre un número indeterminado de otras formas horribles de terminar: te pueden violar y asesinar, puedes ser tú misma una asesina, puedes sufrir un catastrófico accidente aéreo y morir entre gritos y vómitos de gente extraña (mi pesadilla particular).

No obstante, cuando sólo llevaba un año tratando de ganarme la vida como crítica de libros *freelance*, me acabé convenciendo de que estaba a un paso de «vivir en la calle», como me dije a mí misma. Había encontrado mucho trabajo (*The Boston Globe* me dio mi propia columna de crítica de memorias y podía coger encargos de otros periódicos y revistas —incluida *Vogue*: por fin, colega distante de Neith Boyce—), pero la mayoría estaban muy mal pagados y, dado que me faltaban el genio, la confianza, la fortaleza psicológica y el apoyo familiar *in situ* de alguien como Edna Millay, apenas podía mantenerme. Mis ingresos eran tan irregulares que la mayoría de los días, hacia el final de la tarde, estaba tan agotada por la ansiedad que tenía que dejar de hacer lo que estuviera haciendo y obligarme a echarme en el sofá, como quien acuesta a un bebé a dormir la siesta. El que añadiera a esta ansiedad justificada otra tan irracional que podría calificarse de frívola —a diferencia de mucha gente que en realidad está a un tris de vivir en la calle, yo tengo la suerte de conservar una relación estrecha con mi padre, que me habría dejado mudarme a casa si la cosa se pusiera muy negra— parece demostrar, visto *a posteriori*, que utilizaba el miedo como un estímulo: si me permitía pensar que tenía un colchón, tal vez no seguiría avanzando.

En aquel estado era bastante difícil socializar, no hablemos ya de salir con alguien. La situación con T., que antes había sido una apasionante evasión de la normalidad, se convirtió en un recordatorio doloroso y recurrente de mi soledad: rompí con él aduciendo que necesitaba buscar algo «más». Empecé a comprender el atractivo del matrimonio: apoyo mutuo, facturas a medias.

Con sentimientos encontrados —un fracaso demoledor atenuado muy levemente por el alivio—, en otoño de 2003 encontré trabajo de redactora cultural en un pequeño diario (hoy desaparecido). La redacción, situada en un edificio de ladrillo blanco y hierro fundido del siglo XIX en una esquina caótica del bajo Manhattan, era una versión para ciencia ficción, con elementos de todas las épocas, de *La nueva Grub Street*, la novela de George Gissing de 1891 sobre el Londres literario. Mientras soportaba unas condiciones de trabajo propias de la década de 1880 (el aire acondicionado, la calefacción y las cañerías estaban siempre averiados; en invierno, mi atuendo para el trabajo incluía invariablemente mi abrigo rojo de lana y un gorro *vintage* de piel negra) y, entre la banda sonora propia de los primeros 2000 (vibración de teléfonos móviles y golpeteo incesante de los dedos sobre los portátiles), hacía de chica para todo con pretensiones, al estilo de los años cuarenta (redactando críticas de jazz, arquitectura y libros), mis jefes supremos, dos hombres de mi edad, conspiraban en su propia fantasía de reuniones tipo años sesenta, de puros y martinis, a las que nunca me invitaban. En lugar de desistir de las relaciones que tanto me había costado ganar con otros redactores más profesionales y rendirme por entero a esta actividad de chiste, seguí escribiendo críticas de libros como *freelance* por las mañanas, antes del trabajo, y los fines de semana. Casi todos los días me quedaba en la oficina hasta las ocho o las nueve de la noche.

Rodeada de periódicos, le cogí el gusto a leer las necrológicas y así me enteré de la vida y muerte de Carolyn Heilbrun, pionera en la investigación académica sobre el feminismo, ocurrida a principios de octubre de aquel año.

El siguiente fin de semana compré una edición de bolsillo de *Escribir la vida de una mujer*, un estudio seminal publicado originalmente en 1988. Cuando terminé de leerlo, lo había subrayado casi por entero, desde la primera frase, en la que afirma

que hay cuatro formas de escribir la vida de una mujer: autobiografía, ficción, biografía o «que la mujer escriba su propia vida antes de vivirla, inconscientemente, y sin reconocer ni dar nombre al proceso».

«¿Esto es lo que he estado haciendo —me pregunté, indecisa pero esperanzada—, escribir mi propia vida, inconscientemente, antes de vivirla?»

Así es el extraño sino, incluso ahora, del proyecto feminista: el progreso es tan irregular y ha estado tanto tiempo sin documentarse que una idea no tiene que ser nueva para resultar reveladora.

Pero fue su observación de que sabemos muy poco acerca de «la mujer soltera que, conscientemente o no, ha evitado el matrimonio con una diligencia poco observada pero no menos poderosa a pesar de ser, a menudo, desconocida para ella misma» lo que me hizo ver con una claridad cegadora por qué las voces de Maeve Brennan, Neith Boyce y Edna Millay me llamaban a través de los tiempos. Además de sustituir a mi madre como interlocutoras cercanas, me estaban enseñando a pensar más allá del plan del matrimonio. Las conversaciones que mantuve con ellas crearon las páginas que conformaban mi vida.

La fuerza de mi revelación me dejó confundida. ¡Corría el año 2003! No debería haber necesitado ayuda para profundizar en la idea del matrimonio. Además, a esas alturas, casi dos años después de terminar la relación con R., tenía varias buenas amigas en Nueva York (había descubierto que las rupturas eran un imán para los nuevos amigos) y estábamos siempre hablando sobre nuestras respectivas vidas íntimas. Internet era un archivo palpitante de diarios (también conocidos como blogs).

Y, sin embargo, en ningún sitio oí ni participé en conversaciones serias sobre la vida de mujeres sin casar. En lugar de ello, la posible franqueza que hubiera podido surgir en los sesenta para hablar del tema se había sumido en el agujero negro de un parloteo constante sobre citas, sexo, matrimonio, hijos. La idea de no casarse era en

aparición tan excéntrica que estaba relegada a la ficción, en formato de *chick-lit*[22] o televisivo, como si el concepto mismo de mujer soltera fuera tan amenazador que no tuviéramos más opción que trivializarlo.

Hasta que esto cambió, estábamos condenadas, como observó Heilbrun, a vivir nuestra vida «entre los pretendientes, sin una historia que contar, preguntándonos si casarnos o cuándo hacerlo».

Mi exigente horario estimuló, en lugar de obstaculizar, mi vida amorosa. Ahora que ya no era un despojo presa de la ansiedad, empecé a salir con muchos hombres, probablemente demasiados, pensé un día, cuando miré mi agenda de cuero de imitación y me di cuenta de que quedaba más para salir con hombres que con mis amigos, y no lo hacía por tener yo una pretensión especial, sino porque casi toda la gente que conocía se había mudado a Brooklyn y, al final de la jornada laboral, era más fácil tomarme una copa con algún tío que hubiera conocido en una fiesta literaria que desplazarme hasta Carroll Gardens y luego volver.

A mi compañero de piso y a mí se nos acababa el contrato de alquiler y, al tener un sueldo de jornada completa, por fin podía permitirme vivir sola. Decidí volver a Brooklyn, aunque no a Brooklyn Heights. Desde que R. y yo cortamos, sólo había vuelto una vez a aquel barrio, para una fiesta, y en cuanto salí del metro, se me encogió el corazón. Aquello era tan bonito y tan tranquilo... ¿Había sido una estúpida integral por dejar al hombre más bueno que había conocido en mi vida? ¿Tendríamos que haber hablado de la posibilidad de un matrimonio abierto, una versión mejorada del de Neith y Hutch, algo más parecido al de Edna y Eugen? Desde aquel día, había evitado Brooklyn Heights por completo.

Durante uno o dos meses estuve dedicando el tiempo libre a mirar los anuncios por palabras hasta que me escocían los ojos; a la hora de comer iba en metro hasta los confines de Brooklyn, atraída por las mentiras inmobiliarias de siempre, del tipo «acogedor

estudio» (un sótano sin ventanas) o «¡NO BUSQUE MÁS! ¡¡1 habitación [sic], soleado!! ¡Me lo quitan de las manos!» (el desván de un edificio de seis plantas sin ascensor a quince manzanas del metro). En julio, sucumbí y contraté los servicios de una agente inmobiliaria, un gasto desorbitado que ni siquiera estaba segura de poder permitirme (en Nueva York, la comisión equivale como mínimo a un mes de alquiler).

El primer día, después de ver rápidamente siete pisos, la agente me llevó en coche a una calle de preciosas casas de ladrillo rojo, justo al lado de donde R. y yo solíamos desayunar tostadas francesas los domingos.

—Ay, es que esto es Brooklyn Heights —dije.

Ya le había explicado que era el único barrio que no me interesaba.

Levantó las cejas como preguntando: «¿Y qué le vas a hacer?».

Aparcó frente a uno de los edificios más grandiosos, ante el que arrancaba una escalera inusualmente ancha que conducía a una enorme puerta en forma de arco coronada por un dintel muy elaborado, que me hizo pensar que en lugar de en un edificio estábamos entrando en la chimenea de un gigante. Una vez dentro, abrió otra puerta inmensa y luego otra más, hasta que nos encontramos en la entrada de un vestíbulo descomunal dominado por una escalera que serpenteaba sin prisa hacia arriba.

A medida que subíamos, la gruesa alfombra granate amortiguando nuestros pasos, sus palabras sonaban más cercanas e íntimas. Me explicaba que a mediados del siglo XIX el edificio había sido una casa unifamiliar y que en los años setenta se había dividido en varios pisos, pero yo estaba tan distraída por los detalles que apenas podía oírla: las filigranas de madera pintadas de blanco que rodeaban cada descansillo con una larga fila de ondas, los arcos ornamentados que decoraban todas y cada una de las puertas, la graciosa bajada del pasamanos de madera pulida que acentuaba la forma de la escalera. (Luego me enteré de que en los ochenta el

edificio había estado lleno de solteros homosexuales y se conocía como «la casa de las flores».) En la tercera planta, la seguí por un pasillo oscuro y estrecho hacia una gran puerta marrón. Cuando la abrió, entramos en una pompa de jabón que flotaba sobre el cielo de Brooklyn: una habitación grande y una cocina separada con *office*, techos de tres metros y medio, unas gruesas molduras preciosas y unas ventanas inmensas, altísimas, que cubrían tres paredes y a través de las cuales el tiempo era un acontecimiento milagroso en sí mismo, enorme y panorámico.

Aquello encarnaba mis deseos de solterona; si no todavía como forma de vida, sí, al menos, como espacio.

La encarnación de la soledad más placentera.

Me flaquearon las rodillas, literalmente, empecé a caerme hacia un lado y, antes de que la agente pudiera darse cuenta, apoyé la mano en la jamba para sujetarme.

Vi y no vi las imperfecciones: pintura agrietada y con desconchones, arañazos en los suelos de madera, electrodomésticos más viejos que mis cuatro abuelos (fallecidos mucho tiempo ha), nada de lavavajillas, claro, y tendría que llevar la colada a la lavandería, pero, claro, a mí no me importaba nada de aquello.

—La cama nido viene incluida —anunció mientras señalaba una cama individual situada al otro lado de la habitación.

Me acerqué, tiré de un asa y una segunda cama, algo más estrecha, salió por debajo de la primera, como si fuera el cajón de un joyero. La luz del sol se derramó a través del marco vacío, trazando un mapa de sombras alargadas mientras el futuro se desplegaba ante mí: la brisa entrando por las ventanas abiertas mientras yo pasaba las horas acurrucada leyendo, una cama para los amigos que se quedaran a dormir, en lugar de mi sofá de Ikea lleno de bultos, la posibilidad de traerme un hombre a casa y —gritos— convertirme en una leyenda urbana: la soltera que duerme en una extraña cama individual propia de niños.

—En realidad —respondí—, preferiría que se la llevaran. ¿Cuánto cuesta el alquiler?

—Pues, la verdad —dijo—, está un poquito por encima de tu límite máximo...

Se me encogió el corazón. Le dije que tendría que pensarlo.

—Date prisa —contestó—. Esto lo van a alquilar enseguida.

Aquella noche no pude dormir. Por la mañana hice un trato conmigo misma: si la agente podía rebajarle al propietario cien dólares, lo que supondría pagar sólo cien dólares más que mi límite máximo, encontraría la manera de hacerlo realidad.

El propietario dijo que sí.

Pocas semanas después, tras cenar con un hombre con el que había salido unas cuantas veces, di el paso de invitarlo a subir, «la primera persona que se queda a pasar la noche», añadí como aliciente.

El vestíbulo es un acontecimiento en sí mismo: si estás de pie en la planta baja e inclinas la cabeza hacia atrás, ves la eternidad durante un instante y, luego, encima de todo, encastrada en el techo, una vidriera multicolor. El efecto general es de una grandiosidad que casi no se puede aguantar.

Aquella noche, sin embargo, había un olor muy fuerte en el vestíbulo.

—Supongo que es el tipo de edificio en el que se huele lo que los demás están cocinando para la cena —mentí al tiempo que recordaba que por la mañana olía igual, aunque un poco menos, y algo menos aún el día anterior.

A esas alturas ya sospechaba que no eran olores de comida, seguramente ni siquiera de un ratón muerto atrapado en la pared, sino tal vez de un gato muerto.

No tenía nada que ver conmigo, pero sentí un poco de vergüenza.

Por suerte, en mi apartamento no olía. Lo pasamos muy bien aquella noche.

A la mañana siguiente, él se levantó, se vistió, se colgó la mochila sobre los hombros y giró el pomo de la puerta principal, pero al instante volvió corriendo al dormitorio, donde yo estaba en camisón sin entender qué pasaba.

Cuando eres una persona soltera de cierta edad, las batallitas sobre citas son tu tarjeta de presentación. Él es un imbécil, tú eres una imbécil, da igual. Lo que importa es que haya un principio, un desarrollo y un desenlace y que pase algo embarazoso. No hay nadie a quien no le gusten las historias sobre citas. Ahí están tus compañeros de cena, sentados alrededor de la mesa, con sus rostros atentos siempre jóvenes a la luz de las velas, los solteros asintiendo con la cabeza en señal de solidaridad, los emparejados aliviados de no ser tú o, a veces, secretamente envidiosos. Te paras un momento, das un sorbo a la copa de vino y continúas.

—Y entonces dijo: «Eso no es olor de estar cocinando. Alguien de este edificio ha muerto. Aquí huele a cadáver en descomposición».

—¡Oh, no! —gritan encantados con horror.

—Así que llamé a la policía para denunciar el, bueno, el problema, y dijeron que ya estaban en ello. Y lo cierto es que se habían llevado el cuerpo aquella misma mañana, más temprano, antes de que nos despertáramos. Más tarde el de mantenimiento me dijo que era un señor mayor al que nunca llegué a ver y que vivía en el piso justo debajo del mío. Cuando vino el equipo de limpieza a llevarse el cadáver, la columna vertebral se le había levantado y se había salido de la carne, como una pluma, y lo demás seguía en la cama en un charco turbio y espeso.

—¡Qué asco!

—Por favor, que estoy comiendo.

—Seguro que el tío con el que estabas saliendo no volvió nunca.

La verdad es que sí volvió.

En los días que siguieron, el olor a podrido se hizo más fuerte, cogió cuerpo, deslizándose como una plaga de cucarachas por todas las grietas imaginables, y duró semanas. Sinceramente, no podría

decir qué era peor: la agonía de no saber de dónde venía el hedor o la agonía de saberlo.

El tío con el que estaba saliendo era un chico listo, pero, al final, acabamos cortando.

Con él y con otro y con otro más.

¡Y con otro más! Y así siguió la cosa.

En un cálido día primaveral de 2004 estaba sentada ante el escritorio abriendo sobres acolchados color ocre, echándolos a una papelera de reciclaje y poniendo en un montón los libros que contenían. Una ventaja de trabajar en el periódico era que tenía acceso a los catálogos que las editoriales enviaban a la gente del mundillo para anunciar sus próximas publicaciones y así fue como supe que, por fin, se estaba preparando una biografía de Maeve Brennan.

En mis devaneos con Neith y Edna nunca había perdido de vista a Maeve. Se había convertido en una especie de amalgama de todas las mujeres de mi familia: una visión de mi yo futuro que en realidad había vivido en el pasado; alguien que sólo tenía ocho años menos que mi abuela materna, Margaret Healy O'Keefe, quien a su vez fue una irlandesa-estadounidense de primera generación y sobrevivió un año a Maeve; una presencia quimérica y constante a la que me sentía muy unida pero sobre quien podía reflexionar sin la dolorosa añoranza que sentía por mi madre. La idea de que otra persona pudiera hacer la crítica del libro me llenó de ansiedad y de inmediato me aseguré de que *Vogue* me encargara aquel trabajo.

Siempre que conocía a alguien que pareciera remotamente interesado en la historia de la literatura o que tuviera una relación aunque fuera tangencial con el *New Yorker*, le preguntaba si había oído hablar de ella. Cuando la respuesta era afirmativa, siempre surgían los dos mismos rumores: que iba siempre muy bien vestida (el escritor William Maxwell, su editor, dijo que estar cerca de ella era asistir a la invención del estilo) y que acabó siendo una vagabunda en las calles de Nueva York.

Me creí alegremente el primer rumor y, por ello, me negué a aceptar el segundo. A juzgar por sus artículos y relatos, estaba convencida de que Maeve era una de las personas más sanamente independientes que jamás hubiera conocido. Todo lo que escribía brotaba del mismo pozo, profundo y puro, de integridad. Era divertida, de mente abierta, empática, nada egoísta, sofisticada sin ser pretenciosa. Era imposible que una persona tan excepcional pudiera caer derrotada. Y ahora que por fin alguien había escrito su biografía, yo podría conocer toda la historia.

El que yo creyera que podía valorar la capacidad mental de una persona por el caparazón de arte que la rodea y que, en la mayoría de los casos, la confunde es, por desgracia, otra manifestación más de mi obstinada ingenuidad y de mi ignorancia de la brecha que separa la persona de la página.

La investigadora irlandesa Angela Bourke había descubierto a Maeve más o menos cuando yo y se llevó una enorme sorpresa: la casa de Bourke, en el centro de Dublín, estaba a poco más de tres kilómetros de Ranelagh, donde Maeve había vivido de niña. Durante siete años buscó y en principio entrevistó a todas las personas vivas que en algún momento se hubieran cruzado con su objeto de estudio —familiares, amigos, colegas, incluso un oficial del ejército que coqueteó en cierta ocasión con Maeve tomando unas copas en el vestíbulo del Hotel Algonquin— y llegó a la conclusión de que, incluso aunque había vivido en una cierta oscuridad como escritora, su «vida valiente como mujer sola en una metrópoli de Estados Unidos la convierte en un icono del siglo XX, aun sin ser tan conocida como Marilyn Monroe, Billie Holiday o Colette».

Al igual que Neith Boyce y Edna Millay antes que ella, Maeve había llegado a Nueva York con veintipocos años para ser escritora y, a pesar de ser de una generación distinta —tenía veinticinco años menos que Edna, quien a su vez tenía veinte menos que Neith—, las condiciones en las que las tres buscaron la independencia tenían más similitudes que diferencias.

Si bien los años comprendidos entre 1890 y 1920 habían sido el momento más glorioso para las mujeres solteras de toda la historia, las dos décadas siguientes resultan ser bastante discutibles. Después de que se lograra el sufragio femenino en 1920, la sensación de tener un objetivo —fuera éste político o personal— que había incitado y unido a librepensadoras como Neith y Edna se fue apagando y la *flapper* apareció ante la luz pública. Al igual que el de *spinster* antes que él, el término había cruzado el Atlántico desde Inglaterra, donde surgió en la década de 1890 para describir a una prostituta y a una adolescente: a principios de los años veinte incluía a toda una categoría emergente de mujeres jóvenes que llevaban una vida distinta a la de sus madres (a los ojos de una ciudadanía alarmada, igual podrían haber sido prostitutas).

A menudo se tomaba erróneamente a las *flappers* por Nuevas Mujeres disfrazadas con una silueta distinta: mientras que los corsés rígidos y restrictivos habían creado y acentuado las curvas femeninas de sus madres, las *flappers* llevaban una ropa interior nueva, más flexible, que suavizaba la figura femenina desde el codo a la rodilla y la transformaba en el torso fino y recto de un chico sin pecho. Al igual que sus predecesoras, las *flappers* desafiaban los papeles de género tradicionales y rompían con las convenciones, aunque a los ojos de muchas de las sufragistas que habían trabajado tanto tiempo y con tanto ahínco para construir la emancipación de la mujer, sus métodos de rebelión —fumar y beber en público, cortarse el pelo a lo *bob*, llevar vestidos cortos y sugerentes— parecían más bien una pose vacía.

Como todo deje de frivolidad y hedonismo, la *flapper* desapareció con la Gran Depresión y, por primera vez en cuarenta años, la posición de la mujer soltera en la sociedad cayó en picado. En una época en la que el sexo heterosexual se consideraba fundamental para la salud mental, las mujeres sin casar se representaban cada vez más como solteronas solitarias y célibes. Mientras tanto, el mercado laboral devino un campo de batalla.

Con tanta gente desempleada, el trabajo se convirtió en el privilegio de los hombres con familias que alimentar, como si muchas mujeres solteras no estuvieran también manteniendo a sus padres, hermanos y familias. (A las viudas les iba incluso peor: en 1932, había veintiséis estados en los que por ley las mujeres casadas tenían prohibido trabajar.) En 1939, el periodista liberal Norman Cousins señaló que había casi diez millones de personas desempleadas, mientras que diez millones de mujeres casadas y solteras tenían trabajo. Su solución: «No hay más que despedir a las mujeres, mujeres que de todas formas no tendrían que estar trabajando, y contratar a los hombres. ¡Abracadabra! Se acabó el paro. Se acabaron los subsidios. Se acabó la depresión». Al inicio de la Segunda Guerra Mundial, cuando otra vez empezamos a necesitar más personas en el lugar de trabajo, las solteras disfrutaron de un breve y agradable repunte (antes de ser devoradas por completo en los cincuenta). Cuando Maeve Brennan llegó a Nueva York, ya empezada la guerra, el sector de las revistas estaba pujante y las mujeres solteras ocupaban un buen lugar, al menos, por el momento.

Aparte de comenzar su carrera profesional en un momento providencial de la historia, Maeve compartió otras dos ventajas importantes con Neith y Edna. La primera eran los padres: ella también había nacido en una familia que animó a su hija más ambiciosa para que floreciera. Su madre y su padre, Una y Robert, eran activistas políticos que habían luchado mucho por el movimiento de emancipación nacional de Irlanda, para el que la igualdad entre sexos era fundamental. Robert fue subsecretario de Asuntos Exteriores de Irlanda y director de publicidad de las fuerzas republicanas durante la Guerra Civil irlandesa, y en 1930, ayudó a fundar *The Irish Press*, que dirigió hasta 1933, cuando fue nombrado secretario de la legación irlandesa y se trasladó con su familia a Washington, D. C. En 1942, cuando Maeve tenía veinticinco años, después de graduarse en la Universidad Americana y de trabajar de

bibliotecaria, para consternación de sus padres, se fue sola a vivir a Nueva York; cinco años más tarde, los padres y el hermano menor de Maeve se volvieron a Irlanda. Las hermanas, Emer y Deirdre, que se habían casado en 1940, se quedaron en Washington (las tres llevaban nombres de las primeras reinas de Irlanda).

La segunda ventaja era el apoyo de una mujer importante. Parece ser que gracias a contactos familiares, Maeve consiguió una entrevista de trabajo con Carmel Snow, redactora en jefe de *Harper's Bazaar*, nacida en Irlanda, y la contrataron como redactora creativa de moda. Muy pronto consiguió su propio apartamento: «una habitación enorme en lo alto de una casa preciosa», como lo describió más tarde, sólo unas manzanas al norte del parque de Washington Square, en una bocacalle de la Quinta Avenida. La chimenea no funcionaba y la escalera estaba llena de suciedad, pero tenía una pared de ventanales con vistas a la ciudad que enmarcaban «el paso de los cielos, enorme y siempre en movimiento».

La estética era primordial para Maeve. Bourke describe con todo detalle que, en cuanto llegó a Nueva York, Maeve creó su propio estilo. Se dejó crecer la melena negra y rizada, que se sujetaba con un moño alto y tirante; se oscurecía las pestañas con una gruesa capa de rímel y se pintaba los labios de color carmesí; muy raro era verla sin zapatos de tacón alto, medias con costura y una rosa o clavel rojos en la solapa. En distintas evocaciones y cartas se la ha descrito como un «hada», una «princesa de cuento», una «niña cambiada» y se la ha llegado a comparar con su predecesora, Dorothy Parker, y con la Holly Golightly de Truman Capote (incluso fumaba con una boquilla larga y delgada). «Parte de la fascinación imperecedera de sus escritos —afirma Bourke— es la consciencia que revela tras las capas superpuestas de aquella imagen de la feminidad que se tenía a mediados del siglo XX.»

(Mi propia llegada a la ciudad coincidió con los albores de la ropa vaquera «de lujo», escandalosamente cara; R. solía decirme que

justo cuando me gasté 150 dólares en mi primer par de vaqueros Diesel, ceñidísimos, de color azul oscuro, semielásticos, de cintura baja y corte recto —si no una declaración de mi estilo personal, al menos un paso en esa dirección—, supo que yo jamás volvería a Boston.)

Los espacios vitales de Maeve eran igual de importantes que su aspecto físico. Ella lo llamaba un don para crear ambiente, con lo que se refería a su capacidad de conseguir crear todo un contexto. Todas y cada una de las casas que alquiló tenían chimenea (que funcionara o no parece carecer de importancia), pero no necesariamente cocina. Una vez, después de mudarse a un piso que le gustaba, el propietario se llevó el magnífico espejo dorado que la había atraído desde el principio —«la única cosa que me había atado a aquel lugar», como escribió más tarde—, así que se volvió a trasladar al centro, a un piso de dos habitaciones con los techos muy altos y sin cocina (aunque, por supuesto, con chimenea). Cuando empezó a trabajar en el *New Yorker* hizo que le pintaran de blanco las paredes de su minúsculo despacho y el techo de azul grisáceo y llevó allí unas cuantas plantas en maceta.

Después de leer que Maeve fumaba un paquete de Camel al día (su colega Philip Hamburger se lo dejaba a escondidas en la esquina del escritorio la noche anterior), no me puse a fumar, pero la noticia de que su perfume flotaba de manera cautivadora por los pasillos de la redacción me sirvió de inspiración para vender un reportaje sobre «aromas emblemáticos», un juego de niños para una revista de moda femenina, y así poder pedir una muestra gratis de *Cuir de Russie* [«cuero de Rusia» en francés] de Chanel, el favorito de Maeve.

El día en que llegó el paquete —el publicista tuvo la generosidad de enviarme un frasco rectangular entero, de 200 mililitros—, casi temblé al abrirlo. Estaba a punto de oler a Maeve Brennan. Coco Chanel (ella también soltera toda su vida) revolucionó el mundo de los perfumes a principios de los años veinte al ser la primera en usar

grandes dosis de aldehído, un compuesto químico que hace que el perfume destelle y dure más, además de ocultar mejor los olores fuertes, algo que de seguro resultaría muy atractivo para todas las mujeres que habían empezado a fumar. Cuando desenrosqué el tapón negro y me rocié la muñeca, el aire se llenó de una fragancia espesa y suntuosa distinta de cualquier otra cosa que hubiera olido hasta entonces; ahora mismo lo llevo y aún me resulta difícil de describir. El material promocional decía «cabalgadas salvajes, brisas de tabaco rubio y olor a botas curtidas con corteza de abedul que llevarían los soldados rusos» (según Justine Picardie, biógrafa de Chanel, *Cuir de Russie* «encerraba en un frasco la esencia de su romance» con el gran duque de Rusia Demetrio Pávlovich). Lo que llega a mi nariz es el halo seductor de una época más impasible, aún no sintética, anterior a la «moda rápida» y a Internet, cuando los muebles eran pesados y a juego, la ropa no llevaba licra entretejida y nuestros entornos eran pura materia, todos ellos plagados de sus diversos aromas y texturas.

Maeve empezó a escribir uno de sus mejores relatos, «A Young Girl Can Spoil Her Chances» [Una joven puede desperdiciar sus oportunidades], a mediados de los cuarenta, cuando trabajaba en *Harper's Bazaar* (tardó otros veinte años en publicarse). Como explica Bourke, el título era el tipo de frase que Maeve habría oído de niña en Irlanda, «una reacción violenta de la recta moral victoriana que advertía a las jovencitas sobre lo que podía pasarles si competían con los hombres, por no hablar de si les hacían sombra, y las avisaba de los peligros de estudiar en exceso» (actitud que, por supuesto, se contagiaría a Estados Unidos después de la guerra). «Es fácil imaginar la voz de una mujer irlandesa sugiriendo con complacencia que Maeve había “desperdiciado sus oportunidades” —escribe Bourke—. Y fácil, también, entender la furia que ello habría provocado en Maeve, por su irrelevancia con respecto a la vida que había elegido y por su falta de afinidad.»

El relato en sí, sobre la ira que siente una mujer infelizmente casada hacia una madre pasiva-agresiva, es una especie de manifiesto dramático, expresado mediante la narrativa en lugar de la retórica, contra las asfixias no expresadas y las crueldades invisibles de la vida doméstica, que Maeve ponía gran cuidado en no elegir para sí. Nueva York, señala Bourke, «no le exigía cocinar ni coser, ni siquiera repartir canapés, ni abrigaba esperanza alguna de que se casara».

En lugar de ello, Maeve abrazó las libertades de una mujer soltera, enamorándose y desenamorándose, yendo a la redacción de *Harper's Bazaar* todos los días y saliendo todas las noches de la semana que le apeteciera (nunca, debo resaltar, con sus compañeros de trabajo). Aunque las mujeres socializaban juntas durante el día — iban de compras, quedaban para comer fuera—, aún no era habitual que lo hicieran por la noche. Después del trabajo, quedar con un hombre solía ser la única forma que tenía una mujer de salir de casa.

Uno de los primeros amigos que hizo Maeve al llegar a Nueva York fue Brendan Gill, un escritor del *New Yorker* que le presentó a sus colegas Joseph Mitchell y Philip Hamburger y al dibujante Charles Addams, los cuales mostraron no poca satisfacción por ser sus acompañantes. Maeve no escribió nunca de forma abierta sobre su vida amorosa, pero Hamburger contó a Bourke que había tenido una breve relación con Addams (aunque no explicitó si fue antes o después de su matrimonio con una mujer que supuestamente se parecía a Morticia Addams, la matriarca de los dibujos *La familia Addams*) y que sospechaba que también había tenido un lío con Gill, ya casado.

Si existiera un gráfico sobre el censo de queridas, ¿observaríamos en los años cuarenta un pico que jamás se ha vuelto a ver? Las circunstancias nunca habían sido tan propicias. Al igual que durante la Revolución de las Trece Colonias y la Guerra de Secesión, la Segunda Guerra Mundial redujo de forma notable el mercado de hombres disponibles, pero la vida que llevaba una mujer soltera a

mediados del siglo XX era radicalmente distinta de la que tuvieron sus predecesoras.

La historia del adulterio es tan antigua como la del matrimonio. Bien entrado el siglo XX, una soltera tenía que haber desarrollado todo su potencial, sentirse muy frustrada sexualmente, encontrarse muy desesperada o estar muy enamorada para ser la querida de un hombre casado y arriesgarse a perder el respeto social que le otorgaba su supuesto celibato. Cuando Maeve era adulta, el consenso de que el sexo formaba parte de la salud mental y emocional de una mujer debió de haber facilitado que las solteras racionalizaran el meterse en una relación con un hombre casado como una opción mejor que no tener nada en absoluto. En este sentido, la mujer de mediados de siglo no era muy distinta de nosotras.

También, como nosotras, tenía la opción de trabajar y vivir sola en ciudades grandes y anónimas, un lugar perfecto para las relaciones clandestinas.

Pero, a diferencia de nosotras, ella actuaba sin las expectativas personales de igualdad que aportaron los movimientos feministas de finales de los sesenta y principios de los setenta y, en este sentido, tenía más en común con sus predecesoras victorianas. El equilibrio de fuerzas entre un hombre casado y su querida encajaba a la perfección en las normas de género familiares: nueve de cada diez veces él no sólo tenía el lastre emocional y la aprobación social de una familia, sino que también ganaba mucho más dinero. Además, como el divorcio era aún anatema y la mayoría de la gente seguía viviendo en matrimonios infelices, se mantuvo la convención milenaria de que los hombres tuvieran un lío y sus esposas miraran para otro lado (de manera consciente o no).

Resulta fácil ver cómo Maeve se habría movido por ese terreno. Siendo una mujer inteligente muy celosa de su autonomía, seguramente pensaba que el hombre normal, en busca de matrimonio, y sus expectativas convencionales eran no sólo

aburridos, sino asfixiantes. Cuando se incorporó a la plantilla del *New Yorker*, en 1949, de pronto se encontró muy próxima a bastantes hombres atractivos, la mayoría de ellos casados. Bueno, pues si querían engañar a sus esposas, era decisión suya, ¿no? Visto de este modo, no cabe duda de que las mujeres solteras con trabajo no tardaron en enfrentarse a todo un estigma nuevo —el de la *femme fatale*, el ave de presa que se dedica a robar el marido a otras mujeres —, que aún hoy continúa vigente.

Al darme cuenta de aquello me recorrió un escalofrío. La razón principal por la que he elegido no ser nunca «la otra» es un fuerte sentimiento de hermandad. Me horroriza pensar en traicionar a una de las mías. Pero parece lógico pensar que, en los años cuarenta y cincuenta, las mujeres no sentían esa hermandad. En el pasado, cuando estábamos confinadas al hogar, al menos nos hacíamos compañía. Cuando empezamos a salir de casa (primero a las hilanderías, donde trabajábamos juntas todo el día y compartíamos el alojamiento al terminar la jornada; luego, en fábricas y casas de huéspedes comunales) forjábamos a menudo una camaradería útil y reconfortante. De no ser por esa solidaridad, las acciones políticas emprendidas por las reformistas, desde Jane Hull hasta Margaret Sanger, incluso la tan extendida cultura de las obras de caridad que hermanó a mujeres trabajadoras y mujeres de clase alta, no habrían sido tan eficaces.

En comparación, la vida profesional urbana a mediados de siglo estaba sorprendentemente atomizada para las mujeres. Acostumbradas desde hace tanto a considerarnos rivales en cuestiones amorosas, ahora también estábamos compitiendo entre nosotras para avanzar en lo profesional. Las casas de huéspedes habían quedado obsoletas hace mucho, el índice de matrimonios estaba alcanzando su valor máximo y la edad para casarse iba en descenso, lo que significaba que la mayoría de las mujeres vivían con sus padres hasta ser recluidas en una relación de pareja y desaparecer en una casa. Esta falta de tiempo y espacio para

experimentar vivencias comunes con otras mujeres, creada y calculada por una sociedad que no daba prioridad a esas relaciones y que situaba el matrimonio por encima de todo, logró que la «independencia» fuera a menudo una experiencia muy solitaria.

El famoso Hotel Barbizon para mujeres fue un telón de fondo espléndidamente gótico para esta atmósfera tóxica. Construido en 1927, no era la primera residencia «sólo para mujeres» que atendía a chicas trabajadoras —el Martha Washington abrió en 1903 y el Trowmart Inn en 1906—, pero a mediados de los cuarenta era el domicilio para solteras con más glamur de la ciudad.

Alojado en un edificio de ladrillo rosado de veintitrés pisos y setecientas habitaciones en la esquina de la calle 63 y la avenida Lexington, el Barbizon atraía a jovencitas ingenuas procedentes de todo el país con sus coloridos folletos en los que prometía una vida de brillo y diversión. Se trataba en esencia de una mezcla de hermandad elitista sólo para blancas, dormitorio común, escuela de buenos modales y convento; aceptaba a las aspirantes en función de su aspecto, comportamiento y tres cartas de recomendación y, una vez allí, las sometían a normas «de señoritas» (nada de visitantes masculinos sin supervisión; té de la tarde obligatorio). Entre los cuarenta y los sesenta, todas, desde Grace Kelly hasta Sylvia Plath o Joan Crawford, fueron «chicas Barbizon».

En 1957 y poco después de graduarse, Gael Greene puso al descubierto las tristes realidades del lugar que Plath ya había insinuado en *La campana de cristal* con una serie de artículos para el *New York Post*. Por debajo de su mística, contaba Greene, el Barbizon era poco más que un redil provisional para un montón de mujeres ansiosas a la espera de encontrar marido y que su vida comenzara. Atraída a la ciudad por «algo indefinible: algo que hacer, un trabajo para pagar el alquiler, amor, la alquimia que transformará a una chica ordinaria en una mujer extraordinaria», la chica Barbizon apenas tenía unos años para despegar: si una residente no se había

mudado después de cumplir los veinticinco, era objeto de lástima y miedo por las recién llegadas.

Sin lugar a duda, Maeve, la eterna loba solitaria, eligió un alojamiento distinto (además, las habitaciones, minúsculas y espartanas, no estaban a la altura de sus expectativas).

En 1954, para sorpresa de todos, Maeve accedió a casarse con St. Clair McKelway, un redactor de la revista carismático, irresponsable y bebedor que ya se había casado tres veces. Ella tenía treinta y siete; él, cuarenta y nueve. Su boda fue lo que Maeve llamó una recepción «muy sofisticada» en el Café Nicholson, un restaurante de estilo parisino situado en el centro de la ciudad frecuentado por gente moderna del mundo del arte (cerró en el año 2000). Roger Angell, colega de ambos en el *New Yorker*, comparó a la pareja con «dos niños dando un paseo peligroso: los dos tan peligrosos y tan encantadores».

Poco después de casarse, se mudaron a Snedens Landing, una comunidad de artistas y escritores con cierto toque de exclusividad situada a cincuenta minutos al norte de la ciudad (Betty Friedan era vecina). Maeve escribía cada vez menos. Bourke especula que la arrolladora personalidad de McKelway y la activa vida social de la pareja hizo a la escritora perder gran parte de ese control sobre su tiempo que siempre había tenido. La afición a la bebida de él no tardó en ser excesiva y, en 1959, cuando Maeve tenía cuarenta y dos años, la pareja se divorció de forma amistosa.

Según todos los testimonios, tras el divorcio la vida de Maeve se fue a pique. A pesar de que enseguida empezó a escribir otra vez, mejor que nunca, y de haber encontrado la estabilidad de un hogar, fuera de temporada, en la casa de veraneo que un amigo tenía en los Hamptons, a finales de los sesenta estuvo mudándose constantemente entre pisos de alquiler y habitaciones de hotel y pronto empezó a ampliar el círculo para incluir residencias de escritores en New Hampshire y Cape Cod. Iba a todas partes con un

mínimo de cinco gatos, a veces doce. Siguió escribiendo, si bien pasaba bastante desapercibida, adorada por los lectores que seguían su obra pero desconocida para el público en general.

Alrededor de 1965 escribió una carta a William Maxwell que incluía este evocador fragmento:

Más adelante te enviaré una nota sobre la diferencia específica entre los escritores que poseen la confianza natural que les viene otorgada como derecho de nacimiento y los pocos escritores que se ven impulsados por la valentía antinatural derivada de la falta de alternativas. A veces es así: algunos caminan sobre una cuerda floja y otros siguen sobre la cuerda floja o siguen caminando incluso después de darse cuenta de que la cuerda ya no está.

En 1969, cuando tenía cincuenta y dos años, salieron los dos primeros libros de Maeve: *In and Out of Never-Never Land* [Dentro y fuera del País de Nunca-Nunca Jamás], con veintidós de los relatos que publicó en el *New Yorker*, y *Crónicas de Nueva York*, una recopilación de sus cuarenta y siete columnas, publicadas por primera vez con su verdadero nombre. En una crítica del segundo para el *Atlantic*, titulada «Talk of a Sad Town» [Habladurías de una ciudad triste], John Updike recordaba su época de reportero novato para el *New Yorker* en los cincuenta, cuando no estaba precisamente «ansioso por extraer de aquella metrópoli tan tocada por Eisenhower, lúgubre si no ya apocalíptica, los encantos de la “Bagdad en el metro” tan aclamada por O. Henry, por Scott Fitzgerald y Edna Millay», y aplaudió a «la señorita Brennan» por «devolver Nueva York al *New Yorker*».

A la autora en sí, no obstante, no le iba tan bien. En su crítica, Updike había señalado su excéntrica querencia por, «tristemente», la zona al oeste de la calle 40, «las manzanas medio demolidas de hotelitos, restaurantes situados en sótanos y numismáticas entre la Quinta y la Octava Avenida». Por esa época, ya residía en aquel lugar tan deteriorado y «vivía en una serie de pisos y habitaciones

de hotel, perseguida por los acreedores», escribe Bourke. Por aquel entonces llevaba el pelo en un moño muy cardado, una torre teñida de rojo cada vez más alta, el carmín de sus labios cada vez más corrido. Sus entusiasmos, antes fascinantes, se habían convertido en obsesiones impredecibles y arrolladoras. Bourke describe que en algún momento Maeve descubrió a Billie Holiday y se compró todos sus discos, «que ponía sin parar, durante horas, incluso en el trabajo, en un fonógrafo portátil», según le dijo el veterano redactor Gardner Botsford.

Me detuve en este detalle. Billie Holiday nació en Filadelfia en 1915, sólo dos años antes que Maeve; en los años cuarenta, cuando Maeve se trasladó a Nueva York, Holiday era una de las cantantes de jazz más famosas de Estados Unidos, una leyenda viva, antes de morir a los cuarenta y cuatro años de insuficiencia hepática y cardíaca. Las dos mujeres pasaron por matrimonios breves e infelices. Pero sabía que era engañoso por mi parte compararlas como mujeres solteras: las fuerzas políticas, sociales y económicas que dan forma a la experiencia de ser soltera afroamericana se merecen un libro entero. Bourke relaciona a las dos mujeres como almas creativas que se hicieron vulnerables en la búsqueda de los conocimientos que expresan sus artes.

Maeve explica con gran elocuencia ese sentimiento de comunión en una columna de la señora Prolija publicada en noviembre de 1967. Está sola en el piso de un amigo en Greenwich Village, sentada en un sofá de terciopelo verde durante una tormenta, escuchando los sonidos de un cóctel que se celebra al otro lado del vestíbulo. Enciende el fonógrafo sin cambiar el disco que había estado oyendo esa mañana:

La música se hace más fuerte y no para de moverse, alcanza las fotografías, los libros y el descolorido mármol blanco veteado de la repisa de la chimenea como podría haber hecho la luz de la hoguera. El lugar ya no es una cueva, sino una sala con paredes que oyen en paz. Oígo la música y observo la voz. Puedo verla. Es una voz que hay que seguir con el ojo de la

imaginación. «*La Brave, c'est elle.*» No hay otra. Billie Holiday está cantando.

Durante los años que siguieron a la publicación de los libros de Maeve Brennan, cualquier empleado del *New Yorker* aparte de William Maxwell y Gardner Botsford —los únicos lo bastante allegados como para saber la constancia y el esfuerzo que dedicaba a su trabajo— debió de haber pensado que la obra de Maeve ya había llegado a su cumbre, pero el 18 de marzo de 1972 publicó el relato que le cambió la vida. Alice Munro dijo que era uno de sus relatos favoritos de todos los tiempos. En palabras de Angela Bourke, es un «canto del cisne, o su vuelo kamikaze [...] y un ataque suicida a su propia familia».

«Las fuentes del afecto», que ocupaba veintisiete páginas del *New Yorker* en su publicación original, hace una crónica de tres generaciones de dos familias en Irlanda. Se cuenta desde la perspectiva de Min Bagot, una mujer de ochenta y siete años que nunca se ha casado, y comienza con la muerte de su hermano mellizo, Martin, a quien ha estado cuidando con amor sus últimos meses de vida. Y, como Delia, la mujer de Martin, que había «aparecido de la nada y por quien Martin, soltero por naturaleza, sintió tal fascinación que se acabó casando con ella» hacía medio siglo, había muerto hacía seis años, Min es la única hermana viva, algo que le parece apropiado:

Ella era la única que no se había ido para casarse. Nunca había deseado afirmarse de ese modo, nunca lo había necesitado. Se asombró de la desvergüenza con que se habían exhibido [...]. No parecía importarles lo que pensarán de ellos cuando se veían atrapados en aquella excitación, como animales. Era desagradable, y ellas parecían saberlo, mientras fingían que sólo les importaba la ropa nueva que se comprarían y las flores que cultivarían en sus jardines. Y ahora todo había terminado para ellos; para lo que habían conseguido, podrían haberse controlado.

El rencor de Min es repugnante y palpable, «un estudio sobre el resentimiento, un monstruo sin corazón», como describe Bourke. En el relato, Min rumia sobre que tiempo atrás «había creído que podría volar alto, con su cerebro por alas», pero que la vida no resultó ser así y, en lugar de reconocer que se la había «privado de su derecho», todo el mundo prefiere verla como un fracaso y decir que «se da aires de grandeza y más dura será la caída». No había nada que Min pudiera hacer al respecto. «Es imposible demostrar que no eres una moza vieja decepcionada —piensa para sí—. Aun habiendo ido al convento de Loreto y aun mostrando certificados que demostraran la buena formación que tenía, no era más que la hija de un granjero.»

El relato en sí es una ficción, pero el paisaje y los personajes, las casas y habitaciones, están tomados directamente de la vida real, lo que significa que los familiares de Maeve sufrieron la brutal conmoción de verse a sí mismos transformados a través de los ojos implacables de otra persona. Todos sabían que Min no era otra sino la querida tía soltera de Maeve, Nan Brennan, una mujer de ochenta y cinco años, y a todos les pareció que no se merecía un trato tan despiadado. Después de que se publicara el relato, la tía Nan escribió en la parte posterior de una fotografía de Maeve: «Un cambio brutal a peor, 1972».

Y así «empezó una época en la que los amigos neoyorquinos de Maeve no son capaces de recordarla sin dolor», escribe Bourke. Se volvió paranoica, empezó a pasar la noche en la oficina, cuidaba una paloma enferma que había encontrado en la calle. Cuando recibía el cheque de su salario, lo cobraba y se ponía en la esquina de la calle 44 y la Quinta Avenida a repartir billetes entre quienes quisieran cogerlos. Sus amigos, desesperados, hacían todo lo que podían por ayudar; el *New Yorker* abrió una cuenta en el banco a su nombre y le hacía ingresos periódicos (Maeve siguió en plantilla hasta más o menos 1980), pero siempre terminaba alejándose de quienes la ayudaban. Es imposible saber qué estaba pasando: el

distanciamiento autoimpuesto de su familia estaba pasándole factura o su salud mental se hacía cada vez más inestable o se estaba produciendo alguna combinación de ambas cosas.

En julio de 1973, a los cincuenta y seis años, aunque le había dicho a todo el mundo que su familia ya no le hablaba, Maeve viajó a su Irlanda natal, donde se quedó un tiempo en la casa de su hermana, en Dublín. En 1975, después de que Maxwell localizara a su hermano, Robert Patrick, para decirle que Maeve no estaba bien, ésta se marchó de Nueva York y se fue a vivir con la familia de él a Peoria, en Illinois. Aquel mismo año, sin decirle nada a nadie, volvió a la ciudad.

La señora Prolija de Maeve sólo aparece dos veces más en la revista. En septiembre de 1976 cuenta que se despierta de una ensoñación diurna muy agradable en la que está tumbada sola en la playa, en East Hampton, donde había vivido hacía años, y se da cuenta de que en realidad está en su cama de Nueva York «y la fresca brisa marina procede del bendito aire acondicionado». La ensoñación no era más que «un ataque leve de añoranza —decide—. El motivo de que fuera un ataque leve en lugar de virulento es que hay varios lugares por los que siento añoranza: East Hampton es sólo uno de ellos.»

Durante cinco años, la señora Prolija no dijo ni pío, hasta que apareció por última vez el 5 de enero de 1981. Creía que tenía unas cuantas observaciones que compartir, explica, pero se levantó a hacer café y, al volver, se le habían esfumado. De todas formas, eso es bueno, dice, ya que:

Formaban una multitud afectada y bastante desagradable, como si se hubiesen encontrado en una fiesta que no era lo que esperaban y llevasen el atuendo inadecuado. Todas llevaban sofisticados y largos vestidos de tafetán y mucho vuelo, con el aire del siglo XVIII, y cada vestido de baile tenía un matiz distinto de verde.

Si lo pensamos, decide, después de todo, aquello no eran observaciones, sino quejas y, como tales, han ido al departamento de reclamaciones, una sección que evita a toda costa porque allí hay «demasiados espejos para mi gusto». Tras relatar un recuerdo de infancia de la celebración de la Nochevieja en Dublín, concluye con las últimas palabras que publicó:

Debo decirte que estoy rezando al Dios Todopoderoso para que bendiga tu casa, con bendiciones extra que vayan contigo cuando salgas de casa, de modo que allí donde estés, tú estés a salvo.

Bendiciones para tu casa. Feliz Año Nuevo.

Aquel año, más tarde, una empleada nueva del *New Yorker* llamada Mary Hawthorne salió una mañana del ascensor y se encontró a una mujer menuda sentada en la silla que había fuera del cubículo de la recepcionista, mirando al suelo. Como Hawthorne contó en un artículo posterior, aquella extraña llevaba el pelo grisáceo sin lavar y vestía chaqueta negra grande y camisa negra larga. Estuvo sentada allí hasta la noche y volvió al día siguiente: «mientras tanto, seguía sumida en sus cavilaciones, inexpresiva, sin levantar nunca la mirada». Y era Maeve, claro. Hawthorne nunca había oído hablar de ella. No volvió a verla jamás.

Después de aquello, el rastro se vuelve confuso.

En algún momento cerca de 1990, Charley Justice, un veterano de la Segunda Guerra Mundial convertido en coleccionista de fotografías y que resultó ser un apasionado de la escritura de Maeve, estaba rebuscando en una librería de segunda mano y encontró una caja azul con papeles de la escritora: su diario de adolescente, galeradas de sus relatos para el *New Yorker*, cartas a su hermana y sobrina y, debajo del todo, copias en papel carbón de una autobiografía de la Revolución Irlandesa escrita por su padre, publicada en Irlanda en 1950, titulada *Allegiance* [Lealtad].

Charley compró la caja por cinco dólares y llamó a su buen amigo Richard Rupp, a la sazón profesor de Literatura Inglesa en la

Universidad Appalachian State. Rupp nunca había oído hablar de *Allegiance* y le pareció increíblemente buena, digna de volver a publicarse; en su empeño por hacerlo, localizó a Maeve en el centro de cuidados sanitarios Lawrence, en Arverne, Nueva York, encontró el nombre de su hermano en un listín telefónico de Miami, en la Biblioteca del Congreso, y envió una carta a su sobrina, Yvonne Jerrold (a la dirección que vio en uno de los sobres que había encontrado en la caja), para avisar a la familia de su paradero.

En 1992, Jerrold recibió un paquete por correo: una fotografía de Maeve sonriendo a la cámara y una carta en la que afirmaba, con una caligrafía frágil y temblorosa: «Escribo todos los días en el *Irish Press* y me pagan por ello. [...] Estoy casada con John Kyoss. No se escribe así y tengo muchos hijos, niños y niñas».

The Irish Press era el periódico que había fundado su padre. Angela Bourke especula que «Kyoss» podría ser «Jyoss». «Tal vez al final de sus días —escribe— el marido imaginario de Maeve fuera James Joyce.»

El 1 de noviembre de 1993, antes de que su sobrina pudiera visitarla, Maeve murió repentinamente de insuficiencia cardíaca.

Aquello era casi demasiado horrible para ser cierto. Maeve había acabado siendo una vagabunda por las calles de Nueva York. Un destino temido por tantas mujeres solteras que se ha convertido en un cliché.

¿Qué significaba que ésta fuera la mujer que yo había aspirado a ser?

7

La novelista



Edith Wharton a principios del siglo XX.
Colección Yale de literatura estadounidense, Biblioteca Beinecke de libros raros y manuscritos.

En una sociedad organizada en torno a una unidad familiar estable, la opción de vivir solo es, por defecto, poco convencional. En un extremo del espectro se encuentran quienes de verdad están solos. El ermitaño o eremita –seglar que se aparta de la sociedad en todas sus formas– tiende a ser visto como un excéntrico, normalmente

con cierto desdén. El solitario se idealiza como un rebelde, siempre que sea un hombre (James Bond, el Llanero Solitario, el Hombre Marlboro) y no se revele como un psicópata.

En el otro extremo del espectro está el «solitario gregario», como la escritora Annie Dillard se describe a sí misma. Cuando en una entrevista se le preguntó si ello la convertía en introvertida o en extrovertida, respondió que mitad y mitad. Siempre me he considerado algo parecido. No soy ninguna ermitaña, aunque, como el introvertido, necesito mucho tiempo a solas para reflexionar y recargarme y me agoto fácilmente al estar con otra gente, pero, al mismo tiempo, como el extrovertido, las fiestas y la conversación me llenan de energía.

En el punto medio están los «solitarios sociales», quienes viven solos entre gente que piensa igual que ellos. Las monjas y monjes son un ejemplo atemporal: durante siglos, meterse en un convento era la única forma respetable que tenía una mujer soltera de apartarse de su familia, ya fuera por ser devota de verdad o simplemente por ser pragmática, al preferir los votos de pobreza medio holgada y castidad al sopor de un matrimonio campesino. La versión con más glamur es la del artista o bohemio que se ve atraído a una zona geográfica en un determinado momento de la historia, como Greenwich Village en la década de 1890.

Algunos de esos solitarios sociales dan prioridad de forma consciente a su autonomía por encima de todo. Mary Cassatt, que creció en Filadelfia a mediados del siglo XIX, estaba tan dispuesta a ser una artista profesional que decidió bien pronto, a pesar de haber nacido en una familia acaudalada, que jamás se casaría y que no dependería económicamente de nadie. En 1866, a los veintidós años, se mudó a París y luchó durante años hasta hacerse un hueco entre los impresionistas (radicales por aquel entonces) a finales de la década de 1880 y alcanzar la cumbre diez años después con las sentidísimas investigaciones de madres e hijos que la convirtieron en una de las pintoras más célebres de su época.

Otros persiguen la «soledad turbulenta» manteniendo un vínculo amoroso volátil con otra persona (o personas) que permite balancearse entre periodos de aislamiento intenso y conexión. Frida Kahlo se casó con Diego Rivera en 1929, cuando tenía veintidós años, se divorció de él en 1939 y volvió a casarse con el pintor en 1940; el tumulto creado por sus numerosos amoríos (también los de él) le vinieron muy bien para su arte, tan bien como la decisión de vivir en casas separadas.

Empecé a soñar con la idea de espacios vitales separados en el año 2000, cuando leí la biografía, escrita por Brooke Kroeger, de Fannie Hurst, la escritora de relatos mejor pagada de la primera mitad del siglo XX y la primera en abanderar públicamente este tipo de acuerdo. En mayo de 1920 (el año en que Edna cumplió veintiocho años y Neith cuarenta y ocho; Maeve era sólo un bebé), el *New York Times* anunció en primicia la historia de que la famosa autora, hasta entonces considerada soltera, no sólo llevaba cinco años casada con el pianista Jacques Danielson, sino que la pareja vivía en estudios distintos en el mismo edificio, en la calle 69 Oeste. El artículo comienza así:

**FANNIE HURST ESTÁ CASADA Y LO HA MANTENIDO
EN SECRETO CINCO AÑOS**

**Zarpó hacia el matrimonio con un pianista
«en una barca diseñada por ellos mismos»:
viven separados, cada uno hace su vida.
Se citan para verse, es un nuevo método
que rechaza las «costumbres antediluvianas».**

En el artículo, Hurst explica que considera que nueve de cada diez matrimonios son «despreciables pruebas de resistencia sobre las que proliferan los hongos de la familiaridad y la indiferencia» y que, gracias a vivir separada de su marido, puede mantener su relación más sagrada en un «damasco lleno de brillo» en lugar de dejarla en

un «mantel de desayuno, viciado por manchas de huevo pasado por agua».

La prensa se llenó de editoriales mojigatos y encolerizadas cartas al director, lo que empujó al galante compañero de Hurst a publicar una defensa fascinante y sensible de su situación. Ante la acusación de despilfarro, Danielson contestó que «hay delitos económicos peores que se cometen todos los días en el hogar medio de felicidad conjunta y doméstica». De hecho, «libres de la presión de un matrimonio que ha limitado el alcance de la mujer de forma que las comodidades materiales llegan a adquirir unas proporciones indebidamente grandes, nos encontramos, sin que nuestros numerosos intereses exteriores se vean disminuidos, satisfechos de vivir en unos niveles que confieso que están por debajo de las posibilidades de nuestros respectivos ingresos».

Por último, despreció «la interpretación popular» de que su vida juntos era «una cita prolongada con intereses distintos». Hurst, planteó, estaba probablemente más tiempo en casa que la mujer media. Pasaba allí trabajando seis horas al día e invitaba a amigos a cenar tres o cuatro veces a la semana. «Los dos trabajamos y debemos dedicar largas noches a estudiar, leer y practicar —añadió—, así que, después de todo, me resulta difícil creer que se nos pueda clasificar como una pareja que haya descartado las responsabilidades de los vínculos matrimoniales convencionales para poder comportarnos con promiscuidad. En lugar de ello, tal y como ha resultado ser, hemos descartado los grilletes oxidados de algunas de las imposiciones matrimoniales obsoletas para poder tener más libertad y vivir a la altura de más de las responsabilidades que exigen nuestra vida y nuestro trabajo.» Durante un tiempo, entre quienes podían permitirselo, el «matrimonio Fannie Hurst» estuvo muy en boga.

En la actualidad, existe un término sociológico para designar ese acuerdo doméstico, llamado «juntos pero no revueltos» (*Living Apart Together*, o LAT, en inglés). Es imposible aportar cifras

concretas, ya que la Oficina del Censo aún no tiene en cuenta este dato demográfico, pero varias encuestas indican que en Estados Unidos entre el 6 y el 9 por ciento de la población tiene una pareja que vive en otro sitio, y en el norte de Europa, un 10 por ciento bien consolidado, la cuarta parte de todas las personas que no están casadas ni cohabitando.

Como ocurre con todas las categorizaciones, las líneas divisorias están borrosas. Durante toda su vida, aunque pasó gran parte de ella en el extranjero, Mary Cassatt mantuvo unos vínculos muy estrechos con su familia; en 1874, cuando fijó definitivamente su residencia en Francia, su hermana Lydia, que tampoco se casó nunca, se fue a vivir con ella y la acompañó hasta su muerte, en 1882. Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre compartieron una relación abierta de por vida, pero, a diferencia de Neith y Hutch, Edna y Eugen y Frida y Diego, nunca llegaron a casarse (ni tuvieron hijos) y siempre vivieron separados. La expresionista abstracta Agnes Martin, que no se casó nunca, se marchó de Nueva York para establecerse en Taos, en Nuevo México, en 1967, cuando tenía cincuenta y cinco, se construyó una casa de adobe y vivió sola hasta casi los noventa años, cuando se mudó a un apartamento de un dormitorio en una comunidad para la tercera edad, donde murió a los noventa y dos. A pesar de ser una ermitaña, se dedicaba al arte con auténtica devoción y, dado que participaba de una forma activa, aun sin estar en contacto con sus colegas, compartía características de los bohemios.

La versión favorita para la sociedad de la mujer soltera es la *Grande Dame* («gran dama» en francés). Al ser posmenopáusica, ya no representa una amenaza desde el punto de vista sexual; además, es acaudalada y ha logrado sus metas, aunque no necesariamente las profesionales. Brooke Astor, que se casó tres veces y acabó viuda, dio la talla manejando ella sola una ingente fortuna familiar con la destreza, a falta de credenciales, de una estadista. A pesar de lo avanzado de su edad, aquello la convirtió en la antítesis exacta de

una vieja bruja o una arpía (*crone* en inglés, que deriva de *carogne*, «carroña» en francés antiguo), formas despectivas de llamar a las mujeres ancianas, que suenan mucho peor que sus versiones masculinas: abuelo, perro viejo, veterano. La *grande dame* puede vivir sola, pero, a diferencia de la vieja bruja, no es una marginada: su posición superior radica en su relación con una élite adinerada. Por ejemplo, la diseñadora de moda Vivienne Westwood es una *grande dame*, mientras que Jane Goodall, pionera en el estudio de los primates, no lo es (o sí, quizá, sólo en los círculos sociales de los chimpancés). Si la *grande dame* fuera un edificio, sería el opulento Hotel Park Plaza, pero no la Biblioteca del Congreso, igual de imponente y seria.

Estar soltera es como ser una artista, no porque crear una vida en soltería que funcione sea una forma de arte, sino porque, además de la voluntad y la concentración para satisfacerlas, necesita que se le preste la misma atención meticulosa a cada una de las necesidades propias. Del mismo modo que la artista dispone su vida en torno a su creatividad, sacrificando las comodidades convencionales e incluso la aceptación social, durmiendo y comiendo de acuerdo con sus propios ritmos, de forma que su talento se desarrolle por encima de todo lo demás, nutrido igual que podría estarlo un niño, una persona soltera tiene que esforzarse en pensar para descifrar qué la hace sentirse más feliz y más plena. Hay estudios que demuestran que una mujer que vive sola tiene más probabilidades de tener una vida social activa y de mantener vínculos familiares que sus iguales casadas, no sólo porque tenga más tiempo a su disposición, sino porque esos mismos vínculos son los que la sostienen.

Tal vez suene a que sé de lo que estoy hablando, y la razón es que me ha llevado bastante tiempo llegar hasta aquí.

En el otoño de 2004, pasé de la sección de cultura del periódico a la de artículos sobre estilos de vida y, de pronto me encantó ser editora. Encargar historias, trabajar codo con codo con los

redactores, buscar la fotografía o el material gráfico precisos, idear titulares y pies de foto... todo aquel trabajo, tan frenético y absorbente, me resultaba estimulante y todos los días aprendía algo nuevo sobre la ciudad.

Mi viejo anhelo de escribir continuaba pinchándome, pero seguía sin saber sobre qué escribir. Vivir por fin sola, en un piso que me encantaba, me estaba cambiando, me despertaba la codicia de que todo fuera exactamente del modo en que quería. R. y yo habíamos vivido bien juntos, pero, en última instancia, la seguridad que habíamos creado era falsa y llegó a ser asfixiante. En comparación, compartir piso con un compañero tenía un carácter temporal que, al principio, me había resultado agradable y, al final, de una calma desconcertante, como si fuera una estación de paso a algún destino indefinido y siempre lejano en lugar de un verdadero hogar. Entre las cuatro paredes de mi pequeño estudio podía crear el presente en mis propios términos, lo que tuvo el sorprendente efecto de hacer que el futuro me pareciera más cercano, como si no estuviera al final de un pasillo de longitud inabarcable, sino tan cercano como el día de mañana. Tal vez pudiera quedarme allí para siempre (si el propietario no subía el alquiler ni vendía el edificio).

Pero anhelar hacer algo dista mucho, claro está, de hacerlo. («Anhelo, decimos, porque el deseo está lleno de distancias infinitas»,^[23] escribió el poeta Robert Hass.) Me había costado mucho esfuerzo darme cuenta de que no podía vivir sola —al menos, en Nueva York no— escribiendo artículos y críticas de libros como *freelance* y ese descubrimiento hizo que mi bajísimo salario y mis mediocres ingresos brillaran como los proverbiales grilletes de oro (en versión barata, de plástico, con la pintura desconchada). Sospechaba que, si hubiera estado versada en cosas que interesan a más gente —política, ciencia, moda, cultura pop—, mi camino hacia delante podría haber sido más directo; por sí solo, mi único interés intelectual concreto —escritoras muertas y olvidadas— era de un comercial que daba risa.

Una tarde, durante mi tarea diaria de rasgar sobres color ocre acolchados, apareció un libro que parecía envuelto en papel de regalo: lunares fucsia sobre fondo blanco, un lazo con el texto «entertainment is fun!» [¡recibir es divertido!]. Le di la vuelta y vi que se trataba de la reedición de un manual de 1941 escrito por alguien de quien nunca había oído hablar, una interiorista llamada Dorothy Draper.

El efecto que esta información tuvo en mí fue extraño e inmediato. Siempre había considerado a los interioristas una especie de charlatanes que abusaban de la imaginación vacía de gente de la alta sociedad obsesionada por su posición. Y lo cierto era que yo ni conocía a nadie de la alta sociedad ni a decorador alguno. Y, sin embargo, de la nada y por ningún motivo que pudiera discernir, aquella guía tan tonta sobre cómo organizar fiestas parecía de pronto la clave de algo grande e importante.

Decidí investigar a Draper y escribí un artículo sobre ella para el periódico; a medida que lo hacía, empezó a surgir una vía de escape. Las escritoras muertas y olvidadas y las interioristas muertas y olvidadas tenían algo en común: en ambos casos, se trataba de mujeres que intentaban forjarse una identidad profesional en condiciones que no eran propicias para su sexo y, en el proceso, crearon la forma de vivir que tenemos hoy. ¿Tal vez estos dos presuntos palpitos podían conducir a una nueva vida profesional?

Cuando el editor de la sección de casa y jardín del *New York Times* me llamó el día en que salió mi artículo sobre Draper para decirme que le había gustado, me imaginé que hacer de *freelance* para él en ese nuevo objeto de interés que había encontrado era un motivo tan bueno como cualquier otro para dejar mi trabajo. Los seis meses siguientes estuve ahorrando todo lo que pude, y en mayo de 2005 di las dos semanas de preaviso, arrastré el escritorio del dormitorio hasta la cocina, menos soleada y, por lo tanto, menos calurosa, e invertí en un aire acondicionado. Prepararse una vida de *freelance* a

tiempo completo no es muy distinto a abrir una pequeña empresa sin capital inicial ni financiación.

Aquel comienzo parecía prometedor. Además de escribir artículos sobre el hogar para el *New York Times*, seguí con mi columna de memorias en el *Globe* y monté un curso para estudiantes universitarios sobre crítica de arte para mis antiguos jefes de la Universidad de Nueva York. Mi novio —el de la infame noche del cadáver—, periodista, me ayudó a ver que mi querencia por las escritoras muertas y olvidadas era un tema sobre el que de verdad merecía la pena escribir, así que pedí una beca en una residencia de artistas. Iba a describir la influencia que Maeve, Neith y Edna habían tenido en mi propio concepto de la vida en soltería. Lo llamé «Proyecto de la solterona muerta».

En junio, mi mejor amiga de la infancia, Willy (abreviatura de Willamain), mencionó que un amigo suyo de la universidad estaba ayudando a montar una revista de decoración del hogar en Condé Nast y se ofreció a ponernos en contacto. Pensé: «¿Por qué no?». Nunca había leído una revista de decoración ni se me había ocurrido trabajar para una revista femenina —esperaba, un siglo después de Neith, poder evitar el gueto rosa—, pero su tarifa para *freelance* era mejor que cualquiera que había tenido hasta entonces y, ya consciente de la importancia del aspecto que tenía una casa o un piso, la idea de estudiar interiores me intrigaba.

No recuerdo lo que llevé puesto para la primera entrevista, pero, a la altura de la cuarta (mi cartera esperaba que fuera la última), con la redactora jefe, ya me había quedado sin ropa bonita. Aquella mañana salí corriendo a mi tienda *vintage* favorita y volví aferrada a un vestido de algodón negro de los cincuenta que era justo lo que imaginaba que podría llevar Maeve: cuerpo ajustado, mangas ranglán, escote amplio y cuadrado, falda de capa con tablas bien definidas hasta la rodilla. En aquel momento, el puesto del que hablábamos ya no era de redactora *freelance*, sino de redactora

sénior, y yo estaba bastante segura de que no lo quería, pero toda la gente que conocía me había convencido de que no se rechaza un trabajo antes de haber recibido la oferta.

Durante todo el proceso de las entrevistas, había llegado a darme cuenta de que, para ser alguien que nunca había leído una revista de decoración, tenía un gusto tan definido como mis ideas. El término *décor para el hogar* era horrible (apropiarse de un nombre en francés no eleva ni disfraza en modo alguno el toque remilgado inherente a contemplar con seriedad cojines decorativos y colores para la pared). ¿Podía haber algo menos esencial? La ostentación que daba vida al sector era totalmente indefendible. Dedicar mis horas de vigilia a una empresa así sería el equivalente metafísico de preferir una maceta de petunias artificiales a correr por un campo de flores silvestres. Suponía un menosprecio, incluso una burla, a todo lo que yo valoraba.

Mi propio acercamiento al *décor* había consistido en arrastrar hasta casa un armario eduardiano apoyado contra un contenedor de basura como un polvoriento escudero que necesitara otra copa o enamorarme de un sofá de crin de terciopelo verde en los anuncios de segunda mano y acecharlo durante semanas antes de sacarle al dueño un precio que pudiera pagar, más el envío gratis si era posible, y luego disponer mis nuevos tesoros como me apeteciera. Y aquello, de algún modo, funcionaba. Todavía encuentro tanto placer en rebuscar entre la basura que aún estoy resentida en silencio con el primer mueble nuevo que compré —un sofá precioso de lino de color berenjena que encontré rebajadísimo en una tienda de lujo— por no contribuir y poner algo de su parte.

Y, ahora que lo pensaba, me di cuenta de que había sido así toda mi vida. De niña, uno de mis pasatiempos favoritos era reorganizar mi habitación. En sexto curso estuve ahorrando la paga que me daban mis padres para repintarlo al estilo art decó (en realidad, al estilo de South Beach a través de *Corrupción en Miami*, aunque desconocía la diferencia): paredes rosa fucsia, molduras turquesa y

flamencos de plástico rosa flanqueando la ventana. En mis itinerancias de los veintipico iba arrastrando fielmente mi creciente colección de antigüedades de mercadillo de un piso al siguiente, sin que me importara lo ridículo que resultaba aquel engorro, tan leal a ellas como si fueran mis mascotas. Supongo que eran mis mascotas.

Aquéllos, no obstante, eran placeres improductivos, tangenciales a mi sentido del yo o mis ambiciones de escritora, y me preocupaba que hacer de una afición frívola un trabajo a tiempo completo llevara a la gente a tomarme menos en serio. Por «gente» me refería a posibles editores futuros, sobre todo hombres. No es ningún secreto que la moda y las revistas de diseño están dirigidas sobre todo por mujeres que luchan por ganarse el respeto en el mundo editorial.

Y, aun así, a medida que avanzaba el proceso de las entrevistas, me iba quedando claro que no podría vivir siempre sólo de escribir como *freelance*. Desde que saliera de la universidad, había estado ganando tan poco dinero que por el camino había tomado la decisión a la desesperada de fingir que el enorme crédito estudiantil que me habían concedido y yo debía devolver, simplemente, no existía; haría caso omiso de él hasta que las llamadas automatizadas fueran demasiado insoportables, después suplicaría pagar sólo la cantidad mínima, a la que podría hacer frente con diligencia durante un tiempo, hasta volver a quedarme sin dinero, y finalmente me retiraría de nuevo a la negación. Las llamadas ya estaban empezando (y sí, un millón de años después, aún sigo pagando la deuda).

Muy pronto, lo sabía, estaría buscando otra vez un trabajo editorial, que está mucho mejor pagado que la escritura. Estaba contenta de haber adquirido esta habilidad vocacional, pues así siempre tendría otra forma de mantenerme a mí misma. Me preguntaba si Neith habría seguido soltera de haber podido ganar más dinero. Seguro que el salario de Maeve en el *New Yorker* fue lo que le permitió vivir sola tanto tiempo e incluso dejar un

matrimonio que no la satisfacía. Toda vida implica compromisos; tal vez uno de los míos era que, a cambio del lujo de vivir sola en Nueva York, no podía escribir a tiempo completo sobre las cosas que más me interesaban —un listón bastante alto, en cualquier caso—, pero podía encontrar un punto medio y ser una editora-escritora. Y, la verdad, se trata de un apaño habitual y bastante bueno, por cierto, para ser una solución intermedia. Cuando rellené la solicitud, en el apartado de «expectativas salariales» cometí la imprudencia de indicar el doble de lo que había cobrado en el periódico.

Aquel mes de julio estaba haciendo un tiempo extrañamente suave, por lo que me ahorré un sofocante trayecto en metro hasta la entrevista, pero aun así los zapatos baratos me hicieron rozaduras en los talones, y cuando llegué al caos del mediodía en Times Square, ya iba caminando con una leve cojera. En un intento de ser algo más que otra ratona de biblioteca sin sentido alguno de la moda, había combinado el vestido negro de los cincuenta con unos zapatos de tacón amarillo limón de los setenta de mi amiga Willy y un bolso de un amarillo más claro, más o menos de 2000 («*vintage* con un toque moderno», en la jerga de las revistas de moda). Cuando me acercaba al edificio de Condé Nast, un trío de mujeres de altura imposible y atuendo impecable salió por la puerta giratoria camino del almuerzo. Miré mis dos tonos amarillos, matices que se daban bofetadas, y sentí vergüenza.

La redactora jefe me hizo esperar en el vestíbulo toda una hora, pero, cuando entré en su inmenso despacho bañado por el sol, me miró de arriba abajo desde detrás de su enorme escritorio blanco y, con una aprobación irónica, dijo: «Rompedora».

Cuando la directora editorial me llamó para ofrecerme el trabajo, el salario era un tercio más de lo que había escrito en la solicitud.

Acepté la oferta y empecé a trabajar la semana siguiente.

Mi transición desde Grub Street[24] hasta el periodismo de lujo no fue fácil. Una cosa es saber, intelectualmente, que las revistas

orientadas a la sociedad de consumo prosperan gracias a las inseguridades de sus lectores, y otra es manipular en efecto esas inseguridades, lo cual resulta que avivó las mías. Nunca había estado cerca de tantas mujeres tan bien arregladas a la vez; imaginaba que así es como debían de ser las hermandades femeninas. Manicuras, ahuecado de raíces, zapatos de tacón alto, escotes, dientes blancos bien visibles, anillos de diamantes centelleantes. Me sentía tan fuera de lugar y alienada que empecé a alejarme del novio periodista, que me acusaba de no estar lista para el tipo de intimidad que él quería. No pasó mucho tiempo antes de que, también en esa ocasión, rompiéramos.

Otra vez estaba sola, pero en esta ocasión era diferente: libre de las interferencias de una relación tensa, podía oír con más claridad mis propios pensamientos, y nadie lo diría pero Maeve, Neith y Edna estaban ahí de cháchara, esperándome. En la planta inferior, los dedos golpeteaban afanosos sobre el teclado, escribiendo pies de foto sobre divanes y la «pasión por el crudo»; en la superior, mi aquelarre secreto se inclinaba sobre una mesa de juego aliñando el té con whisky y manteniendo animadas discusiones. Maeve no entendía a qué venía tanto alboroto con el sexo. Desde luego, decía, ella no era ninguna mojígata, pero parecía que a los hombres les gustaba mucho más que a ella. Neith afirmaba que no era más que una cuestión de momento histórico: practicar el amor libre había hecho que los hombres fueran muy buenos en la cama; sin embargo, en la época de Maeve ya se habían olvidado por completo del clítoris. Edna era escéptica: ¿acaso no preferirás a las mujeres?

Aquel otoño aceptaron mi solicitud para la residencia de artistas. Como aún no había encontrado una conversación de verdad que me gustara sobre el hecho de ser soltera, empecé a pensar que aquella cháchara que tenía lugar en mi cabeza podría ser lo único que hubiera y que, a lo mejor, si quería leer un libro sobre el tema debería probar a escribirlo yo misma. Y aquél parecía el momento adecuado. Hasta el momento, no había tenido ninguna relación

estable que llegara a durar cuatro años, y llevaba ocho dándole vueltas al tema. ¡Ya era una solterona en toda regla!

En Navidades sumé a mis vacaciones todos los «días personales» que había estado reservando, guardé en cajas mis materiales de investigación y los metí en un coche de alquiler. La mañana en que salí para New Hampshire el cielo estaba gris como el hormigón y los árboles húmedos tan negros como farolas; así fue hasta que me metí en el camino polvoriento que llevaba a la residencia y, de cerca, reaparecieron esta vez con los cien matices del paisaje campestre: salvia, champiñón, sauce ceniciento, paloma. («Recuerdos que surgen, anillo sobre anillo, / una sucesión de bodas», [25] escribió Plath en una ocasión sobre los árboles de invierno.)

Cuando aparqué el coche y salí, pude oler el humo de un fuego de leña y oír el crujido del hielo bajo mis pies. Esto, pensé, es lo que significa estar sola: esta viveza, espectacularmente aguda, en cada color, olor y sonido; saber que no hay nada entre tú y el universo vibrante y palpitante excepto este abrigo, estas botas (que acabas de darte cuenta de que son lo único que necesitas).

Me habían dado una pequeña cabaña para mí sola en el bosque nevado. La mañana siguiente me senté en el escritorio, miré con orgullo mi pila ordenada de libros —una buscadora de oro valorando su terreno, febril por la promesa del tesoro—, encendí el portátil y pasé las dos siguientes semanas llorando o tratando de contener el llanto.

No tenía ni idea de que escribir sobre ser soltera y vivir sola fuera tan difícil. De hecho, descubrí, no tenía ni la más remota idea de lo que estaba diciendo. En mi vida imaginaria, la que compartía con aquellas mujeres muertas, estaba llena de confianza y optimismo; en la vida real, la que vivía de verdad, sentía una inseguridad desesperada sobre mis elecciones y solía sufrir una dolorosa soledad.

En aquel momento, a los treinta y tres años, compararme con mi madre se había convertido en una costumbre cada vez más inquietante. Todos los años hacía los cálculos para ver dónde me encontraba en relación con dónde había estado ella; luego, sobre la predicción de que me iba a morir a la misma edad que ella, contaba los años que me quedaban.

¿Qué estaba haciendo, me preguntaba, con toda aquella libertad? Pasar de una relación a otra sin ninguna idea clara sobre lo que estaba buscando, ni siquiera sobre lo que quería. Trabajar mucho en un sitio que no me gustaba, que no aportaba nada importante al mundo.

Tampoco me ajustaba a las gentes de mi edad, como si hubiera dado la vuelta al orden natural de las cosas: mientras ellos habían ido de un lado a otro y experimentado durante su veintena y ahora estaban sentando cabeza, yo iba en dirección contraria, un barco a la deriva hacia el ojo de la tormenta cuando los demás se iban acercando a la costa.

Aquel verano, el mes que cumplió veintinueve años, mi hermano le había propuesto matrimonio a su novia, la que había conocido hacía cuatro años, justo antes de venir a Brooklyn para quedarse conmigo. Casi toda la gente del instituto y la mayoría de mis amigas de la facultad se habían casado o estaban a punto de hacerlo y, en cuanto a exnovios, W. se casó en 2005 y R. conoció a su futura mujer en 2006 (hoy las dos parejas tienen dos hijos). Incluso las amigas íntimas que había hecho en Nueva York estaban «sumándose a la inmensa mayoría», como había dicho Neith. Todas queríamos creer que aquello no cambiaría nada, pero sí que cambiaba, de forma invariable, tanto en las cosas pequeñas como en las más grandes. Es una amistad extraña la que trasciende las circunstancias que la forjaron, y ser soltera en la ciudad, independientemente de lo sólido que sea un vínculo cuando se produce, puede ser un pegamento bastante débil. Las alianzas se

habían redibujado, los recursos habían cambiado y se habían vuelto a reconsolidar; nuevas envidias sustituyeron a las antiguas.

Así como antes habíamos ido todas peladas, ahora ellas tenían maridos con los que pagar a medias el alquiler y las facturas... y yo no podía dejar de ser consciente de aquella diferencia. Entre nosotras surgió un sentimiento de desigualdad traicionero, del que nadie hablaba, que sólo seis meses después de que empezara en la nueva revista se había invertido de forma radical: ahora era yo la que podía permitirse ir a restaurantes buenos, pero ellas tenían que destinar sus ingresos disponibles a una casa compartida y yo notaba su juicio tácito igual que ellas habían notado el mío anteriormente.

Una amiga que acababa de casarse se me tiró a la yugular por no invitarla nunca a fiestas. Intenté explicarle: ¿no entendía que yo iba porque otra persona me había invitado a mí? ¿Y que, si yo no iba, me quedaría sola en casa, mientras que ella tenía a alguien para hacerle compañía? Cuando una amiga muy querida me dijo: «¿Sabes? Puede que yo ahora esté casada, pero sigo siendo igual que tú, ¡puedo hacer lo que me apetezca!», palidecí. Había estado sola hasta hacía muy poco tiempo, ¿no se acordaba de que estar soltera significa algo más que limitarte a seguir tus caprichos, que también implica no tener quien te ayude a tomar decisiones difíciles o te consuele al final de una semana mala?

Me pasé días enteros sentada en la cabaña mirando la chimenea, enfadada conmigo misma. Desde que me mudara a Nueva York había estado trabajando sin parar, tratando de conseguir una burbuja de tranquilidad y reposo en cuyo interior poder, por fin, ser una escritora «de verdad», y ahí estaba yo, desperdiciando esa oportunidad.

Cuando estás en pareja, y más si tienes hijos, el tiempo es un bien preciado o un territorio disputado en constante renegociación. Para conseguir más, suplicas, tomas prestado o redibujas con descaro el borde cuando el otro no está mirando, y saboreas la parcela brevemente ampliada lo mejor que puedes: un fin de semana

sólo para chicas con tus compañeras de piso de la universidad, una tarde de ruta senderista por una montaña cercana, incluso esos maravillosos minutos en la peluquería, cuando te entregas al lavacabezas para que te laven el pelo. Una de las principales redactoras de la revista, casada y con hijos, afirmaba que su mayor lujo era estar sola en un avión sin Internet ni cobertura de móvil: ése era el único momento que tenía para ella misma.

Cuando estás soltera, estás enterrada en tiempo, el tiempo te llena la boca, los ojos y las orejas. Lo odias, despotricas contra él, haces lo que puedas para librarte de él: trabajas demasiado, bebes demasiado, te acuestas con cualquiera, te juntas con gente poco recomendable, creas un futuro imaginario birlado de las vidas de escritoras muertas y olvidadas, como si la economía y la política de su época no fueran tan radicalmente distintas de las tuyas, como si una persona pudiera tener un deseo sobre lo que podría ser su vida que fuera totalmente ajeno al contexto.

No tenía respuesta alguna. Sólo tenía preguntas y todavía estaba demasiado metida en cada una de ellas para poder pensar con claridad.

«Esto es lo que significa estar sola», pensé: tú eres una persona sólida e intacta y, de pronto, sin previo aviso, se suelta una bisagra, se abre el conducto de la chimenea, la noche infinita se cuelga por él, negra y heladora, y no hay nada que hacer excepto ir a tuestas en el frío para volver a recomponer las cosas.

Mi fracaso era absoluto. En cuanto volví a Nueva York abandoné el proyecto y la escritura en general y traté de aceptar mi papel de redactora en una revista de *décor* del hogar.

A veces me pregunto si, durante la infancia, un cuento de hadas o una leyenda marcan nuestra psique y se convierten en un patrón inconsciente. Si es así, yo tengo dos: «La bella y la bestia» es, sin lugar a dudas, el origen de mi preferencia por hombres cuyo atractivo se acerca sigilosamente y te pilla por sorpresa, y la versión

de Marlo Thomas y Alan Alda de «Atalanta», tal y como se oye en el disco *Free to Be... You and Me* de Gloria Steinem y compañía, sobre la princesa que se niega a casarse a menos que su pretendiente la venza en una carrera, resulta evidente.

El cuento favorito de Maeve era «La sirenita» de Hans Christian Andersen; en su biografía, Angela Bourke establece un paralelismo entre el dilema de la sirena —que tiene que elegir entre «quedarse donde tiene amor y seguridad y perderlo todo, incluida la voz, para ver y conocer un mundo más grande»— y el de Maeve.[26]

Neith hace referencia en *The Bond* al cuento de Barbazul, algo que parece apropiado: ella misma era una mujer de curiosidad fuera de lo común casada con un hombre que, a pesar de sus buenas intenciones, hizo todo lo posible por refrenarla.

Edna bebió de los cuentos de hadas y la mitología clásica con tanta frecuencia que me cuesta asociarla póstumamente sólo a uno, pero he llegado a pensar que la historia de Dafne y Apolo era la suya, es decir, ella era la ninfa. Su poema «Daphne», de 1918, empieza así: «¿Por qué me sigues? / En cualquier momento puedo / no ser más que un laurel. / En cualquier momento de la caza / puedo dejarte en mi lugar, / una rama rosa a cambio de tu abrazo».[27] Esos versos recuerdan muchísimo a su poema de 1917 «Witch-Wife» [esposa-bruja], que empieza con «no es ni rosa ni pálida / y nunca será del todo mía», y concluye con «pero no está hecha para ningún hombre / y nunca será del todo mía».[28] La propia Edna tenía una piel bastante rosada.

En sus memorias, *Una mirada atrás*, Edith Wharton —una de las *grande dames* más célebres de Estados Unidos— relata que, de niña, todo (desde los cuentos de la Madre Gansa hasta los de Charles Perrault) la dejaba «indiferente, no captaban apenas mi atención, pero los dramas domésticos de los moradores del Olimpo desataron toda mi energía creativa». Aquello no me sorprendió lo más mínimo. Mientras que yo, de niña, había tratado de adorar a los dioses griegos, ella se sentía realmente «en casa» entre ellos, tal y

como dijo, y veía en su comportamiento el de «las damas y caballeros que venían a cenar».

Esta diferencia de perspectiva resume más o menos por qué nunca había tenido en cuenta a Wharton como candidata para mi aquelarre secreto.

En lo que a mí respecta, ella misma había brotado de la cabeza de Zeus, una novelista formidable, famosa en todo el mundo desde el momento en que nació, alguien a quien reverenciar, no alguien con quien sentarse a cotillear sobre una taza de té con un toque de whisky. En una ciudad rebotante de épocas pasadas, la suya es tan inmutable como la geología. Si alguien me dijera que Edith Wharton había pedido en su testamento convertirse en los leones de granito que guardan la Biblioteca Pública de Nueva York o en las constelaciones que giran por los techos de la Gran Estación Central, lo habría creído. Maeve me condujo a Nueva York, pero fue leer las novelas de Wharton en la facultad lo que me presentó apropiadamente a la gran ciudad y el motivo por el que siempre le he estado tan agradecida, posiblemente con bastante adulación por mi parte.

El que no pudiera identificarme personalmente con el mundo de oropel de Wharton no tuvo ninguna relevancia para mi veneración por ella o, al menos, eso pensaba. Se rumorea que la rama paterna de la familia inspiró la frase hecha «No ser menos que los Jones». Su familia no era la más rica de su amplio clan (tal y como explica en sus memorias, la depreciación de la moneda estadounidense tras la Guerra de Secesión obligó a sus padres a alquilar a los especuladores sus propiedades en la ciudad y en el campo para ahorrar), pero, desde luego, pertenecían a la versión de su época del uno por ciento privilegiado: la familia, de cinco miembros (Wharton tenía dos hermanos mayores), pasó esa etapa «sin casa» deseada por ellos mismos viajando por Europa, alojándose en grandes hoteles y en las fincas de sus amigos. Aunque nunca estuvo escolarizada, la pequeña Wharton volvió a Manhattan con la cabeza llena de música clásica y

arte y pronto pudo mantener conversaciones en francés, italiano y alemán. A los dieciocho años le publicaron cinco poemas en un número del *Atlantic Monthly* (aquellos, la verdad, a nadie le importó mucho). Su entorno de ricos de toda la vida acicalaba a sus mujeres para que fueran meramente ornamentales y las disuadía de forma activa en cuanto había alguna muestra de lo contrario. El objetivo de su existencia era casarse.

Así lo hizo, en 1885, justo a tiempo —veintitrés años eran cuatro más de los que en su mundo se consideraba adecuado— y en apariencia sin protestar ni pensárselo dos veces. Otra razón más por la que nunca la había catalogado como una de las mías.

De hecho, después de releer *La casa de la alegría* (un antes y un después para cualquier neófita sin casar, urbana y amante de los libros) empecé a pensar que Wharton había dado por zanjado el asunto de las mujeres solteras. La primera vez no me gustó Lily Bart (junto con mi complejo de Henrietta Stackpole, desconfío al instante y de forma exagerada de las bellas heroínas que se aprovechan de su aspecto), pero, ahora que yo también estaba soltera, me sentí más hermanada con aquella alma perdida. Habría pensado que Wharton estaba por encima de castigar a alguien por querer lo que ella tenía por nacimiento. Además, el final es una desgracia, por no hablar de lo poco feminista que resulta (¡hablemos de tácticas para aterrorizar!).

Pero mientras estaba en la revista, salió una nueva biografía de Wharton y me enteré de que, en realidad, no había brotado de la cabeza de Zeus totalmente formada. No publicó su primer libro hasta tener treinta y cinco años, éste no era una novela, sino un manual de decoración del hogar. Después, tardó ocho años más en ser una autora de éxito.

Seguro que es fácil imaginar mi sorpresa al saber que la *grande dame* de Estados Unidos había comenzado su trayectoria de escritora como experta en cortinajes y candelabros. Su posición social había influido en mi veneración, después de todo (en un

ataque de fanatismo inverso, había confundido riqueza con invulnerabilidad y olvidado que ella también era una persona de carne y hueso).

«*Pussy* Jones tardó un tiempo dolorosamente largo en convertirse en la escritora Edith Wharton», observa su biógrafa, Hermione Lee.

Y así es como encontré a mi cuarta despertadora. Al poco, ya estaba llamándola Edith.

Justo antes de irme a la residencia de artistas, había conocido a un hombre en la fiesta de Navidad de un amigo. D. era altísimo, de hombros un poco, apenas, hundidos, ojos inmensos de color azul oscuro y la sinceridad más encantadora que había conocido en toda mi vida. Estuvimos charlando un poco en la cocina y, antes de irse, se me acercó y me dijo: «Me gustaría mucho invitarte a cenar. ¿Me das tu teléfono?».

Acostumbrada como estaba al torpe, indefinido y confuso tira y afloja de siempre, normalmente por correo electrónico —«Oye, algún día tendríamos que salir»—, aquel acercamiento tan directo me sorprendió y me encantó.

Mientras estaba en la residencia de artistas, me dejó un mensaje de voz para desearme feliz Año Nuevo. Como me llegó en medio de mi hundimiento, lo recibí con sentimientos encontrados, pero, de vuelta en Nueva York, lista para ser una nueva yo, completa, no deprimida y no escritora, acepté su invitación.

En nuestra segunda cita, en un bistró francés de Tribeca, no podíamos dejar de reír (de qué, no tengo ni idea). Es muy muy divertido, también excéntrico, una persona visual y un auténtico visionario (inventa nuevas formas de usar tecnologías preexistentes). Hablar con él era casi un intercambio cultural. No me hartaba de que no dejara de decir cosas que yo no era capaz de entender.

En un momento dado anunció:

—Me considero un sostén. Todo lo que hago es trabajar, quiero trabajar para que la mujer con quien me case pueda hacer lo que quiera.

—¿En serio? —reí—. ¿Por qué los hombres seguís pensando que tenéis que ser vosotros quienes lleven el pan a casa?

—No lo sé —respondió—. Es mi forma de ser.

Viniendo de otro, su anuncio habría sonado aburrido y machista, pero viniendo de aquella persona que derrochaba amabilidad y estaba aquejada de sinceridad crónica, me pareció bien.

Más tarde, aquella misma noche, me preguntó:

—¿Has pensado alguna vez en salir con un hombre que juega a videojuegos?

No, jamás lo había hecho, pero lo hice.

Desde R. no había estado tan cómoda con otra persona. Nuestras distintas fascinaciones se entretrejían en un cuarto de maravillas que llenábamos durante nuestros larguísimos paseos por la ciudad, metiéndonos entre tiendas de juguetes japoneses, imprentas antiguas y los últimos mercadillos que quedaban al aire libre. Él llevaba la cámara consigo a todas partes y, al parecer, también un registro digital enorme de todo lo que había visto o hecho en su vida. Al igual que yo, tiene alma de archivero.

Además, me gustaba que fuera ambicioso y un poco desastre (estaba montando una empresa de tecnología desde su salón). En aquel momento yo estaba trabajando a jornada completa en la revista, seguía con una nueva columna en el *Globe* e impartía las clases de crítica de arte en la Universidad de Nueva York (el plan de toda una adicta al trabajo). Todos los días me acostaba a la una y me despertaba a las seis de la mañana, pero a él no le importaba. Cuando estaba tan cansada que era incapaz de decidir qué cenar, me sugería que desayunáramos e íbamos a una cafetería a tomar tortitas.

A mis amigos les caía bien. A mi familia también. Era muy bonito sentir que te cuidaban. Y a él se le daba muy bien, era un cuidador

nato. Un fin de semana, cuando estaba desmoronándome por todo el trabajo que tenía que hacer, me cogió en brazos como a una niña y se puso a dar vueltas por su salón, diciendo una y otra vez: «¡Un día eras la pequeña Katie Bolick, de un pequeño pueblo, y otro día llegaste a la ciudad más grande del país y mírate ahora! ¡Ya está todo arreglado!». Aquello fue tan ridículo y encantador que no pude evitar reírme entre las lágrimas.

El hombre con el que se casó Edith, Teddy Wharton, de quien se dice que era el graduado más apuesto de la promoción de Harvard de 1873, era de una familia distinguida de Boston. No estaba a la altura intelectual de ella —se sacó la carrera por su bolsillo sin fondo y su bonhomía—, pero era buen compañero para la convivencia y compartían la pasión por los viajes. Ha pasado a los anales de Wharton como una tremenda pérdida de tiempo para ella, pero Edith al principio estaba enamorada de verdad y pocas semanas antes de la boda escribía a su institutriz (y amiga de toda la vida): «Parece casi increíble que un hombre pueda ser tan entregado, tan generoso, tan dulce y poco egoísta [...]. Es una de esas personas cuyo encanto se advierte al instante».

Teddy tampoco tenía que trabajar —su madre le pasaba una asignación—, así que la pareja dedicó los primeros años a viajar entre las casas de veraneo familiares y pasar el invierno en Nueva York y Europa. Pasó casi una década tras su primera publicación en el *Atlantic Monthly* antes de que volviera a publicar (entre 1889 y 1891 vendió un relato y unos cuantos poemas a *Scribner's Magazine*) y luego se sumió en el silencio.

Estaba ocupada, seguro, viajando y divirtiéndose. Ser una esposa de la alta sociedad era una ocupación a tiempo completo. También enfermó mucho y solía quejarse de fatiga. Pero lo que me sorprendió es la lucha tan intensa que sostuvo contra la seguridad en sí misma. Como confesó en una carta a su director de *Scribner's*: «Parece que he caído en un periodo de andar a tientas y tal vez después de

publicar [...] sea capaz de ver qué dirección tomar y adquirir más seguridad (cualidad que creo que es la que más me falta) [...]. En estos momentos he perdido la confianza en mí misma».

Cuando llegué a Nueva York por primera vez, me impactó descubrir que el *Atlantic Monthly* no era una anomalía demográfica: el sector editorial es apabullantemente blanco, de clase media alta y de la Ivy League. Durante un tiempo envidié el privilegio que aquella gente tenía sin darse cuenta, como si los encargos de escribir y los puestos de trabajo se les debieran y no tuvieran que ganárselos. Estaba convencida, mientras trabajaba en mis numerosos empleos y me las veía y me las deseaba para salir adelante, de que, a diferencia de mí, toda aquella gente con riqueza carecía por completo de inseguridades.

A estas alturas ya sé más. Incluso es posible que a quienes nos mudamos a Nueva York desde las provincias nos resulte algo más fácil convertirnos en adultos que a los que crecieron aquí. Los oriundos de la ciudad tienen la suerte de contar con ventajas envidiables, pero carecen del tirón rápido y firme de la reubicación geográfica. En lugar de ello, si tienen inclinaciones en ese sentido, deben buscarse otra forma de salir de su yo anterior, lo cual resulta invariablemente mucho más lento y conlleva otro tipo de dolor.

A mi padre le gusta decir que, para que se produzca un cambio, una persona necesita «un empuje y un tirón». Edith tenía el empuje (talento e impulso innatos), ningún tirón (necesidad económica o estímulo externo) y muchas razones para no escribir: el antiintelectualismo de su familia; una sociedad paternalista que no esperaba que las mujeres trabajaran y, si lo hacían, rara vez las tomaba en serio; la expectación implícita entre las élites de que el éxito es un hecho reconocido y no se conoce el fracaso (y el fracaso, por supuesto, forma parte del riesgo, sin el cual es imposible escribir).

En 1893, Edith dio su primer paso tímido hacia delante: Teddy y ella compraron finalmente su propia casa, en Newport, en Rhode

Island, el elegante complejo en el que veraneaban su familia y círculos sociales, y descubrió su talento para la decoración (por fin, una salida creativa que no despertaba extrañeza).

Con aquello, la presa se rompió. No contenta con limitarse a redecorar su propio hogar, durante los siguientes años colaboró con un nuevo amigo, el arquitecto Ogden Codman Jr., y juntos escribieron un manual, *The Decoration of Houses* [la decoración de viviendas], publicado en 1897.[29] El libro se agotó de inmediato y rápidamente se convirtió en una de las guías de decoración más influyentes de la época; sus ideas sobre el aspecto que debían tener los hogares definieron un patrón del «buen gusto» que se venera hasta nuestros días. En teoría, es un libro de instrucciones para el uno por ciento de privilegiados, pero en realidad es un ensayo de gran envergadura y muy bien documentado sobre la arquitectura europea y estadounidense, escrito con enorme autoridad y un humor tan cáustico que resulta casi imperceptible, además de, si se observa con la suficiente atención, un manual básico sobre los paralelismos entre la sociología, la psicología y la arquitectura. «A la mayoría de la gente le parece más sencillo organizar una habitación como si fuera de otra persona que analizar y expresar sus propias necesidades», reza una de sus joyas. Otra:

[Pero] nunca debe olvidarse que todos estamos tiranizados, sin darnos cuenta, por las necesidades de [...] predecesores ya muertos, que tienen una manera incómoda de introducir sus distintos hábitos y gustos en la corriente de las existencias posteriores. Las relaciones insatisfactorias de algunas personas con sus habitaciones se explican a menudo de este modo.

¿No podría decirse lo mismo acerca de nuestras ideas con respecto al matrimonio y la familia?

Esperamos que nuestros grandes escritores y pintores, nuestros intelectuales torpes y Einsteins con pelos de loco estén tan comprometidos con lo que pasa en sus mentes que apenas se den cuenta de las sillas en las que se sientan. El que Edith describiera las

sillas —y sofás, alfombras, sombreros y vestidos— de forma tan magistral en su obra de ficción es algo que yo había dado por sentado de algún modo, como si simplemente fuera muy buena en ese recurso literario concreto. Descubrir que su aprecio por las superficies iba mucho más lejos que eso y que era en realidad un interés intelectual y personal, incluso una expresión de algo esencial a su ser, me dio la libertad para apreciar no sólo esas mismas supuestas superficialidades, sino también para apreciarme a mí misma.

En 1901, Edith dio un paso más y convirtió sus principios arquitectónicos en ladrillo y mortero: diseñó y supervisó la construcción de su propia casa de campo. Erigida sobre 53 hectáreas de prados ondulantes en el oeste de Massachusetts, The Mount [el Monte], como la bautizó (por la casa de su bisabuelo), es, al igual que la propia mujer, un maremágnum de contradicciones contenidas con maestría.

Hoy en día la casa está abierta al público. Se entra a la propiedad por un camino de tierra que avanza unos ochocientos metros, deja atrás el invernadero y el establo y atraviesa unas hileras densas y sombreadas de árboles de hoja perenne antes de bajar ligeramente y culminar en un patio rodeado de muros que colinda con la parte posterior de una mansión de estuco blanco y madera a imagen y semejanza de una casa de campo inglesa del siglo XVII (la habría querido construir de piedra o ladrillo, pero no pudo permitírselo). La fachada de la casa da al otro lado, mirando al lago Laurel y las montañas que hay detrás, como si su creadora, absorta por unas vistas más amplias, ni siquiera hubiera pensado en tratar de impresionar al visitante.

En lugar de ello, se da cuenta uno de que la dueña buscaba nutrir y entretener (a sí misma y a los demás). Nunca he estado en una casa tan grandiosa que, una vez en su interior, parezca tan íntima. El espacioso vestíbulo, el comedor, el salón y la biblioteca son

grandes sin llegar a ser cavernosos y están agradablemente conectados por medio de numerosas puertas. Al pasear entre las distintas estancias, se siente la presencia de Edith no de un modo fantasmagórico ni espeluznante, sino en la particularidad del diseño y los detalles y el modo en que éstos permiten experimentar de forma física los mecanismos interiores de una mente única.

En opinión de Edith, el concepto decimonónico estándar en Estados Unidos sobre qué debería ser una casa —en esencia, un lugar seguro, un refugio frente al mundo exterior— era un remanente macabro de la época feudal, cuando los castillos y fuertes se diseñaban con la única intención de proteger a sus habitantes frente a los intrusos bárbaros. Ella prefería con mucho el ideal de sociabilidad cívica de la Roma antigua, cuando la gente hacía vida no encerrada dentro de las casas, sino en la calle, los baños y el foro (los hombres, claro; las mujeres se quedaban en casa con los niños).

La finca supone un rechazo no sólo a los estándares convencionales, sino también a la «plana frivolidad» de la educación de la escritora, sobre todo a las casi dos décadas de hacer de sumisa esposa de la alta sociedad. A diferencia de las enormes mansiones de Newport, pensadas para la ostentación y para celebrar fiestas grandes y llamativas, The Mount está concebida para el retiro, el trabajo y el tiempo de calidad con amigos cercanos y colegas (el más famoso entre ellos, Henry James). Por primera vez en su vida, Edith era libre de pasar el tiempo como quisiera. Durante todo el verano y el otoño, «se sucedían una tras otra pequeñas fiestas de buenos amigos», como escribió en sus memorias, sin que ello afectara a su propia productividad.

No obstante, un rechazo es algo muy distinto de una rebelión abierta: tal y como escribió acerca de la decoración en *The Decoration of Houses*, «la originalidad reside no en descartar las leyes necesarias del pensamiento, sino en usarlas para expresar nuevos conceptos intelectuales». Edith no quería dejar atrás su pasado, sino conservar

las mejores partes y remodelarlas para obtener su propia versión de la buena vida, lo que ella denominaba el «complejo arte de la vida civilizada»: un equilibrio elegante de trabajo, ocio y socialización. Para tal fin, la finca es una especie de protoespacio de vida y trabajo a gran escala, cada habitación dedicada a una función muy concreta.

La *suite* principal, por llamarla de algún modo, era el ala de Edith, y estaba situada en la segunda planta: una antecámara que daba a dos habitaciones de techos altos con cuatro ventanales cada una y un baño entre ellas. Por la mañana, la luz del sol inunda el dormitorio, que da al este, y, por la tarde, se filtra con dulzura en el saloncito, que da al oeste. Por lo demás, los dos espacios son tan distintos como la noche y el día.

La habitación de la izquierda, el saloncito, era su espacio «público», donde Edith resolvía los asuntos de la casa con el personal, escribía cartas y recibía a sus amigos más íntimos. Las paredes son de un color azul verdoso saturado, parecido al de la famosa caja de Tiffany's, y están ricamente ornamentadas con elaboradas molduras decorativas y paneles incrustados con imágenes de grandes jarrones de rosas. La inmensa chimenea está hecha de un mármol rojo y blanco bastante original; las cortinas de *toile de Jouy* a juego llegan hasta el suelo. En el exterior, los árboles de hoja perenne, altos y cercanos entre sí, rozan las ventanas. El efecto general es de retiro y contemplación, un refugio confortable para una conversación tranquila o para manejar las tareas diarias.

En comparación, el dormitorio es una celda monacal (Teddy tenía el suyo propio). Su espacio más íntimo, donde sólo se permitía entrar a sus criadas y a sus queridos perros, es la habitación más recóndita que se menciona en uno de sus pasajes más citados, en el que compara la naturaleza de una mujer con una «gran casa»:

Está el vestíbulo, por el que pasa todo el mundo cuando entra y sale; el salón, donde se reciben las visitas formales; la sala de estar, donde los miembros de la familia van y vienen a su antojo; pero, más allá, mucho más allá, hay otras habitaciones, los pomos de cuyas puertas quizá nunca

se giran, nadie sabe el camino para llegar hasta ellas, nadie sabe adónde van; y en la habitación más recóndita, la más sagrada entre las sagradas, el alma está sentada y espera unos pasos que nunca llegan.[30]

Las habitaciones más recónditas comunes a la mayoría de las mujeres de su clase estaban decoradas para fomentar un reposo improductivo; Edith diseñó las suyas para alcanzar la productividad máxima, tan prácticas como una oficina de nuestros días. Las paredes estaban desnudas y el techo es liso. La chimenea es de un mármol gris nada llamativo. En las ventanas cuelgan unas sencillas cortinas blancas que no obstaculizan la vista y hacen del propio paisaje la única decoración (anticipándose en medio siglo a las «vistas como papel pintado» de la emblemática Casa de Cristal de Philip Johnson). En días despejados, la habitación parece un contenedor de aire suspendido sobre kilómetros y kilómetros de silencio.

Edith escribía en la cama, «después del baño y antes del desayuno», como le contó una vez a un amigo. Un día normal, se levantaba con el sol, se acomodaba sobre las almohadas (le gustaban el plumón de oca y las sábanas de lino suave), se apoyaba el tablero de escribir sobre las rodillas y trabajaba sin cesar hasta el mediodía, rellenando fajos de folios con su caligrafía enlazada de trazos limpios y dejando caer las páginas al suelo cuando las daba por terminadas. Después, mientras comía con sus invitados en el exterior, en la terraza, su secretaria recogía el montón de papeles caídos y los pasaba a máquina de forma ordenada.

Aparte de los criados de Edith, pocas personas vieron jamás esta escena, pero las descripciones fueron pasando de un amigo a otro hasta convertirse en parte de su leyenda. Al igual que el gran bolsillo cosido en la parte delantera del único vestido que se conserva de Emily Dickinson, lleno de trozos de sobres y un lápiz por si surgía la inspiración, o el extravagante traje blanco de Mark Twain, la imagen encapsula lo que imaginamos que era la esencia misma de Edith:

porte majestuoso, disciplina férrea, cubiertos de plata y porcelana fina al sol, una crítica sagaz incrustada (literalmente) en las entrañas de la bestia.

Por las tardes organizaba algún tipo de excursión en grupo: largas caminatas, jardinería, paseo a caballo, una vuelta en su automóvil por el campo. Tras una cena copiosa, ella y sus invitados se retiraban a la biblioteca para recitar (Walt Whitman era uno de sus favoritos; Edith y James lo consideraban «el más grande de los poetas estadounidenses») o contemplaban las estrellas desde la terraza.

Y así quedó definido el patrón. El periodo de 1902 a 1911 fue el de mayor transformación de toda la vida de Edith. Publicó seis novelas, tres libros de relatos, tres obras de no ficción y un volumen de poesía. Se liberó de lo que había llegado a ser un matrimonio infeliz (se divorciaron oficialmente en 1913). Vivió el amor apasionado por primera vez, durante (y después de) una breve aventura con un periodista estadounidense llamado Morton Fullerton. Lo más importante, tal vez, es que se labró los hábitos de trabajo y sociales que le permitieron vivir sola, muy felizmente, hasta que murió, a los setenta y cinco años.

Tal y como escribió en sus memorias, en 1905, el año en que publicó *La casa de la alegría*, un éxito de ventas inmediato y la novela que la hizo famosa, «por fin, aunque a tientas, había encontrado el camino de mi vocación [...]. El País de las Letras sería a partir de entonces mi patria, y me enorgullecía de mi nueva ciudadanía [...]. ¡Y ahora lo increíble había ocurrido! [...] Mi aceptación general como escritora había cambiado mi vida».

Al convertir en sueño de The Mount en realidad, había creado el escenario de su propia singularidad.

Es casi demasiado bueno para ser cierto: al tiempo que instaba a Estados Unidos a liberarse de la tradición, la propia Edith había roto «las cadenas que por tanto tiempo me habían ligado a una especie

de apatía», como escribió en sus memorias. Imaginemos a Bruce Banner como una dama victoriana transformándose en el Increíble Hulk, su figura reduciendo el corsé, el sombrero y el parasol a jirones al explotar, el dormitorio y la vajilla a juego esfumándose como porcelana hecha añicos.

Con la excepción de que esta dama victoriana no se convirtió en un monstruo de piel verde. Siguió siendo una dama, una versión más grande, fuerte y formidable de la que había sido hasta entonces. Ésta fue la ironía de la gran evasión de Edith: se liberó de las convenciones sin abandonar su lugar. En el proceso redefinió su relación con el hogar y, junto con ella, la nuestra.

Y así nació en mí: el gusto, como el apetito, es algo con lo que venimos al mundo. Ambos están sujetos a la sociedad e incluso conformados por ella. Los interioristas, los buenos al menos, son personas que poseen una sensibilidad extrema ante sus entornos, así como una gran capacidad de intuición para manipular el color y las relaciones espaciales.

En la revista dedicaba mucho tiempo a observar muy de cerca las habitaciones de una casa, a descifrar por qué una de ellas transmitía teatralidad, por ejemplo, y otra, calma, y a traducir estas ecuaciones visuales a palabras. Me sorprendía lo divertido que era descubrir las formas en que el interiorismo se adapta a sus propias leyes innatas, como la ciencia. Bueno, no hablo de física cuántica, claro, pero sí de un sistema genuino que, cuando se asimila y aplica del modo adecuado, tiene la capacidad de moldear nuestros estados de ánimo y nuestras formas de pensar.

Algunas de las variables eran afortunadamente clarísimas: una pareja de lámparas a juego da una agradable sensación de simetría; los colores claros hacen que una habitación parezca más grande; los oscuros crean un ambiente cercano y acogedor. Otros conceptos, como el de la escala, eran más fascinantes. Aprendí que, si se desea combinar muchos estampados distintos en una sola estancia, no hay más que mantenerlos en la misma paleta para que el resultado no

parezca caótico. O que un estampado floral de motivos pequeños y muy juntos es bonito en pequeñas dosis, pero que quien empapele una habitación entera con las mismas rosas diminutas en las cortinas y la ropa de cama estará invitando a la fatiga visual y el dolor de cabeza.

En su autobiografía, Elise de Wolfe –coetánea y seguidora de Edith, además de la mujer a quien se atribuye la invención de la profesión de interiorista— recuerda el día en que llegó a casa desde el colegio para descubrir que sus padres habían redecorado el salón. Al igual que Neith, se refiere a sí misma en una ceremoniosa tercera persona:

Entró [...] y miró las paredes, empapeladas con un dibujo de palmeras grises y manchas en rojo y verde vivos sobre un fondo tostado mate.

Algo terrible y cortante como un cuchillo la atravesó. Se arrojó al suelo, dando patadas con las piernas rígidas, mientras golpeaba la alfombra con las manos [...]. Gritaba una y otra vez: «¡Es espantoso! ¡Espantoso!».

Que se interprete el pasaje como el berrinche de una niña mimada o como la prueba precoz de la legendaria interiorista por venir depende de las conexiones que haga cada cual. Para mí fue como mirarme en el espejo.

Llevaba arrastrando un recuerdo similar desde que podía hacer memoria y la verdad es que no sabía qué hacer con él; mi recuerdo no tenía nada de memorable: ningún sentido, ningún drama. Lo había puesto por escrito hacía unos cuantos años, cuando la madre de R. me invitó a un taller de escritura de todo un día en la zona de los montes Berkshires (bastante cerca de la casa de Edith, aunque, por aquel entonces, no lo sabía); se nos había pedido que hiciéramos «escritura libre», algo que no me gusta nada en absoluto, así que, irritada, cogí la primera cosa que me vino a la cabeza, un recuerdo terco y sin sentido:

Tengo siete años y acabo de llegar a casa del colegio. Suelto los libros en la escalera, entro a mi habitación favorita, como hago siempre, y me pongo a gritar.

Las paredes han cambiado. Cuando me fui al colegio aquella mañana, el salón era del color naranja oscuro de siempre y ahora es frambuesa pastel.

El naranja de aquellas paredes era el alma de la habitación, su sentido. Por la noche, después de cenar, me despatarraba en la alfombra delante de la chimenea, mis padres leyendo en los sillones, miraba cómo las llamas naranja proyectaban sobre las paredes naranja destellos de color albaricoque pardo y sombreado y me sumergía en aquel abrazo de calor, padres, hora de dormir, alfombra. No había un placer mayor que apoyar la cabeza en mis papeles y abandonarme por completo al calor, una sensación que se convertía en un dolor dichoso al saber que rendirse implicaba despertarse en una habitación fría y oscura, con los músculos doloridos y agarrotados, el fuego reducido a unos pocos rescoldos rojizos. ¡Y de pronto todo aquello había desaparecido!

Ese color frambuesa me repugna. Es demasiado alegre y público. Lo que había sido un brillante horno de ladrillo es ahora un alegre kiosco. Las gruesas cornisas rosadas alrededor de techos y ventanas que antes habían parecido majestuosas e importantes ahora eran blancas, como guirnaldas, tan tensas como una sonrisa forzada o un lazo tieso y almidonado. ¿Cómo había podido ocurrir aquello? ¿Cómo podía desaparecer un mundo en un instante? ¿Por qué nadie me había consultado?

Bueno, es que tenía siete años.

El objetivo del retiro de escritura era que nos animáramos y apoyáramos entre los participantes, así que todos asintieron con gravedad —seguramente, tan perplejos como yo por lo insípido del recuerdo— y, de pronto, una mujer exclamó: «¡los ochenta, ese color frambuesa es muy de los ochenta!», y todo el mundo se rio, yo incluida, aunque no entendí qué tenían que ver los ochenta con aquello.

De Wolfe era bastante más sagaz que yo. De adulta reconoció que el papel pintado que tan ofensivo le había parecido era un diseño de William Morris, de cuyo trabajo se burlaba con tanta frecuencia como ardor en las columnas que escribía para varios periódicos. Al igual que Edith, había organizado su propio ataque público contra el abuso de ornamentos y tejidos, los ambientes agobiantes que hacían

que los salones parecieran más bien mausoleos. En otras palabras, rechazaba la estética victoriana porque le recordaba a su infancia infeliz.

Edith también era muy sensible a su entorno de niña. En sus memorias confiesa: «Mi memoria fotográfica de habitaciones y edificios (incluso de los vistos brevemente o a largos intervalos) fue desde mis primeros años una fuente de callada aflicción porque siempre me sentí un poco asustada ante la fealdad». Como De Wolfe, su aversión por lo victoriano se forjó bien temprano: «Una de las vivencias más deprimentes de mi infancia es el recuerdo de la intolerable fealdad de Nueva York, de sus calles descuidadas y sus estrechos edificios tan faltos de dignidad exterior, tan cargados de presunción por fuera y de asfixiante tapicería por dentro».

Hasta que Edith y De Wolfe —y otro buen montón de mujeres hoy conocidas como las «Lady Decorators»— entraron en escena, los arquitectos eran siempre hombres que diseñaban las casas por dentro y por fuera, desde el heliograbado hasta la disposición del mobiliario. La publicación del manual de diseño de Edith no fue exactamente una acción radical (y, por supuesto, compartía el mérito con un coautor masculino), pero sí que abrió la puerta para que sus iguales entraran en la esfera pública como profesionales que marcaban tendencia e incluso montaran sus propios negocios de decoración.

Un resultado imprevisto de esta evolución fue el establecimiento de papeles de género en el mundo del diseño. Hasta hace muy poco, la arquitectura y el diseño industrial se consideraban ocupaciones masculinas, como si las reglas de cálculo y los metales pesados fueran demasiado complicados para el bello sexo, confinado al ámbito, suave y lleno de tejidos, de la decoración. (Incluso en la actualidad, sólo el 19 por ciento de los arquitectos graduados son mujeres.)

En consecuencia, el mundo del diseño está privado del auténtico respeto que merece y, en lugar de ello, tiene un carácter negativo.

Mi propio desdén inicial por la decoración de hogares es el mejor testimonio que conozco, además de una variante del tipo de sexismo interiorizado que suele ser tan difícil de detectar. Tal y como el psicólogo evolucionista Steven Pinker escribe en *La tabla rasa*, «La creencia de que los gustos humanos no son más que preferencias culturales reversibles ha llevado a los planificadores sociales a impedir que la gente disfrute de la ornamentación, de la luz natural y de la escala humana y ha forzado a millones de personas a vivir en grises cajas de cemento». Ignorar nuestros antojos primarios tiene un precio.

No ha sido hasta este último cambio de siglo cuando los científicos han empezado a prestar atención a nuestras relaciones inconscientes con los entornos físicos y ello confirma lo que Edith, De Wolfe y otros como ellas sabían desde hace mucho tiempo. Hay estudios que sugieren que los techos altos fomentan el pensamiento creativo; que los materiales lisos y literalmente fríos, como el cromado y el cristal, denotan frialdad psicológica, tal vez porque nos recuerden al hielo, mientras que la madera, que tiene una mayor temperatura en reposo que el metal, suscita una sensación de calidez; que las formas angulares frecuentes en el mobiliario del modernismo radical suponen para nuestro cerebro animal la misma amenaza que una roca afilada o la rama de un árbol (algo ante lo que sentirse alerta, no para relajarse). Las habitaciones pintadas de rojo, color que asociamos de manera automática al peligro, nos hacen prestar más atención a los detalles (por ejemplo, detectar errores ortográficos), mientras que las pintadas de azul, color que asociamos a las vistas abiertas, como el mar y el cielo, fomentan la resolución práctica de problemas.

En otras palabras, con su *suite*, Edith creó el ambiente perfecto para trabajar: en el saloncito, su imaginación fluía hacia dentro; en el dormitorio, echaba a volar.

Y así fue como empecé a disfrutar de mi trabajo en la revista. La redacción en sí era un laberinto normal y corriente de cubículos grises, pero el ambiente estaba tan alejado del mundo real que entrar desde el ascensor al decimoctavo piso era como meterse en un frasco rosa y morado de *Mi bella genio*. Aquí primaban alfombras y cojines, no políticos, banqueros, cineastas ni novelistas. Los días transcurrían entre la trivialidad de sedas y linos belgas; la borla más minúscula se trataba con solemnidad. No era que la vida que había más allá se esfumara; más bien, se remodelaba, se renovaba, las emociones cotidianas se transmutaban en bienes materiales. Cuando la Bolsa se disparaba, nuestros recibidores explotaban por el feliz exceso destinado a las sesiones fotográficas: montañas de carísimos cojines bordados a mano, de cubos de basura dorados de cuatrocientos dólares. Cuando se desplomaba, las oleadas de lujo retrocedían y dejaban tras de sí un repunte del ingenio del «hágalo usted mismo» y el entusiasmo por las pistolas de pegamento.

Feliz en el trabajo y con D., por primera vez en varios años me apeteció de verdad celebrar mi cumpleaños; aquel verano, cuando cumplí treinta y cuatro, di una fiesta en la azotea del edificio donde D. tenía su (precioso) apartamento, en Tribeca, con camareros contratados para la ocasión, cócteles creados al gusto del cliente y un *catering* de aperitivos.

Empecé a pensar que quizá, por fin, estaba madurando.

Pero el mes siguiente, en la boda de mi hermano, eché a perder cualquier posible indicio de madurez. Me cargué el brindis que iba a hacer para los recién casados. Llevaba meses trabajando en él. Estaba tan orgullosa de Christopher —casi como una madre— y tenía un sentimiento tan intenso de que yo debía de ser para él tanto una madre como una hermana que, cuando digo «trabajar» en el brindis, lo que quiero decir es que estuve sufriendo ataques de pánico, escribiendo y reescribiendo, tirando a la basura y retrasando la tarea, de manera que, cuando llegó el día de la boda, no había terminado y aún estaba garabateando palabras en la recepción y,

cuando me levanté y lo pronuncié, fue horroroso. No tenía sentido alguno. Me fui por las ramas. Se me olvidó mencionar a la novia.

Entonces no pensé, y aún no quiero pensar, que estaba saboteando desde el subconsciente mi momento (y el de los novios) porque no podía soportar ser la única que quedara sin una familia propia, pero tal vez ése fuera el caso.

El mes siguiente fui a París por primera vez, con D., sus padres y sus dos hermanos, a todos los cuales adoraba, y deambulé feliz tras ellos de un museo a otro. Son gente increíblemente abierta y generosa, cariñosa y divertida. «Qué familia política tan estupenda sería ésta», pensé.

Y, sin embargo, había algo raro. Había estado trabajando mucho, ni siquiera había tenido tiempo de pensar en aquel viaje ni planificarlo; simplemente, aparecí y me dejé llevar, opción que no era tan descabellada —los padres de D. conocen la ciudad como si fuera su propia casa—, pero que subrayó mi absoluta falta de acción. Aún no estaba viviendo mi vida. Lo único que hacía era quedarme hasta tarde en la redacción, salir a cenar con D. o algún amigo, tomarme una copa de vino de más y luego tumbarme en el sofá: una cáscara vacía. Aquella fatiga me preocupaba pero no comentaba nada al respecto con nadie. Sí, el trabajo era exigente, pero había algo agresivo en lo exhausta que me sentía, casi como si estuviera drogada; de haber podido, me habría pasado los fines de semana durmiendo.

Cuando en París empecé a sacar tiempo de donde podía para dormir —excusándome del desayuno para quedarme en la cama, escabulléndome para echar un sueñecito en el vestíbulo mientras los demás terminaban de comer—, no pude negar más que aquello mismo ya me había pasado otra vez, también con un novio, en mi primer año de universidad; después de seis meses o así juntos, cuando estaba con él, me atacaba por la espalda la necesidad imperiosa de dormir. En cuanto rompimos, el malestar desapareció. Lección aprendida, así de sencillo: ya me había aburrido. No porque

el novio en sí fuera aburrido, sino porque yo era aún demasiado joven e intelectualmente inmadura para entender lo mucho que ansiaba un tipo concreto de conversación analítica, de investigación, que no se daba entre nosotros.

Poco después de que D. y yo volviéramos a Nueva York, una tarde, después del trabajo, quedé en un bar con unos amigos nuevos, todos escritores, sin él. A medida que avanzaba la noche y nuestra conversación cogía ímpetu —entre los cuatro parecía que habíamos leído todos los libros jamás publicados—, sentí una energía perdida burbujeándome arriba y abajo por piernas y brazos, como si se me pusiera la piel de gallina, además de darme cuenta, no sin sentimiento de culpa, de que no tenía ganas de llamar a D. para proponerle que se viniera con nosotros. Apenas conocía a aquella gente, pero la inmediatez con la que compartíamos referencias e ideas me hizo sentir en casa de un modo que nunca había sentido con D. No sabía si alguna vez lograría entrar en el «País de las Letras» de Edith, pero anhelaba hacerlo y me di cuenta de que, como mínimo, quería a alguien que quisiera viajar a ese lugar conmigo.

Para el día de Acción de Gracias fui a visitar a mi viejo amigo de la facultad, Michael, profesor de Literatura en Toronto. Mientras hacía rodar mi maletita por el aeropuerto me sentí tan ligera como Mary Poppins[31] y su mágico bolso sin fondo, como si no me acabara de bajar de un avión, sino que hubiera llegado arrastrada por la brisa. Durante todo el fin de semana estuve en la cresta de la ola —más despierta que nunca—, impulsada de cafés a cenas con otros amigos, animada por la charla incesante que ha caracterizado nuestra amistad desde el primer año de carrera. Los novios van y vienen, pero Michael está a mi lado siempre que lo necesito. Por supuesto, no podía dejar de analizar mi dilema.

—Estoy empezando a pensar que D. cree que lo que toca ahora es casarse. Y quizá yo crea también que lo que toca ahora es casarse.

¿Lo que toca ahora es casarse? ¿Me caso con él? —le pregunté, probablemente muchas veces.

—No tienes obligación de casarte con nadie —respondió.

—Pero es que tengo treinta y cuatro años.

—¿Y qué?

—Espera —dije—. Me he equivocado de pregunta. Lo que quiero decir es que cómo es que estoy otra vez en el mismo punto en el que estaba con R.

—No tienes elección —contestó—. Los hombres creen que eres carne de matrimonio.

—Eso sería pecar de creída —contesté—. Todos los hombres con los que me lío no quieren casarse conmigo. Ni siquiera estoy segura de que D. quiera. A ver, lo que me pregunto es por qué me he puesto otra vez en la situación en la que el matrimonio parece el siguiente paso lógico, un paso que no estoy segura de querer dar.

Estábamos en la cocina, poniéndonos los zapatos para ir a darle un paseo a su perro.

—Espera —añadí—. ¡A lo mejor «carne de matrimonio» es un insulto! ¿Quién quiere ser «carne de matrimonio»?

—Pero es que eres carne de matrimonio —respondió—. No puedes negar que luchas por realizarte y por ser valiosa y eso es lo que hace que una persona sea casadera. Nadie quiere casarse con alguien aburrido, aunque mucha gente lo haga. ¿Jane Austen no escribió en *Emma* algo así como que «los hombres de buen juicio, a pesar de lo que usted se empeña en decir, no se interesan por esposas bobas»? El extraño dilema de la solterona —prosiguió con aires de catedrático— estriba en que ella es quien más ganas de matrimonio despierta, y cuanto menos lo quiere más codiciada resulta... ¡Al menos, hasta que es demasiado tarde!

Nos reímos y, de pronto, nos sumimos un instante en un hosco silencio mutuo. Una de las peleas que tenemos siempre es si, en el mercado del ligoteo, cumplir años es peor para las mujeres hetero o para los hombres gay.

—Además —añadió—, da igual cuánto te esfuerces en buscar otra cosa, no sé, otra forma de tener una relación de compromiso con un hombre que no sea el matrimonio: no-hay-otra-cosa. Por lo menos, no en la cabeza de la mayoría de los hombres hetero.

Aquella parte me sonó certera. Había notado un patrón: por lo general, si un hombre y yo conseguíamos llegar a quedar siete veces, nos convertíamos en novia y novio; a los seis meses —el tiempo máximo que alguien puede estar sin dar problemas, según he deducido tras una amplia investigación de campo— había una discusión fuerte, acusaciones de ser malinterpretado/a, etcétera; si aquello no nos hundía, tendríamos otros tres meses buenos antes de que la presión empezara a aumentar, como un frente atmosférico, y explotáramos y, ya fuera con un portazo o con lloriqueos, se acabó la historia.

Después de Acción de Gracias, ya de vuelta en Nueva York, mientras D. me enseñaba en su móvil las fotografías de las vacaciones con su familia, pasó como una centella la de un anillo antiguo de diamantes. Creo. Fingí no haberlo visto. ¿Quién sabe? Quizá no lo vi.

Aquellas Navidades sus padres nos llevaron a un lujoso complejo turístico ecológico en México. D. y yo teníamos nuestra propia villa, con una cama gigantesca envuelta en una mosquitera blanca, tan romántica como si estuviéramos de luna de miel.

La sensación de ser hipócrita me puso mala. No sabía por qué, pero no quería aquello, esa sensación de formar parte de una familia. Aquello no tenía sentido: yo quiero a mi familia. Y quería a la familia de D. Envidiaba el compromiso incondicional de mi hermano hacia su mujer y la certeza de ella de querer tener hijos. Sospechaba (y aún es así) que me encantaría ser madre, cosa que, como advertía cuando bajábamos en *troupe* toda la familia a la playa cada tarde, era parte del problema.

Protegida por la sombrilla, me asomaba sobre el borde de *Middlemarch*, la novela que estaba leyendo, y miraba a una mujer de

mi edad ponerse a su bebé sobre la cadera; las piernas regordetas de la niña, tostadas por el sol; su pelo, un hermoso frenesí de rizos castaños: el querubín más etéreo de la creación. Ansiaba coger a la niña en brazos, sentir su mejilla blanda y gordezuela descansar sobre mi hombro, rozarle la coronilla con la nariz.

Pero lo sabía de forma instintiva: si llegara a ser madre, estaría perdida. Jamás sería una escritora «de verdad». Aquello era irracional. El que el trabajo de escritora *freelance* de mi madre le hubiera permitido estar tan disponible para mí fue una lección de primera mano de que algún día yo podría hacer lo mismo; de hecho, estaba totalmente rodeado por mujeres que escribían y tenían hijos, desde amigas hasta autoras premiadas de fama mundial sobre las que leía en las revistas, pero, para mí, tomar una decisión tan importante parecía improbable. Acabaría borrada por el embarazo, la falta de sueño, los mordedores, los pañales, los vasitos con boquilla, las sillitas para el coche, los carritos, los Lego, la guardería, las fiestas de cumpleaños de otros niños, las granjas-escuela, los castillos hinchables, las actuaciones de ballet, los entrenamientos de fútbol, los campamentos de verano, las pataletas, el amor agotador y la preocupación eterna («Ahora mi corazón vive fuera de mí», decía una amiga hablando de sus gemelitos). En comparación, mi plan de trabajo actual sería pan comido.

Mientras tanto, al mirar a los padres de D. veía que encarnaban lo mejorcito del modelo tradicional del hombre que trae el pan a casa. La madre había trabajado siempre de interiorista, pero sólo en los proyectos que le apetecían, libre para seguir su creatividad más allá de las exigencias del mercado. Se veía que seguían muy enamorados y que mantenían una complicidad envidiable, una mezcla de respeto mutuo y aventuras compartidas.

Pero aun así yo no podía hacer aquello. Yo quería querer un hombre que quisiera apoyarme, junto con todas las posibilidades que un acuerdo así sugiere: poder permitirnos una niñera para que

yo pudiera escribir a jornada completa y también criar a nuestros hijos; viajar adonde quisiéramos; tal vez cumplir mi sueño adolescente de diseñar y levantar mi propia casa, a lo Edith (aunque distinta), pero seguía tropezando con aquella pequeña construcción, «mi propia». Mi propia, mi propia.

Aquella tarde, después de comer, D., sus hermanos y yo estuvimos jugando en la piscina como una pandilla de nutrias desquiciadas, salpicándonos y dándonos en la cabeza con churros de espuma. El cielo estaba despejado, el mar destellaba. Nuestras risas resonaban en el aire. Cuánta belleza se me ofrecía, como un regalo en bandeja. Y de pronto ahí estaba otra vez, en mi primer año con R. en Brooklyn Heights, agobiada por la sensación de haber recibido un premio que aún tenía que ganarme.

Más tarde, en la villa, le dije a D. que no quería que nos ducháramos juntos y pasé un buen rato en el baño lavándome y desenredándome el pelo. ¿Acaso, me preguntaba, poder mantenerme a mí misma no era sólo un «objetivo» que quisiera lograr, sino una situación fundamental para mi motivación y mi sensación de logro personal? ¿Que, en palabras de mi padre, necesitara el «tirón» de la necesidad económica junto con el «empuje» de mi propio impulso para sentirme viva? O una variante de esto: yo necesitaba crear mi propia seguridad. Abandonar mi lucha y dejarme caer hacia una vida más fácil significaba abandonarme a mí misma.

La mirara por donde la mirara, aquella idea era deprimente. Si era cierta, significaba que nunca tendría hijos, por la sencilla razón de que no podía saber cuándo estaría lista para asumir la responsabilidad de cuidar a otro ser humano. E incluso si llegaba a ese punto mientras aún estuviera en edad fértil, no podía garantizar que fuera capaz de proporcionar el apoyo material al que tiene derecho un hijo. Después de ducharme, me puse mi vestido favorito para cenar, uno rojo de algodón, rojo, el color del peligro.

«Haz siempre lo que temas hacer», recomendaba Ralph Waldo Emerson, de acuerdo con las papeleras físicas y digitales rebosantes de tarjetas de felicitación, pósters, blogs y publicaciones de Facebook. Como ocurre con muchos dichos populares, el significado cambia cuando se devuelve la cita a su contexto original. De su ensayo *Heroísmo*, de 1841:

Sé fiel a tus propios actos y felicítate si has hecho algo raro y extravagante y roto la monotonía de una edad decorosa. Fue un buen consejo que una vez oí dar a una persona joven: «Haz siempre lo que temas hacer».

No, no aclara nada, pero el pasaje celebra sin duda la fidelidad a la individualidad y al inconformismo, lo que difiere en mucho del también famoso «De lo único que debemos tener miedo es del propio miedo», como anunció Franklin D. Roosevelt en su discurso inaugural de 1932 (parafraseando a Francis Bacon). ¿Qué significa que incluso yo, una optimista nata, detecte un tufillo a esa infame voluntad estadounidense por imponerse contra viento y marea en ese sentimiento entusiasta, gratamente ilógico, muy de macho alfa y tan fácil de citar a la primera de cambio?

Prefiero la manera en que lo expresó Jane Addams (seguramente, como respuesta directa a la cita de Emerson, que había recogido tres años antes en su diario): «Hacer lo que temas hacer implica orientar tu vida en función del miedo. Es mucho mejor no temer hacer aquello en lo que se cree. Ten siempre presente una idea principal y jamás te sentirás perdido».

Escribió esto alrededor de 1880, antes de graduarse en el Seminario Femenino Rockford, para la revista estudiantil. Su idea era ser médico para poder vivir y trabajar con los pobres; en lugar de ello, tuvo que someterse a una operación de columna, sufrió una crisis nerviosa, dejó la Facultad de Medicina y pasó gran parte de su veintena desesperada, pero estaba convencida de lo que escribió.

En 1888, Addams viajó para visitar Toynbee Hall, un conjunto gótico situado en el East End londinense que reunía a hombres de todas las procedencias para ofrecer oportunidades sociales y educativas a las clases trabajadoras. El siguiente año, a los veintinueve, ella y una amiga fundaron su propia versión en Chicago, orientada a las mujeres, llamada Hull-House. En 1920, ya había casi quinientos centros comunitarios en todo el país, dirigidos sobre todo por mujeres solteras (ellas tenían más tiempo para dedicar a la causa).

Addams nunca se casó ni tuvo hijos, pero empezó el movimiento de la reforma social y, en esencia, fue la precursora de los programas de bienestar social iniciados por el gobierno federal en la década de 1930. En 1931 se convirtió en la primera mujer estadounidense en ganar el Premio Nobel.

El último día en México, la madre de D. y yo fuimos a dar un largo paseo por la playa. Es alta y delgada, con el pelo corto y teñido de pelirrojo, quizá la persona de espíritu libre más serena que haya conocido en toda mi vida.

—Mi marido es lo más importante del mundo para mí —dijo.

Nunca habíamos mantenido una conversación íntima, me gustó que el paseo la estuviera animando a ello, pero no estaba segura de adónde quería llegar.

Fue directa al grano:

—Kate, me encantaría tenerte de nuera. D. te quiere, todos te queremos, pero quiero que sepas que sólo debes casarte si él es lo más importante del mundo para ti, más importante que cualquier otra persona o cosa.

Aquello fue lo más bonito que podría haber hecho por cualquiera de nosotros.

De vuelta en Nueva York, D. y yo rompimos.

Estaba triste, muy triste, pero no asustada. Otra vez podía estar sola.

Y, después, cuando pasó la tristeza, vi que había llegado a un país totalmente nuevo.

No estaba sola otra vez. Mi vida rebosaba de gente: familia, amigos, compañeros de trabajo. El sastre de la tintorería que le cogía los bajos a mis vestidos y faldas. La peluquera, una cotilla con talento. Los amigos de la facultad que conservaba cerca, aunque viviéramos en estados o países distintos. La simpática viuda que en las tardes cálidas se sentaba en su escalera con una revista y un vaso de *bourbon* y se ponía a charlar conmigo cuando pasaba.

Al año siguiente, mi hermano y su mujer tuvieron a su primera hija y mi corazón hizo exactamente lo que la gente dice que pasa: se expandió aún más.

Empecé a referirme en broma a mi trabajo como mi «marido» (o sea, mi fuente de estabilidad económica), un «antidepresivo» (era tan exigente que no me quedaba tiempo para la melancolía) y unas «vacaciones» a tiempo completo (incluso a pesar de la cantidad de horas, estar empleada era mucho más fácil que escribir de *freelance*), todo en uno. Incluso me permitía irme de vacaciones de verdad. Aquel otoño, cuando el hombre con el que acababa de empezar a salir se fue a trabajar a Puerto Rico, decidí que el sexo en un lugar tropical durante el arrebato de las primeras semanas de relación justificaba bien el desembolso, así que cogí un avión y me fui a verlo. En invierno, me escaqueé de la Navidad yéndome a Argentina una semana con una amiga nueva, también soltera. Nos divertimos tanto que lo llamamos «nuestra luna de miel».

Ahora quería que mi estudio fuera tan bonito como las sensaciones que despertaba en mí. Estaba hojeando un libro sobre Charleston, la granja que la pintora Vanessa Bell, hermana de Virginia Woolf, había alquilado en la campiña inglesa hacía un siglo. Parecía representar mi vida ideal: habitaciones soleadas, acogedoras, con estanterías medio hundidas por el peso de los

libros, retratos al óleo colgados tras sillas con demasiado relleno y prácticamente todas las superficies –paredes, puertas, alféizares de las ventanas– cubiertas con sus propios diseños pintados a mano.

Me fascinó un rincón en concreto –un sofá de dos plazas de lino basto de color lavanda, estampados de cachemir blancos pintados a mano sobre las paredes lavanda, puertas francesas abiertas a un jardín de flores silvestres– y sugerí a los mandamases de la revista que hiciéramos un artículo sobre la redecoración de mi diminuto estudio de Brooklyn a imagen y semejanza de aquel lugar. Durante un mes frenético un estilista estuvo revisando tejidos y muestras de pintura, incluso encargó una réplica del sofá. Mis propias pilas de libros y tesoros de mercadillo darían el toque final (todo, menos las puertas francesas abiertas a un jardín de flores silvestres).

El estilista y su equipo hicieron la redecoración completa en dos días, mientras yo estaba en el trabajo. La noche en que volví a casa para ver el proyecto terminado, había una lámpara baja encendida sobre el escritorio y unas *suites* para violonchelo de Bach sonando en mi viejo estéreo portátil, oculto a la vista. Me hundí en el sofá. Las paredes estaban cubiertas de estampados de cachemir pintados a mano. Unas cortinas espectaculares de flores azules y moradas, muy al estilo Bloomsbury, colgaban hasta el suelo. Me sentí como si alguien acabara de darme un abrazo profundo y acogedor. Una fantasía en tecnicolor de la famosa «habitación propia» de Woolf.

Pocas semanas después de la publicación del artículo, empecé a recibir correos electrónicos de mujeres que había conocido de adolescente, madres de amigas, amigas de mi madre: «Estaba haciendo cola en la tienda y he visto tu apartamento en una revista. ¡Eres tan hija de tu madre!» y «Dios santo, si tu madre pudiera ver lo que has hecho, ¡es que tienes su mismísimo estilo!». Me quedé asombrada leyendo aquellos mensajes. Mi madre no tenía estilo. ¿De qué diantres estaban hablando?

Di con la respuesta un par de años después, cuando la revista me envió a Nueva Orleans para que escribiera un artículo sobre la casa de un interiorista. Yo estaba emocionada: la novedad de viajar por trabajo no había desaparecido (nunca me había quedado en hoteles tan buenos). Además, Nueva York se me estaba haciendo grande: aquellas noches interminables, el metro chirriante. Incluso así, la puritana que había en mí se mantuvo en guardia: acostumbrarme al lujo no parecía una opción muy sensata.

Todas las tardes, después de terminar mis labores de investigación, me dedicaba a pasear por los barrios, maravillándome del sorprendente encanto que lo impregnaba todo: geranios rojos en erupción en macetas de barro, glicinias enroscadas en un balcón de hierro forjado, pintura coral desconchándose en una fachada erosionada. Pero no fue hasta el último día cuando la conversación que llevaba manteniendo en voz baja en la cabeza se hizo oír por fin: «¡Ay, mamá, te encantarían esos postigos alargados!» o «¡Mira esas cortinas de *chintz* degradado! Mamá se moriría por ellas».

¿Me reí en alto? Quería hacerlo. No podía creérmelo. No era sólo que mi madre tuviera un sentido del estilo muy concreto, sino que yo lo había heredado. Exacto. Todo ese tiempo había creído que estaba perfeccionando mi propio estilo «bohémio neovictoriano» (o así es como había llegado a considerarlo) y, en realidad, estaba canalizándola a ella y la preciosa casa antigua que había amueblado, tratando de invocar en cada apartamentito al que me mudaba esas comodidades que tan familiares eran para mí. Las antigüedades ajadas, la debilidad por las filigranas, los estampados florales. ¿Cómo es que no había caído en la cuenta?

La explicación fue llegando despacio. Cuando mi madre vivía, yo aún estaba dirigiendo mis energías estéticas hacia la ropa. Me sentía orgullosa de nuestro precioso hogar (y dueña de las paredes del salón, claro), pero era totalmente ciega al esfuerzo que implicaba crearlo: colgar cortinas nuevas me parecía una lata tediosa sólo para adultos, como hacer la declaración de la renta. Después de que

muriera y que mi vida familiar cambiara, la casa se convirtió en un mausoleo de mi infancia perdida y más feliz, envuelto en pena, no un lugar que pudiera vivir con distancia objetiva.

Hasta que fui adulta y viví por mi cuenta, no fui capaz de prestar la atención debida al lugar que habitaba, de analizar y mejorar, para finalmente elaborar un lenguaje doméstico que me parecía mucho más natural, como comprendí de pronto, que el que tuvo jamás la moda. Cuando te sientes insegura sobre tu aspecto, tratar de mejorarlo es una empresa arriesgada. El hogar es un lienzo en blanco o un recipiente vacío, un lugar en el que la voluntad de crear belleza puede expresarse sin limitaciones, sin las rebuscadas complicaciones del yo.

Varios meses después recibí un misterioso mensaje de correo electrónico.

«¿Eres la hija de Nancy Bolick? Soy Margaret, la amiga con la que escribió una novela romántica...»

«¿Una novela romántica?! —respondí—. ¿Qué novela romántica?» Mi madre había escrito muchos artículos para periódicos y revistas y varios libros de historia para jóvenes, ¿pero una novela romántica? Ni siquiera leía novelas románticas.

Resultó que, mientras tomaban el *brunch* una mañana de los ochenta, Margaret le había sugerido colaborar en «un libro estúpido de esos que se venden tan bien», por diversión. Mi madre le confesó que, en realidad, ya había empezado a escribir uno —este hecho en sí mismo me dejó atónita—, así que decidieron retomarlo juntas en el punto en que lo había dejado. Cuando la editorial pidió que lo reescribieran y le dieran un tono más «picante», abandonaron el proyecto. Le pregunté si podía enviarme el manuscrito.

Varias semanas después allí estaba, embutido en el diminuto buzón metálico de mi edificio. Había salido tarde del trabajo y, de camino a casa desde el metro, una tempestad me había hecho trizas el paraguas, así que tiré con cautela del paquete, tratando de no

mojarlo. Una vez arriba, me puse un tazón de cereales para cenar y me senté ante la mesa de la cocina. Aquella noche el apartamento parecía especialmente vacío y oscuro, algo bastante extraño, con la lluvia golpeando los cristales.

Desde que muriera mi madre, había ansiado oír su voz una última vez y allí estaba, un comunicado inesperado desde la tumba. Y no sólo eso: yo estaba a punto de conocer su vida imaginaria. ¿Por qué, si no, iba a embarcarse una mujer felizmente casada, madre de dos hijos, en un proyecto tan poco común, como no fuera para soñar con una existencia fabulada, una versión inventada de lo que podría haber sido? «Pusimos mucho de nuestros hijos y nuestras vidas», me había contado Margaret en su correo electrónico.

Aunque abrí el sobre con mucho cuidado, acabó rompiéndose. De él salió un grueso fajo de papel blanco amarilleado por los años. La letra era de color gris claro, de una vieja impresora matricial de los ochenta, y en la portada rezaba *Diseño para amar*, de Rena Hart (¡un seudónimo!). Empecé a leer con cierta suspicacia, obligándome a ir lo más lento posible, luchando contra el deseo de devorarlo todo de golpe, para poder saborear cada precioso párrafo, cada frase espectral, tanto tiempo como pudiera alargar mi lectura.

Lo que leí me dejó asombrada. El libro es material de Harlequin de primera, lleno de pechos jadeantes y amantes desafortunados. La trama, una situación complicada que incluye a un inversor inmobiliario que pretende apropiarse de una tranquila población de Nueva Inglaterra, está tomada directamente de un problema social que apasionaba a mi madre, pero había una cosa en concreto que fue muy reveladora no sólo de la vida de mi madre, sino de la mía propia: la protagonista del libro, Ivy Winter, es una interiorista soltera que vive sola en Nueva York.

En cierta ocasión, una mujer me dijo que, a finales de los años treinta, cuando su abuela cumplió dieciocho, su padre, abogado, se

había vuelto hacia ella y le había dicho: «Cariño, a partir de hoy eres una solterona a los ojos de la ley».

Por poner un ejemplo, supongamos que en la actualidad los dieciocho años —la edad para votar en Estados Unidos, a la que la mayoría de la gente termina el instituto y cuando el consentimiento sexual es incuestionablemente legal en todos los estados— es la edad a la que una niña se convierte en «mujer soltera». En ese caso, mi madre estuvo soltera durante seis de sus cincuenta y dos años, y Edith, durante veintinueve.

Para mi madre, estar soltera era sobre todo una fantasía, una fantasía tan poderosa que, ya bien entrada en el matrimonio, decidió estudiarla en la única obra de ficción que llegó a terminar (que yo sepa). En el caso de Edith, fue una realidad a largo plazo que, tal vez, comenzó como una fantasía.

En 1934, cuando se publicaron sus memorias, Edith tenía setenta y dos años. Me sorprendió especialmente un breve pasaje sobre Elizabeth Schermerhorn Jones, una tía suya que nunca se casó. Edith la recuerda como «una vieja dama de espalda rígida, hecha de acero y granito» que, por causa de la tuberculosis pulmonar que sufrió de niña, había vivido encerrada en su habitación desde un mes de octubre «hasta el siguiente mes de junio, momento en el que emergió en perfecto estado de salud para vivir hasta los setenta años» (en realidad, murió a los sesenta y seis).

A los cuarenta y pocos, la tía Elizabeth compró 32 hectáreas de terreno en el valle del Hudson y encargó la construcción de una mansión de ladrillo de veintitrés habitaciones, de estilo románico normando, sobre un risco que daba al río. Tras apodararla un «hostil ejemplo del gótico del río Hudson», Edith afirma que «desde el principio» fue «vagamente consciente de un extraño parecido entre el granítico aspecto» de su tía Elizabeth «y su casa tétricamente confortable, entre sus gorros almenados y las torrecillas de Rhinecliff».

Me apoderé de esa observación y la usé para sustentar mi teoría favorita de que a Edith no le gustaban las mujeres solteras.

A aquellas alturas tenía como munición no sólo a la engreída y desdichada Lily Bart, sino también el conocimiento de que, a pesar de ser sólo diez años mayor que Neith, Edith hacía oídos sordos a la política de las sufragistas y las Nuevas Mujeres. Me volví bastante insistente a ese respecto y trataba de convencer a la gente de que el único motivo por el que Edith era famosa y Neith desconocida era que Edith escribió sobre la élite adinerada e, independientemente de que aquella élite viviera hace más de un siglo, nunca nunca nos cansamos de leer sobre la gente rica.

Confío en que el lector sea ya consciente de mis cambios de opinión.

Cuando regresé a los libros de Edith y volví a mirarlos a través de la lente del resentimiento, vi que me había equivocado de medio a medio: Edith escribía con frecuencia sobre mujeres sin casar; yo era quien había estado cegada por los vestidos de seda y los guantes largos.

La caída de Lily Bart a una casa de huéspedes no era un castigo, sino que aquélla, entre otras razones, era la forma que tuvo Edith de manipular la historia para traer al primer plano las vidas de mujeres solteras que no habían nacido en un entorno privilegiado. Por supuesto que Lily es llamativa y rutilante y Gerty Farish es sumisa y apocada, pero es Gerty la que tiene un sentido claro del yo y consigue vivir sola con enormes gracia y virtud. Las solteronas pobres e inocentes de Ann Eliza y Evelina de *Las hermanas Bunner*; Kate Clephane, que deja a su marido y a su hija pequeña en *La renuncia*; Charlotte Lovell, la madre soltera de *La solterona*: todas ellas son no sólo fundamentales en la crítica que hace Edith a la ostentación con la que creció, sino que también le permiten analizar las vidas de las mujeres solteras en la ciudad.

Edith murió antes de que la mansión de su tía Elizabeth se convirtiera en una metáfora de toda mujer soltera vieja y solitaria:

en los años cincuenta, ya era una ruina abandonada y así sigue en nuestros días.

En aquel momento, yo llevaba «soltera», en el sentido más estricto del término, diecisiete años, nueve de los cuales había pasado soltera y fantaseando con ser soltera a la vez.

Al principio, darme cuenta de aquello me deprimió muchísimo. Había estado dando vueltas sobre el mismo sitio.

Pero luego volví y conté el número de personajes femeninos solteros que Edith había ideado entre el año 1900, cuando publicó su primera obra de ficción, *Punto de partida*, donde aparece una famosa escritora viuda que vivió un único —y fugaz— matrimonio, y 1913, cuando se divorció de Teddy. A lo largo de aquellos trece años escribió seis novelas, tres novelas cortas y cuarenta y tres relatos breves. Contando los personajes secundarios, suman al menos ochenta y dos mujeres solteras (cincuenta y siete sin casar, veintidós viudas, tres divorciadas) y setenta y ocho esposas, una de las cuales tiene una aventura, otra está separada y dos planean matar a sus maridos.

¿Quién sabe? Tal vez, igual que Edith dio forma a su nueva vida soñada al diseñar *The Mount*, creó estos personajes solteros de ficción como forma de imaginarse a sí misma más allá de su propio matrimonio, tanteando el terreno, por así decirlo. ¿Qué es lo que le enseñaron?

Yo ya había decidido qué es lo que ella me había enseñado a mí. Maeve, la primera de mis cinco despertadoras, me había aportado una imagen y un punto de vista que pusieron mi ser adulto en movimiento. Neith me había dado las palabras para pensar de forma crítica en el matrimonio y labrarme de verdad una vida propia. Edna me había guiado a través de los primeros años, tan confusos, del sexo como persona soltera.

Lo que Edith me enseñó fue lo siguiente: para vivir sola y feliz hace falta contar con tu propio pensamiento consciente. No es tan fácil como firmar el alquiler de tu propio piso y quedarse ahí. Tienes

que averiguar qué necesitas para sentirte cómoda en casa y en el mundo, sean cuales sean tus medios (de hecho, sin apartarte de ellos) y organizar tu vida con arreglo a ello: una arquitectura metafórica.

Algunas decisiones las había tomado de forma intuitiva: junto con la vida urbana, había dado prioridad a la movilidad (cercanía a los metros frente a los parques), la paz y tranquilidad (un barrio «no de moda» en lugar de una zona más animada) y la sociabilidad (podía ir andando a visitar a mis amigos). Para poder permitirme estos requisitos en concreto, tenía muy poco espacio y aún menos sitio de almacenamiento, cero comodidades (lavavajillas, lavadora-secadora) y nada de lo que consideraba artículos «de lujo» (cadena de música, televisor, coche), aunque sí comía fuera a menudo y me compraba ropa.

Además, había cultivado una vida social activa en la que combinaba relaciones superficiales con amistades profundas. Siempre estaba interactuando con otra gente y tenía una sólida red de apoyo emocional.

Pero había fracasado en un aspecto fundamental: en mi búsqueda por ser autosuficiente, había obviado los principios arquitectónicos básicos del equilibrio y la proporción.

En 2008, la revista iba de maravilla. Sólo llevábamos tres años en el mercado, pero ya habíamos ganado varios premios de nuestro sector y vendíamos casi un millón de ejemplares al mes, a un público apabullantemente femenino. A menudo me preguntaba quiénes eran todas aquellas mujeres. A finales del siglo XIX y principios del XX, la decoración del hogar suponía para las viudas ociosas de la alta sociedad una forma de profesionalizarse y entrar en la esfera pública, donde trasladaban sus valores a la clase media a través de libros de consejos y columnas en los periódicos, difundiendo literalmente el evangelio de la decoración hogareña y popularizando las ideas del gusto y del hogar como indicador del buen gusto, una forma de expresar e incluso de conformar el propio

yo. En los años cincuenta, cuando la oleada de productos y electrodomésticos de la posguerra ayudó a llevar la modernidad a los hogares estadounidenses, la decoración proporcionó a las amas de casa una vía de escape para dar salida a su creatividad frustrada.

¿De qué nos sirve la decoración del hogar en el siglo XXI, ahora que las mujeres inundamos los lugares de trabajo y las universidades en cifras nunca vistas? ¿Hojeamos las revistas de decoración como forma de soñar con un hogar ideal, una visión que hemos dejado muy atrás?

¿O se trata de algo más pernicioso en el trabajo? ¿Acaso el paisaje onírico retocado de superficies perfectas es la prisión doméstica victoriana con otro nombre, un castillo de cristal de aspiraciones inalcanzables al que soñamos con poder entrar si nos quedamos hasta tarde en la oficina y trabajamos los suficientes fines de semana (en resumen, si ganamos bastante dinero para comprar esas cosas tan bonitas que nunca tendremos tiempo de disfrutar)? ¿Dónde está la línea que separa el verdadero aprecio por las superficies y la superficialidad?

O eso es lo que me preguntaba mientras creaba aquellas ilusiones domésticas. Para entonces, ya me habían ascendido dos veces y tenía mi propio despacho, con una ventana enorme que daba a un altísimo panel publicitario electrónico de Times Square; al bajar la persiana lograba acallarlo, pero no deshacerme del parpadeo frenético de las pantallas digitales. Me gustaba ser una mujer «de éxito» por las mismas razones que a cualquiera: la comodidad de un buen sueldo fijo, unas ventajas increíbles, una cuenta de gastos, autoridad, pero no podía desprenderme de la sensación de estar viviendo la versión del éxito de otra persona, no la mía. Como muchos ejecutivos de todo el mundo, no cesaba de fantasear con la idea de despedirme.

Y ésa fue, pues, la lección más importante que Edith tenía que enseñarme: la solución intermedia que había logrado para poder vivir sola —ser editora-escritora y, por lo tanto, tener menos tiempo

que dedicar al tipo de escritura que más me interesaba— era una farsa. Al igual que Edith, yo también tenía que romper las cadenas que me estuvieran sujetando y empezar a escribir de verdad.

8

La socióloga visionaria



Charlotte Perkins Gilman hacia 1900.
Biblioteca Schlesinger, Instituto Radcliffe de Estudios Avanzados, Universidad de
Harvard.

A veces no hace falta buscar el coraje para romper las ataduras que nos están sujetando y las cuerdas, simplemente, se aflojan y se nos caen de los tobillos y las muñecas y nos alzamos de la vía férrea a la que hemos estado atadas, renacidas. O eso al menos parecía a

finales de enero de 2009, cuando mi jefe anunció al personal que la revista había muerto, con carácter inmediato, víctima de la recesión.

La semana siguiente yo estaba acurrucada en mi sofá de terciopelo verde, con una taza de té humeante junto a mí, leyendo una novela. Los techos de mi apartamento se elevaban llenos de posibilidades. Las estanterías eran tesoros de volúmenes abandonados esperando ser redescubiertos, en alegre convivencia con mis baratijas: un caballo barato de porcelana azul, un frasco antiguo de plata para sales aromáticas, un diminuto gorila de plástico. Por fin era libre de escribir lo que me apeteciera.

En lugar de ello, recaí en la monotonía del *freelance* y todas las noches quedaba con amigos o con algún hombre. En julio aún no había logrado hacer despegar ningún proyecto de escritura. Mi amiga Karen intervino.

—Te voy a enviar a un «convento» —anunció—. A un convento metafórico. Ni citas ni fiestas ni actividades donde pueda haber hombres. Tu trabajo consistirá en quedarte en casa y concentrarte en empezar un proyecto de escritura. Tres semanas.

Karen es una artista plástica que crea unas esculturas e instalaciones maravillosas. Michael, mi amigo de la universidad, nos había presentado hacía varios años y, si bien al principio me sentí intimidada por su grácil altura y su belleza morena, tras diez minutos de conversación, su cordialidad y su agudeza emocional hicieron desaparecer las impresiones superficiales, me acerqué emocionalmente a ella y ya no la dejé marchar.

—Alguien que no para de tener citas tiene que hacer una pausa para lograr su desarrollo interior. Todo un clásico en el mundillo —explicó.

Estábamos hablando por teléfono; ella en su estudio y yo dando vueltas por mi apartamento sin hacer nada concreto. En lo interpersonal, soy como una reportera siempre al filo de la noticia, siempre detrás de una historia, siempre curiosa por oír lo que

alguien tenga que decir. A veces parecía que no podía caminar por la calle sin acabar teniendo una cita. Karen estaba tratando de hacerme ver que aquella receptividad a la experiencia también podía ser un peligro por distraerme de mí misma. En efecto, me estaba aconsejando que levantara unos cuantos muros. Pensé en la frase de Edith en *The Decoration of Houses*: «Aunque el objetivo principal de una puerta es dejar entrar, el secundario es cerrar el paso».

Cuando no llevaba más que dos días «enclaustrada», acepté ir al cine con un hombre con el que había quedado hacía poco, sólo «como amigos». Karen me echó abajo el plan: «Eso va totalmente en contra de las reglas del convento». Le hice caso y no fui.

A los cinco días, me escabullí a una cena. Después me confesé ante la madre superiora y reconocí que sentí incluso una chispa por el anfitrión; en un momento dado, nuestras miradas se habían cruzado durante una fracción de segundo más de lo necesario.

—¡Ahora mismo estás casada con Dios, tu proyecto! —me reprendió—. Aunque, bueno, me encanta ese flash momentáneo, justo cuando te das cuenta de que hay una conexión.

A los nueve días, la informé de que me había estado intercambiando correos electrónicos con un antiguo novio, cosa que no contaba, argüí, porque no nos estábamos viendo en persona.

—Me hace gracia que creas que no estás infringiendo las normas del convento —suspiró—. Como madre superiora, te animo a que recuerdes tus votos, pero reconozco que ser monja no es tu verdadera vocación.

Conseguí aguantar dos semanas antes de abandonar los votos.

El otoño se escabulló como una hoja caída, o eso creo, porque lo siguiente que supe es que era invierno.

Se me pasó un pago y perdí el seguro de salud; me costaba pagar las facturas. A finales de año, había caído en la peor depresión de toda mi vida. Me tomé como una obligación todo lo que tenía pendiente de terminar y se lo envié por correo electrónico a mi

editor. Después, me enrosqué en el sofá —el único mueble, observé, con las mismas dimensiones que un ataúd— y dormí. Y dormí. Mis estanterías se cernían amenazadoras sobre mí, morgues atestadas de ideas olvidadas y baratijas polvorientas («basura moderna», las llamaba Edith Wharton). ¿Por qué reunía tanta porquería? ¿Qué pasaba con aquel desorden infernal?

Pocas cosas son tan desmoralizantes como saber que lo único que hay entre tú y lo que tú quieres eres tú, pensé, y luego me avergoncé. ¿Cuándo había empezado a hablarme a mí misma como si fuera un póster de autoayuda?

Ante cualquiera que se atreviera a preguntar (por ejemplo, mi hermano y mi padre, ambos muy preocupados), insistía en que no, que no iba a buscar otro trabajo a jornada completa porque entonces sí que nunca conseguiría hacer despegar un proyecto de escritura.

Una noche tuve un sueño tan real que sentí que me estuvieran gritando. Al día siguiente, se lo conté a mi terapeuta:

Me despierto en la habitación de un extraño. No sé cómo he llegado allí. Tiene una decoración impecable, todo con flores de color azul oscuro: el papel de la pared, las cortinas, la colcha, las almohadas, esas fundas horribles para ocultar las cajas de pañuelos de papel. Todo muy lujoso, hecho a medida. Espantoso.

Estar en una habitación hecha por completo según las decisiones de otra persona, una habitación con la que no tengo nada que ver, estar allí sentada mirando a mi alrededor y despreciando todo lo que veo, resulta extrañamente liberador. Estoy eufórica. Y luego caigo en la cuenta de que Willy...

En ese momento me interrumpí para recordarle a mi terapeuta que Willy era mi amiga de la infancia que ahora vive y trabaja de fotógrafa en el Lower East Side, la que me puso en contacto con la revista. Es delgadísima, con la melena corta teñida de rubio platino y unos ojos brillantes de un color azul aciano parecido a aquel papel floreado de la pared.

Willy está en algún otro lugar de esta casa, que en realidad es una villa del siglo XIII en las afueras de una aldea italiana. Estamos allí por un encargo de la revista: yo escribo la historia y ella saca fotos.

Aún en la cama, cierro los ojos e imagino mi apartamento de Brooklyn y todo —los libros y las baratijas que tanto me gustan, mis adorados candelabros de plata, el sofá de terciopelo verde que compré de segunda mano— está tapado con telas blancas, las cortinas bien corridas en las ventanas. Por primera vez en mi vida me sobreviene la sensación de no querer regresar a casa nunca.

Por primera vez en mi vida, me doy cuenta de que no tengo que hacerlo.

Salgo de la cama, saco el móvil de la maleta, llamo a mi hermano y le digo que vaya a mi apartamento, que coja lo que quiera y que deje lo demás en la acera. Es muy impropio de mí haber solucionado el asunto de la cobertura del móvil en el extranjero: sí, estoy muy orgullosa de mí misma.

—¿Qué? —pregunta, muy alarmado.

—No te preocupes —respondo—. En Brooklyn, las cosas desaparecen en cuanto las sacas a la acera. La gente de la ciudad son buitres.

Dice que no, que se niega a borrar toda mi existencia.

—¡Piensa en todas las cosas que te podrás llevar gratis! —contesto—. Además, sabes que puedes venir a visitarme a Italia siempre que quieras.

Luego bajo la escalera y busco a Willy, nos metemos en un Fiat y conduzco por una carretera estrecha hacia un conjunto de agujas y torres que ya distinguimos en la distancia: la aldea.

Pasamos por una valla publicitaria blanca gigantesca con el mensaje «Cuando todo está perdido, yo permanezco» —bíblico y oracular, como un anuncio de Dios Todopoderoso, S. A.—, escrito con enormes letras góticas negras, y yo digo en alto con un énfasis sorprendente:

—¡Menuda mierda!

Aquí es cuando me doy cuenta de que hasta ese preciso momento había creído si no en Dios, sí en esa valla publicitaria. Las historias que cuentan las noticias sobre ricos que se arruinan y se suicidan —como si no fueran más que la suma de sus posesiones y verse despojados de ellas equivaliera a la muerte— siempre me habían entristecido. Pensaba, con pena: «Lo único que importa es estar vivo. Lo demás son tonterías».

Pero ahora, al pasar junto a la valla publicitaria, sé que todo lo demás está muerto y que es una muerte buena, una muerte que ansío, y que no quiero que nadie me salve.

Sigo conduciendo. Atravieso un bosque. Luego los árboles son cada vez más dispersos y dan paso a un enorme campo nevado y, cuando paso por él, soy plenamente consciente tanto de la inmensa capa de hielo duro que hay arriba como de las tiernas briznas de hierba que hay debajo y de que, cuando llegue la primavera, allí habrá un prado verde precioso.

Interrumpí el monólogo.

—Qué cursi, ¿verdad? Menudo sueño más obvio —dije, temerosa, como siempre, de aburrir a mi terapeuta. Oír o leer a alguien contar un sueño es como oír a alguien describir, fotograma a fotograma, una película que no verás nunca.

—¿Qué crees que significa? —preguntó.

—Que ha llegado el momento de dejar la vida tal y como la conozco y empezar una nueva —respondí—. Que, como soy *freelance*, puedo vivir donde quiera. No tengo que quedarme en Brooklyn.

Cuando dije aquello en voz alta, no me sonó aburrido ni obvio. Me sonó aterrador.

—¿Conoces el poema «Renascence» de Edna St. Vicent Millay? —preguntó y se inclinó hacia delante y empezó a recitar.

La combinación del papel pintado de flores azul oscuro con los ojos azul aciano y el pelo rubio de Willy me había recordado algo. Cuando volví a casa aquella noche, estuve rebuscando en mis estanterías. Allí estaba: una copia en rústica del relato «El papel pintado amarillo», de Charlotte Perkins Gilman.

El texto apareció por primera vez en una revista literaria de vida relativamente corta, el *New England Magazine*, en enero de 1892. La versión original comienza con una ilustración a pluma de una joven sentada en una mecedora junto a una ventana enrejada. Lleva un vestido largo con corpiño ajustado y mangas abullonadas y el pelo recogido hacia atrás en un moño. Tiene un cuaderno en el regazo y una pluma en la mano. El pie nos dice lo que está escribiendo: «Estoy sentada junto a la ventana en el atroz cuarto del bebé».

Nuestra protagonista sin nombre y su marido, John, un médico bien intencionado aunque de una condescendencia exasperante, han alquilado una mansión colonial para tres meses, con la idea de

que ella se recupere de la crisis nerviosa que sufrió tras el nacimiento de su primer hijo.

Para el dormitorio de la pareja, ella quería una habitación de la planta baja que daba a la plaza, pero «John no quería ni oír hablar del tema» e insistió en que se quedaran con la habitación de los niños, situada en la parte alta de la casa. Las ventanas tienen rejas, supuestamente para que los niños no se caigan. El papel de la pared tiene grandes trozos arrancados y, en cuanto al que queda, «nunca en mi vida había visto un papel peor. Uno de esos dibujos pretenciosos que cometen todo tipo de pecado artístico». Continúa:

Es lo bastante aburrido como para confundir la mirada en líneas continuas, lo suficientemente pronunciadas para irritar de forma incesante y provocar el estudio y, cuando sigues un cierto trecho las sosas curvas imprecisas, de pronto se suicidan: se sumergen en ángulos estrafalarios, se destruyen en contradicciones nunca vistas.

El color es repulsivo, casi vomitivo, un ardiente amarillo sucio, extrañamente matizado por la luz del sol cuando cae despacio. En algunos sitios es de un naranja aburrido aunque estridente; en otros, adquiere un almibarado matiz sulfuroso.

Cuando protesta, John la toma entre sus brazos y la llama «dichoso pajarillo».

Quitando el papel, la habitación sí le gusta, no parece muy distinta a la de Edith Wharton: grande y espaciosa, con vistas al jardín y la bahía. Aunque, a decir verdad, ella es lo contrario de Edith: no es una distinguida propietaria, sino una inquilina indefensa, confinada a una cama que está inexplicablemente atornillada al suelo, ansiosa por escribir pero con la prohibición de hacerlo, según órdenes del médico.

Las cosas no hacen más que empeorar. Empieza a sospechar que el papel pintado tiene consciencia y conoce a la perfección su malvada influencia: «Hay un punto recurrente en el que el dibujo cuelga como un cuello roto y dos ojos saltones te miran de arriba abajo».

Enfadada, declara: «¡Nunca había visto tanta expresión en un objeto inanimado y todos sabemos cuánta expresión tienen los objetos inanimados!». Para tranquilizarse, se recrea en recuerdos melancólicos de objetos inanimados del pasado. «Qué amable guiño el de los pomos de nuestro enorme escritorio antiguo», musita, y había una silla en concreto que «siempre parecía un amigo de confianza».

No pasa mucho tiempo hasta que descubre la silueta de una mujer atrapada en el dibujo, encorvada y arrastrándose, temblando, como si tratara de escapar.

Nuestra protagonista se obsesiona con esta figura. Debe liberarla. Va a liberarla. Y eso es lo que hace. Pero el final queda intencionadamente impreciso. Al liberar a la mujer de la pared, ¿nuestra protagonista se liberó a sí misma o se volvió loca sin remedio?

La ilustración que cierra el relato en *The New England Magazine* es provocadora y enigmática. John está tirado en el suelo, desconsolado, entre tiras de papel arrancado de la pared. Su mujer se inclina sobre su cuerpo postrado, con el pelo ya suelto cayéndole como una cortina. No queda claro si está consolándolo o asegurándose de que está inconsciente antes de salir corriendo.

Una noche, mientras cenábamos en mi apartamento comida tailandesa para llevar, Willy mencionó que estaba harta de vivir en el Lower East Side y que le vendría bien algo de dinero extra. En algún rincón oscuro y olvidado del cerebro se me encendió una lucecita.

—Por favor —le pedí—. Realquila tu casa para sacarle un dinero. Quédate aquí y me coges la correspondencia y le echas un vistazo o lo que te parezca. O la quemas.

Tenía un as en la manga: Newburyport.

Aquella noche compré un billete de tren. Sólo faltaba un mes para cumplir treinta y ocho. Justo hacía una década que me había

mudado a Nueva York. Diez años: un número apretado y redondo como una soga. En el tren, traté de hacer balance de lo que había ganado y perdido en diez años.

Bajo cualquier criterio razonable, escabullirme de vuelta a la casa de mi niñez era una forma de fracaso. Hay quienes dicen que las grandes ciudades deforman a ciudadanos por lo demás normales y corrientes en hedonistas inmaduros. Que nunca crecemos. Que somos demasiado egoístas, demasiado quisquillosos, que vamos siempre buscando a alguien más atractivo o de más éxito que la persona con quien ya estamos. Que somos incapaces de asumir los compromisos necesarios para vivir en pareja. Como ocurría con las mujeres del siglo XIX que huían de matrimonios violentos, se nos tacha de no ser capaces de aceptar la realidad.

Cuando me bajé del tren en Boston y vi a mi padre esperándome, con el pelo rizado antaño oscuro y ya completamente gris, supe que había tomado la decisión adecuada. Esos criterios de lo que significa ser adulto pertenecen a otros, no son los míos.

Cuando entramos en nuestra calle, se me subió el corazón a la garganta y pensé en el poema «Ashes of Life» [cenizas de vida] de Edna Millay:

La vida siempre continúa, como el mordisqueo de un ratón,
y mañana y mañana y mañana y mañana
aquí seguirán esta misma callecita y esta misma casita.[32]

Edith Wharton creó su hogar a su imagen y semejanza. Maeve Brennan nunca tuvo una casa propia. Charlotte Perkins Gilman esquivó el concepto por completo, ella era de esas personas que saben desde muy jóvenes lo que quieren hacer con sus vidas y tenía una voluntad tan férrea que ni siquiera la mala suerte pudo debilitarla.

Poco después de nacer, en 1860 (justo dos años antes que Edith Wharton), su padre empezó a dejarse ver cada vez menos hasta que

acabó desapareciendo del todo; la madre, frágil y poco ingeniosa, se quedó sola al cargo de dos niños y con muy poco dinero. Durante los siguientes dieciocho años se estuvieron moviendo entre habitaciones alquiladas, casas de parientes e incluso una «casa cooperativa», en un total de diecinueve ocasiones, para acabar asentándose en Providence, en Rhode Island. En lugar de lamentarse de aquellas privaciones, Charlotte respondió con su característico pragmatismo: tomó de su madre débil y poco afectuosa el ejemplo perfecto de cómo no ser y de su padre ausente, el acceso a una de las familias más distinguidas de Nueva Inglaterra.

Entre sus primeros recuerdos está el de una visita a la «casa maravillosa» que la tía de su padre, Harriet Beecher Stowe, había construido en Hartford, en Connecticut, con las ganancias obtenidas por las ventas de su exitosa novela en contra de la esclavitud, *La cabaña del tío Tom*. Stowe y sus hermanas —Isabella Beecher Hooker, famosa sufragista, y Catharine Beecher, que nunca se casó, autora de la que se conoce como la primera guía completa sobre quehaceres domésticos en Estados Unidos (cuando llevar una casa era tan exigente como un trabajo a jornada completa)— fueron las luces por las que se guio la jovencita. En 1855, anticipándose más de un siglo a Betty Friedan, Catharine ya había declarado que la desesperanza doméstica era una epidemia de ámbito nacional. Tal como escribió sobre el matrimonio en su libro *Letters to the People on Health and Happiness* [cartas para el pueblo sobre la salud y la felicidad]:

Cuántos corazones jóvenes han revelado que aquello que se les había enseñado a imaginar como la mayor forma de felicidad sobre la tierra no era sino el inicio de la preocupación, la decepción y la pena, y se han visto conducidos a los extremos del sufrimiento físico y mental.

A los diecisiete años, Charlotte manifestó en su diario que jamás se dejaría confinar en el hogar como mera esposa y madre. Iba a dedicar su vida al servicio público.

Su biógrafa, Cynthia J. Davis, considera que las edades entre dieciséis y veinte representan la «declaración de independencia» de Charlotte. Escribe: «El amor, la guía y el sentimiento de pertenencia que de forma tan inútil había ansiado en su vida personal se convirtieron en los principios rectores de su religión de servicio público, abiertamente impersonal».

Para entonces, Charlotte era alta y fuerte, de cabello castaño largo y rizado. Empezó un proceso de autosuperación enseñándose disciplina a sí misma. Primero ideó ejercicios arbitrarios, como «levantarse de la cama a las siete menos trece minutos». Una vez dominados éstos, pasó a cultivar la consideración, el tacto y la honestidad, junto con virtudes más corporales. Después de estudiar fisiología e higiene, adoptó una rutina de ejercicios diarios — gimnasia, una hora de marcha a paso ligero, correr un kilómetro y medio en siete minutos sobre la punta de los pies y veinticinco repeticiones de cinco formas distintas de levantar pesas de casi un kilo—, a los que se sumaba un baño frío con esponja, acostarse temprano y dejar las ventanas abiertas mientras dormía. Dejó la cafeína y el corsé y, durante el resto de su vida, sólo vistió ropa cómoda.

En 1878 se inscribió en la clase inaugural de la Escuela de Diseño de Rhode Island y el año siguiente recibió el título que le permitía enseñar arte. Como Neith, Edna y Edith a su edad, también escribía poesía; en 1880 apareció en *The New England Journal of Education* su primera publicación, «To D. G.» [a D. G.]: las iniciales no se corresponden con las de una persona, sino con *dandelion greens*, las hojas verdes del diente de león. A los veintiún años, tomó la decisión de no casarse nunca. Sentía un amor apasionado y asexual por su amiga Martha Luther y decidió que aquella amistad íntima y gratificante era todo lo que necesitaba. Como escribió a su amada en 1881:

De verdad que me alegro de no casarme [...]. Si dejo a un lado ese asunto y hago las cosas a mi manera, lo que gane en fuerza individual y desarrollo de carácter personal, yo misma como un yo, ya sabes, no sólo como mujer o como ese animal útil que es la esposa y madre, creo que compensará y más que compensará en utilidad y efecto, la otra felicidad que disfrutaría parte de mí.

Un futuro juntas no sólo les permitiría reconciliar los polos irreconciliables del amor y el trabajo, sino extender su felicidad a la sociedad en su conjunto. En otra carta a Martha escribió:

Y si con el paso del tiempo ambas persistimos en despreciar el matrimonio, qué alegría ser, además de totalmente felices nosotras, una luz ardiente y brillante para todos nuestros vecinos, un lugar en el que se reúna toda la gente encantadora, una casa en la que los jóvenes e inocentes aspirantes a fama literaria o de otro tipo crean y se estremezcan. ¡Ay! En cualquier caso, seremos muy felices.

Por desgracia, Martha tenía otras intenciones. Poco después de estas cartas se comprometió (con un hombre), lo que obligó a una Charlotte destrozada a buscar otra salida para sus formidables energías (cosa que por supuesto hizo y de forma más que admirable).

Se ocupó de conseguir dinero para montar un gimnasio para mujeres en Providence, el Gimnasio Sanitario para Damas y Niños. Pintaba tarjetas de felicitación y las vendía para sacar dinero. Algunas noches de invierno, cuando llegaba tarde a casa, trepaba hasta lo alto de un peñasco en un solar desocupado y se «regocijaba en el reluciente silencio blanco, sintiendo profunda lástima por todas aquellas mujeres tímidas que jamás conocerán lo bello y maravilloso de estar solas por la noche bajo las estrellas».

Por aquella época escribió sobre su voluntad de no casarse en un texto inédito llamado «An Anchor to Windward» [un ancla a barlovento]. Entre los motivos enumeraba su amor por la libertad, el anhelo de tener un hogar propio, el deseo de cambiar el mundo y la negativa a ser absorbida por «ese yo ampliado: una familia».

Dentro de la cubierta de su diario de 1882, declaró que «trabajo» sería su «consigna» del año y censuró «el amor y la felicidad» con un rotundo «¡NO!».

Diez días después conoció a un apuesto pintor, Charles Walter Stetson, que le propuso matrimonio antes de que hubieran pasado tres semanas.

Ésta fue tal vez la única ocasión de su vida en que Charlotte se desvió de su propia brújula y aprendió bien la lección. Estuvo dos años enteros evitando a su pretendiente, pero la química física que había entre ellos resultó ser demasiado eléctrica para hacerle caso omiso. Se casaron el 2 de mayo de 1884, se metieron en la cama y allí permanecieron muy felices bastante tiempo. Diez meses después, dio a luz a una niña, Katharine.

De inmediato, Charlotte cayó en una depresión que fue debilitándola. No podía moverse, leer ni pensar. Al final, sin saber qué otra cosa hacer, se marchó sin Katharine a la casa de una amiga en Pasadena, en California, con la esperanza de que el sol la animara. Y así fue. Tanto la animó que volvió a Rhode Island como una mujer sana, sólo para ser derribada otra vez de inmediato. Ese largo periodo de depresión posparto y su desastrosa «cura de reposo» le sirvieron de inspiración para escribir «El papel pintado amarillo», una condena de las prácticas médicas sexistas y el confinamiento de la mujer al ámbito doméstico.

En 1888, tras cuatro años de matrimonio, convenció a Walter de que tenían que separarse legalmente. Tenía veintiocho años. Había dedicado los diez últimos a dos relaciones amorosas agotadoras que, según Cynthia Davis, «casi acabaron con su corazón y su salud». A partir de los treinta, decidió, sería diferente.

Los efectos saludables de su decisión fueron inmediatos. Antes de 1890, el año en que cumplió treinta, había publicado bastante (incluido su primer libro, en 1888, una recopilación de dibujos titulada *Art Gems for the Home and Fireside* [joyas artísticas para el hogar y la chimenea], bajo la firma de Mrs. Charles Walter Stetson),

pero, entre 1890 y 1891, duplicó esa producción, ¡y tanto!, con sesenta y siete obras de no ficción, ficción, teatro y poesía.

La publicación de «El papel pintado amarillo», en 1892, causó tanto sensación que convirtió a Charlotte en una figura pública. El mes de mayo siguiente hizo balance de su vida. Tenía treinta y tres años. Con suerte, le quedaban cuarenta años más antes de morir. Al igual que había hecho de adolescente, elaboró una lista de prioridades en su diario y decidió de nuevo dedicarse a ellas. En 1894 terminó el proceso de divorcio y envió a su hija, de nueve años, a vivir por temporadas con su padre y la mujer con la que estaba a punto de casarse, la mejor amiga de la infancia de Charlotte.

Cuando el país se enteró de su decisión de dejar a su familia, estalló en encendidos artículos y páginas de opinión en la prensa. Charlotte no dejó que aquello la afectara. En lugar de ello, utilizó su fama para viajar por todo el país difundiendo sus ideas, un movimiento reformista de una sola mujer con énfasis concreto en el «feminismo material», un intento de cambiar las normas culturales sexistas a través de la redefinición de la arquitectura real del hogar.

Sus ideas eran una ampliación y una popularización del «movimiento de quehaceres domésticos cooperativos» iniciado en 1868, cuando Melusina Fay Peirce publicó una serie de artículos en *The Atlantic Monthly* animando a las mujeres a constituir cooperativas para las tareas domésticas y pedir una compensación económica a los maridos que claramente se beneficiaban de sus quehaceres. Charlotte consideraba que ese movimiento era atractivo en la teoría pero inviable en la práctica y, en sus numerosos escritos y conferencias, abogó por «sacar la cocina de la casa, no más cocineras en la cocina», según cuenta Davis, de un modo tan sucinto.

No hace falta vivir en una casa unifamiliar ni conducir un automóvil de cuatro puertas —diseñado para dar cabida a dos padres y dos niños— para saber que sus esfuerzos estaban condenados al fracaso. La alergia estadounidense al socialismo, la

convicción de que cuanto más grande, mejor, y la insistencia patriarcal en que la identidad de la mujer como madre y apoyo sigue ligada a la cocina resultaron imposibles de superar. Desde 1960, la edad media a la que se casan las mujeres ha aumentado desde los veintiuno hasta los veintisiete años (y, para muchas de quienes buscan una enseñanza superior, la cifra se eleva hasta los treinta y pocos), el tamaño de la familia se ha reducido a su mínimo histórico y 3,2 millones de personas viven solas, pero seguimos habitando un paisaje arquitectónico hecho para otra gente, de otra época y que incluso entonces —al menos, para las mujeres— ya era problemático.

En cierto sentido, la ingenuidad de Charlotte se vio plasmada en las grandes ciudades, donde, aunque la mayoría de los pisos tienen cocina, muchos restaurantes alivian la carga de la preparación de la comida y dan mayor importancia, si no a una forma de vivir en comunidad, sí al menos a un modo de vida que gira en torno a espacios públicos —aceras, metros, autobuses, parques— restándosela así a la crucial importancia del ámbito doméstico.

Una vez instalada en Newburyport, me marqué una rutina. Por la mañana me despertaba en mi antigua habitación de la tercera planta, bajaba para prepararme el café y la avena y volvía a subir hasta lo que había sido el despacho de mi madre, en la segunda planta, antes de que llegara el primer cliente de mi padre. Él y su ayudante de toda la vida son una especie de Abbott y Costello; me resultaba reconfortante oír sus ingeniosas conversaciones subiendo por la escalera mientras trabajaba. A la hora de comer, mi padre y yo nos reuníamos en la cocina a bromear y cortar tomates para preparar bocadillos o poner sardinas sobre galletas saladas.

Cuando él terminaba de trabajar, a las seis en punto, yo me obligaba a hacer lo mismo y pasaba la velada preparando la cena y leyendo. Cuando llegaba el buen tiempo (y se quedaba), cruzaba en coche el puente hasta la isla de Plum y bajaba por la carretera larga y

accidentada que atraviesa la reserva natural del río Parker, entre dunas doradas y verdes marismas de agua salobre. Aparcaba en el extremo meridional, caminaba hasta el agua, me zambullía, salía corriendo a por la toalla —las aguas del océano Atlántico están siempre frías—, me envolvía en ella y me sentaba un rato a ver las olas estallar en largos pliegues de espuma. A esa hora, quienes habían ido a la playa a pasar el día ya habían recogido sus cosas y se habían marchado a casa a cenar, por lo que únicamente quedábamos yo y unos cuantos pescadores solitarios haciendo guardia frente a sus cañas.

En la carretera entre la isla Plum y el centro de la ciudad hay una enorme casa del típico estilo casi cúbico que tan en boga estuvo en Estados Unidos a finales del siglo XIX, conocida por los lugareños como la Casa Rosa. Es de color rosa claro, tres tonos por debajo del rosa chicle y un tono justo por encima del rosa zapatilla de ballet, en un enclave de tierra seca junto a la marisma, sin más casas alrededor. De niña, aquella casa fue un elemento primordial de mis pesadillas: la Casa Rosa, un cielo negro agitado por tormentas y un enorme búho real, ese cazador nocturno solitario de ojos color azufre, posado en todo lo alto, en el mirador del tejado, ceñudo.

En algún momento, la familia propietaria se había mudado a otro sitio y me sorprendió ver lo mal que le había sentado a la casa la falta de mantenimiento: pintura desconchada, unas cuantas ventanas condenadas. A través de las habitaciones vacías se podía ver el cielo. La casa era ya prácticamente una ruina, parecía formar parte de una pesadilla, pero ahora en versión adulta: un espejismo, una sirena, una metáfora premonitoria.

La casa —en la que pensaba en femenino porque sin duda era un ser femenino, con esa pintura coqueta y el mirador sobre el tejado a dos aguas— representaba, decidí, justo lo que significa apartarse por completo del mundo, dejarse ir y convertirse en el yo más sincero y solitario. Una visión de aquello en lo que podría convertirme si no tenía cuidado. O de aquello en lo que no podría convertirme si tenía

demasiado cuidado. En otras palabras: la atracción en su sentido más ambivalente.

Pero unos cuantos días después, ya no podía negar que la vista cautivadora de aquellas ajadas tejas de color rosa me había dado el cálido resplandor de encontrarme frente a una cara muy familiar. Tal vez la casa fuera barata y yo pudiera reunir poco a poco el dinero suficiente para comprarla. La Casa Rosa podría ser para mí lo que Grey Gardens a mi «Little Edie» Bouvier Beale.^[33] Rica en casa y pobre en dinero, me liaría jerséis de cachemir en la cabeza, llevaría las faldas al revés, con la cinturilla hacia abajo, y feliz dejaría pasar el tiempo, sacando brillo a mis preciadas baratijas. Lo que en la ciudad sonaba a fracaso había empezado a parecerse más a la libertad.

Todas las tardes, cuando me iba de la isla, me aseguraba de dedicar una última mirada a la casa por el espejo retrovisor, como si dijera adiós con la cabeza a un vecino. Ya en casa, preparaba una ensalada, me tomaba una copa de vino o dos y leía *Moby Dick*. Jamás había conocido una soledad tan ininterrumpida como aquella.

En julio vino Karen desde Nueva York. La noche de mi cumpleaños fuimos en coche a la playa y me sorprendió con un pícnic de temática floral: patatas en forma de flor sobre pizza casera, pepinos en forma de flor aliñados con vinagre, bizcocho de plátano sobre un lecho de rosas rosas. Se me escapaba cómo había podido improvisar todo aquello sin que yo me hubiera dado cuenta.

Nos echamos sobre una manta con el artístico festín de fiambreras dispuesto ante nosotras y compartiendo una botella de Sancerre. Ella también estaba en horas bajas —acababa de terminar una relación, le costaba encontrar trabajo— y repasamos con aflicción las frustraciones que compartíamos. En la ciudad nunca había tiempo suficiente para visitas tan largas y despreocupadas como ésa. Al oírla describir las dificultades de ser artista, recordé mi antigua ambición de ser poeta y me pregunté si mi prolongada

incursión en la no ficción —crítica literaria, ensayos personales, entrevistas con autores, perfiles de famosos, periodismo de consumo— no era sólo una forma de mantenerme, sino también una muleta, un lugar en el que esconderme. ¿O era mi fijación por mantenerme a mí misma lo que hacía de escudo?

Mientras charlábamos, el sol se puso sobre el mar, arrastrando tras de sí una radiante llamarada roja, un telón que se cerraba al final de una obra, y el frío que había estado reptando por la arena nos subió por las piernas y se nos enredó en el pelo. Recogimos los restos del festín, doblamos la manta en una capa para dos y, juntas para darnos calor mutuo, volvimos hasta el coche, las últimas espectadoras en salir del teatro, dejando detrás de nosotras un escenario vacío y barrido por el viento.

En septiembre de 1898, Charlotte volvió a Nueva York para dar un ciclo de conferencias en Inglaterra con sólo un dólar en su bolsillo secreto.

En aquella época, con treinta y ocho años, llevaba una década viviendo sola y estaba en mitad de un lustro tan intenso en viajes que ni siquiera tenía una residencia permanente. Se sentía muy orgullosa de ser nómada y creía que ello la hacía «más capaz de juzgar sin pasión y de obtener una visión de los asuntos humanos de mayor alcance que la natural en gente más sedentaria». Siempre que tenía que indicar su dirección en un formulario o un libro de visitas, escribía: «Independiente». En un ensayo, declaró que la «mujer independiente» era una nueva categoría de ocupación «crucial para el funcionamiento de una civilización avanzada» (aunque no recibía salario ni reconocimiento).

Aquel mismo año había publicado *Mujeres y economía* con un éxito arrollador. Se tradujo a siete idiomas, hito comparable al de John Stuart Mill con *La esclavitud femenina*. Inspirado en la sociología y la historia, el libro afirma que el papel secundario de la mujer y su dependencia económica del hombre son una imposición cultural, no

—como sostenía la creencia dominante— el resultado de una inferioridad biológica.

La maternidad, escribió, es «un deber y una gloria común, intrínseca al hecho de ser mujer», pero relegar a las mujeres a este único papel atrofia su crecimiento creativo y personal: ellas también necesitan una vida profesional. Disponer de cocinas compartidas en bloques de viviendas en la ciudad ayudaría a las mujeres a equilibrar la vida familiar y laboral y proporcionaría apoyo social para quienes optaran por quedarse en casa. Estos cambios, en última instancia, redundarían en «una maternidad y una paternidad mucho mejor, una mejor infancia y adolescencia, mejor comida, mejores hogares, una sociedad mejor».

Para entonces, se había vuelto a enamorar, esta vez de su primo hermano George Houghton Gilman. Siguió dos años más viviendo y viajando en solitario, hasta que se casó y formó un hogar con él en 1900. He aquí una mujer con la insólita capacidad de ser tan fiel a sus principios que podía infringirlos sin poner en peligro sus ideales.

Los doce años que Charlotte pasó sola entre los dos matrimonios la llevaron a darse cuenta de su potencial intelectual y creativo. Al renunciar a las exigencias impuestas a una esposa y madre, pudo cultivar su persona y, cuando estuvo lista, volverse a enamorar, esta vez preparada para estar a la altura de lo que la vida en pareja suponía. (Nunca dejó de ser madre; aunque no llegó a tener hijos con su segundo marido, la hija fruto de su primer matrimonio solía pasar temporadas con ellos y las dos mujeres mantuvieron una relación muy estrecha.)

En 1904 explicó su cambio de actitud con respecto al matrimonio en un ensayo titulado «The Refusal to Marry» [El rechazo del matrimonio]. Cuando era joven, escribe, tenía idealizadas a las mujeres que, «plenamente convencidas de la necesidad de independencia económica, formadas en el trabajo especializado y encantadas con él, también muy conscientes de las dificultades de la vida en matrimonio, tanto las que se pueden como las que no se

pueden mencionar, cortaron por lo sano negándose a casarse». Ahora, inmersa en un matrimonio feliz, ha decidido que sus obligaciones para con el mundo le exigen llevar «una vida personal normal y desarrollada en su plenitud»; es decir, una relación sexual y amorosa con un hombre, que tenga lugar abiertamente y cuente con el reconocimiento de sus iguales y de la sociedad: sin lugar a dudas, tenía que casarse.

En la actualidad, por supuesto, las mujeres no tienen que casarse para mantener relaciones sexuales, para comprar una casa ni para legar una herencia. El matrimonio es una idea y una práctica en constante evolución que, probablemente, seguirá cambiando, pero, mientras tanto, sigue siendo la definición que da nuestra sociedad a la forma más elevada de compromiso interpersonal y, debido a ello, seguiremos fieles a esa idea en tanto en cuanto nos enamoremos.

No obstante, es importante recordar que la extendida práctica del matrimonio por amor —no por responsabilidad hacia la familia o la sociedad— sólo tiene unos doscientos años. Las mujeres llevan la mitad de este tiempo buscando labrarse carreras profesionales, pero sólo cuarenta años en cifras significativas. En muchos aspectos, la decisión de casarse o no, con quién y cuándo hacerlo es más compleja que nunca. Y, sin embargo, basamos nuestros cálculos personales, sean los que sean, en unas ideas tan desfasadas sobre qué hace que un matrimonio sea bueno que Charlotte ya las cuestionaba hace un siglo.

El segundo matrimonio de Charlotte fue muy feliz. George la apoyó en todo lo que hizo, lo que incluyó no sólo más de una decena de libros nuevos, sino también una publicación mensual, *The Forerunner*, que dirigió entre 1909 y 1916 y para la que escribió en su totalidad casi todos los números (suficientes para llenar veintiocho volúmenes extensos, como dijo en cierta ocasión).

Fue en esa época cuando publicó la que tal vez sea mi obra favorita entre las suyas, la novela utópica satírica *Dellas*, [34] hace ya

más de un siglo, en 1915.

La historia transcurre del siguiente modo: hace mucho tiempo y en un lugar muy lejano, un país perdió a todos sus hombres debido a la guerra y a una catástrofe natural; de pronto, cuando estaba al borde de la extinción, se produjo un milagro. Una de las pocas mujeres supervivientes dio a luz a una niña mediante partenogénesis (nacimiento a partir de una virgen) y luego a cuatro más. Cada una de sus cinco hijas dio a luz, a su vez, a cinco hijas y así sucesivamente.

Dos mil años después, cuando tres hombres estadounidenses que formaban una expedición científica —Terry, machista y mujeriego; Jeff, un médico sentimental; Vandyck, sociólogo y narrador, feminista— se topan con esa tierra imaginaria, de apenas el tamaño de Holanda, tiene ya una población de tres millones de mujeres.

Se suceden muchas situaciones cómicas. La gracia del libro gira en torno a las suposiciones del trío acerca de los cambios drásticos que se están produciendo en las mujeres y sus bromas siguen vigentes, lo cual resulta algo triste: cabría esperar que, un siglo después, los estereotipos de género sonaran un poco más anticuados. Por ejemplo, Terry cree que hay dos tipos de mujeres: «apetecibles o no apetecibles [...]. Las del segundo tipo eran numerosas, pero insignificantes... Jamás pensaba en ellas».

Por desgracia para él, a las mujeres de Dellas les importa un pimiento lo que opine. Atléticoas, fuertes, valientes, racionales, sobrias: son todo lo que él cree que una mujer no es. Llevan el pelo corto y visten un uniforme sencillo y suelto hecho de varias túnicas ligeras, una de ellas llena de bolsillos (elemento del que carecía la ropa femenina a principios del siglo XX), superpuestas a un mono interior de una sola pieza: cuando llega la hora del ejercicio diario, la mujer sólo tiene que despojarse de las túnicas.

El país es hermoso y la sociedad en sí es una hermandad compleja aunque armoniosa: comunitaria, pacífica y carente de

suciedad, delincuentes, reyes y aristócratas, incluso de malas ideas. «Y cuando nuestra mente entra en contacto con una cosa así... oh, es como si nos echaran pimienta a los ojos», explica una mujer. La educación es el arte más elevado y la maternidad es sagrada. La mayoría de las leyes se revisan cada veinte años. La comida es simple y saludable (nada de carnes rojas) y los medios de producción son totalmente sostenibles. Todos los árboles producen fruta comestible.

La arquitectura se caracteriza por techos altos y grandes ventanas y, aunque Deltas es una nación cooperativa, sus ciudadanas tienen un sentimiento muy arraigado de la intimidad y les es «completamente extraña la idea de la *solitude à deux* que nosotros tanto anhelábamos», cuenta Vandyck. En lugar de ello, han hecho realidad lo que él llama la teoría de las «dos habitaciones con cuarto de baño»: cada niña tiene su propio dormitorio «y una de las señales de que se era mayor de edad era poder contar con una segunda habitación para recibir a las amigas. [...] Parecían aceptar el hecho de que nos encontraríamos más a gusto si podíamos hablar francamente y en privacidad entre nosotros». Las casas, por supuesto, no tenían cocina.

Lo que me resultó más fascinante, no obstante, es que, después de varios siglos pariendo cinco niñas cada una, las mujeres resolvieron la amenaza de la superpoblación. Aunque daban prioridad a la maternidad sobre el resto de actividades, decidieron que no todas tenían que dar a luz. Al aprender a distinguir el inicio del embarazo —«una temporada de gran exaltación, todo su ser se eleva y se concentra intensamente en el deseo de dar vida a la criatura»—, las que querían podían retrasarlo dedicándose a actividades físicas y mentales y «aplacar su deseo» cuidando a los bebés ya nacidos. Tal y como Somel, una de las mujeres, cuenta a Vandyck: «Pronto aprendimos que el amor maternal tiene más de un canal de expresión».

Vandyck se queda paralizado. «En la vida hogareña de nuestro país hay mucha amargura y muchas penas, [...] pero esto me parece absolutamente terrible. ¡Un país de madres frustradas!»

Somel sonrío y explica: «Todas, individualmente, sacrificamos una porción de nuestro gozo personal, pero no olvides que todas tenemos un millón de niñas a las cuales amar y cuidar... y todas son nuestras hijas».

La mujer resulta mucho más sensata que nosotros, que hemos olvidado que los famosos «derechos inalienables» de nuestro país son la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Todas las vidas, incluso en Estados Unidos, discurren sin una porción de gozo personal, sea de un tipo o de otro.

En 1932, a los setenta y dos años, a Charlotte le diagnosticaron un cáncer de mama inoperable, y en 1934 George murió de forma inesperada. Tras su muerte, ella se trasladó a Pasadena, en California, y quedó al cuidado de su hija y sus amigos. A los treinta y pocos años, después de atender a su madre hasta que murió, Charlotte había prometido que jamás sometería a su hija a ese sufrimiento y, antes de que terminara el año, decidió que por fin había llegado el momento de quitarse la vida.

El 17 de agosto de 1935, Charlotte Perkins Gilman se tapó la boca con un pañuelo empapado en cloroformo: el acto último de autodeterminación.

O mejor no me compro la Casa Rosa, decidí.

Cuando te encuentras de nuevo en una encrucijada, tratando de averiguar cuál es el mejor paso que puedes dar, resulta igual de útil saber lo que no quieres como saber lo que estás haciendo. Sí, aún seguía dirigiéndome a mí misma con el lenguaje de los pósters de autoayuda. La imaginación no es infinita; todos tenemos nuestras limitaciones.

Pero yo quería interactuar con el mundo, no retirarme de él. De ahí que eligiera el periodismo, para empezar. Ser autosuficiente era lo más alejado de un escudo: era mis cimientos y también mi libertad.

Y las ciudades no deforman a ciudadanos por lo demás normales y corrientes. Se puede decir que, en estos momentos, es justo al revés. En los últimos decenios, un sector demográfico creciente de la población, el de los solteros, ha transformado la ciudad a su imagen y semejanza, una aparente utopía de bares, hoteles, restaurantes, tiendas y *spas* abiertos las veinticuatro horas que brotan sin cesar para satisfacer todos nuestros antojos y protegernos de la soledad. No hay duda de que los estudios demuestran que los solteros son más felices en las zonas urbanas.

Sólo entonces, en Newburyport, geográficamente incapaz de quedar con todo el mundo para tomar café o una copa, cenar o comer, podía ver lo esclava que había sido de mi agenda social, lo lastrada que había estado por un sentimiento sobredimensionado de la obligación interpersonal, a escasos grados de separación de una mujer de mundo victoriana devolviendo su interminable ronda de visitas.

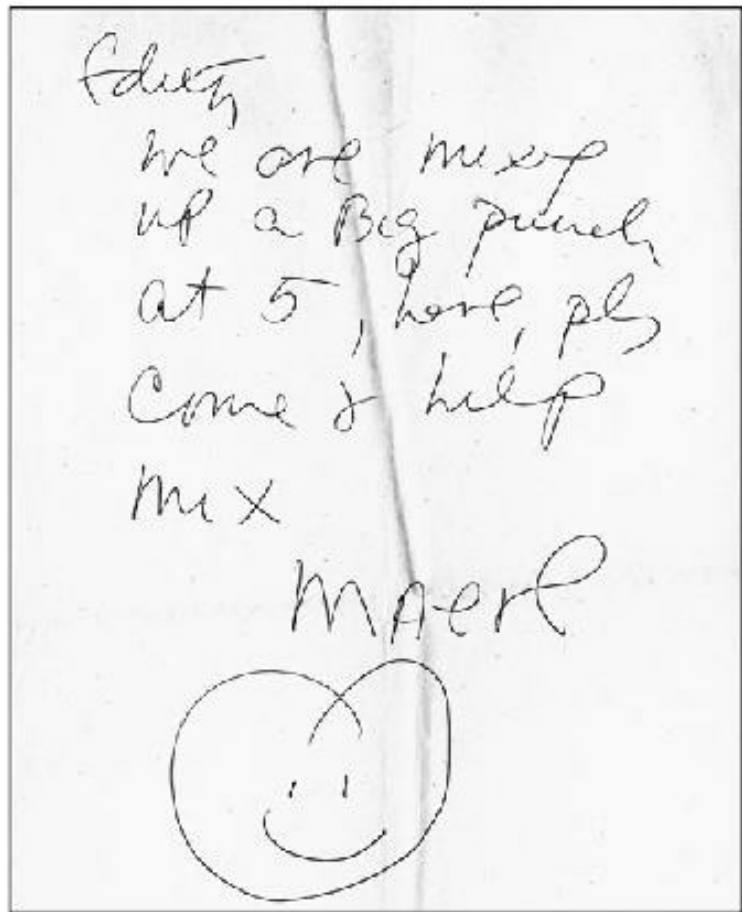
Para encontrar y ejercer un empleo que me llenara, tenía que reconsiderar desde el principio en qué invertía el tiempo y el dinero. Me resultaba insoportable calcular todas las horas que dedicaba al trabajo, sobre todo en tareas sin importancia, y adónde iban a parar los ingresos: no sólo al alquiler, las facturas y los préstamos estudiantiles, ni siquiera a ropa, peluquería y cosméticos, sino también a un número incontable de noches en bares y restaurantes, parando taxis borracha en lugar de coger el metro, todo para un mismo fin: mantener mi vida social en constante movimiento.

Charlotte me enseñó que nos hacemos adultos aprendiendo a ser responsables de nosotros mismos, estemos casados y con hijos o no. Volví a pensar en los principios clásicos de la arquitectura: el equilibrio y la proporción.

En agosto volví a Brooklyn y me llevé conmigo mi nueva soledad. Empecé a salir menos y a centrarme en las amistades que más me importaban. Acepté un trabajo de editora con la condición de poder dedicarme un día a la semana a escribir mis cosas desde casa. Cuando se quedó libre un apartamento en mi edificio, convencí a Willy de que lo alquilara. Al igual que yo, ella seguía soltera. Pensé que seríamos incluso más felices con nuestra nueva versión de la casa de huéspedes. La llamé «la casa de las alegres solteronas».

9

La articulista: tercera parte



Nota de Maeve Brennan a Edith Konecky, 1972.[\[35\]](#)
reproducida con permiso de Russell y Volkening como agentes de la autora. © The Estate of Maeve Brennan.

El ambiente tranquilo del bar de un hotel al anochecer, el local aún no lleno de clientes, el camarero responsable de llenarme hasta arriba el vodka con soda porque la noche es joven. Parapetada por un libro y una lámpara baja, lo bastante cerca de los demás para escucharlos con disimulo, lo bastante lejos para no tener que

interactuar. Y, arriba, alguien está arreglándome la habitación, alisando las fundas de almohada nuevas, limpiando el lavabo, dejando al salir una pila de toallas blancas limpias. Pulcramente doblados en un cajón, unos cuantos jerséis y faldas, dos vestidos colgados en el estrecho armario: todo lo que cabía en una maleta, lo justo para arreglármelas, ni más ni menos.

Corría el mes de enero de 2014 y me había registrado en un hotel que daba al parque de Washington Square, donde vivió Maeve Brennan, para hacerme una idea de lo que significaba vivir en un hotel. El concepto de «mujer independiente» de Charlotte Perkins Gilman me había devuelto a Maeve. No había podido librarme nunca de la sospecha de que su trágica muerte fue casi demasiado trágica, demasiado fiel al guion milenario que exige que la mujer soltera sea castigada por sus pecados. ¿De verdad su vida se vino abajo después de publicar «Las fuentes del afecto» en 1972? ¿O acaso Maeve, al igual que Charlotte, simplemente viró hacia una dirección inesperada y encontró placer y sustento en otra forma de vida?

De los muchos hoteles que consideró su hogar, éste es uno de los pocos que siguen en pie. Su suerte ha subido y bajado y vuelto a subir, junto con la de Greenwich Village. Abrió en 1902 como un bonito hotel residencial llamado Hotel Earle, alcanzó la grandeza del art decó y, en los cincuenta, cayó en el abandono (el refugio perfecto para la última contracultura). En 1964, Bob Dylan y Joan Baez estuvieron viviendo en la habitación 305 (en su canción «Diamonds and Rust» [diamantes y herrumbre], Baez recuerda «ese hotel cutre»).[36] Roger McGuinn, de los Byrds, ocupó la habitación 702. En los setenta se reformó de arriba abajo, y en 1986 fue rebautizado con el nombre actual, Washington Square Hotel. Hoy en día, la clientela es sobre todo internacional: aquella mañana en el desayuno oí hablar al menos en cuatro idiomas distintos.

La habitación era perfecta (tranquila, sencilla) y la comida, excelente. Después de la primera noche quería quedarme allí para siempre. En lugar de ello, cuando estalló una tormenta de nieve,

amplié la reserva de dos noches a cuatro, a sabiendas de que despertar en una ciudad cubierta de blanco justificaría el gasto, y así fue. Pasé el primer día de aquella tormenta leyendo en la cama, mirando por la ventana, languideciendo al saber que estaba viendo el parque tal y como lo viera Maeve en 1960, después de poner fin a su matrimonio y volver a la ciudad.

Había hecho lo que se espera que hagamos todos nosotros, desde la limpiadora que arrastra la aspiradora por el pasillo hasta el camarero que seca los vasos de tubo y los coloca en el estante: se había casado. Y no había salido bien. Por aquel entonces, estar sin casar no era «una cuestión menor para una mujer de más de cuarenta», nos recuerda Angela Bourke en su biografía. Maeve tenía cuarenta y dos, una mujer entre contraculturas, demasiado joven para la última y demasiado mayor para la que estaba floreciendo a su alrededor, aunque, de todas formas, dudo de que hubiera participado en ella. Su falta de convencionalismo no llegó jamás a la bohemia.

Pero no había vuelto al punto de partida, sino que, sencillamente, llegó al lugar desde el que se había marchado, esta vez más fuerte e inteligente y tal vez incluso despojada de ilusiones. Un lugar al que todos debemos llegar, nos guste o no.

Durante los doce años que había vivido sola en la ciudad antes de casarse, había construido su propia formación y, así, había aprendido a escribir y a observar, a quedarse con los detalles que hacen que una historia suene bien. Se había hecho con la sutil coreografía de trabajar con editores: había aprendido a dejar que otra persona entrara en sus enmarañados y confusos procesos creativos y la orientara sin cambiar su rumbo.

A ese respecto, fue muy afortunada. Hacía unos meses, yo había visitado a Janet Malcolm, autora y escritora en *The New Yorker*, en su casa de Manhattan. Malcolm apenas conoció a Maeve, diecisiete años mayor que ella, pero su difunto marido, Gardner Botsford, fue uno de los editores más importantes de Maeve (ellos dos sí que

tenían justo la misma edad). Me entregó un sobre enorme que contenía cartas de Maeve a Botsford, fechadas entre principios y mediados de los sesenta, después de que ella dejara el hotel y pasara los inviernos sola en East Hampton.

Por mi propia experiencia, me pregunté si la devoción de Maeve por los detalles «superficiales» la había convertido en una especie de perfeccionista que guardaba copia de todo, una práctica recomendable cuando se escriben textos breves, pero contraria a empresas más exploratorias y dispersas, que exigen trabajar con varios borradores. Para una mujer que, en su cumbre profesional, era conocida por llevar un clavel fresco en la solapa todos los días, archivar el trabajo en curso podría haber sido el equivalente literario de salir a cenar a un buen restaurante y olvidarse los zapatos en casa.

Las cartas de Maeve a Botsford, escritas a máquina en finos fajos de papel azul y amarillo, son largas y afectuosas y están plagadas de observaciones sobre conocidos, anécdotas acerca de su séquito de gatos y de *Bluebell*, su fiel perro labrador, así como sus reacciones ante los libros que está leyendo, pensamientos sobre relatos y críticas en las que está trabajando, noticias de sus avances. Revelan una intimidad extraordinariamente productiva, la de la confianza de la narradora en el interés de su lector, el acuerdo tácito de que ella podrá ser todo lo charlatana que quiera, sabedores los dos de que las semillas de los relatos viajan en esas corrientes de aire.

Me acordé de una frase del célebre libro de Malcolm *El periodista y el asesino*: «Una correspondencia es una especie de aventura amorosa. [...] De quien nos enamoramos es de nuestra propia persona epistolar antes que de la del corresponsal de nuestra pluma».[37] Las cartas de Maeve a Botsford conforman su relación, son el espacio en el que ella podía crear, habitar y celebrar una identidad que la sostenía en su soledad, alimentaba su proceso de escritura y, a diferencia de su matrimonio, le permitía florecer.

Cuando en el año 2013 se me ocurrió que Yvonne Jerrold, la sobrina de Maeve, debía de estar aún viva, no supe muy bien qué hacer. Angela Bourke ya la había entrevistado para la biografía y yo no podía imaginar que tuviera mucho más que decir sobre el tema. Seguro que quería que la dejaran en paz de una vez.

Se suele dar por sentado que Maeve sufría esquizofrenia, aunque Bourke nunca usa ese término en su biografía. (Cuando la llamé para preguntarle por qué, me explicó que su formación académica la hace ser muy escrupulosa con las fuentes y que no había encontrado ninguna que confirmara el diagnóstico. Además, dijo, después de la Guerra de Vietnam hubo grandes avances en la psicofarmacología y la gente «ponía etiquetas con mucha libertad». Pensó que una etiqueta que se usara entonces podría no entenderse siquiera del mismo modo en la actualidad.)

Los síntomas de la esquizofrenia suelen aparecer entre los dieciséis y los treinta años, es muy poco frecuente volverse esquizofrénico después de los cuarenta y cinco. Quienes nunca hemos sufrido ni conocido la esquizofrenia de primera mano sabemos por los medios que esta enfermedad es uno de los trastornos mentales más devastadores y puede implicar oír voces y tener otras percepciones sensoriales falsas, delirios, incoherencias mentales. La mayoría de la gente que padece esquizofrenia se esfuerza por cuidar de sí misma, trabajar, mantener a sus amistades o tener relaciones sentimentales.

No sorprende que la enfermedad esté rodeada de bastantes mitos. Cuando a Elyn Saks, profesora de Derecho y autora de unas memorias sobre su lucha de por vida para controlar los síntomas de la esquizofrenia mediante el psicoanálisis, se le diagnosticó poco antes de cumplir los treinta una «esquizofrenia paranoide crónica con exacerbación aguda», pensó de inmediato en los «años de libros y películas que presentaban a la gente en mi situación como un mal o un fracaso irremediable». En sus memorias describe cómo previó en un instante una vida de violencia y delirio. «Tal vez

terminara mis días en un psiquiátrico; tal vez me pasara la vida entera en un psiquiátrico. O tal vez acabara viviendo en la calle, una vagabunda de quien su familia ya no pudiera ocuparse —escribe—. Sería ese personaje de ojos idos que deambula por la acera de la ciudad y de la que se apartan todas las preciosas mamás que pasean a sus hijos en cochecito. “Aléjate de la loca.” Nunca amaría a nadie; nadie me amaría jamás.»

Se me partió el corazón cuando leí esa frase. Llevaba tiempo intentando comprender por qué cuando las mujeres expresan sus ansiedades sobre el futuro —sus «yos temidos», como los denominaron Hazel Markus y Paula Nurius— suelen irse directas a la vagabunda loca (y a su «hermana», la loca de los gatos). A menudo se dice en broma, pero el chiste está demasiado generalizado como para que no sea indicativo de algo. ¿Por qué, de todos los destinos posibles, éste resulta más aterrador que el resto?

Al principio pensé que se debía simplemente a que el espectro de la vagabunda loca estaba marcado tan a fuego en el imaginario colectivo femenino que no podemos librarnos de él. Luego me di cuenta de que estaba equivocada. Lo agobiante de la vagabunda no es sólo que ésta se vea arrojada a deambular por las calles, pasando frío y hambre, sino que es la prueba viviente de lo que significa no ser amada. Su aparición perdurará mientras las mujeres consideren que el amor de un hombre es la forma suprema de validarse ante la sociedad.

Me sentía incapaz de decidir qué era peor: que Maeve se hubiera convertido de verdad en una vagabunda esquizofrénica y nunca recibiera el tratamiento adecuado o que siguiera cuerda pero que de algún modo, por algún motivo, hubiera permitido que su vida se saliera tanto de madre.

Y, aun así, ¿qué parte de su «historia» es realidad y qué parte es una proyección de lo que tememos todos los que aspiramos a una vida mejor? Ciertamente, Maeve cayó desde una altura glamurosa,

fracasó en el sentido más tradicional del término, pero ¿eso significaba necesariamente que hubiera sido infeliz?

Durante un tiempo me contenté con esta pregunta, me reconfortaba la posibilidad que ofrecía y temía arriesgarme a ahondar más y acabar descubriendo de una vez por todas que estaba totalmente equivocada y que, en efecto, Maeve terminó sola y desdichada.

Al final, por supuesto, ganó la curiosidad.

Me resultó muy fácil encontrar a la sobrina de Maeve: Yvonne Jerrold tiene su propia página web. En cuestión de dos minutos me enteré de que vive en Cambridge, en Inglaterra, donde, después de haber sido arquitecta y paisajista, se dedica a escribir novelas y a hacer esculturas de piedra. Leí un recorte de 2008 de su periódico local, en el que explica que su segunda novela, *A Case of Wild Justice?* [¿Un caso de justicia salvaje?], que parece bastante divertida y trata de un grupo de vecinos ancianos reconvertidos en bomberos suicidas en lucha contra el crimen, está inspirada en la rabia que sintió después de que su madre —Deirdre, hermana de Maeve— sufriera varios robos a los ochenta y nueve años. En la fotografía de la autora aparecía una mujer de expresión amable y pelo rubio, corto y ensortijado. En enero de 2013 le envié un mensaje de correo electrónico con el asunto «Su tía Maeve».

Antes de darme cuenta, ya estaba yo sentada ante mi escritorio, en Brooklyn, sorprendida de estar hablando por teléfono con alguien que había tratado de verdad a Maeve Brennan.

Los principales recuerdos que guarda Jerrold de Maeve son por fuerza los de su infancia y, como tales, dispersos. Jerrold nació en Washington un par de años antes de que Maeve se trasladara a Nueva York, pero en 1950 su padre murió y su madre se llevó a la familia de vuelta a Dublín, donde Maeve las visitaba con poca frecuencia.

Le pregunté si aun así su tía había ejercido alguna influencia en su vida.

—¡Por supuesto! —respondió—. Seguramente me influyó porque yo albergaba la idea secreta de ser escritora. Me parecía una persona muy atractiva e interesante. A mí y a todo el mundo; ella era así.

Me gustó mucho oír aquello. Si alguien les preguntaba, yo esperaba que mis sobrinas dijeran algo parecido de mí algún día. De momento, mi hermano y su mujer tenían dos hijas pequeñas y yo ya me imaginaba muchas décadas felices como tía.

Pero ahí estaba otra vez, comparándome con Maeve, una persona a la que jamás había conocido, una vieja costumbre que ahora parecía más engañosa que nunca, ya que Jerrold estaba dibujando un retrato que coincidía y no coincidía con el que llevaba quince años conmigo. Hablar sobre una persona es muy distinto de leer sobre ella. Y oír a alguien que conoció a esa persona hablar sobre ella es más distinto todavía.

Empezó con el aspecto físico de Maeve:

—Era pulcra, delgada, bien vestida, disciplinada, elegante, comedida, como una bailarina o como una maestra o una librera.

Por las fotografías yo ya conocía su aspecto. Cuando describió sus «enormes ojos verdes y alegres, los más brillantes que pueda imaginar», caí en la cuenta de que nunca había visto a Maeve a color.

—El humor era su rasgo más destacado —añadió—. Estaba todo el día riéndose. Cuando no estaba sentada fumando y observando a la gente, estaba haciendo observaciones irónicas sobre la vida y las personas y bromeando sobre sí misma y los demás con mucho regodeo. Sentía interés por casi todas las cosas y se le ocurrían unas ideas muy alocadas.

Describió su humor como «cerebral, sofisticado, travieso y crítico consigo misma».

¿Y qué había de la vida amorosa de Maeve?

—Tuvo amantes y aventuras y de vez en cuando se le partía el corazón. Hizo cosas que en Irlanda no habría podido soñar siquiera. Pero no daba la impresión de ser una persona sensual. No actuaba de un modo sexi, más bien todo lo contrario. Cuando estaba en Irlanda, se mostraba pudorosa y recatada, como cualquier irlandesa educada en un convento se habría comportado en los años cincuenta. ¡Hoy en día las mujeres son sexis por todas partes!

Nos reímos. ¡Cuánta razón tenía!

—Nunca hablamos sobre si quería tener hijos. Creo que prefería la soledad y los gatos. Los animales la volvían loca. Pienso que la vida de casada no le parecía especialmente agradable. Era bastante indómita y siempre tuvo ayuda en casa. No puedo imaginarme que tomara una decisión consciente sobre su vida futura, aparte de su precoz ambición por escribir, que creo que nunca la abandonó. Ése era su objetivo. A todas partes llevaba consigo un bolso enorme de charol negro. Una vez le pregunté por qué era tan grande y respondió que era para llevar lo que estuviera escribiendo en ese momento.

Le pregunté que opinaban de Maeve sus familiares.

—A sus parientes irlandeses de Wexford les parecía extraña y exótica —respondió—. Bebía, fumaba. Era muy delgada, vestía ropa fina y elegante de Nueva York y usaba tacón alto. No conducía, así que contrataba a un chófer y, para gran revuelo de los niños del pueblo, bajaba en coche a ver a sus primos a Wexford. En aquellos tiempos nadie tenía coche.

Al leer la biografía de Bourke, a Jerrold le había sorprendido llevarse la impresión de que Maeve fuera en realidad una persona muy triste.

—Le pregunté a mi madre y me dijo que sí, que Maeve era una mujer muy triste. Yo de niña no me daba cuenta. La vi enfadada, furiosa, irritada, pero triste nunca, jamás.

—Y, entonces, ¿estaba sola? —pregunté.

—Era una solitaria, lo cual resultaba comprensible —respondió Jerrold—. Usted lo entiende, es escritora. Cuando te dedicas a escribir, no quieres perder tiempo ni energías en gente que te exige que seas sociable. Ella nunca buscó ese apoyo. Buscó la independencia, la vivencia y la observación. Quería vivir el mundo.

No le confesé que mi talón de Aquiles es la sociabilidad. No estábamos hablando de mí. ¿O sí?

—No necesitaba a la gente. La escritura era el centro de su vida. Todo lo demás era periférico. En última instancia, en el centro de cada escritor, hay un núcleo duro.

Recordé de pronto una sesión de fotos que me habían hecho hacía poco, en cuyo transcurso el fotógrafo no dejaba de pedirme que frunciera el ceño y yo no dejaba de resistirme. «Que yo no soy de fruncir el ceño, no voy así por la vida», le decía. «¿Y cuando estás sentada en tu escritorio escribiendo? —preguntó—. Ésa es la persona a la que estoy intentando retratar.»

¿Y cómo se supone que voy a saber yo la cara que pongo cuando estoy escribiendo? Como no podía visualizarla, me quedé allí enfrente de la cámara y me imaginé sentada en el escritorio, mirando la pantalla del ordenador, y sentí tensarse los músculos alrededor de los ojos y relajarse los de alrededor de la boca: si no era un ceño fruncido exactamente, aquél, desde luego, no era un semblante que invitara a nada. Sí, me di cuenta. En mi centro hay un núcleo duro y gran parte de mi personalidad está construida para no dejar que nadie lo vea. Ni siquiera yo misma llego a verlo: sólo conozco mi expresión neutra en el espejo del baño cuando me lavo la cara por la mañana, la sonrisa ancha de las fotografías y la rarísima visión en un espejo de mi labio superior estirado en una mueca involuntaria por el esfuerzo de levantar peso en el gimnasio, algo que nunca deja de asombrarme.

—Pero no creo que sintiera sola, así sin más —continuó Jerrold—. Su vida profesional estaba llena de gente, la mayoría escritores.

Siempre que le apetecía iba a la redacción. Otras veces se quedaba semanas y semanas en su casa de Long Island para escribir.

Explicó que Maeve era generosa a más no poder.

—Era imposible evitar que fuera por ahí regalando cosas. No era nada materialista y creía que las cosas debían pertenecer a la gente que más las valorara.

Añadió que tenía, además, una presencia y una energía extraordinarias.

—Yo no podía seguir el ritmo de su intensidad, de su entusiasmo. Podía hacerte sentir que tú no le bastabas. La gente así termina desgastando a los demás —explicó—. Creo que hay dos clases de persona: una saca la energía de dentro y reparte personalidad todo el tiempo y la otra saca la energía de los demás y siempre está recibiendo. Quienes reciben resultan agotadores para quienes dan.

Maeve era de las que daban. «¿Y yo de qué tipo seré?», me pregunté (Kate, esto no va sobre ti).

Pero yo ya sabía la respuesta. Bastantes personas me han dicho que las agoto. Hace varios años, una amiga cercana me confesó que «no podía seguir el ritmo» de mis entusiasmos. «Tienes tantos —dijo— que ya no puedo distinguir los reales de los pasajeros.»

¿Acaso «quienes dan», por usar los términos de Jerrold, tienen más probabilidades de vivir solos, en parte porque son «excesivos» para el resto de la gente?

¿O la ecuación describe en realidad otra cosa, las dos caras de la mujer soltera? Sola en casa, vive para sí, sirviéndose de sus recursos internos. Cuando está con otros, representa una especie de papel ante un público, bien porque sí, bien porque esté esperando que un hombre la saque del escenario y se la lleve a casa.

Pronto Jerrold empezó a pensar que su madre, que creció a la sombra de su hermana mayor, precoz y dominante, nunca llegó a ser ella misma de verdad.

La madre de Jerrold había tomado todas las decisiones «correctas» para una mujer aunque, cuando sólo tenía treinta y un

años, se encontró viuda y con cuatro hijos. No sorprende, por tanto, que Maeve fuera objeto de lástima y seguramente incluso de envidia: había tomado las decisiones «equivocadas» pero vivía bastante bien y, hasta cierto punto, debió de resultarle tentador querer castigarla por ello.

Y, sin embargo, para Jerrold, Maeve era un ejemplo de cómo no ser tradicional y tener éxito. Tal vez, de no haber sido por su tía, ella no habría llegado a ser escritora tantos años después.

A veces, cuando entrevisto a alguien y me atrapa tanto la conversación que pierdo el hilo, recorro a la pregunta más sosa de todas: «¿Hay algo que no haya preguntado pero que debería preguntar?». Casi siempre la respuesta es que no, y con razón, pero en aquella ocasión Jerrold parecía haber estado esperando que alguien le preguntara justo eso.

—Le voy a contar algo de lo que la gente no se ha enterado: Maeve creció con más conocimiento de los problemas irlandeses que mi madre, pero toda la familia tenía cicatrices personales por la violencia de la época —dijo—. Habían crecido en la pobreza. Cada dos por tres estaban encarcelando a su padre. Crecieron con miedo y dieron la espalda a la política.

Su nueva vida en Washington, explicó, había sido tranquila y acomodada. Allí se esperaba que las hermanas se comportaran como damiselas.

—Algunos escritores vienen de países en conflicto y escriben sobre ello el resto de su vida. Esta familia en concreto había tenido que exiliarse por la guerra, pero Maeve no mencionó jamás en sus escritos cuestiones políticas ni la guerra irlandesa de independencia.

Le pregunté por las desavenencias familiares que causó la publicación de «Las fuentes del afecto» en 1972. Se quedó callada y por fin confesó:

—El retrato falso y antipático que Maeve hizo de su tía provocó malas reacciones. La familia se sintió muy herida. Maeve parecía haberse apartado mucho de sus raíces, no creo que lo hubiera hecho

de haber estado en Irlanda. Creo que en parte se debió al dolor por la muerte de su padre mientras ella estaba lejos, en Nueva York, en parte a la influencia de su editor, Maxwell, y en parte a la moda que había en aquel momento en *The New York Times* de publicar relatos biográficos.

»Cuando volvió a Irlanda en los setenta, Maeve no vivía un buen momento. Quizá en el fondo abrigara la esperanza de poder volver algún día, pero se dio cuenta de que se había marchado demasiado lejos, supo que con sus acciones había quemado todas las naves. Para entonces ya estaba enferma.

Hizo una pausa.

—El problema con Maeve era su inconstancia. Cuando empezó a perder el contacto con la realidad, se distanció tanto de sus amigos como de sus colegas. Y, para cuando murió, sola, en una residencia, ya se había distanciado de tanta gente que todo el mundo se sintió triste y culpable. Yo no podía permitirme ir al funeral —continuó—. No fue nadie de nuestra familia. Tenía cierta cercanía con su hermano y sus hijos lo arreglaron todo. Todos ellos, mi madre también, dijeron que no la enterraran, que su tumba se convertiría en lugar de peregrinaje. Esparcieron sus cenizas en el mar. Fue algo muy frío.

Permanecí callada.

Como si estuviera leyendo mis pensamientos, Jerrold añadió:

—La gente suele tener una visión romántica de ella, pero para mí es una persona, no un icono ni un mito. Estuve hace poco en Nueva York, en una lectura dedicada a Maeve y conocí a alguien que la había tratado al final de su vida.

—¿Quién? —pregunté.

—Aquí pensábamos que había perdido a todos sus amigos, pero resulta que, después de aquello, después de haber quemado todas las naves, se había marchado a una residencia de artistas y había conocido a una mujer encantadora, Edith Konecky. Si Edith no se hubiera enterado de la lectura y no hubiera aparecido en el *pub*, yo

jamás habría sabido que Maeve tuvo una amiga a lo largo de sus años más difíciles.

Se me aceleró el pulso. En la biografía no hay ninguna mención a Edith Konecky.

—¿Qué le parece esto? —ofreció—. Puedo escribirle por correo electrónico y preguntarle si está dispuesta a hablar con usted.

Después de colgar, la sobrina de Maeve escribió a Edith Konecky y ésta me escribió a mí: «La conocí todo lo bien que se puede conocer a alguien que se está volviendo loco, y creo que tal vez fui la última persona en quien confió».

Y allí estaba yo, en el centro de Manhattan, una fría tarde de febrero de 2013, caminando desde el metro hasta su piso. Me pareció apropiado que hiciera un día tan invernal. A Maeve le encantaban la lluvia y la nieve y vivir junto al mar fuera de temporada, cuando las playas están vacías. Le encantaban tantas cosas —los gatos, los perros, las rosas, las personas— que a veces me pregunto si eligió quedarse sola para poder disfrutar mejor de todas ellas.

Cuando llamé a la puerta del piso de Konecky me abrió una mujer morena de mediana edad, la sobrina viuda de Konecky, que justo acababa de empezar a pasar con ella unos días por semana. Me cogió el abrigo cuando su tía se acercaba. Alta y de pelo blanco, con un destello travieso en la mirada, Konecky irradiaba carisma. De no ser por el temblor de sus manos cuando se acercó a coger hielo para nuestro whisky con soda, jamás habría dicho que acababa de cumplir noventa años.

Me ofrecí a encargarme yo del hielo y me condujo a un salón amplio, atestado de libros; ella se sentó en una mecedora y yo me hundí en un mullido sofá a rayas naranjas que guardaba un sorprendente parecido con la gata atigrada que se le subió al regazo. Konecky ha publicado seis libros; el más reciente, una novela llamada *Love and Money* [Amor y dinero], en 2011.

Le pregunté cuándo había conocido a Maeve.

—En 1972 —respondió (sólo unos meses antes de que Maeve publicara «Las fuentes del afecto»; Konecky tenía cinco años menos, cincuenta)—. Estábamos en la residencia MacDowell, en New Hampshire. Entré al comedor y había una mujer sentada a la mesa con una bolsa de papel marrón en la cabeza y, sin dudarlo, me acerqué y me senté con ella.

—¡Yo habría hecho lo mismo! —reí encantada y sorprendida.

MacDowell era la residencia de artistas a la que yo había ido en 2006, la primera vez que traté de escribir sobre Maeve. No tenía ni idea de que ella hubiera estado allí también.

—Me explicó que acababa de llegar de la peluquería y que no tenía el pelo seco —prosiguió Konecky—. Me fascinó: su acento irlandés, su agudeza mental. Allí los gatos no estaban permitidos, pero ella tenía por lo menos cinco. Todo lo que hacía Maeve era una locura —rio—. Siempre estaba muy ocupada dando de comer a los gatos y limpiando lo que ellos iban dejando. Un día bajó a la ciudad y se encontró un gatita en la nieve. La recogió, se la metió en el abrigo y se paseó por todas las tiendas preguntando de quién era. Nadie la reclamó. Durante un tiempo no hacía más que encontrármela en mi dormitorio, la cogía y la devolvía al cuarto de Maeve.

Una noche, Konecky fue a acostarse y se encontró a la gata hecha una bolita entrañable sobre las mantas. Le preguntó a Maeve si podía quedársela. Maeve respondió: «¡Esa gata necesita a una persona y tú necesitas una gata! Llevo no sé cuánto tiempo poniéndotela sobre la cama todas la noches».

Konecky soltó una risita.

—Nunca había tenido gatos. Nunca creí que terminaran gustándome. Maeve dijo que todo el mundo debería tener una gata llamada *Minnie*, así que la llamé *Minnie* y de esa forma es como llegué a los gatos.

Traté de establecer contacto visual con la gata que Konecky tenía en el regazo y me dije que, cuatro décadas después, la probabilidad de que fuera la misma *Minnie* era nula.

Cuando mencionó el nombre de Elaine Dundy, mi percepción imprecisa del tiempo se volvió aún más laxa. Había entrevistado a Dundy en 2007 para profundizar sobre su novela *Te quiero verde*, de 1958, considerada el primerísimo ejemplo de lo que hoy llamamos *chick-lit*, literatura para jovencitas. En ella, la intrépida protagonista estadounidense, una mujer llamada Sally Jay Gorce, dice sobre las mujeres: «No es nuestro siglo». Así que pregunté a Dundy, por entonces una anciana de ochenta y cinco años, qué pensaba sobre la evolución de las protagonistas a las que había podido recurrir en el transcurso de su vida. Me contó que, en 1964, una amiga y ella estaban tan hartas de las protagonistas «pasivas y explotadas» de su época que decidieron escribir una revista sobre el tema. «La publicábamos en lo que se podría llamar “rojo menstrual” —explicó—. Así que creo que me adelanté a todo el mundo cuando dije que las mujeres teníamos ante nosotras un panorama terrible». Dundy murió un año después, en 2008.

Una noche, en MacDowell, Maeve, Konecky y Dundy se emborracharon mucho.

—Dundy llevaba puesto un jersey marrón y Maeve no podía soportar ese tono de marrón en concreto, así que, cuando Dundy falleció, Maeve cogió el jersey y proclamó: «¡Nunca volverá a verlo!».

Yo estaba en el séptimo cielo oyendo hablar a Konecky: recuerdos, historias, cotilleos.

En otra ocasión, Konecky miró a Maeve con todos sus gatos y dijo: «¿Tú qué eres, una mujer que escribe o una mujer que cuida gatos?».

«Los voy a sacrificar y tú me vas a llevar en coche», respondió Maeve.

«¿Por qué no los sueltas y ya está?» , preguntó Konecky.

«Sería horrible pensar que están pasando frío y perdidos — explicó Maeve—. Prefiero muchísimo más imaginármelos flotando en una nube.» Así que los llevó a un veterinario e hizo que los sacrificara a todos.

—Así es como supe —dijo Konecky— que era una buena católica. Para entonces ya estaba loca —añadió— y cada vez iba a más.

Una noche, de vuelta en la ciudad, Maeve invitó a varias mujeres a casa para tomar una copa en un bar que había montado en su salón. En un momento dado, entró un hombre, un tipo raro de la residencia de artistas a quien era evidente que Maeve no soportaba. Le gritó que se largara y así lo hizo. Cuando se hubo ido, Konecky advirtió a Maeve de que tuviera cuidado porque aquel hombre era esquizofrénico. Maeve dijo: «¡Y yo también!».

Maeve se quedó durante una temporada en uno de los dormitorios de Konecky.

—¿Qué tal era como huésped? —pregunté.

—No se comportaba como huésped —musitó Konecky—. Siempre era muy crítica conmigo. ¿Por qué no estaba escribiendo? ¿Por qué no había terminado aquel libro? ¿Por qué estaba liada con aquella mujer? —Konecky estuvo casada hasta los cuarenta y pico años, cuando fue seducida por una mujer en otra residencia de artistas y se dio cuenta de que era bisexual.

Era innegable que Maeve resultaba demasiado complicada de tratar, pero no cabe duda de que era una amiga entregada y generosa, siempre animando a Konecky a que luchara contra sus inseguridades y se pusiera a escribir. En 1976, cuando Konecky publicó por fin su primer libro, una excelente novela de aprendizaje titulada *Allegra Maud Goldman*, Maeve le hizo una nota para la sobrecubierta: «El único fallo de la novela de Edith es que es demasiado breve».

Trece años después, en 1989, cuando Konecky publicó su segunda novela, *A Place at the Table* [un lugar en la mesa], ya no tenía

contacto con Maeve. El libro concluye con un desgarrador capítulo en el que Rachel, la protagonista, cree que ha visto a su vieja amiga Deirdre en el East Village. «No sé por qué miré por segunda vez, hay muchas vagabundas —dice, pero sí que mira—. Lleva puestas varias capas de harapos mugrientos y corre torpemente con sus zapatos rotos tras un gato callejero.» Cuando la mujer desaparece por la escalera de la línea L del metro, Rachel la sigue nerviosa hasta el vagón y encuentra un asiento justo enfrente de ella:

Lleva las uñas mordidas hasta su nacimiento, las manos sucias y surcadas de venas, pero son las manos de Deirdre, demasiado grandes y fuertes en proporción con el resto. [...] No da señales de reconocerla. [...] Ha debido de perder los dientes, pienso. [...] Los dientes, el negro azulado de su cabello, probablemente el espíritu, lo ha perdido todo.

Rachel la estudia en silencio a lo largo de varias paradas, hasta que, de pronto, Deirdre dice: «Has perdido peso, Rachel». La conversación que sigue es inconexa, chirriante. En un momento dado, Deirdre pregunta: «¿Por qué me estás siguiendo? ¿Qué estás haciendo aquí?».

—¿Es curiosidad morbosa?

Luego, elevando la voz hasta convertirla en un grito que me asusta de verdad, pregunta:

—¿Soy ese destino peor que la muerte?

La miro fijamente.

—¿Se trata de eso? ¿Me estás usando para enfrentarte a tus propios miedos? ¿O para huiiiiiir de ellos?

Estoy demasiado perturbada para contestar. ¿De verdad es que necesito saber qué es lo peor que puede pasar? ¿Esto es lo peor que puede pasar? [...]

—Contéstame, Rachel —dice abriendo los brazos en un gesto muy teatral. Nunca se le dieron bien los gestos teatrales—. Te estoy llamando desde el negro abismo que siempre has sabido que estaba ahí —corea, como una bruja, como un espectro—, el abismo que siempre has evitado de forma tan sospechosa. ¿Soy tu demonio, tu *doppelganger*, tu lado oscuro?

—Creo que sí. Tal vez —respondo—. Sí.

Suspira.

—Bueno, pues no lo soy —dice con su voz normal.

El hechizo se ha roto. Charlan amistosamente hasta que llegan a Carnasie, el final de la línea («Simbolismo barato», masculla Deirdre) y el tren da la vuelta. Deirdre rebusca en las sucias bolsas que tiene a los pies y saca una botella de vino y dos vasos de plástico manchados. Brindan a la salud de la otra, se preguntan por amigos comunes, familia, trabajo. Cuando Deirdre dice que ya no escribe porque no hay nada más sobre lo que escribir, Rachel piensa para sí cuánto le queda a ella sobre lo que escribir: «Confesiones de una vagabunda en Nueva York», «Vivir fuera del mundo», «La mujer que lo dejó todo», «Vagar hacia Carnasie», «Esperando a Godot», «La reina Lear».

Cuando el tren pasa bajo el East River, Deirdre dice:

—Yo observo y escucho [...] y pienso sobre lo que he visto y oído. [...] Sí. Eso es lo que hago. Lo más aterrador de la vida reside, creo, en nuestra capacidad para no prestarle atención.

«Tal vez tenga razón —musita Rachel para sí—. Tal vez por eso lo hacemos, por eso escribimos, por eso vivimos. Porque sentimos interés. Porque somos curiosos, porque prestamos atención. Porque somos niños a los que nunca han puesto anteojeras.»

De vuelta en la calle 14, Rachel sale del metro sabiendo que nunca volverá a ver a su vieja amiga.

El libro es una ficción, pero la escena es tan intensa que parece de verdad. Le pregunté a Konecky si había ocurrido en realidad.

—Vi a una mujer persiguiendo un gato fuera de la parada del metro en la esquina de la calle 14 con la Primera Avenida —contestó—. Iba cubierta de harapos. Una vagabunda. Podría haber sido Maeve. Llevaba tiempo sin saber nada de ella, así que imaginé que era ella y la seguí hasta el metro, pero a partir de ahí es todo inventado. Aún no la habían internado.

La gata se escabulló de su regazo y se fue caminando por el pasillo.

—Seguía buscando un lugar donde sentirse en casa —dijo Konecky— y nunca lo encontró.

Después de que Konecky y yo nos termináramos los cócteles y cenáramos en el restaurante japonés que había cruzando la calle, me mandó a casa con un sobre de manila de tamaño folio lleno de recuerdos de Maeve: doce cartas que envió a Konecky desde Irlanda por correo aéreo; ocho trozos de papel con notas apresuradas, presumiblemente de cuando estuvieron juntas en MacDowell; un sobre fino de color gris azulado, de la antigua redacción de *The New Yorker* en la calle 43 Oeste, bien grapado por todos los bordes. «Estaba en el bolsillo de mi maravilloso abrigo verde lima» está escrito en el anverso con bolígrafo de color turquesa en la característica letra enlazada de Maeve. Lo que contuviera aquel paquete improvisado —¿una llave, un pendiente?— hace tiempo que desapareció.

Dos páginas arrancadas de un calendario con espiral, de enero de 1975, llevan garabateadas un montón de citas y reflexiones. El día 20, Maeve parafrasea un fragmento del ensayo de Albert Camus *Rebelión y arte*: «¡Ah!, si una criatura viva tuviera una forma definida». Debajo escribe: «Edith Konecky (Rubin) es el fénix». El día 27 hay una ecuación críptica, pero que se intuye lógica:

Espejo — necesidad — sentimiento.

Ventana — mente — observación.

También hay transcripciones mecanografiadas del diario de la propia Edith Konecky. El 13 de febrero de 1974 escribió:

Llamada de Maeve esta noche desde Nueva York. [...] El consejo que me da: «Escribe una lista de todo lo que hayas hecho hoy antes de acostarte y luego anota lo que vayas a hacer mañana. Ve al supermercado y quema esa

energía nerviosa tuya. [...] Levántate y haz algo mañana. Sácales brillo a los zapatos.

Me conmovió ver muestras de la preocupación casi maternal de Maeve por Konecky y me alegró mucho su tono despreocupado, la cercanía de dos amigas que se tratan mucho. Era una faceta de Maeve totalmente distinta a la que había visto en sus cartas a Gardner Botsford.

Éste había supuesto para Maeve una especie de benefactor, una presencia paterna casi idealizada, un hombre que la cuidaba y no pedía a cambio más que lo que ella quisiera dar, su escritura. Konecky era una igual. Sobre el papel, al menos, Maeve confiaba en ella menos que en su editor, pero el vínculo que unía a las dos mujeres era muy profundo y se ocupaban de cuidarlo; un vínculo arraigado en el terreno de sus vidas reales, vividas, cotidianas, en el comedor y las pequeñas cabañas de la residencia de artistas en los bosques de New Hampshire, los sofisticados salones de apartamentos sobrecalentados de la ciudad en invierno, las excursiones a la playa, las cenas en el centro de la ciudad. Mientras que con Botsford la correspondencia era la relación, con Konecky era sólo parte de una vida que pasaban compartiendo otras actividades.

Vivir en soledad obliga a la gente a ingeniárselas para resolver sus necesidades emocionales. A mi padre le gusta bromear con que quienes hablan mucho «padecen el síndrome del discurso no pronunciado»; es decir, que pasan tanto tiempo sin hablar que cuando tienen la oportunidad no pueden parar. Es una forma un tanto cruel de pensar en quienes están solos de verdad, pero que puede resultar útil para otros casos. A mí me motivó para diversificar mi cartera de conocidos, por decirlo de algún modo, y parcelar distintos aspectos de mí misma para distintas personas, en parte para no apabullar a nadie con el torrente de mi «discurso no

pronunciado», pero también para no apoyarme en exceso en un contrafuerte que no pudiera ni debiera sostener todo mi peso.

Maeve contó durante mucho tiempo con el apoyo y la protección de sus colegas de *The New Yorker*, pero después de «haber quemado todas las naves», como había dicho su sobrina, y de alejarse cada vez más del entorno profesional, entró a formar parte de una hermandad de escritoras que entendían de primera mano las dificultades de su día a día, si no exactamente su enfermedad, al menos sí la lucha de ser una mujer que también escribía. Empecé a darme cuenta de ello después de leer lo siguiente, que aparece un poco más adelante en la entrada del diario de Konecky sobre la llamada de Maeve, aquella noche de febrero de 1974:

Después llamada de Tillie [Olsen]. Tillie sonaba cansada, triste, tartamudeaba por la fatiga. Maeve sonaba animada, divertida, sin un ápice de autocompasión. Pero me temo que Maeve está en el borde del abismo. Es frágil. Tillie tiene más cuidado, se protege. Las dos son muy solitarias y hurañas. Maeve está más necesitada.

Además de una especie de adivina en cuanto a las formas en que las exigencias de la vida doméstica pueden limitar la producción literaria de las mujeres, Tillie Olsen también era escritora. En su libro *Silences* [silencios], publicado en 1978, pregunta: «¿Qué necesita la creatividad para funcionar a pleno rendimiento?». Su respuesta: «Vidas totalmente entregadas y dedicadas, todo el tiempo necesario para el trabajo, totalidad del yo».

Me gustó enterarme de que Maeve y Tillie Olsen habían sido amigas. A Maeve, después de varias décadas de disfrutar de muy pocas amistades femeninas, por no hablar del distanciamiento geográfico y emocional con respecto a su familia, entablar amistad con mujeres que se tomaban la escritura con la misma seriedad que ella tuvo que haberle parecido un milagro. Por fin había encontrado a su gente (que también tuvo la suerte de ser encontrada, y lo sabía).

Seguramente gracias a la cercanía que hacía tiempo había compartido con su hermana, a Maeve se le daba bien ser una buena amiga, generosa, divertida, comprensiva. En la carpeta de recuerdos de Konecky hay varias cartas que escribió a Maeve mucho después de que muriera. En febrero de 2003 escribió: «Ojalá pudiera preguntarte ahora si te gusta estar muerta». Y en la siguiente página: «En cierta ocasión, me dijiste que nunca le habías dado mucha importancia al sexo, que sólo te acostabas con los hombres por pena (con quienes fueron tus amantes, con tu marido), porque los pobres estaban muy desesperados». Hay un fragmento de Maeve y, debajo, «Maeve, escribiste esto a Tillie Olsen, que lo guardó como un tesoro y lo tenía en la pared de su despacho. Lo he copiado y ahora está en el corcho que hay sobre mi escritorio». El fragmento es el siguiente:

He tratado de buscar la palabra que consiga siempre animarte cuando te encuentres demasiado cansada o triste [para] no estar abatida, pero sólo se me ocurre recordarte que tú eres todo lo que él tiene. Tú eres todo lo que tiene tu trabajo. Tu trabajo no tiene a nadie más y nunca tuvo a nadie más. Si le niegas las manos y una voz, seguirá tal cual, vivo, pero mudo y manco. Sabes que tiene ojos y que puede verte y conoces la esperanza con la que te mira, pero aquí estoy hablando de un alma que es tímida y, sin embargo, desea que la conozcan. Cuando estás tan triste que «no puedes trabajar», existe siempre el peligro de que el miedo entre en juego y empiece a destruirlo todo. Una buena forma de estar siempre en guardia es ir a la ventana y mirar los pájaros durante una, dos o tres horas. Resulta muy reconfortante verlos abrir y cerrar el pico.

Ésta es una amistad de verdad, de las que se toman a otra alma tan en serio como a la propia. Aristóteles lo consideraba el tipo de amor más elevado, la filia o «amor en la amistad», en el que aspirar al bienestar de otra persona es fundamental para nuestro propio florecimiento.

El consejo de Maeve a Tillie Olsen de que se asomara a la ventana para ver los pájaros abrir y cerrar el pico me recordó a la

introducción que escribió en 1969 para sus *Crónicas de Nueva York*, la recopilación de sus columnas en *The New Yorker*. El texto es muy breve y merece la pena leerlo en su totalidad, sobre todo por la descripción que hace de Nueva York, a la altura de la frase de E. B. White, de merecida fama: «A una persona que desee premios extraños, Nueva York le otorgará el regalo de la soledad y el regalo de la privacidad».[38] Lo escribió en 1948. Veintiún años después, Maeve pasó a los anales con la siguiente: «La mayoría de los días pienso en Nueva York como una ciudad volcada, medio inclinada, con sus habitantes colgados, la mayoría de ellos aún capaces de reírse mientras se aferran a la peligrosa isla para no caer».

A mí los pájaros y sus picos me recordaban a algo más universal. Algo más adelante, en la misma introducción, dice que al volver la vista atrás a las cuarenta y siete columnas que escribió entre 1953 y 1968, ve que «no son las maneras raras o extravagantes de la gente lo que le interesa, sino las más corrientes, cuando surge algo que le resulta familiar». Continúa:

[La señora Prolija] se siente atraída hacia lo que reconoce o cree reconocer, y estas cuarenta y siete piezas son el registro de cuarenta y siete momentos de reconocimiento. Alguien dijo: «Sólo somos reales en los momentos de amabilidad». Momentos de amabilidad, momentos de reconocimiento; si hay alguna diferencia, es muy sutil.

La amabilidad de la que habla es distinta del «amor es paciente y bondadoso» de la Biblia y del *mitzvá* de la Torá, también de las pegatinas seculares que dicen «practica actos de bondad al azar y actos de belleza sin sentido», que convierten el hacer algo bonito por otra persona en un acto más bien arbitrario y chistoso.

Lo que Maeve sugiere aquí es que un destello de reconocimiento —del observado por el observador o entre dos personas— tiene la trascendencia de un pájaro que abre y cierra el pico. Revela su profundo aprecio por lo efímero, por los pequeños momentos que a veces pasamos por alto y conforman nuestra existencia cotidiana.

Visto desde el prisma de las definiciones tradicionales de amor y bienestar, el trasiego incesante de Maeve entre pisos, hoteles, residencias de escritores y casas de veraneo de amigos fuera de temporada parece autodestructivo. De haberse quedado en un sitio y haber echado raíces, pensamos, no habría terminado muriendo sola en una residencia. Desde otro punto de vista, sin embargo, a través de la lente de su propia fascinación por los «momentos de reconocimiento», Maeve estaba llevando su vida exactamente tal y como quería. Para ella, lo que los sociólogos llaman «vínculos fuertes» —la mirada sentenciosa de sus hermanas y parientes, la cultura irlandesa, en exceso represiva y sexista— eran asfixiantes; si los hubiera conservado, tal vez no habría muerto sola (destino del que nadie está totalmente a salvo), pero sin duda habrían supuesto un lastre para ella en vida. En Nueva York, rodeada de un elenco en constante cambio de colegas y amantes, porteros y camareros, limpiadoras y taxistas, además de, ya avanzada la mediana edad, amigas, pudo vivir entre una lluvia de meteoros de «vínculos débiles» que la sostenían día a día sin interponerse en la libertad que necesitaba para seguir creciendo como escritora. Todos aquellos meteoros eran su material, también ella fue el suyo propio.

Después de ver a Edith Konecky, pensé que también podría llamar a Richard Rupp, el profesor que había encontrado a Maeve en la residencia, para que me contara sus recuerdos. Hacia el final de nuestra conversación, dijo algo que se me quedó clavado: «Allí tuvo una buena vida, pero fue una vida desdichada porque no tuvo suerte en el amor».

A lo largo de los años he observado que sólo los hombres usan esa expresión —«no tener suerte en el amor»— en referencia exclusivamente a las mujeres sin casar, como si les resultara imposible comprender que la alegría, e incluso la felicidad, son posibles sin un hombre que ocupe el lugar central. Incluso mi padre me lo llegó a decir una vez, con la mejor intención del mundo,

después de una ruptura. Le respondí que claro que estaba triste porque la relación no hubiera funcionado, pero que en realidad sí que me consideraba afortunada en el amor: había tenido el placer de enamorarme varias veces, de hombres que a su vez me habían amado a mí. El que una o varias de esas relaciones no me hubiera durado toda la vida no restaba valor a lo que había ganado. Edna Millay lo resumió bastante bien en su soneto «I Shall Forget You Presently, My Dear» [En breve te olvidaré, mi amor]:

Ojalá el amor durara más tiempo
y los votos no fueran tan efímeros,
pero así son las cosas y la naturaleza se las ha ingeniado
para seguir avanzando sin pausa hasta ahora;
encontremos o no lo que estamos buscando
es inútil, biológicamente hablando.[39]

No cabe duda de que la salud mental de Maeve contribuyó a su perdición, pero yo no estaba convencida de que «no tener suerte en el amor» hubiera tenido tanto que ver en ello.

¿Las mujeres ya son personas?



Ragged Island, Bahía de Casco, en Maine.

A estas alturas seguro que ya se habrán dado cuenta de que, de mis cinco «despertadoras», sólo tres —Neith Boyce, Edna Millay y Maeve Brennan— se ajustaron a la definición oficial de solterona.

No asumo toda la culpa de ello. Cuando me encariñé con Neith y Edna no sabía que acabarían «sumándose a la inmensa mayoría», como lo expresó Neith de forma tan memorable. Desde el principio

había medio sabido que Maeve había estado casada un tiempo, pero su personaje escritor era tan solitario que conseguí olvidar esta circunstancia hasta que Angela Bourke publicó su biografía. Además, dos matrimonios abiertos y un interregno frustrante con un alcoholico no son representativos en realidad del matrimonio tal y como lo había considerado siempre. Edith Wharton me eligió a mí, no al revés, por lo que su matrimonio no cuenta.

Charlotte Perkins Gilman representa una categoría por sí sola. Su capacidad para pensar de forma clara y deliberada sobre cada etapa de su vida[40] es lo que más me ayudó a reflexionar sobre esa fantasía que tuve hace mucho y que puso mi vida adulta en movimiento: los deseos de solterona.

A los veintipocos años, «deseos de solterona» era la expresión en clave que usaba en secreto para referirme a los placeres novedosos de estar sola. A medida que me hacía mayor y sentía con mayor peso sobre mí la expectativa social del matrimonio, las palabras pasaron a ser más bien un SOS, una forma de imaginar con todo detalle cómo sería eso de sentar cabeza. La palabra *deseo* es fundamental. Un deseo es un anhelo, no un plan de acción. Precisamente, tal vez, por encontrar tanto sentido y satisfacción en mis relaciones es por lo que recurría a aquella fantasía de escapista no porque no quisiera aquellas relaciones, sino porque también quería encontrar otras vías de sentido e identidad.

Sólo ahora, al echar la vista atrás, me doy cuenta de que ese SOS acabó siendo además un refuerzo positivo: al estar siempre preguntándome por «mujeres ambiguas» —el maravilloso término de la investigadora Carolyn Heilbrun para quienes eligen no poner a un hombre en el centro de sus vidas— y conversar mentalmente con ellas, me convertí en una más.

No fue hasta que me puse a investigar para este libro y alcancé un mayor conocimiento de la historia, en gran parte no escrita, de la «mujer ambigua», cuando me enamoré de verdad de la palabra

solterona. Para explicar por qué, tengo que compartir otras dos breves lecciones de historia.

La primera lección es anterior a las vidas y épocas de mis cinco despertadoras. Como apunté en las primeras páginas de este ensayo, antes del nacimiento de Estados Unidos, las solteronas solían ser mujeres marginadas, apartadas de la sociedad por las circunstancias, y en aquellos márgenes soportaban los rigores del aislamiento y el menosprecio.

Esto empezó a cambiar durante la Revolución de las Trece Colonias, cuando el fervor por la independencia social y política inspirado por la nueva Constitución provocó que no pocas pensadoras empezaran a cuestionarse el «imperativo conyugal» y se convirtieran así en lo que considero «solteronas radicales»: marginadas serenas con una misión.

Según la historiadora Lee Chambers-Schiller, entre pequeños grupos de mujeres de Nueva Inglaterra nacidas entre 1780 y 1840 surgió lo que denomina el «culto a la bendita doncellez»:[41] mujeres no casadas que eligen su estado y viven encantadas así. Como el culto a la domesticidad, mucho más extendido, no era un culto en sí, sino, más bien, la manera en que determinadas mujeres (tampoco es que hubiera tantas) se consideraban a sí mismas en relación con el orden social, en concreto, mujeres que optaban por seguir célibes en lugar de comprometer su integridad casándose por meros beneficios sociales o económicos. Al rechazar la «autoabnegación inherente a la domesticidad» se dedicaron a «cultivar su yo», con la defensa de la vida en soltería «como un estado valioso tanto en lo social como en lo personal» y «dieron forma a los valores de la independencia femenina a través de su elección en contra del matrimonio».

Muchas de las pensadoras más influyentes de la época —entre las más destacadas, la primera mujer intelectual conocida de Estados Unidos, Margaret Fuller, la gran sufragista Susan B. Anthony[42] y

la conocida novelista Louisa May Alcott— permanecieron solteras la mayor parte de su vida, si no toda. En 1984, cuando Chambers-Schiller publicó el primer estudio histórico de estas pioneras, extrajo el título, *Liberty, a Better Husband* [La libertad, un marido mejor], de una entrada del diario de Alcott, escrito el día de San Valentín de 1868, en el que la novelista, que no se casó jamás, menciona un artículo que acababa de escribir titulado «Happy Women» [Mujeres felices]. «Añado a mi lista a todas las solteras ocupadas, útiles e independientes que conozco —señala Alcott— porque para muchas de nosotras la libertad es un marido mucho mejor que el amor.»

Me gusta pensar que estas escritoras y activistas influyeron en el grupo de costureras solteras que pidieron a la Asamblea Legislativa del estado de Massachusetts que les concediera su propio pueblo después de la Guerra de Secesión. Estas mujeres sostenían que, al superar de lejos el número de hombres de la región y, por lo tanto, no poder casarse, el estado debía, en realidad, ofrecerse a ser su marido. Solicitaron una «extensión de tierras buenas y cultivables» dividida en parcelas con una superficie variable de entre 0,2 y 2 hectáreas, cada una con «una buena casa (aunque lo más barata posible)». Cada mujer debería recibir «raciones, herramientas, semillas e instrucciones para cultivar» hasta que fuera capaz de mantenerse, momento en el que devolvería la deuda y se convertiría en la única propietaria de su terreno, que podría dejar en herencia a otra mujer cuando muriera.

¡Qué petición tan razonable, modesta e incluso considerada! No sorprende que la Asamblea Legislativa ni siquiera contestara, pero la propuesta señala con brillantez los aprietos en los que se encontraba una clase baja formada por viudas y potenciales viudas que no tenían más opción que arreglárselas solas (y que respondieron con respeto por sí mismas e inventiva, lo que resulta aún más revelador).

La segunda (y última) lección de historia trata de un fenómeno ya secular, conocido entre los demógrafos e historiadores como la «transición demográfica»: un descenso enorme y prolongado en el tamaño de la unidad familiar que tuvo lugar en Estados Unidos entre 1800 y 1940.

A lo largo de los siglos XVII y XVIII era habitual que una mujer diera a luz nueve meses después de casarse y siguiera quedándose embarazada cada dos años, hasta que llegara al final de su vida fértil o muriera (lo que ocurriera primero). Incluso con las elevadas tasas de mortalidad infantil, los grandes riesgos aparejados al embarazo y el parto y el hecho de que algunas mujeres no se casaran, otras fueran infértiles y otras desarrollaran infertilidad secundaria, la familia media «completa» —aquella en la que la madre alcanzaba los cincuenta años de edad— tenía 8,02 hijos.

Hace poco, Kathryn Sklar, especialista en historia de las mujeres, me enseñó un gráfico y pude comprobarlo por mí misma: hay una línea recta que avanza constante a lo largo de dos siglos en la marca de 8,02 hijos, hasta principios del siglo XIX, cuando empieza a caer en picado y va descendiendo sin cesar durante los ciento veinte años siguientes. En 1900, la media había disminuido hasta cuatro hijos por familia. Se hundió aún más durante la Gran Depresión, hasta tres, y tuvo un repunte a finales de las décadas de 1940 y 1950. Lo que hoy consideramos el *baby boom* de mediados de siglo nos devolvió en realidad al punto en el que nos encontrábamos en 1900: un promedio de cuatro hijos por familia. En las décadas de 1970 y 1980, el tamaño de las familias alcanzó su valor histórico mínimo (entre uno y dos hijos), en el que ha seguido rondando desde entonces.

Aún no somos capaces de explicar en su totalidad este cambio tan radical. Mi primera suposición fue la migración a las ciudades, pero Sklar me explicó que en los núcleos urbanos la fertilidad siempre había sido baja (me impactó enterarme de que el descenso de la fertilidad venía en realidad de las zonas rurales) y que los

demógrafos apuntan a la importancia de que las familias, y las mujeres de esas familias, desearan controlar su futuro económico con nuevos métodos. Algunos sostienen incluso que esta actitud «industriosa», que precedió a la Revolución Industrial hizo posible esa revolución.

En su fascinante artículo «Victorian Women and Domestic Life» [Las mujeres victorianas y la vida doméstica], Sklar sostiene que el paso de familias grandes a familias pequeñas tuvo lugar porque, por primera vez en la historia estadounidense, las mujeres de todas las clases sociales y razas ejercieron un control consciente sobre sus cuerpos y el proceso reproductivo. Esta «adopción generalizada de la limitación de la familia», junto con los demás cambios drásticos que tuvieron lugar en Estados Unidos entre 1830 y 1880 —las revoluciones del transporte y las comunicaciones, la abolición de la esclavitud y la separación de la vida pública y privada, por nombrar sólo algunos— «supusieron una auténtica transformación en la historia de la humanidad de la envergadura de la revolución neolítica».

Todo ello equivale a decir que aquélla fue la primera vez que las mujeres como grupo (en contraposición a individuos aislados) ejercieron el control sobre sus propios cuerpos y el proceso reproductivo; la primera vez que las mujeres actuaron partiendo de la base de que primero eran personas y, luego, mujeres.

Sklar utiliza en su estudio el ejemplo de la tía abuela de Charlotte Perkins Gilman, Harriet Beecher Stowe. Harriet se casó con Calvin Stowe en 1836, a sus veinticuatro años. En 1843, ya tenía cinco hijos, entre ellos dos gemelos. El matrimonio era bueno, pero el verano siguiente, en 1844, Calvin se fue de viaje por trabajo, como todos los años, y en la serie de cartas que intercambiaron mientras estaba fuera, surge un callejón sin salida.

Calvin es muy comunicativo en lo que respecta a su atracción por su mujer:

Cada deseo que tengo, intelectual y físico, se ve totalmente satisfecho y cumplido y sin necesidad de pedir nada más. El gozo que obtengo contigo no se ve debilitado por el tiempo ni limado por la edad y cada reencuentro después de la separación es para mí una luna de miel igual que el primer mes después de casados —escribe—. Y, sin embargo, no somos todo lo felices que podríamos ser.

Se trata de una referencia velada a su vida sexual. A su manera, Harriet ha ido dejando claro que ya está cansada de las exigencias que acarrea ser esposa: «Estoy harta del olor a leche agria y a carne agria, a todo agrio, y de que todo huela a moho; me siento como si no quisiera comer nunca más». En otra carta escribe: «Me siento sin vida, sin energía, sin apetito... De hecho, me estoy volviendo bastante etérea».

Lo que no expresa abiertamente es el recuerdo de su madre, que dio a luz a once hijos antes de morir, a los cuarenta y un años. Harriet no se iba a dar ese mismo destino. Su método anticonceptivo era la abstinencia sexual. En la primavera de 1846 se marchó a Brattleboro, en Vermont, para disfrutar de una cura de aguas y se quedó allí diez meses. Casi justo después de que volviera a casa, Calvin hizo lo mismo y pasó quince meses fuera. De esta forma, durante seis años —de 1843 a 1849— Harriet evitó quedarse embarazada. En 1848 y 1850, con treinta y siete y treinta y nueve años, dio a luz dos veces más, con lo que se evitó, como dice Sklar, de dos a tres hijos que su madre sí tuvo.

Sin duda, su hermana Catharine coincidía con ella. En su celeberrimo *Treatise on Domestic Economy* [Tratado de economía doméstica], publicado por primera vez en 1841 y reeditado todos los años hasta 1856, escribió que el hecho determinante en la vida de una mujer era si la ésta controlaba o no esa vida porque «no hay nada que señale de forma tan clara la diferencia entre una mente débil y una mente fuerte como el hecho de que ellas controlen las circunstancias o las circunstancias las controlen a ellas».

Como las cifras dejan meridianamente claro, Harriet Beecher Stowe y su marido formaban parte de una tendencia nacional hacia la planificación familiar que afectaba a todos los grupos y clases sociales. La época victoriana ha llegado hasta el imaginario colectivo como un festival de la frigidez que duró un siglo. En realidad, Sklar sugiere que el denominado «desapasionamiento» que atribuimos a las mujeres victorianas era la forma que ingeniaron para acallar su propia libido y la de sus maridos y así poder abstenerse del sexo en un tiempo en el que el control de la natalidad era poco fiable o físicamente incómodo (por ejemplo, las tripas de oveja).

Ha pasado más de un siglo. Hoy en día les decimos a las niñas que esperen a hacerse mayores para ser o hacer lo que quieran, pero la presión social por ser madre sigue siendo muy fuerte y rara es quien no sucumba, al menos en alguna ocasión, al miedo inquietante de que, si nunca tiene hijos, se arrepentirá de ello toda su vida.

La declaración de adolescente de Charlotte Perkins Gilman a su amada Martha Luther, por tanto, sigue siendo una de las cosas más proféticas que escribió jamás. He aquí el fragmento que cité antes, esta vez con la frase en cuestión destacada en negrita:

De verdad que me alegro de no casarme [...]. Si dejo a un lado ese asunto y hago las cosas a mi manera, lo que gane en fuerza individual y desarrollo de carácter personal, **yo misma como un yo, ya sabes, no sólo como mujer o como ese animal útil que es la esposa y madre,** creo que compensará, y más que compensará en utilidad y efecto, la otra felicidad que disfrutaría parte de mí.

Si la investigación para este libro me enseñó el auténtico valor de la solterona, su escritura me permitió ver que la pregunta que llevaba tanto tiempo planteándome —casarme o permanecer soltera— es una falsa dicotomía. El espacio en el que siempre he querido vivir —de hecho, en el que he pasado mi edad adulta— no se encuentra

entre esos dos polos, sino más allá de ellos. La elección entre estar casada y estar soltera ni siquiera tiene cabida aquí, en el siglo XXI.

Ahora la pregunta es totalmente distinta: ¿las mujeres son ya personas? Con ello quiero decir lo siguiente: ¿ya estamos preparados para que una mujer joven emprenda el largo camino de su vida como ser humano que tiene un sexo pero no está limitado por él? Aun con una lentitud atroz y con muchas paradas y comienzos a lo largo del camino, hemos ido evolucionando hasta esta nueva pregunta desde la misma fundación de Estados Unidos. Hasta que la respuesta sea un «sí» indiscutible, una niña no podrá crecer igual que un niño, con la libertad para considerar su vida a largo plazo su propio y distinto del resto.

Reconozco que recuperar el término *solterona* es una tarea monumental. Mi objetivo es más modesto: ofrecerlo como palabra clave para designar el hecho de aferrarte a esa parte de ti que es independiente y autosuficiente, estés soltera o en pareja.

Si estás soltera, ya sea por no haberte casado nunca, por haberte divorciado o por haber enviudado, puedes llevar la palabra *solterona* como un talismán, un recordatorio constante de que estás en muy buena compañía; de hecho, formas parte de una larga y noble tradición de mujeres, pasadas y presentes, que vivieron o viven a su manera.

Si te encuentras infelizmente en pareja, puedes usar la palabra *solterona* para evocar un momento en el que no era así y para recordar que estar sola es con mucho preferible a vivir en una mala relación. Averiguar cómo recuperar ese yo más feliz puede servir de mapa para salir de ahí.

En cuanto a las que viven felices en pareja, sobre todo las que logran conciliar el trabajo y los niños, *solterona* puede ser el código para recordar que tenéis que encontrar tiempo para vosotras mismas. Y si nunca habéis aprendido a estar solas de un modo que os resulte fructífero y revitalizador, no hay mejor momento que el

actual. Como escribió en 1896 Sarah Orne Jewett, otra mujer que nunca se casó, en su novela corta *La tierra de los abetos puntiagudos*, que sigue siendo uno de los mejores libros sobre las múltiples variedades de la soltería:

El mundo entero está lleno de senderos transitados que llevan a los santuarios de la soledad. Por mucho que se esfuerce, el mundo no puede olvidarlos. Los pies de los jóvenes acaban por encontrarlos, bien por curiosidad o bien por algún oscuro presentimiento, mientras que a los viejos los llevan sus corazones repletos de recuerdos.

Mañana por la mañana, Willy, S. y yo nos vamos en coche al norte, a Newburyport, y de allí subiremos por la costa de Maine.

A estas alturas de mi vida hace ya treinta y siete años que conozco a Willy. Ahora mismo está saliendo con un escultor que vive en Queens (tiene que entregar un trabajo, por lo que no puede venir con nosotros).

Conocí a S. en 2012 por amigos comunes. En nuestra primera cita fuimos a ver *Ricardo III* a la Academia de Música de Brooklyn. En la segunda, al estreno nacional de la *Novena Sinfonía* de Philip Glass en el Carnegie Hall. En la tercera, me recogió una tarde en mi trabajo, cerca de Columbus Circle, para tomar café en Central Park y, en el camino de vuelta, me cogió la mano y, cuando nos despedimos, nos besamos tanto rato que supe al instante que durante un tiempo no habría nadie más que él en mi vida.

Él también vive en Brooklyn, aunque a cuarenta minutos y dos líneas de metro de distancia. Es escritor *freelance*, siete años menor que Willy y que yo, alto y delgado y de pelo castaño oscuro, y cuando digo que es brillante me refiero a que tiene una inteligencia moral sin igual y que hablar con él es como pasear por una biblioteca llena de libros que no he leído nunca (y algunos que sí que he leído), donde hay espacio suficiente para que deambulen mis propios pensamientos. A veces pienso que en él hay un poco de todos los hombres a los que he amado y otras pienso que nunca he

conocido a nadie como él. Es tan peculiar y honesto como, para consternación mía en ocasiones, poco romántico, aunque una vez sí que me dijo la cosa más romántica que nadie me ha dicho jamás: que le gustaba la idea de tener un hijo conmigo porque admira mucho el tipo de mujer que soy y que quiere verme criar a una hija a mi imagen y semejanza. No tengo ni idea de si eso llegará a pasar. Nuestra diferencia de edad parece haber eliminado las expectativas convencionales; por primera vez, no me siento presionada por estar lista para algo para lo que no lo estoy. Con bastante frecuencia nos enzarzamos en una pelea que me hace pensar que hemos llegado al final, lo que puede resultar perturbador, pero aun así prefiero esa incertidumbre a una falsa comodidad.

Los tres vamos a hacer noche en Newburyport y luego conduciremos tres horas hasta Harpswell, en Maine, donde buscaremos a un pescador que nos lleve hasta Ragged Island, la isla que Edna Millay y Eugen Boissevain compraron en 1933. Está en el extremo más remoto de la Bahía de Casco, mide unas treinta y dos hectáreas, alberga sólo una casa y no tiene electricidad ni saneamiento. Tras la muerte de Edna, fue adquirida por una pareja de cincuenta y pocos años y, a través de unos amigos, pude localizar a uno de sus nietos, hoy redactor en el *New York Times*.

—Es difícil vivir allí, no es para todo el mundo —me contó, orgulloso, cuando hablamos por teléfono—. Cocina de leña, lámparas de queroseno, frigorífico de propano.

Me contó que había un camino por el bosque que llevaba al pozo, que había que llenar cubos de agua de veinte litros y «acarrearlos de vuelta a la casa».

Mientras hablábamos, entramos los dos en Google Earth para hacer un recorrido virtual. La isla sólo es acogedora los meses de verano. Según los lugareños, Edna pasaba casi todo ese tiempo desnuda, paseándose en lo que pensaba que era absoluta privacidad, ajena a los pescadores que podían verla perfectamente desde sus barcos mientras arrastraban las trampas para langostas.

—¡Anda! —dije—, igual que su poesía. Todas esas intimidades al descubierto.

También nadaba desnuda. Vista desde el cielo, la calita donde se bañaba tiene la forma exacta de un corazón.

Mientras preparábamos nuestro peregrinaje, había pensado en la poeta Mary Oliver, que tenía quince años cuando murió Edna, en 1950. Al día siguiente de terminar el instituto salió en coche de la casa de sus padres, en Ohio, hasta Steepletop, la finca de Edna situada en el centro del estado de Nueva York, donde entabló amistad con la hermana de Edna, Norma, y allí se quedó. «Tenía diecisiete años, todo me fascinaba y podría decirse que estuve viviendo allí los seis o siete años siguientes, correteando como una niña por sus trescientas veinte hectáreas», escribiría Oliver más tarde.

Como ocurrió con mi primera visita a la casa de Edna en Newburyport, no sabré por qué quiero ver Ragged Island hasta llegar allí. Supongo que Willy, S. y yo estaremos una hora o así paseando por allí, luego volveremos en barca a la costa, conduciremos hasta Portland, al otro lado de la bahía, y cogeremos el ferri hasta Cushing Island, donde la familia de Willy tiene una casa. En esta isla veraneaba mi familia cuando era pequeña, cuando Willy, los otros niños y yo echábamos carreras en bañador por grandes prados verdes hasta la playa, donde, si había marea baja, yo me apartaba del resto y me iba a un largo istmo de rocas y pozas para «jugar a Karana» (que ya de adulta recordaba erróneamente como «Karenina», esa otra mujer marginada).

Este día de finales de verano llevaremos la compra con nosotros en el ferri. Tal vez cozamos langostas en una olla, mojemos la carne en cuencos de mantequilla derretida y nos tomemos entre los tres un par de botellas de vino. Después nos sentaremos en el porche y charlaremos en el silencio cada vez más profundo de la noche.

Tal vez Willy nos cuente historias de Margot Schuyler, su tía abuela solterona, que también veraneaba en esta isla y entabló una

amistad para toda la vida con Edna después de su desastroso encuentro de una noche en París, en 1922, cuando Edna estaba allí escribiendo para *Vanity Fair*. Margot tenía un tatuaje en la cara interna del muslo —dos pájaros posados sobre dos manos, la «cimera de la familia Schuyler» lo llamaba— y otro, de una araña viuda negra, en el hombro.

Willy nos va a dejar a S. y a mí el dormitorio principal, seguro, que tiene el techo alto y a dos aguas —es muy generosa para esas cosas— y se quedará con el más pequeño, situado al otro lado de la casa. S. se quedará dormido antes que yo, como siempre, y yo seguramente me quede despierta pensando con terquedad, tal vez con precisión, por qué no puedo librarme de estas cinco despertadoras, ya forman parte de mí, demasiado. Empezaré a idear un plan para visitar East Hampton, por si encuentro la casita de tablones de madera junto al mar en la que Maeve Brennan vivió un tiempo, la que describió en un relato como «absurda» pero que «a pesar de todo lo que le faltaba y de su apariencia temporal [...] contagiaba alegría y te daba la bienvenida» y que, como ella, tenía «buen corazón a pesar de sí misma».

Por la mañana, nos despertará temprano el canto de los pájaros, charlando entre sí en las cimas de los árboles que nos rodean, tejiendo con su intrincada conversación un delicado mantel de encaje dispuesto sobre una mesa de desayuno larga y brillante, preparándonos para el día que va a comenzar.

Una noche, no mucho después de que Mary Oliver se mudara de la finca de Edna Millay a Greenwich Village, volvió a visitar a Norma y se la encontró sentada en la cocina con una fotógrafa llamada Molly Malone Cook. «Bastó una sola mirada para que quedara totalmente atrapada en sus redes», escribió Oliver varias décadas más tarde en un álbum de fotografías sobre Cook y ella, después de más de cuarenta años juntas.

En 1990, el año en que terminé el instituto, Oliver escribió un poema titulado «The Summer Day» [El día de verano]. Termina

planteando una pregunta que me electrizó cuando la leí por primera vez en 1992 y que cuatro años después, cuando mi madre murió, absorbí en mi torrente sanguíneo, como un mantra mudo:

Dime, ¿qué pretendes hacer
con esa vida tuya, única, salvaje y preciosa?[\[43\]](#)

Obras citadas y consultadas

- Ackerman, J. M., C. C. Nocera, y J. A. Bargh, «Incidental Haptic Sensations Influence Social Judgments and Decisions», en *Science*, 22 de junio de 2010, vol. 328, n.º 5 987.
- Allaback, Sarah, *The First American Women Architects*, University of Illinois Press, 2008.
- Austen, Jane, *Emma*, John Murray, 1815 [*Emma*, trad. José Luis López Muñoz, Alianza Editorial, 2013].
- Beauvoir, Simone de, *Memoirs of a Dutiful Daughter*, Gallimard, 1958 [*Memorias de una joven formal*, Sudamericana, 1983].
- , *The Second Sex*, Gallimard, 1949 [*El segundo sexo*, Sudamericana, 1999].
- Beecher, Catharine, *A Treatise on Domestic Economy*, Harper & Brothers, 1841.
- , *Letters to the People on Health and Happiness*, Harper & Brothers, 1856.
- Bines, Joan P., *Words They Lived By: Colonial New England Speech, Then and Now*, Eye of the Beholder, 2013.
- Botsford, Gardner, *A Life of Privilege, Mostly*, St. Martin's Press, 2003.
- Bourke, Angela, *Maeve Brennan: Homesick at «The New Yorker»: An Irish Writer in Exile*, Counterpoint, 2004.
- Boyce, Neith, *The Bond*, Duffield & Co., 1908.
- Boyd, Nancy, *Distressing Dialogues*, Harper & Brothers, 1924.
- Brennan, Maeve, *The Long-Winded Lady: Notes from «The New Yorker»*, William Morrow, 1969 [*Crónicas de Nueva York*, trad. Isabel Núñez, Alfabia, 2011].

- Brown, Gillian, *Domestic Individualism: Imagining Self in Nineteenth-Century America*, University of California Press, 1990.
- Callahan, Michael, «Sorority on E. 63rd St.», en *Vanity Fair*, abril de 2010.
- Carter, Susan B.; Roger L. Ransom y Richard Sutch, «Family Matters: The Life-Cycle Transition and the Unparalleled Antebellum American Fertility Decline», en Guinnane, Timothy W., Sundstrom, William A. y Whatley, Warren C. (ed.), *History Matters: Essays on Economic Growth, Technology, and Demographic Change*, Stanford University Press, 2003.
- Ceplair, Larry (ed.), *Charlotte Perkins Gilman: A Nonfiction Reader*, Columbia University Press, 1991.
- Chambers-Schiller, Lee Virginia, *Liberty, a Better Husband: Single Women in America: The Generations of 1780-1840*, Yale University Press, 1984.
- Collins, Gail. *America's Women: 400 Years of Dolls, Drudges, Helpmates, and Heroines*, William Morrow, 2003.
- Coontz, Stephanie, *A Strange Stirring: The Feminine Mystique and American Women at the Dawn of the 1960s*, Basic Books, 2011.
- , *Marriage, a History: From Obedience to Intimacy, or How Love Conquered Marriage*, Viking Press, 2005 [*Historia del matrimonio: cómo el amor conquistó el matrimonio*, trad. Aleira Bixio, Gedisa, 2006].
- Davis, Cynthia J., *Charlotte Perkins Gilman: A Biography*, Stanford University Press, 2010.
- Davis, Katharine Bement, «A Study of the Sex Life of the Normal Married Woman», en *Journal of Social Hygiene*, marzo de 1923, vol. IX, n.º 3.
- Dazkir, Sibel S., y Marilyn R. Read, «Furniture Forms and Their Influence on Our Emotional Responses Toward Interior Environments», en *Environment and Behavior*, septiembre de 2012, vol. 44, n.º 5.

- DeBoer-Langworthy, Carol, *The Modern World of Neith Boyce: Autobiography and Diaries*, University of New Mexico Press, 2003.
- DePaulo, Bella, *Singled Out: How Singles Are Stereotyped, Stigmatized, and Ignored, and Still Live Happily Ever After*, St. Martin's Press, 2006.
- Didion, Joan, *Play It as It Lays*, Farrar, Straus & Giroux, 1970.
- Doan, Laura L. (ed.), *Old Maids to Radical Spinsters: Unmarried Women in the Twentieth-Century Novel*, University of Illinois Press, 1991.
- Draper, Dorothy, *Entertaining Is Fun! How to Be a Popular Hostess*, Doubleday, 1948.
- Dublin, Thomas, *Women at Work: The Transformation of Work and Community*, Columbia University Press, 1979.
- Dundy, Elaine, *The Dud Avocado*, E. P. Dutton & Co., 1958 [*Te quiero verde*, trad. Ismael Attrache, Duomo, 2010].
- Eastman, Max, *Great Companions: Critical Memoirs of Some Famous Friends*, Farrar, Straus & Cudahy, 1959.
- Ehrenreich, Barbara y Deirdre English, *Witches, Midwives, and Nurses: A History of Women Healers*, 2.^a ed., The Feminist Press at CUNY, 1973, 2010 [*Brujas, comadronas y enfermeras: historia de las sanadoras; dolencias y trastornos: política sexual de la enfermedad*, trad. Mireia Bofill y Paola Lingua, La Sal, 1988].
- Eliot, George, *Middlemarch: A Study of Provincial Life*, William Blackwood and Sons, 1871 [*Middlemarch*, trad. José Luis López Muñoz, RBA, 2010].
- Epstein, Daniel Mark, *What Lips My Lips Have Kissed: The Loves and Poems of Edna St. Vincent Millay*, Henry Holt, 2001.
- Foley Doyle, Jean, *Life in Newburyport, 1900–1950*, Peter E. Randall Publisher LLC, 2007.
- Freedman, Diane P. (ed.), *Millay at 100: A Critical Reappraisal*, Southern Illinois University Press, 1995.
- Friedan, Betty, *The Feminine Mystique*, W. W. Norton, 1963 [*La mística de la feminidad*, trad. Magalí Martínez Solimán, Cátedra,

- 2009].
- Fuller, Margaret, *Woman in the Nineteenth Century*, Greeley & McElrath, 1845 [*La mujer en el siglo XIX*, trad. Javier Alcoriza Vento y Antonio Lastra, Letra Capital, 2009].
- Gay, Peter, *Modernism: The Lure of Heresy*, W. W. Norton, 2007 [*Modernidad: la atracción de la herejía de Baudelaire a Beckett*, trad. Marta Pino, A. Corriente, C. Artime y E. Almazán, Paidós, 2007].
- , *The Bourgeois Experience: Victoria to Freud: Education of the Senses*, Oxford University Press, 1984 [*La experiencia burguesa: de Victoria a Freud*, trad. Evangelina Niño de la Selva, Fondo de Cultura Económica, 1992].
- Gill, Brendan, *Here at «The New Yorker»*, Random House, 1975.
- Gilman, Charlotte Perkins, *The Living of Charlotte Perkins Gilman: An Autobiography*, D. Appleton-Century, 1935.
- , *Women and Economics*, Small, Maynard & Co., 1898 [*Mujeres y economía: un estudio sobre la relación económica entre hombres y mujeres como factor de evolución social*, trad. Empar Barranco Ureña, Universitat de València, 2008].
- Gissing, George, *New Grub Street*, Smith, Elder & Co., 1891 [*La nueva Grub Street*, trad. Miguel Temprano García, Alba, 2007].
- Goldman-Price, Irene (ed.), *My Dear Governess: The Letters of Edith Wharton to Anna Bahlmann*, Yale University Press, 2012.
- Gornick, Vivian, *Approaching Eye Level*, Beacon Press, 1997.
- Granovetter, Mark S., «The Strength of Weak Ties», en *American Journal of Sociology*, mayo de 1973, vol. 78, n.º 6.
- Grimm, Robert Thornton, Jr., «Forerunners for a Domestic Revolution: Jane Addams, Charlotte Perkins Gilman, and the Ideology of Childhood, 1900-1916», en *Illinois Historical Journal*, primavera de 1997, vol. 90, n.º 1.
- Hawthorne, Mary, «A Traveller in Residence», en *London Review of Books*, 13 de noviembre de 1997, vol. 19, n.º 22.
- , «Observer», en *The New Yorker*, 28 de diciembre de 1998.
- Hayden, Dolores, *The Grand Domestic Revolution*, MIT Press, 1981.

- Heilbrun, Carolyn G., *Writing a Woman's Life*, W. W. Norton, 1988 [Escribir la vida de una mujer, trad. Ángel G. Loureiro, Megazul, 1994].
- Hess, Judy y Padma Catell, «Dual Dwelling Duos: An Alternative for Long-Term Relationships», en *Journal of Couples Therapy*, 2001, vol. 10, n.º 3/4.
- Israel, Betsy, *The Bachelor Girl: The Secret History of Single Women*, William Morrow/Harper Collins, 2002.
- Jackson, Shirley, *We Have Always Lived in the Castle*, Viking Press, 1962 [Siempre hemos vivido en el castillo, trad. Paula Kuffer, Minúscula, 2012].
- James, Henry, *The Bostonians*, Macmillan, 1886 [Las bostonianas, trad. Sergio Pitol, Seix Barral, 1986].
- , *The Portrait of a Lady*, Houghton Mifflin, 1881 [Retrato de una dama, trad. Ana Eiroa Guillén, Penguin Clásicos, 2015].
- Jerrold, Yvonne, *A Case of Wild Justice?*, Troubador Publishing Ltd., 2008.
- Jewett, Sarah Orne, *The Country of the Pointed Firs*, Houghton Mifflin & Co., 1896 [La tierra de los abetos puntiagudos, trad. Juan López Gavilán, Universitat de València, 2008].
- Kazin, Alfred, «Brooklyn Bridge», en *Harper's Bazaar*, 1946.
- Kessler, Carol Farley, *Charlotte Perkins Gilman: Her Progress Toward Utopia with Selected Writings*, Syracuse University Press, 1995.
- Kessler-Harris, Alice, *In Pursuit of Equity: Women, Men, and the Quest for Economic Citizenship in 20th-Century America*, Oxford University Press, 2001.
- , *Out to Work: A History of Wage-Earning Women in the United States*, Oxford University Press, 2003.
- Keyser, Catherine, *Playing Smart: New York Women Writers and Modern Magazine Culture*, Rutgers University Press, 2010.
- Knight, Denise D. (ed.), *The Abridged Diaries of Charlotte Perkins Gilman*, University Press of Virginia, 1998.
- Konecky, Edith, *A Place at the Table*, Hamilton Stone Editions, 1989.

- , *Allegra Maud Goldman*, Harper & Row, 1976.
- , *Love and Money*, Hamilton Stone Editions, 2011.
- Kroeger, Brooke, *Fannie: The Talent for Success of Writer Fannie Hurst*, Times Books, 1999.
- , *Nellie Bly: Daredevil, Reporter, Feminist*, Times Books, 1994.
- Kundera, Milan, *Immortality*, trad. Peter Kussy, Grove Weidenfeld, 1991 [*La inmortalidad*, trad. Fernando de Valenzuela, Tusquets, 1990].
- Larson Research + Strategy, «The 2013 Allianz Women, Money, and Power Study», 2012.
- Lee, Hermione, *Edith Wharton*, Alfred A. Knopf, 2007.
- Lerner, Gerda, *The Creation of Feminist Consciousness: From the Middle Ages to Eighteen-Seventy*, Oxford University Press, 1993.
- Lesko, Barbara S., *The Great Goddesses of Egypt*, University of Oklahoma Press, 1999.
- Lessing, Doris, *Prisons We Choose to Live Inside*, Harper Perennial, 1987 [*Las cárceles elegidas*, trad. María Antonia Neira Bigorra y Juan Carlos Rodríguez Aguilar, Fondo de Cultura Económica, 2007].
- Lynch-Brennan, Margaret, *The Irish Bridget: Irish Immigrant Women in Domestic Service in America, 1840–1930*, Syracuse University Press, 2009.
- MacBain, Jenny, *The Salem Witch Trials: A Primary Source History of the Witchcraft Trials in Salem, Massachusetts*, Rosen Publishing Group, 2003.
- Mariani, Paul L., *Lost Puritan: A Life of Robert Lowell*, W. W. Norton, 1994.
- Markus, Hazel y Nurius, Paula, «Possible Selves», en *American Psychologist*, septiembre de 1986, vol. 41, n.º 9.
- Marshall, Megan, *Margaret Fuller: A New American Life*, Mariner Books/Houghton Mifflin Harcourt, 2013.
- McCarthy, Mary, *Intellectual Memoirs: New York, 1936–1938*, Harcourt Brace Jovanovich, 1992.

- Mehta, Ravi y Rui (Juliet) Zhu., «Blue or Red? Exploring the Effect of Color on Cognitive Task Performances», en *Science*, 27 de febrero de 2009, vol. 323, n.º 5 918.
- , «The Influence of Ceiling Height: The Effect of Priming on the Type of Processing That People Use», en *Journal of Consumer Research*, agosto de 2007, vol. 34.
- Middlebrook, Diana Wood, *Anne Sexton: A Biography*, Houghton Mifflin, 1991 [*Anne Sexton: una biografía*, trad. Roser Berdagué, Circe, 1998].
- Milan, Anne y Alice Peters, «Couples Living Apart», en *Canadian Social Trends*, verano de 2003, n.º 69.
- Milford, Nancy, *Savage Beauty: The Life of Edna St. Vincent Millay*, Random House, 2001 [*Edna St. Vincent Millay: belleza salvaje*, trad. Beatriz López-Buisán, Circe, 2003].
- Miller, Brett C., *Elizabeth Bishop: Life and the Memory of It*, University of California Press, 1995.
- Miller, Nina, *Making Love Modern: The Intimate Public Worlds of New York's Literary Women*, Oxford University Press, 1999.
- Mitchell, Margaret, *Gone with the Wind*, Scribner Book Company, 1936 [*Lo que el viento se llevó*, trad. Juan G. de Luaces y J. Gómez de la Serna, Ediciones B, 2008].
- Monroe, Harriet, «Edna St. Vincent Millay», en *Poetry*, agosto de 1924.
- Nehring, Cristina, *A Vindication of Love: Reclaiming Romance for the Twenty-First Century*, Harper Perennial, 2009 [*A favor del amor*, trad. Ana Mata Buil, Lumen, 2010].
- O'Dell, Scott, *Island of the Blue Dolphins*, Dell Publishing, 1960 [*La isla de los delfines azules*, trad. Agustín Gil Lasierra, Noguer, 2000].
- Oliver, Mary y Molly Malone Cook, *Our World*, Beacon Press, 2007.
- Olsen, Tillie, *Silences*, The Feminist Press at CUNY, 1978.
- Picardie, Justine, *Chanel: Her Life*, Steidl, 2011.

- Pinker, Steven, *The Blank Slate: The Modern Denial of Human Nature*, Viking Press, 2002 [*La tabla rasa: la negación moderna de la naturaleza humana*, trad. Roc Filella Montfort, Paidós, 2003].
- Plath, Sylvia, *The Bell Jar*, Heinemann, 1963 [*La campana de cristal*, trad. Elena Rius, Edhasa, 1989].
- Ray, Benjamin C. Salem Witch Trials Documentary Archive, University of Virginia (<http://salem.lib.virginia.edu/home.html>).
- Rayne, Mrs. M. L., *What Can a Woman Do*, Eagle Publishing Co., 1893.
- Robinson, Harriet H., «Early Factory Labor in New England», en Oficina de Estadísticas del Departamento de Trabajo de Massachusetts, *Fourteenth Annual Report*, Boston, Wright & Potter, 1883.
- Rosenthal, Naomi Braun, *Spinster Tales and Womanly Possibilities*, SUNY Press, 2002.
- Rowbotham, Sheila, *Dreamers of a New Day: Women Who Invented the Twentieth Century*, Verso, 2010.
- Saks, Elyn R., *The Center Cannot Hold: My Journey Through Madness*, Hyperion, 2007.
- Sandoval-Strausz, A. K., *Hotel: An American History*, Yale University Press, 2007.
- Showalter, Elaine (ed.), *These Modern Women: Autobiographical Essays from the Twenties*, The Feminist Press at CUNY, 1989.
- Siegal, Reva B., «‘The Rule of Love’: Wife Beating as Prerogative and Privacy», en *Yale Law School Faculty Scholarship Series*, 1996.
- Sklar, Kathryn Kish, «Victorian Women and Domestic Life», en Sklar, Kathryn Kish y Dublin, Thomas (ed.), *Women and Power in American History*, 3.^a ed., Prentice Hall, 2009.
- Sochen, June, *The New Woman: Feminism in Greenwich Village, 1910–1920*, Quadrangle Books, 1972.
- Stansell, Christine, *American Moderns: Bohemian New York and the Creation of a New Century*, Metropolitan Books, 2000.

- Strohm, Charles Q.; Judith A. Seltzer; Susan D. Cochran y Vickie M. Mays, «“Living Apart Together”: Relationships in the United States», en *Demographic Research*, 13 de agosto de 2009, vol. 21.
- Trimberger, Ellen Kay (ed.), *Intimate Warriors: Portraits of a Modern Marriage, 1899-1944*, The Feminist Press at CUNY, 1991.
- Wagner-Martin, Linda, *Sylvia Plath: A Biography*, Simon & Schuster, 1987 [*Sylvia Plath*, trad. Ángela Pérez, Circe, 1989].
- Wetzel, James R., «American Families: 75 Years of Change», en *Monthly Labor Review*, marzo de 1990.
- Wetzsteon, Ross, *Republic of Dreams: Greenwich Village: The American Bohemian, 1910-1960*, Simon & Schuster, 2002.
- Wharton, Edith, *A Backward Glance: An Autobiography*, D. Appleton-Century, 1934 [*Una mirada atrás: autobiografía*, trad. Jordi Gubern, Ediciones B, 1997].
- , *The House of Mirth*, Charles Scribner's Sons, 1905 [*La casa de la alegría*, trad. Pilar Giralt Gorina, RBA, 2010].
- Wharton, Edith y Ogden Codman, *The Decoration of Houses*, B. T. Batsford, 1897.
- Wilkins, Mary Eleanor, *A New England Nun and Other Stories*, Harper & Brothers, 1891.
- Wilson, Edmund, *The Shores of Light: A Literary Chronicle of the Twenties and Thirties*, Farrar, Straus & Young, 1952.
- Wolfe, Elsie de, *After All*, Harper and Brothers, 1935.
- Wolff, Cynthia Griffin, *A Feast of Words: The Triumph of Edith Wharton*, Oxford University Press, 1977.
- Woolf, Virginia, *A Room of One's Own*, The Hogarth Press, 1929 [*Un cuarto propio*, trad. Jorge Luis Borges, Alianza Editorial, 2003].
- , *To the Lighthouse*, Harcourt Brace, 1927 [*Al faro*, trad. José Luis López Muñoz, Alianza Editorial, 2003].

Para profundizar en el tema: las solteras a lo largo del tiempo

- Adams, Margaret, *Single Blessedness: A Generous and Unapologetic Celebration of Unmarried Life in a Married Society* Penguin Books, 1976.
- Ashton-Warner, Sylvia, *Spinster: A Novel*, Simon & Schuster, 1959.
- Cobb, Michael, *Single: Arguments for the Uncoupled*, New York University Press, 2012.
- Edwards, Marie y Eleanor Hoover, *The Challenge of Being Single: For Divorced, Widowed, Separated, and Never Married Men and Women*, A Signet Book, 1974.
- Hillis, Marjorie, *Live Alone and Like It: A Guide for the Extra Woman*, Bobbs-Merrill Company, 1936.
- Peterson, Nancy L., *Our Lives for Ourselves: Women Who Have Never Married*, G. P. Putnam & Sons, 1981.
- Reed, Myrtle, *The Spinster Book*, G. P. Putnam's Sons, 1902.
- Sarton, May, *Journal of a Solitude*, W. W. Norton, 1973.
- Simon, Barbara Levy, *Never Married Women*, Temple University Press, 1987.

Agradecimientos

Solterona nació en la residencia MacDowell en 2006, estuvo cinco años durmiendo y resucitó con un rugido tras un artículo que Scott Stossel me pidió que escribiera para el número de noviembre de 2011 de *The Atlantic*. Siempre le estaré agradecida por aquel encargo y por la oportunidad de trabajar codo con codo con un auténtico virtuoso.

Scott me abrió la puerta a la publicación de este libro, pero, sin la investigación en archivos realizada por biógrafos e historiadores, la elaboración de este ensayo habría sido imposible. Estoy en deuda con la obra de Angela Bourke, Lee Chambers-Schiller, Cynthia J. Davis, Carol DeBoer-Langworthy, Alice Kessler-Harris, Brooke Kroeger, Hermione Lee, Gerda Lerner, Nancy Milford, Christine Stansell y Kathryn K. Sklar.

Quiero dar las gracias especialmente a quienes se prestaron a ser entrevistados o me proporcionaron material original: Yvonne Jerrold, Edith Konecky, Hazel Markus, Janet Malcolm, Richard Rupp y Sam Sifton. También, a quienes me respondieron preguntas cruciales en momentos clave: Caleb Crain, Bella DePaulo, Dan y Marcia Edson, Susan Hertz, Stefanie Shattuck-Hufnagel, Karen Karbinger, Jack Kelly, Eric Klinenberg, Brian O'Keefe y Victor Tine.

La extraordinaria Susan Wissler, directora de The Mount, me permitió disfrutar de una residencia de escritura en invierno (y se prestó a una serie de entrevistas en verano). Trabajar con ella, con Ross Kolly, Rebekah McDougal y Kelsey Mullen palió la soledad de escribir un libro y me acercó a Edith Wharton. Estoy especialmente agradecida a Anne Schuyler por su investigación.

Debo dar las gracias a algunos profesores: Pete Moss, Susie Linfield y a la difunta Ellen Willis. Además, a algunos de mis

primeros editores y jefes: Toby Lester, Cullen Murphy y Dara Caponigro.

Cuando abandoné (en gran parte) el periodismo en revistas para escribir este libro, mi querida amiga Courtney Hodell me llevó de la mano por este terreno que conoce tan bien, leyó mi primer borrador y los muchos que lo siguieron, me aportó críticas fundamentales y respondió mis interminables preguntas sobre el proceso y la mejor forma de llevarlo a cabo. Sin ella, habría naufragado.

Hay más personas que me ayudaron a mantenerme a flote. Karen Azoulay, Ali Bolick, Christopher Bolick, Dough Bolick, Michael Cobb, Malcolm Gladwell, Toby Lester, Courtney Lynch, Molly Pulda, Gary Sernovitz y Dan Smith dedicaron su tiempo a leer este manuscrito y a aportarme sus valiosísimas opiniones. Las conversaciones que mantuve durante el proceso de escritura con Ruth Altcheck, Martha Almy, Carolyn Clement, Johanna Conterio, Alexandra Jacobs, Maria Maggenti, Gillian MacKenzie, Thomas Meaney, Ryan Nally, Jenny Nordberg, Willy Somma, Catherine Steindler y Rebecca Traister me sirvieron de motivación y apoyo. Erika Troseth Martinez me dio ánimos desde la lejanía.

Gracias a Karen Azoulay (¡de nuevo!) por ayudar con las fotografías, a Eileen Reynolds por reunir los primeros materiales para la investigación y a Elizabeth Gumport por la tediosa tarea de revisar los datos. Emily Drabinsky me envió artículos académicos por correo electrónico cada vez que se lo pedí, y el Washington Square Hotel me dio cobijo dos noches para poder vivir la vida de Maeve Brennan.

Tina Bennett es todo lo que se puede desear de una agente literaria: dura, honesta, docta, sabia y valiente; sus correcciones fueron fundamentales.

En lo que respecta a Crown: la magnética Molly Stern vio el potencial de este proyecto como ninguna otra editorial. Vanessa Mobley es de esas editoras de las que se dice que ya no existen: generosa con su tiempo, ducha en el arte de saber cuándo y cómo

presionar, capaz de dar fuerza a las partes más débiles. Claire Potter hizo fácil todo lo difícil. Los talentos de Chris Band, Elizabeth Rendfleisch y Terry Deal me fueron de especial ayuda.

Seth Colter Walls tuvo la desgracia de conocerme en el momento preciso en que me embarqué en este libro, aunque para mí aquel encuentro fue una suerte. Su erudición agrandó mi pensamiento, sus sugerencias conceptuales y creativas me ayudaron a encontrar mi propio camino, su humor y su apoyo emocional iluminaron la época oscura de la duda.

Siempre que llamo a mi padre en horas de trabajo y le pregunto si está muy ocupado para hablar, me dice: «Para ti nunca estoy muy ocupado». Esta lección de estar siempre disponible para la gente que te importa la ha aprendido muy bien mi hermano. Me han visto atravesar todo tipo de situaciones y mi amor por ellos es infinito.

Notas

[1] Las estadísticas varían según la edad y son, por tanto, difíciles de determinar. En septiembre de 2014, la Oficina del Censo de Estados Unidos señaló que, en 2013, 105 millones de personas de 18 años o más nunca se habían casado, divorciado o enviudado y que el 53 % eran mujeres. Ese mismo mes, la Oficina de Estadísticas del Departamento de Trabajo anunció que en agosto de 2014 había 124,6 millones de estadounidenses solteros, o el 50,2 % de la población (frente al 37 % de 1976), lo que permitió a los medios afirmar que el número de estadounidenses solteros supera ya al de casados, aunque hay que tener en cuenta que incluían a los de 16 años o más.

[2] El gráfico no procede en realidad de un comité de expertos: mi ayudante de investigación y yo lo elaboramos combinando informes del censo; los resultados más recientes proceden del American Community Survey de 2013 llevado a cabo por la Oficina del Censo de Estados Unidos.

[3] En la actualidad, la edad de consentimiento sexual federal, que se aplica a las relaciones sexuales que implican desplazarse entre distintos estados o países, es de dieciséis años. Esto rige también en treinta y un estados; de los restantes, ocho tienen la edad fijada en diecisiete, y diez, en dieciocho.

[4] Cuando tener sirvientes se convirtió en algo habitual, pasó lo mismo con los neologismos, que se duplicaron de un modo similar para hacer referencia a la profesión y al estado civil: el alemán *magd*, el inglés británico *maid*. En el siglo XIX, cuando las solteras recién emigradas desde Irlanda copaban el sector de la mano de obra doméstica en Estados Unidos, Bridget, un nombre celta muy común para niñas, pasó a ser el término genérico para designar a cualquier sirvienta irlandesa.

[5] De las decenas de miles de ejecutadas por brujería en Centroeuropa desde 1450 hasta 1750, tres cuartas partes eran viudas de más de cincuenta años que vivían solas, lo que equivale a decir que su delito era la audacia de existir sin un marido.

[6] La palabra *spinster* (originalmente «hilandera») suele traducirse como *solterona*. Más allá del significado literal, ambos términos han adquirido una connotación negativa (e incluso despectiva) que la autora de esta obra asume e invierte para reivindicar el valor de la soltería. Suscribimos esa posición. (*N. de la Ed.*)

[7] Programa administrado por el Departamento de Empleo de Estados Unidos que ofrece formación gratuita a jóvenes de entre dieciséis y veinticuatro años.

(N. de la T.)

[8] Entre otras facilidades, a partir de la Segunda Guerra Mundial la ley estadounidense que permitía a los veteranos de guerra acceder a la financiación de estudios técnicos o universitarios. (N. de la T.)

[9] Traducción de Ben Clark.

[10] Esta sílfide se creó tomando como modelo a una soltera real: Eleanor Thornton, amante del redactor jefe de *Car Illustrated*, quien convenció a Rolls-Royce para crear un «emblema» a imagen de Eleanor. «El espíritu del éxtasis» se presentó en febrero de 1911 y estaba destinado a convertirse en el adorno para capós más reconocible de todos los tiempos. Los críticos la llaman «Ellie en camión». Cuatro años después, Eleanor murió en un naufragio.

[11] *The Long-Winded Lady*, extraño sobrenombre que contradice el estilo fluido y conciso de Brennan y con el que parece, según su biógrafa, que la autora pretendía parodiar la idea misógina de que las mujeres hablan demasiado; así se titula también (en la versión española, *Crónicas de Nueva York*) la recopilación de sus columnas para *The New Yorker*. (N. de la T.)

[12] En el siglo XIX, se calcula que el 70 por ciento de la población vivió en algún momento en una casa de huéspedes.

[13] La compañía Provincetown Players aparece en la película de Warren Beatty sobre la época, *Rojos* (1981). No hay mención alguna a Neith, pero en una escena un personaje sin nombre dice algo así como «sé que a Hutch le gusta esa obra».

[14] The world stands out on either side / No wider than the heart is wide; / Above the world is stretched the sky, / No higher than the soul is high.

[15] Prestigiosa universidad privada situada a unos cien kilómetros de Nueva York; en la época de Edna St. Vincent Millay, dicha institución era exclusivamente femenina. (N. de la T.)

[16] Who has seen the wind? / Neither I nor you: / But when the leaves hang trembling, / The wind is passing through. // Who has seen the wind? / Neither you nor I: / But when the trees bow down their heads, / The wind is passing by.

[17] The first rose on my rose-tree / Budded, bloomed, and shattered.

[18] And if I loved you Wednesday, / Well what is that to you? / I do not love you Thursday / So much is true.

[19] [...] I've been a wicked girl, [...]; / [...] if I can't be sorry, why, / I might as well be glad!

[20] Traducción de Beatriz López Buisán.

[21] Edna y Eugen llamaron así a la finca por unos arbustos originarios de la zona, *steplebush*, de delicadas flores de color rosa, que crecían en abundancia en la propiedad. Cuando Edna murió, la metieron en el ataúd con un ramo de esas flores entre las manos.

[22] Nombre por el que se conoce al subgénero literario —inscrito en el de la novela romántica— destinado a un público eminentemente femenino, urbano,

trabajador, de entre veinte y treinta años. (*N. de la T.*)

[23] Traducción de Pura López Colomé.

[24] Alusión metafórica a la calle londinense que, hasta principios del siglo XIX, se caracterizaba por una gran concentración de gacetilleros, aspirantes a poetas, editores y libreros de tercera. Es la misma a la que hace referencia el título de la novela *The New Grub Street*, de George Gissing, mencionada en el capítulo anterior. (*N. de la T.*)

[25] Traducción de Manuel Ramos Chouza.

[26] Visto a través del prisma de la «mística de la feminidad» de Friedan, la conversación original entre la sirena y la bruja es espeluznante: «Pero si me quitas la voz —dijo la sirenita—, ¿qué me quedará?». «Tu hermosa silueta, tus elegantes andares y tu expresiva mirada: seguro que con todo eso puedes encadenar el corazón de un hombre [...] Saca la lengüecita, que te la corte.»

[27] Why do you follow me? / Any moment I can be / Nothing but a laurel-tree / Any moment of the chase / I can leave you in my place / A pink bough for your embrace.

[28] She is neither pink nor pale, / And she never will be all mine» y «But she was not made for any man, / And she never will be all mine.

[29] Según el *Merriam-Webster's Collegiate Dictionary*, el primer uso de la palabra *décor* en lengua inglesa —del verbo francés *décorer*, que deriva del nombre latino *decor*, que significa «belleza, elegancia, encanto, gracia, ornamento»— también se produjo en 1897; el término no aparece en el libro de Wharton.

[30] Traducción de Laura Gimeno Pahissa, Gonzalo Gómez Montoro y Ascensión Cuesta.

[31] En 1934, cuando P. L. Travers presentó a aquella niñera solterona ficticia (inspirada en su tía Ellie, que jamás se casó), tenía treinta y tantos años y vivía con una mujer; a los cuarenta se fue a vivir sola y adoptó a un niño.

[32] Life goes on forever like the gnawing of a mouse, / And to-morrow and to-morrow and to-morrow and to-morrow / There's this little street and this little house.

[33] Se refiere a la mansión que la acaudalada familia Bouvier Beale adquirió a principios de los años veinte junto a una playa de los Hamptons y que, dada la falta de mantenimiento y de apoyo económico por parte del resto de la familia, acabó convertida en una ruina habitada por «Big Edie» y «Little Edie» —una madre y una hija muy excéntricas— y sus innumerables gatos, hasta que las primas Jackie y Lee (la primera, casada por aquel entonces con el armador griego Onassis) aportaron el dinero necesario para arreglarla. La mansión y su historia protagonizan el documental *Grey Gardens*, estrenado en Cannes en 1976. (*N. de la T.*)

[34] Traducida por Jorge A. Sánchez.

[35] Edith: Estamos preparando un ponche enorme para las cinco, aquí. Por favor, ven y ayúdame. Besos, Maeve.

[36] Más o menos por la misma época, Paul McCartney y John Lennon compusieron «Eleanor Rigby», sobre la solterona más famosa del pop, que originalmente se llamó «Miss Daisy Hawkins», tal vez en referencia — consciente o no— a Sadie Hawkins, la solterona de la tira cómica *Li'l Abner* de Al Capp. En 1937, el padre de Sadie reunió a todos los solteros de Dogpatch y organizó lo que Capp llamó la Carrera del Día de Sadie Hawkins: Sadie tendría que casarse con aquel a quien atrapara (una inversión de la mítica Atalanta, que aceptó con renuencia casarse con el hombre que pudiera atraparla a ella). La idea inspiró los bailes de Sadie Hawkins, que tienen lugar en todo el país y en los que son las chicas quienes sacan a los chicos a bailar. En cuanto a la desgarradora Eleanor Rigby: la canción empieza con ella en una iglesia, recogiendo el arroz después de una boda y esperando en la ventana «con la cara que guarda en un frasco junto a la puerta, / ¿para quién es?», y termina con su entierro, al que «nadie acudió».

[37] Traducción de Alfredo Báez.

[38] Traducción de Miguel Temprano García.

[39] I would indeed that love were longer-lived, / And vows were not so brittle as they are, / But so it is, and nature has contrived / To struggle on without a break thus far, / Whether or not we find what we are seeking / Is idle, biologically speaking.

[40] Charlotte prefería el término *vivir* a *vida*. «*Vida* es un verbo, no un nombre», escribió en cierta ocasión. «*Vida* es vivir, vivir es hacer.» Lo mismo podría decirse de *amar* y *amor*.

[41] Chambers-Schiller toma el término de Shakespeare, que lo usó humorísticamente en *Sueño de una noche de verano* para referirse a la situación de no estar casada.

[42] En 1896, la periodista Nellie Bly preguntó a Susan B. Anthony si alguna vez había estado enamorada. Su respuesta: «Por Dios, Nellie, ¡he estado enamorada mil veces! Pero nunca he querido a nadie tanto como para pensar que aquello podría durar. De hecho, jamás he pensado que pudiera sacrificar mi vida de libertad para convertirme en la sirvienta de un hombre».

[43] Tell me, what is it you plan to do / with your one wild and precious life?

Solterona

© Kate Bolick

© Kate Bolick, 2015

© Malpaso Ediciones S.L.

c/ Diputación, 327 Ppal. 1. ^a

08009 Barcelona

www.malpassoed.com

Título original: *Spinster: Making a Life of One's Own*

© Traducción: Silvia Moreno Parrado

ISBN: 978-84-16420-98-8

Depósito legal: DL B 29851-2015

Primera edición: abril 2016

Imagen de cubierta: © Eleanor Fortescue-Brickdale

Composición digital: Àtona - Víctor Igual, S.L.

· ALIOS · VIDI ·
· VENTOS · ALIASQVE ·
· PROCELLAS ·

ANIMALES

EMMA JANE UNSWORTH



Animales

Unsworth, Emma Jane

9788416665563

256 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Laura y Tyler han vivido su década de los veinte a tope, en un torbellino de fiestas que nunca se terminaban, una querencia por las drogas que ha ido de las ganas de experimentar con cierta cautela a colocarse con entrega absoluta, resacas que no acababan hasta el lunes por la mañana... Sin embargo, las cosas están cambiando. Laura se ha comprometido con Jim, un pianista clásico a quien no le gustan los desfases de Tyler y la mala influencia que ésta tiene sobre su prometida. Jim intenta que Laura sea más adulta, que se decida por un comportamiento aceptado socialmente, pero Tyler no está dispuesta a dejarla ir tan fácilmente. Una novela cruda e hilarante para una generación atrapada entre una adolescencia tardía y la edad adulta, que se pregunta a qué tiene que renunciar para crecer.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



EUFORIA

LILY KING



«No hace falta saber nada de antropología o de Margaret Mead, su marido o su amante para saborear esta novela. King recrea su historia y la convierte en relato apasionante.»

San Francisco Chronicle



Euforia

King, Lily

9788416420902

266 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una novela inteligente y seductora sobre los egos y deseos de un trío de antropólogos en la exótica jungla de Nueva Guinea de los años treinta. Un best seller de calidad sobre la pasión, la posesión y el desamor, sobre lo que significa ser humano.

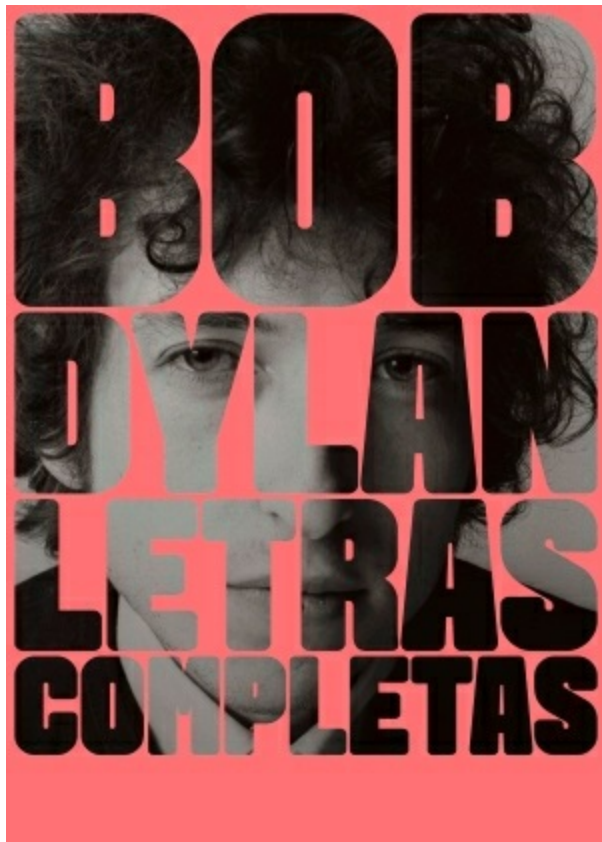
"Euforia" es la emocionante historia de un triángulo amoroso en uno de los paisajes más exóticos del mundo, y también es un relato extraordinario sobre los orígenes de la antropología como disciplina de investigación.

A mediados de los años treinta del siglo pasado, tres antropólogos coinciden en Nueva Guinea donde llevan a cabo un trabajo de campo. Uno de ellos, Bankson, un inglés marcado por una infancia desastrosa, se enamorará de Nell, la norteamericana que viaja con su marido Fen para realizar una investigación. El conflicto se detonará progresivamente, la confianza dará paso a los celos, los celos al odio y el odio a la desesperación.

Lily King recrea un turbulento episodio de la vida de la polémica antropóloga Margaret Mead, toma los perfiles tres personajes reales y los sitúa en un paisaje que compartieron dando forma a una trama

intensa, adictiva e ingeniosa. Euforia fue uno de los 10 mejores libros de The New York Times en 2014.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Letras completas

Dylan, Bob

9788416665600

1320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Premio Nobel de Literatura 2016.

Bob Dylan, cantautor de cantautores, recientemente galardonado con el Premio Nobel de Literatura -del que sólo hizo acuse de recibo por unas horas en su web-, presenta la edición integral de su cancionero completo, en edición bilingüe. Esta edición ofrece, por fin, la posibilidad de explorar el vastísimo -casi inconmensurable- universo poético del bardo de Minnesota, desde sus primeros tientos profesionales como cantautor contestatario e ídolo de su generación, hasta el día de la revelación en el que se obró el milagro -sacrilegio para muchos- que le llevó a abrazar las armas del rocanrol y electrificar su imaginario musical, despojándolo de las esencias folk que hasta entonces lo habían caracterizado. Con esa transformación también llegaría un nuevo lenguaje poético y su inclusión definitiva en el olimpo de los grandes del rock. De sus fugaces conversiones religiosas a otros credos y otros tantos desvaríos también da noticia el propio cancionero, una obra que deviene en hoja de ruta lírica de la singladura vital de Bob Dylan. Con este volumen Malpaso inicia la publicación de sus obras completas. Le seguirán 'Crónicas I', 'Tarántula' y 'Fotorretórica de Hollywood'.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Torneo

Miguel Pardeza Pichardo

«Ese primer encuentro con Pardeza —por suerte ha habido otros— fue cálido, pero lleno de despropósitos. Mientras él estaba interesado en hablar de la nueva narrativa española, yo sólo quería conversar de fútbol y le estuve dando repetidos consejos sobre la forma de driblar y dejar sentados en el área a Koeman y Guardiola. Hasta que Pardeza no pudo más y me dijo: "Perdona, pero yo no soy Van Basten".»

Enrique Vila-Matas



Torneo

Pardeza Pichardo, Miguel

9788416665099

250 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

No es raro que los futbolistas nos cuenten su vida (a menudo en el sentido menos amable de la expresión): lo literalmente extraordinario es que sepan controlarla y que, para colmo, lo hagan ellos mismos sin plumas en la sombra. He aquí esa anomalía. Miguel Pardeza militó en el Real Madrid con la legendaria "quinta del Buitre", participó en un Mundial, vivió jornadas de gloria en el Zaragoza y, tras colgar las botas, tomó las riendas deportivas de sus antiguos equipos. Mientras tanto leía con la incurable avidez de los infectados por el virus de la literatura y la reflexión crítica. Estudió el mundo al pie de la letra, placer debidamente recompensado con un título universitario y el privilegio de una atalaya contemplativa. Allí nacieron estas páginas de memorias, fantasías e introspecciones: la historia de un niño andaluz que divisa una quimera y de un hombre que logra alcanzarla.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El pueblo sin atributos

La secreta revolución
del neoliberalismo

Wendy Brown



El pueblo sin atributos

Brown, Wendy
9788416665372
320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El capitalismo no sólo venció al comunismo: también está derrotando a la democracia. La razón neoliberal —hoy ubicua en los despachos gubernamentales y los centros de trabajo, en la educación y la cultura, en el hogar y en una amplia gama de actividades cotidianas— está configurando todos los aspectos de la existencia en términos económicos y transformando al ciudadano en un simple y explotado 'homo oeconomicus'. ¿Puede la democracia sobrevivir en esas condiciones? ¿Estamos todavía a tiempo para tirar del freno de emergencia antes de que el neoliberalismo lo arrase todo?

'El pueblo sin atributos' es un lúcido y apasionado alegato contra el 'sentido común' de nuestro tiempo. Mediante un minucioso análisis de las fuentes intelectuales del neoliberalismo y de los hábitos sociales y políticos que éste produce, Wendy Brown, una de las grandes figuras contemporáneas de la teoría política, muestra con insólita y angustiosa precisión lo que las multitudes proclaman en las calles: la democracia está bajo ataque.

[Cómpralo y empieza a leer](#)